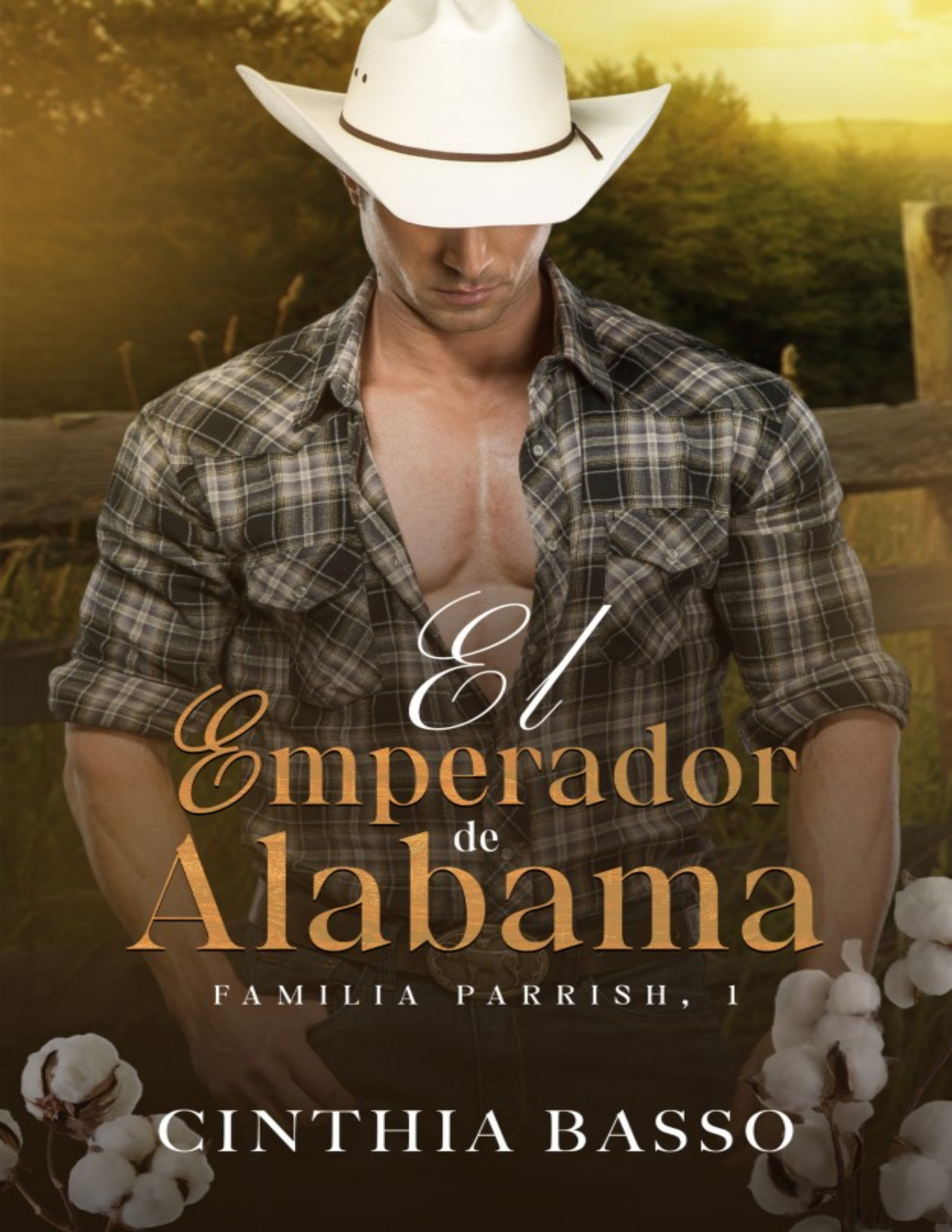

El
Emperador
de
Alabama
FAMILIA PARRISH, 1
CINTHIA BASSO

El Emperador de Alabama

FAMILIA PARRISH, 1

CINTHIA BASSO

Copyright © 2025 Cinthia Basso
Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con nombres, fechas o hechos reales es mera coincidencia.

Traducción: João Pereira
Cubierta y diagramación: Layce Design
Ilustración: Ursula Gomes

Todos los derechos reservados.

Queda prohibido el almacenamiento y/o la reproducción de cualquier parte de esta obra, por cualquier medio —tangible o intangible—, sin el consentimiento escrito de la autora. La violación de los derechos de autor constituye un delito tipificado por la Ley n.º 9.610/98 y sancionado por el artículo 184 del Código Penal.

Edición digital | Creado en Brasil.



Serena Gatsby quiere empezar de nuevo.

Después de una relación desastrosa, decide que el mejor lugar para recomponerse es su ciudad natal, la buena y vieja Tuscaloosa. Sin embargo, con las cosas complicándose día tras día, toma una decisión arriesgada y provoca la ira de alguien de su pasado. Alguien que la odia profundamente.

Ese hombre, el primogénito de una dinastía de magnates del algodón, no es más que un auténtico hijo de puta y, sin lugar a dudas, su mayor enemigo.

Logan, por su parte, solo quiere paz. Quiere que Serena regrese al lugar del que salió y que no vuelva a aparecer nunca más delante de él. Porque ella sacude su vida tranquila, trayendo consigo una tormenta que, por sí sola, convierte su existencia en un auténtico infierno.

Juntos, Logan y Serena son como el calor y el frío.

Dulce y salado.

Sol y lluvia.

Bien y mal.

Y los opuestos, ya saben cómo es… tienden a atraerse. Y de ahí no puede salir nada bueno.



Sinopsis
Sumario
Lista de reproducción
Prólogo
Capítulo 01
Capítulo 02
Capítulo 03
Capítulo 04
Capítulo 05
Capítulo 06
Capítulo 07
Capítulo 08
Capítulo 09
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12

Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48

Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Epílogo
Bono
Agradecimientos
Sobre la autora
Otras obras
Contacto

Lista de reproducción



Para escuchar la lista de reproducción de *El Emperador de Alabama* en Spotify, abre la aplicación en tu teléfono móvil, selecciona **Buscar**, toca el icono de la cámara y colócalo sobre el código que aparece a continuación.

O haz clic aquí – Spotify

Dedico este libro a ti, que de tanto que te han dado por el culo, ya ni siquiera necesitas vaso.

Ahora, de verdad (rsrsrs)

Dedico este libro a ti, que caíste, pero nunca te desanimaste. Que te viste frente a muchos problemas y jamás te rendiste.

El fracaso no es una mala palabra, es una oportunidad para empezar de nuevo desde un punto distinto.

El fracaso es renovación.

Es tu segunda oportunidad.

No la ignores.

Cosas buenas están por venir.





PRÓLOGO

Logan

Logan

Es deber de un Parrish:

Cuidar de los suyos.

Tener éxito en todo lo que se proponga hacer.

No pisar los Apalaches.

Pagar todas sus deudas.

Ganar, como mínimo, el doble del dinero invertido.

Y no relacionarse, bajo ninguna circunstancia, pase lo que pase, con ningún Gatsby.



CAPÍTULO 1

Serena

Serena

Después de todo, ¡él es un Parrish!

Los Parrish son al algodón lo que los Kingston al petróleo.

Y, como la mayoría de las familias sureñas, su unión es envidiable.

Bajo el mando de la implacable Rose Parrish, la madre de los tres hermanos —Logan, Ashton y Mackenzie— y del primo Graham,

que se quedó con ellos después de que sus padres murieran en un accidente de coche hace varios años, transformaron el negocio familiar —que ya era increíblemente sólido— en un verdadero imperio.

Es la dinastía con la mayor fortuna de todo el estado de Alabama, aunque no lo parezca. Y aun contra todo y contra todos, siguen prosperando.

Por ahí dicen que los paletos no se hacen ricos, ¿pero un Parrish? Ah, un Parrish siempre sale bien parado; lo llevan en la sangre. Tanto es así que se han convertido en una especie de toro premiado, porque siguen solteros, aunque la matriarca quiera casarlos a toda costa.

Ya me he topado con filas de mujeres yendo a su evento, denominado: caza marido.

Sí, es terrible.

Una idea tan estúpida y fallida que mi madre lo apodó huye marido, porque los dos hermanos siempre se escapan y le toca a Mackenzie hacer de anfitriona para las solteras desesperadas por un buen partido. En cuanto a Graham, rara vez está allí, así que desaparecer no es ningún desafío. La semana pasada lo encontré en uno de los lagos, pescando —durmiendo— con el sombrero cubriéndole el rostro y la caña con la punta clavada justo a su lado. No había ni un solo pez en la cesta.

En fin, las cosas son como son, repletas de poder y mucha tribulación. Nadie por estos lares se mete con ellos. Son el santísimo e intocable cuarteto de la ciudad de Tuscaloosa.

Ah, la buena y vieja Tusca.

Y mientras caminamos por ella, es muy probable que nos crucemos con alguno de ellos, recibiendo halagos sin el menor disimulo. Para mí, una enemiga jurada de todos, es un fastidio. Porque es una verdad universalmente reconocida que los Gatsby son enemigos de los Parrish. Todo porque hace más o menos un siglo ocurrió algo entre las familias y, desde entonces, nadie de ninguna

de esas dos dinastías "se quiere". El acuerdo silencioso se extiende como la hierba en la pradera y, pase lo que pase, con toda seguridad no va a cambiar. Porque ¿qué tendría un Gatsby que discutir con un Parrish? Tal vez la manera en la que le gustaría matarlo. Si le pregunto a mi madre, sin duda dirá algo doloroso y muy, muy largo. Porque ella es así, una odiadora ferviente de la familia que vive al lado.

Nunca, en toda la historia de Alabama, existieron dos apellidos tan conocidos por el rencor que cargan.

Somos tan opuestos que podríamos ser:

Yin y Yang.

Caliente y frío.

Dulce y salado.

Sol y lluvia.

Bien y mal.

Gatsby y Parrish.

Bueno, dejando de lado esta gran rivalidad, que suele ser la diversión de los habitantes, es una ciudad extremadamente… aburrida, apacible, por no decir soporífera. No hay mucho que hacer si no te gusta la vida al aire libre, por eso me largué a la primera oportunidad.

—¿Qué haces aquí, Peanut? —odio cuando usa ese apodo.

Sam tiene esa maldita costumbre desde la escuela y cuanto más me quejo, mayor es la intensidad con la que me llama así. Todo porque amo la mantequilla de maní y una vez comí del frasco y estaba en mal estado, lo que me valió una semana como parte de la realeza.

—Ni yo lo sé —respondo en un gruñido que ella no escucha.

Vuelvo a la vida después de mirar un rato el monumento erigido en honor a los enemigos. En primaria, mamá fue llamada a la escuela porque escalé y pinté la cara de Tallulah Parrish con pintura roja. Quedó genial; por desgracia lo arreglaron al día siguiente y,

para mi mala suerte, cometí el error de no comprobar si había testigos.

La mujer, que hace mucho tiempo fue alcaldesa de la ciudad, está tal como la recuerdo de mi infancia —no es que la haya conocido—, pero con los rasgos esculpidos. El cabello largo, con una trenza a cada lado, las mejillas resaltadas y el vestido amplio. Hay quienes dicen que fue a partir de ella que surgió el problema entre las familias, pero nadie lo sabe con certeza. Me pregunto cómo sería si alguien lo descubriera de verdad. ¿Resolvería el problema o crearía uno mucho mayor?

—¿Por qué no dejas de mirar a Tallulah?

—¡Déjame, Sam!

—Me enteré de que viniste para quedarte. ¿Cómo te sientes?

Durante los últimos años viví en Memphis, en Tennessee, y tuve éxito en mi área. Lamentablemente, las cosas no terminaron bien.

—Normal.

—¡Eso es imposible!

—¡Eras una corredora inmobiliaria de renombre! Cada vez que viajaba te veía en vallas y carteles de visitas, junto con…

—¿Yo era corredora inmobiliaria? —bromeo para aliviar el ambiente.

—No dejaste de hacer eso, ¿verdad? —suena más tranquila, como si le molestara que renuncie a lo que hago tan bien por culpa de otras personas.

—No —sonrío—. Estoy buscando un local aquí en el centro para abrir mi inmobiliaria. ¿Sabes de algún inmueble disponible?

—Yo hasta sé…

—¿Cuál es el problema? —en cuanto pregunto, ya lo imagino —. Me jodí. ¿Es el único? —muerdo mi labio inferior, empezando a preocuparme.

Si no encuentro nada aquí, tendré que recurrir a la ciudad más cercana. Sin embargo, con los últimos acontecimientos de mi vida personal, prefiero quedarme en un lugar conocido que pueda traerme algo de consuelo. Como dije, todo es muy tranquilo en Tusca y la quietud es lo que busco. Tengo treinta años y estoy empezando de nuevo. Ya será complicado iniciar un nuevo emprendimiento donde conozco; en un lugar desconocido y sola, no puedo imaginar cuán peor sería.

—Por desgracia, sí. —Tengo una idea, una idea genial—. ¿Y si alquilas y subalquilas para mí? Estaría a tu nombre y no tienen nada contra ti.

—¡Solo puedes estar loca!

Sam empieza a alejarse de la estatua de Tallulah, rumbo a la avenida principal. Su incredulidad ante lo que dije es incomprensible; al fin y al cabo, los amigos pueden hacer este tipo de cosas.

—No te estoy pidiendo que mates a alguien por mí.

—No, lo que me estás pidiendo es mucho más serio. Si uno de los Parrish se entera —y lo harán, porque estarás ahí mismo trabajando delante de ellos—, me voy a joder y me quedaré en la mierda para siempre. ¿No sabes que trabajo indirectamente para ellos? ¡Todo el mundo en esta maldita ciudad trabaja!

Mi amiga sacude las manos y suelta un gritito exasperado.

La gorra con el dibujo del estado de Alabama en blanco, contrastando con el negro deslavado, me llama la atención hacia su cabello rubio oscuro que le cae hasta la cintura, balanceando sus ondas a medida que pierde la paciencia.

—¡Vamos, Sam! Después de que todo esté arreglado, no tendrán el valor de sacarme de allí.

Clavo la mirada en sus ojos verdosos, viéndola protestar en silencio. Tanto que Sam se pasa las manos por los vaqueros de lavado claro y revisa su camiseta gris, pensando qué decir para devolverme la cordura.

—¿Estás escuchando lo que dices?

—¿No estás de acuerdo?

—Pueden cancelar el contrato y te vas a joder.

—Dudo mucho que hagan eso. Soy una pobre corredora que regresa a su ciudad natal para pasar el resto de sus días en paz.

—Ojalá ese drama tuyo fuera capaz de ablandar el corazón extremadamente duro de un Parrish. Y, sinceramente, tendrás suerte si el primero que te encuentra es Ashton. De lo contrario, ya puedes preparar el velorio. —Ella contempla el cielo, como si pensara en todos los contras. No tarda en encontrar otro—: ¡Y no tardarían nada en enterarse de que estás alquilando su local! ¡Rose viene a la ciudad casi todas las semanas!

—Soy optimista.

—No deberías.

—¡Pensé que tu papel era apoyarme!

—Y te apoyé cuando fui a Memphis y pasé dos meses allí hasta que te afianzaste cuando te mudaste. Lo que pides ahora es simplemente surrealista de lo peligroso que es.

—¡Hablas como si los Parrish fueran criminales!

—Y lo son. ¿Por qué crees que no pisan los Apalaches? Oí que mataron a un hombre en esa región y se escondieron aquí. —No me sorprende lo que dice.

¿De verdad quiero tanto alquilar ese local? En el infierno, mi vida sería mucho más tranquila.

—¡Jamás un Parrish tendría ese valor!

—¿Ahora pasaste a defenderlos?

Sam frunce el ceño y acelera el paso, intentando alejarse de mí.

—No soy su niña bonita como tú; no tengo ninguna razón para defenderlos. Es solo que esa historia es, como mínimo, increíble.

—Vaya, qué insoportable eres. Bien quisiera tener una amistad tan fuerte con los magnates del algodón; al menos me ayudarían, en lugar de lanzarme problemas al regazo.

Mientras discutimos, caminamos por la acera. Sam quejándose y yo rebatiento todo lo que dice, como una buena amiga debe hacer.

—Yo soy la solución a tus problemas.

—¿Quién te hizo creer eso? ¡Yo no fui!

¿Tienes hambre?

—No.

—Yo pago.

—Quiero dos hamburguesas, tres papas fritas y un refresco grande, ¡con recarga!

La miro con tanto desprecio que es una pena que Sam simplemente lo ignore.

—¡Eso ni siquiera cabe en ti!

—¿Y qué? Me lo llevo a casa.

—Ofrecí un almuerzo, no el combo.

—Deja de ser tacaña. ¡Tienes dinero, lo sé!

—¿Sabes más de mi cuenta que yo?

Empujo la puerta de la hamburguesería más concurrida de la ciudad.

—Pasaste por algo traumático que afecta a las finanzas, pero no eres idiota, Peanut, nunca lo fuiste.

Tiene razón, pero no voy a confirmarlo. Solo necesito estabilidad emocional; es lo que más eché de menos viviendo en otra ciudad, con alguien que se convirtió en mi mayor arrepentimiento. Creemos conocer a las personas hasta que nos casamos con ellas. Siempre escuché que las mujeres se casan esperando que dure para siempre; los hombres, en cambio, se casan pensando en cuándo va a terminar. No hay verdad mayor.

—¿Sabes qué es lo que más duele? —Sam se queda callada, sabiendo que es una pregunta retórica—. Si yo no lo hubiera descubierto, ¿hasta cuándo habría hecho eso? —mis ojos se llenan de lágrimas, pero no de tristeza, sino de rabia—. ¿Hasta cuándo me habría tratado como a una idiota? No había toro en Memphis con cuernos más grandes que los míos.

Sam intenta contener la risa.

Veo que su rostro empieza a enrojecer por el esfuerzo sobrehumano.

—¡JODER…! —la carcajada llega enseguida, atrayendo la atención de todos los clientes.

—Puedes reírte, te dejo.

No es que se fuera a detener si no le diera permiso.

—Tu habilidad para convertir la decepción en broma debería estudiarse —dice mi amiga entre risas, mientras se seca las lágrimas que le caen a montones.

—¿Qué puedo hacer? Es la verdad. ¿Te imaginas cuántas mujeres se divirtieron al ver las propagandas de "de familia a familia" que repartimos por toda la maldita ciudad? Juro que cuando lo descubrí, mi mayor arrepentimiento fue haberme vuelto tan exitosa junto a él. Debí haber trazado mi camino sola, en lugar de apoyar a un macho sin la menor creatividad ni inteligencia. Me dieron tan duro por el culo que tiré los vasos de casa. —La última parte sale sin control.

Sam, que ya se reía a carcajadas, se pone roja como un tomate.

—Tú… tú… —ni siquiera consigue formular una frase sin reír —. Joder, no voy a poder comer aquí. ¿Pedimos todo para llevar? Creo que nuestra conversación de ahora en adelante va a ser solo por detrás.

—Por eso esperé para hablar contigo.

—¡Dos meses, hija de puta! Dos meses fueron prácticamente una traición. Además, desapareciste por dos semanas. ¿Adónde fuiste? Ni tu madre lo sabía; tanto que me preguntó a mí.

En realidad, no hice nada del otro mundo. Alquilé un apartamento apartado, a través de una plataforma de alquileres rápidos, y leí varios libros. Muchos. Hasta sentirme bien para luchar por mi futuro.

—Si nadie lo sabe es porque debe seguir siendo un secreto.

—¿Te fuiste a Las Vegas e hiciste alguna vergüenza?

—Mírame bien la cara, Sam. ¿Soy del tipo que tomaría decisiones impulsivas?

Ella se encoge de hombros.

—No sé, puede que hayas decidido hacer una locura.

Fue una locura, sí, pero no del tipo que ella está pensando. No involucró a ningún hombre ni mucho menos líos. Yo solo estaba cansada, sin ganas de hacer lo que solía hacerme feliz, y necesitaba recargar energías para seguir adelante. No sé por qué esta mierda se convirtió en un tema tan grande en la familia. Un misterio, igual que los Parrish siguen sufriendo hasta hoy con la famosa duda de la ciudad: quién prende fuego a las camelias de Rose Parrish.

Hasta mamá ya fue sospechosa.

Pero no fue ella, porque lo admitiría a la primera oportunidad, solo para parecer superior. Así son esas dos.

—¿El misterio continúa?

—¿Qué misterio? —Sam abre la boca, recordando—. ¿El del jardín de camelias? Si es ese, sí. Rose todavía no sabe quién prende fuego. Ella planta y la persona va y quema; se volvió algo habitual. Lo más insano es que, aun vigilando el lugar, nunca atrapan al responsable.

La camarera nos entrega el pedido y por un momento me pregunto si debería haberme quedado, en lugar de dos meses sin

hablar con Sam, un año. Creo que un año todavía no sería suficiente. Porque esta perra va a arruinarme, seguro.

Abro la puerta de la hamburguesería y salgo a la acera, sin mirar a los lados.

—Gracias, voy a darme un atracón. Y Sese, cuuuuiiida… —habla en cámara lenta, con su voz desvaneciéndose en mi cabeza, cuando choco con un pecho duro e inamovible.

Tan firme que, aun intentando mantener el equilibrio, caigo hacia atrás.

A toda fuerza le corresponde una reacción.

A cada empujón, una caída.

—¡Mierda! —murmuro, sacudiendo las manos por el refresco tamaño grande que la glotona de mi amiga me obligó a comprar.

Se derramó.

Todo.

—¡Mira lo que hiciste! —vuelvo a hablar, irritada con ella y con la persona que provocó el desastre—. ¡Alguien va a pagar por este puto refresco! —sigo blasfemando, sin levantar la vista.

Cuando lo hago, desearía poder volver en el tiempo y haber prestado más atención al abrir la puerta. Si hubiera mirado la acera, lo habría visto. Mi pésimo humor se vuelve insoportable al preguntarme qué me pasaría si mandara al hoyo al mayor de los Parrish.

Logan y sus ojos de muerte me observan, brillando de forma tenebrosa.

Es el mismo.

Sus líneas de expresión, la manera altiva con la que mira a cualquiera, el labio inferior ligeramente más voluminoso que el superior, el rostro cuadrado donde impera cierta ola de insatisfacción, y la nariz perfilada que combina con todo lo demás.

Es un hombre que ninguna mujer olvidaría.

Tiene esa imponencia, todo el poder sureño que corre por sus venas. Una fuerza, una gravedad inexplicable, creada al posar los ojos en su figura. Atrae, no solo por la forma segura en que se mueve, sino por los músculos, esculpidos por el gimnasio y el trabajo físico constante, que se convierten en un arma para conquistar mujeres. Incluso yo tengo que admitir que es un hombre que llena la vista.

Logan… Parrish.

Con la frente parcialmente oculta por el Stetson, camisa blanca impecable y vaqueros. En los pies, un par de botas, clásico. Parece salido directamente de las páginas de una novela de quiosco del oeste. ¡Hasta la maldita combinación de su nombre encaja con ellos!

Mientras lo evalúo, veo la mancha provocada por el refresco.

Aprieto la mandíbula y espero la explosión de insultos, la respiración pesada y todo lo demás que lanza a las personas que lo irritan. Ya lo he visto suficientes veces como para saber que estoy a punto de vivirlo ahora mismo.

—¡¿PERO QUÉ COJONES, GATSBY?! ¡¿NO MIRAS POR DÓNDE ANDAS, CARAJO?!

En cuanto sus ojos me recorren, veo cómo los párpados reducen el azul tempestuoso a una línea fina. La furia burbujea en cada destello de sus iris, y los labios, que antes resaltaban suavidad, se crispan. Tal como previ, Logan empieza a respirar con fuerza, el pecho subiendo y bajando lenta y profundamente.

—Tenías que ser tú. ¡Apenas vuelves y ya estás causando problemas!

No quería reaccionar a lo que dice con tanta rabia. Sin embargo, el semblante hosco, la voluntad que parece tener de agarrarme del cabello y simplemente… sacarme de su camino, como si yo fuera una niña problemática, hace que mi ira estalle.

—¡Deberías mirar por dónde andas!

—¡Ah, no, insolente, no me digas lo que debo hacer!

—¿Por qué? ¿Eres incapaz de no chocar con alguien?

Los párpados se estrechan aún más y el sentimiento atronador que pulsa por sus venas hace que su rostro se contraiga en una mueca de rabia cada pocos segundos.

—Quítate de mi camino —gruñe—. No tengo la menor paciencia para lidiar contigo.

Me resisto a hacer lo que pidió —ordenó—.

—¡Ojalá, mientras duermes, te devore un monstruo!

—Gracias, Serena, por la cortesía. ¿Ahora puedes, por la puta de los cojones, quitarte de la mierda de mi camino?

¿Podría matarlo aquí, delante de todos? Sí. Pero entonces le daría a su familia lo que quiere al ver a alguien de la mía perder la razón. Porque, al fin y al cabo, yo soy una Gatsby y él… un Parrish. Y es nuestro deber odiarlos, para mantener esta atmósfera tranquila.

—¡Hijo de puta desgraciado! —grito, mirando la figura imponente alejarse por la acera—. ¡Que se atragante con un trozo de carne y muera durante la barbacoa familiar!

Escucho una risa baja y me vuelvo para mirar a Sam.

—Ya había olvidado cómo era cuando estabas aquí. Creo que ahora las cosas volverán a la normalidad.

—Lo odio, Sam. De verdad lo odio.

—Tranquila, Sese, todo el mundo lo sabe, ¡hasta los bebés que aún no han nacido! Ahora vamos a hacer otro pedido, porque este se arruinó.

Suelto el aire con fuerza.

—¡Maldito Parrish! ¡Maldito!



CAPÍTULO 2

Logan

Logan

¿Qué más podía esperar de una Gatsby?

Los Gatsby son la piedra en mi zapato. Esa piedra que molesta y, al mismo tiempo, no logro quitarme. Y ver que otra más ha vuelto a la ciudad es suficiente para arruinarme el día, sobre todo porque sé que mamá se va a pasar el resto del maldito mes quejándose de lo insoportable que es tener que lidiar con uno más

de ellos. Llevo escuchando eso durante las últimas tres décadas y, aun así, ella sigue. Un infierno.

—¿Lo conseguiste?

—No, Tuck, ¿crees que tendría esta cara si lo hubiera conseguido? —entro al despacho que mantengo en la ciudad, cabreado, y para colmo con la camisa manchada de refresco—. Tiro del tejido y hago una mueca—. El día empezó de maravilla.

Si no me hubieran pillado desprevenido, habría reaccionado mejor. Pero toparme con Serena Gatsby y toda su prepotencia a primera hora de la mañana convirtió mis nervios en puro caos.

Pensé que no volvería a verla.

Que no tendría que lidiar nunca más con su personalidad horrible.

—Menuda porquería te hiciste ahí. ¿Padres batiéndose en duelo por el honor de sus hijas? Conociéndote, solo pudo ser algo así; sueles comportarte como un canalla siempre que hay una mujer de por medio. Acabarás muerto pronto, solo me queda despedirme. —Se baja el sombrero en señal de respeto y suelta un silbido bajo, tensando el rostro—. Qué pena, será una pérdida irreparable.

Suelto una risa amarga.

Con padres furiosos sé lidiar. ¿Pero con esa mujer?

—Ojalá fuera eso.

—Entonces, ¿qué es?

—Prefiero no comentarlo.

Observo a mi amigo mientras intenta descifrar lo que no digo. Pasados unos minutos, por fin desiste de leer entre líneas.

—Sinceramente, no me interesa. Pero sabes que tu madre odia el hecho de que no pienses en casarte. Tengo la sensación de que algún día querrás hacerlo y será ella quien odie la idea.

—No, eso no va a pasar.

No otra vez.

No sin que ella lo sepa.

—Ah, claro, ¡el emperador de Alabama es un soltero convencido! ¿Cómo pude olvidarme de ese pequeño detalle? —la ironía en "pequeño" es su manera de provocarme, como hacen los buenos amigos. ¿O serían los malos?

—Algún día… —repito sus palabras— te pasaré por encima con mi camioneta y, no contento, daré marcha atrás repitiendo el proceso hasta asegurarme de que ya no respiras.

—No lo harías, me necesitas.

Y, como para demostrarlo, abre el portátil y me enseña lo que le pedí hace unas semanas. Toda la información que solicité está reunida de forma concisa y clara.

Tuck es mi mano derecha en el Grupo Parrish.

No estoy oficialmente al frente, pero todos saben que sigo vigilando.

Al principio incluso intenté sentarme detrás de un escritorio, mantener el culo pegado al ordenador mientras mandaba a tipos trajeados que no tenían ni puta idea de lo que hacían. En dos años ya quería amputarme un miembro si eso significaba no estar condenado a aquel infierno las veinticuatro horas del día, los siete malditos días de la semana.

Para un hombre como yo, que nunca se interesó demasiado por los negocios ni por su semántica, aquello era un calvario. Así que, tras un acuerdo con mamá y los demás accionistas, optamos por hacer lo que sería mejor para la empresa y los empleados repartidos por todo Alabama.

Por eso el maldito apodo…

Emperador de Alabama.

Así me llamaban cuando estaba al frente de todo —no como ahora, que acecho desde las sombras— y es la razón por la que mucha gente tiembla al oír mi nombre. Saben lo que significa, saben exactamente por qué me llaman así.

Ese fue uno de los motivos por los que odié ser ejecutivo.

La responsabilidad me obligó a tomar decisiones que me cambiaron para siempre y, poco a poco, sentí que perdía a aquel chico que amaba ayudar a los demás, que disfrutaba de cosas simples como buscar rincones en la granja desde donde pudiera contemplar el cielo azul en toda su extensión.

Desde el momento en que hay que elegir el bien colectivo y las palabras "beneficio" y "facturación" entran en juego, es inevitable sentirse una mierda al tomar decisiones terribles que solo parecen buenas desde una única perspectiva.

Por eso renuncié al control oficial y a las cientos de reuniones mensuales. Opté por seguir al margen, para poder frenar cualquier decisión que el ejecutivo al mando pudiera tomar y que perjudicara a alguien, aunque fuera a la persona más insignificante. Como ya ocurrió en el pasado, con mi abuelo, con mi padre e incluso conmigo. Es una carga que mi viejo dijo que debía asumir, pero una carga que no quiero llevar.

Lo gracioso es que soy un cobarde por dar un paso atrás y permitir que otro lo haga.

Y, al mismo tiempo, me considero valiente por imponer lo que quiero sin permitir que los empleados sean dañados por la ambición de poder de la cúpula, porque, aunque estratégicamente, formo parte de ella.

—¿Eso es todo? —le pregunto a Tuck.

—Sí. Cada vez es más difícil obtener información confidencial sin enfurecer a alguien. Liberarte del poder, Logan, significa realmente dejarlo ir. No es lo que haces quedándote al margen e intentando controlar el cauce del río a través de otros. Aquello no fue culpa tuya, no fue culpa de nadie.

Aprieto la mandíbula por el recuerdo que evoca, y odio acordarme de eso porque demuestra lo frío y calculador que puedo ser. Lo mucho que pude ser.

—¿Quieres decir que debo dejar que otros controlen la empresa de la familia?

—No, solo que deberías deshacerte del trauma. O volver a lo que hacías, ya que al abandonar perdiste todo el progreso.

—¿Podemos cambiar de tema?

—Claro, como quieras.

—¿Y las demás?

Entiende la pregunta.

—El informe de todas las subsidiarias y filiales está aquí. —Señala una enorme carpeta sobre la mesa, sin mucho entusiasmo—. ¿Cuándo vas a empezar a revisar todo en línea? El medio ambiente lo agradecería. Me irrita imprimir cientos y cientos de cosas, como si fuéramos incas o mayas.

—Así es más fácil de visualizar.

Mi amigo se encoge de hombros, indiferente.

Mientras abro la carpeta, repaso por encima los documentos solo para confirmar que no olvidó nada.

Aquí, en el Cinturón del Algodón, somos gigantes. Desde hace más de ochenta años, los Parrish son responsables de gran parte de la producción y el procesamiento de algodón del país. Y aunque este sector ha perdido fuerza en los últimos años, con el avance de otras inversiones nuestras en áreas muy diversas, no representa una amenaza significativa.

Por eso todo el mundo en Alabama nos conoce.

Los Parrish de Tuscaloosa.

La mayor parte de la familia vive de dividendos y ganancias de los negocios, lo que nos permite una vida mucho más que cómoda, aunque no seamos conocidos por ostentar.

—No sé en qué estás pensando y probablemente no quiera saberlo, pero tenemos que lidiar con una emergencia —comenta mi amigo.

—¿Cuál?

El refresco seco me incomoda y, antes de que empiece a hablar, me quito la camisa que guardo en uno de los armarios y me deshago de la sucia.
La observo sobre la mesa y, perdiendo la paciencia, la tiro a la basura. Mejor no tener contacto con lo que una Gatsby ya arruinó.

—La señora Winslet vino hasta aquí y exigió que arregles la tubería que se rompió. Dijo que, como eres su marido, es tu obligación. Estuvo aquí esperándote y, curiosamente, terminé siendo yo el blanco de la ira de esa mujer. —Una de sus cejas se arquea y la sonrisa ladina que me lanza me hace poner los ojos en blanco.

La señora Winslet es una conocida de larga data de mi familia. Por desgracia, hace poco más de un año fue diagnosticada con alzhéimer y desde entonces se confunde y cree que soy su difunto marido.

Cuando me vio conversando con una mujer, le pegó con una sombrilla por coquetear con un hombre casado.

La situación fue muy graciosa, pero eso no oculta el hecho de que está en una fase muy vulnerable de su vida y no tiene a nadie que pueda ayudarla. Intentamos llevarla a una residencia donde tendría todos los cuidados, pero se negó rotundamente. Así que asumí la responsabilidad y pago a tres cuidadoras que se turnan para atenderla. El problema es que hoy una parece haberse quedado dormida.

—Pasaré más tarde.

Consciente de que no debe haber ninguna tubería rota; solo quiere un poco de compañía.

—Sabes que no es tu obligación, ¿verdad? —la pregunta es casi una afirmación.

—Sí. ¿La cuidadora vino a buscarla?

—Me preocupé después de que saliera del despacho y la seguí mientras no llegabas; y sí, la responsable encontró a Winslet y

la llevó de vuelta a casa sana y salva.

Suelto un suspiro aliviado.

—Qué bien…

—Si sigues así, su estado va a empeorar. La señora Winslet necesita atención las veinticuatro horas del día en un lugar especializado. Sé que…

Lo detengo; ya tuve esta discusión con mi madre varias veces.

—Winslet no tiene a nadie, Tuck.

—No es parte de tu familia, no tienes que responsabilizarte.

—Mi corazón no es de piedra; además, cuando yo era niño me daba galletas todos los días después de la escuela. Estoy devolviendo el favor. Y no es nada del otro mundo, no es una carga; de verdad me gusta poder ayudarla.

—Logan, Logan… eres una incógnita. Te peleas con todo el mundo, pero te preocupas por una anciana que ya te ha metido en muchos líos.

—No es por elección suya.

—Desde luego que no. Solo ten cuidado de no acabar lastimándote. Winslet se vuelve agresiva a veces, sobre todo cuando se da cuenta de que te confundió con el difunto.

—Puedo manejarla.

—Bien, entonces ¿a qué hora vas a arreglar la maldita tubería?

—Cuando las cosas estén más tranquilas.

Mi amigo me mira con una ceja arqueada, desconfiado.

—Solo por curiosidad, una pregunta que guardo desde hace tiempo —crea suspenso—, ¿cuál es tu jornada laboral? No puede ser la misma que la mía, teniendo en cuenta todo lo que haces.

—¡Cierra la boca!

—No tienes remedio. Me pregunto si tendrías la misma consideración por todas las personas de esta ciudad. Y cuando digo todas, es realmente todas.

—¿Puedes dejar de meterte en mi vida?

—Por lo visto, la respuesta es no.



—¿Y bien, cómo van las cosas? —mi hermano baja del carrito de golf con una sonrisa burlona.

Este hijo de una madre increíble debe haber oído las novedades.

—Mamá escuchó lo que todo el mundo en Tusca está comentando.

—¡Mierda! —hago un golpe y fallo, arrancando césped alrededor de la bola.

—¿Crees que hoy tengo alguna posibilidad de ganar?

—Si no cierras la puta boca, te meteré este palo por la boca hasta que te salga por el…

—¡EH, EH, EH! ¡Más despacio, bruto!

—Entonces déjame en paz.

—Vine a hacerte compañía.

—Por favor… —digo, mirando fijamente a mi hermano— no. Esto es un calvario. Peor que cuando nos obligaban a ir a la iglesia de niños o a trabajar en las fiestas del 4 de julio. —Cosa que todavía estamos obligados a hacer.

Mamá es una terrorista.

Me quito el sombrero y me seco el sudor que me corre por la frente. Hoy el día está increíblemente caluroso y ni el agua del río, que corre cerca del campo, logra refrescar el aire. Contemplo la corriente que se forma en algunos puntos y me pregunto si debería lanzar a mi hermano y fingir que no pasó nada. Lo miro, luego miro el río, me rasco la nuca y después la barbilla, evaluando los escenarios. Quizá debería hacerlo exactamente así.

—Deja de quejarte. Cuanto más te quejas, más grandes se vuelven las arrugas de tu cara. Tienes treinta años; no es una edad para preocuparse, claro que no, pero tienes que cuidar la piel si quieres que la gente piense que eres más joven de lo que realmente eres. Envejecer bien solo depende de ti.

Cuando era niño, me decían que tener hermanos era una bendición. Irónicamente, quien decía eso era hijo único.

—Si no paras, Ashton, te voy a tirar al Black Warrior sin importarme la ira de nuestra madre.

El río, con sus aguas oscuras, produce una especie de llamado seductor que me impulsa a considerar esa solución genial.

—Sé nadar.

—Por eso te lanzaría con una piedra atada al tobillo. Problema resuelto. Cuando me preguntaran por tu paradero, lloraría, triste por tu desaparición.

—¡Tu amor fraternal por mí es conmovedor!

Contrariando todas mis palabras, se acerca y se prepara para participar en el juego. Si algún día me libero de Ashton, lo celebraré hasta morir. De mis hermanos, es el más irritante.

—¿Y lo conseguiste? —pregunto.

—¿Qué cosa?

—Una inquilina para el local. Al llevar tanto tiempo vacío, me preocupa que nadie quiera alquilarlo por lo que ocurrió.

Lo que ocurrió… el incidente, la tragedia, fue algo que sacudió a la población local. Y aunque entiendo la aprensión de la

gente a quedarse en el establecimiento, también creo que no pasa de ser superstición: el miedo a estar allí y que ocurra lo mismo.

—¿Qué gano si lo conseguí? —el sarcasmo es, por desgracia, nuestra marca registrada.

Me gusta ser ácido, responder con ironía a preguntas incómodas, pero cuando alguien de la familia me habla igual, me siento ligeramente irritado.

—Nada. ¿La cantidad absurda de dinero que me robas ya no es suficiente?

Ashton es tan vago como mi primo. Ambos trabajan rara vez y, cuando lo hacen, esperan compensaciones financieras colosales que ni siquiera merecen. Son dos criaturas despreocupadas que prefieren perderse en romances tórridos con mujeres que no volverán a ver en su vida. No es que yo no haga lo mismo; la diferencia es que soy honesto con ellas y les digo que jamás me casaré, por más que mi madre prometa lo contrario por toda la maldita ciudad.

El año pasado tuve que quitarle la batería a su camioneta, porque había puesto un altavoz en la parte trasera que repetía:

¡SE BUSCA ESPOSA PARA LOGAN PARRISH! INTERESADAS, POR FAVOR PRESENTARSE EN LA GRANJA CAMELIA LO ANTES POSIBLE. ¡QUIERO UN NIETO! PUEDEN LLAMAR A MI HIJO AL NÚMERO…

—Robar es un verbo muy fuerte. Tomo adelantado, ya que tengo los mismos derechos a la fortuna que tú.

Gruño para mis adentros y hago otro golpe. La bola va directa al siguiente hoyo. Aunque han pasado meses, todavía me enfurezco al recordar la vergüenza a la que me condenó mi madre. Como al final del mensaje aparecía mi número de teléfono, la cantidad absurda de desnudos y mensajes subidos de tono que recibí me obligó a cambiarlo.

No tengo una madre; tengo una enemiga.

Tal vez sea una Gatsby.

—No tendrás fortuna si sigues gastando así.

—Deja de ser miserable. Podríamos limpiarnos el culo con billetes de cien y aún tendríamos dinero.

—Eres una vergüenza, deberías sentirte mal. ¿Qué hiciste para merecer todo eso, además de nacer?

—Aguantar que tú seas mi hermano mayor. Si nuestro padre aún…

—NO —enfatizo.

Levanta las manos, disculpándose.

—Ya no habló quien habló.

—Odio que saques ese tema.

—No quise minimizar tu trabajo, solo creo que no deberías considerarte el jefe de la familia; ya no, ahora que todos somos adultos. Me imagino lo horrible que debe ser lidiar con todos los problemas y además aguantar la paranoia de mamá. Ella se toma la maldición en serio, ¿sabías? Si un Parrish no se casa…

—Es difícil superar viejos hábitos. Y no sirve de nada tocar ese asunto; no me casaré antes de los treinta y uno.

—Faltan cuatro meses para tu cumpleaños. Aún hay tiempo de revertir el problema.

—¿De verdad crees en esas mierdas?

Otro golpe. La bola va directa al río. Menos mal que uso un material que no daña el medio ambiente, o agarraría a Ashton por el cuello y solo lo soltaría en la zanja.

—Claro que no.

—Entonces no me jodas. Es un problema mío.

—Mamá no lo cree así. Si depende de ella, te casarás con cualquiera solo para anular esa creencia. ¿Sabías que ya está preparando el plan? Te va a secuestrar el próximo fin de semana y te llevará a algún lugar donde la única opción será decir que sí. ¿Si te

va a gustar la esposa? No tengo idea, pero por lo que leí, eso es lo que va a hacer. ¿Lo dudas?

¿Después de lo de la camioneta?

Ni de broma.

—Encontraré la forma de lidiar con ella.

Esta vez acierto el golpe, lo que refuerza una confianza que no debería sentir. Nadie puede lidiar con Rose Parrish, y mucho menos yo. La diferencia es que la mayoría lo sabe; en mi caso, todavía intento engañarme creyendo que, de alguna manera milagrosa, lograré manipularla para que olvide nuestras tradiciones.

Las asumo como tradiciones.

Me niego a ver esto como algo más que una alucinación.

—¿Cómo puede un hombre engañarse tanto? —el comentario de Ashton no me molesta.

—¿Conseguiste un inquilino o no? —retomo el asunto que más me interesa.

—Sí.

—Hay un "pero" en tu respuesta. —conozco a mi hermano desde que nació y sé que lo hay.

—La persona que alquiló no es la que se quedará allí.

Pienso un momento en lo que dijo. Tusca no es una ciudad tan grande, pero tampoco tan pequeña; la mayoría de las familias se conocen, así que la posibilidad de que sea alguien bien intencionado es baja. ¿Por qué tanto misterio si no hubiera algo detrás?

—¿Quien firma no es quien llevará el negocio? —pregunto solo para aclarar—. Cuando confirma con un gesto, comento—: qué cosa tan rara.

—¿Y qué tiene de extraño? —replica.

—No sé, hermano, pero algo no está bien.

—Lo que estaría mal es dejar ese lugar vacío más tiempo. Devaluaría la zona y sería más difícil encontrar a alguien dispuesto a

pagar el precio.

—Puede ser, pero luego no digas que no te avisé. —Otro golpe, y la bola entra en el mejor hoyo del campo—. ¡¡ESOOOOOO!! —celebro, escuchando el silencio de Ashton—. Puedes ignorarme; más adelante hablamos.

—Nada va a salir mal, nunca me sale nada mal —dice él, convencido.

—Algo me dice que nos vamos a joder.

—Jamás. Confío en la persona que alquiló.

Frunzo el ceño.

—Ojalá tengas razón y no salga nada mal, o te arrancaré la cabeza.



CAPÍTULO 3

Serena

Serena

Sueño con Logan Parrish y, en todos mis sueños, la rueda de mi camioneta le aplasta la cabeza.

Todo sale mal.

Incluso cuando pensé que podía salir bien.

Veo a Logan Parrish mirándome desde el enorme ventanal de vidrio. Desde el escaparate ahora limpio de la tienda que alquilé.

El mismo Logan que le alquiló este lugar a Sam. El mismo tipo sobre el que derramé todo el refresco, el mismo tipo al que conozco desde niña, el mismo tipo que es enemigo mortal de mi familia. Sí, ese tipo. ESE.

¡Estoy jodida!

¡Muy jodida!

Intento esconderme detrás de uno de los muebles, sabiendo que no servirá de nada. Soy tan caradura que agarro un perchero de ropa y camino con él, fingiendo que no pasa nada, que no soy una mentirosa a la que acaban de descubrir.

Todo va a salir bien, Serena.

Finge que eres un perchero de madera.

Finge que estás lleno de ropa.

Lo escucho intentando abrir la puerta. Todo mi cuerpo anticipa el impacto de la furia de alguien engañado. Algo mucho peor de cómo reaccioné yo al descubrir que fui una idiota, sin duda. Recuerdo claramente haber sonreído de forma torpe, una sonrisa sin alegría alguna, y haber hecho preguntas que no importaban, como:

¿La casa que intentamos vender hace un tiempo se vendió? ¿Por cuánto? ¿El que cerró el contrato ya pagó?

¿Y el apartamento de la semana pasada? Fue un éxito, ¿no?

En aquel momento, la persona que yo conocía siguió mirándome como si tuviera mucho que decir y, al mismo tiempo, nada. Fue un vacío tan pesado que el fondo del océano habría sido liviano en comparación. La escena fue deprimente, igual que ahora, cuando me encojo avergonzada, como si hubiera hecho algo mal. Sé que en este caso, en esta situación en particular, sí, hice algo muy mal. ¿Pero no puedo tener un pequeño respiro después de tantos golpes de la vida?

Solo yo sé por lo que pasé.

Solo yo sé lo que sentí.

Y solo yo sé cuánto me cuesta cada día seguir adelante cuando toda mi vida no es más que un escenario catastrófico de lo que un día fue un sueño.

Descubrí demasiado tarde que los sueños hieren.

Cuando se convierten en pesadillas, hieren de verdad.

Por eso mucha gente tiene miedo de soñar, porque fallar significa dolor y sufrimiento; fallar significa que lo intentaste y no lo lograste, y a veces eso basta para alimentar el desaliento. Hay quienes con el tropiezo recuperan toda la confianza y hay quienes no. La vida es así. Yo lo estoy intentando una vez más y no sé si esta actitud es sabia.

Mucho menos mientras desafío a Logan.

—¡SEEEEEEEEEREEEENAAAAA GAAAAAAAAAATSBY!

Su grito sacude toda la tienda.

Soy un perchero.

¡Un perchero!

Sigo repitiendo esa mierda, rogando para que se vaya si no abro la puerta. Escucho los golpes de sus manos contra el vidrio y me pregunto cuánto tiempo aguantará la pobre superficie antes de hacerse añicos. Porque es muy fuerte, lo sé; ayer lo vi levantar un toro mecánico. ¡Un toro mecánico, por el amor de Dios!

Esta puerta debería ser estudiada. ¿Cómo está resistiendo la furia de ese Parrish?

—¡SUUUUUSALAFRIIIIA! —otro grito.

Voy a morir.

Y no tardará.

Me llama salafaria para no decir algo peor.

Sigo en silencio, fingiendo que no estoy aquí, a punto de conocer el plano espiritual. No es que tenga el valor de hacer algo, por más furioso que esté; Logan nunca, jamás, amenazó a una mujer. Lo sé, ya presencié muchas escenas suyas siendo un

auténtico bastardo hijo de puta, pero no con mujeres. Ni siquiera conmigo, alguien a quien odia profundamente.

Tenemos una historia.

De provocaciones, travesuras, bromas, palabrotas, de todo.

Por más que no deberíamos tenerla, la tenemos, porque al fin y al cabo durante gran parte de nuestra vida vivimos pared con pared. Lo que me lleva a preguntarme: si las familias se odian tanto, ¿por qué ninguna se muda?

Hay cosas que no tienen sentido en esta maldita ciudad, y esa es una de ellas.

—¡SERENA, ABRE ESTA PUTA PUERTA, CARAJO! ¡SI LA FUERZO, SERÁ MUCHO PEOR! —sus gritos potentes me hacen temblar.

¿Tengo un bate de béisbol entre mis cosas?

Rebusco en mi mente, intentando recordar cuando acomodé todo, y sé que no lo tengo. ¡Mierda! Para empeorar, decidí vivir en la parte del entrepiso de la tienda, así que ni siquiera tengo adónde huir. Si voy a casa de mi familia, con el tamaño del disgusto que siente mi madre, es capaz de entregarme ella misma al Parrish sediento de sangre.

Por eso me fui de allí.

No la soportaba más preguntando qué voy a hacer ahora con mi vida.

—¡SERENA NO ESTÁ! —replico, con la cara más descarada del mundo.

Separados por el escaparate, aún puedo oírlo bufar como un toro bravo.

—¡GATSBY SIN VERGÜENZA, SI TE ATRAPO, NO QUEDARÁ NADA PARA CONTAR LA HISTORIA!

Muerdo mi labio inferior, preocupada.

¿Y si huyo?

Suelto el perchero al recordar la puerta trasera. Mi coche está aparcado atrás, lo que me daría tiempo de escapar, al menos hasta que se calme.

¡Ah, que se joda! —pienso mientras corro.

Entro en el coche en cuestión de segundos tras abrir la puerta y, en cuanto arranco, lo veo aparecer furioso, sujetándose el sombrero mientras corre en el vano intento de alcanzar el vehículo.

Saco la mano por la ventanilla y le muestro el dedo medio. En el retrovisor se refleja mi sonrisa endiablada.

—¡CÓMETE ESTA, PARRISH!

Serena 1 x Parrish 0.

Gané esta ronda; de la próxima me preocuparé después.



—¿Huir es un acto de cobardía? ¡Claro que no! ¡Es de valentía! —hablo sola mientras camino a lo largo del río Black Warrior.

Me rodeo el cuerpo con los brazos mientras doy una patada al aire con un pie tras otro.

Tarareo alguna canción que combina con el canto de los pájaros.

Los sonidos que brotan en este final de tarde crean una melodía única para la naturaleza. Contemplo mis pies y las sandalias, con la arena que cubre parte del camino colándose entre los dedos. Por un momento me detengo y me concentro en eso, intentando no pensar en el lío en el que me metí.

Los árboles me protegen de la luz directa y me abrazan como un arco verde y pacífico; junto a ellos, el río corre despacio,

sin prisa por llegar a su destino, igual que yo. ¿Quién diría que vería similitudes entre mi vida y el curso del agua? Deprimente. Lo más insano es que la mayor diferencia entre ambos es que él tiene un destino, mientras que yo no consigo ver ninguno.

Sonrío y lo que era solo una sonrisa se convierte en una risa creciente, aumentando con cada paso.

El vestido amarillo y amplio que llevo es mucho más alegre que la mujer de treinta años que me habita y enfrenta una encrucijada.

¿Por qué duele tanto?

¿Por qué las personas en las que más confiamos son las que más nos decepcionan?

Si el karma existiera, ese desgraciado ya estaría pagando a estas alturas. Pero esta mañana, cuando busqué su nombre —un error—, vi que está a punto de casarse.

Hace tres meses que el divorcio se hizo oficial.

¡Tres meses!

¿Por qué él está tan feliz, a punto de decir que sí una vez más, y yo me siento como una mierda abandonada en el pasto desde hace tiempo? Ni para abono serviría.

No seas precipitada, Serena. Si tomas esta decisión, no habrá marcha atrás. —Eso fue lo que dijo.

¿Yo tomé la decisión? ¡Pero fuiste tú quien me traicionó, carajo!

Si te traicioné, tuve algún motivo, ¿no crees?

Los hombres son una raza de hijos de puta. Yo formaba parte del grupo que no generalizaba, que juraba haber encontrado a un príncipe entre los sapos. El tamaño de la caída que me di fue suficiente para romperme todos los huesos del cuerpo y cada uno se está curando de la manera equivocada, torcido, dejándolos totalmente incapaces de funcionar con normalidad en el futuro.

Observo el río y muerdo mi labio inferior.

Mis ojos se humedecen y aquella Serena segura de sí misma, que ganaba dinero subida a sus tacones y viajaba por el mundo, desaparece. Fue apagada como una luz al accionar un interruptor. La última persona que pasó dejó oscuridad.

Todo el mundo tiene a alguien que fue el último en salir de la habitación y se llevó la claridad consigo. Todo el mundo.

De repente, el sonido de los pájaros se ve interrumpido por un murmullo, un conjunto de voces que se aproxima peligrosamente. Tan cerca que entro en pánico por no querer hablar con nadie, por no querer que me vean a punto de derrumbarme.

—Esa chica siempre fue un demonio, no me sorprende que haya vuelto con el rabo entre las piernas después de fracasar. ¡Bien hecho! Estoy segura de que tiene algo que ver con la gente que quema mis camelias. —Ahora puedo oír claramente lo que dicen.

Gracias a Dios y a la curva que hace el camino, quienes vienen no me ven y tengo tiempo de esconderme en uno de los arbustos. Con la sensación… con la maldita sensación de que están hablando de mí.

—También lo creo. Pero esas mujeres nunca salen bien en la vida.

Esa señora forma parte del comité de no sé qué de la ciudad y poco me importa. Una auténtica lamebotas de los Parrish. Si le mandaran comer mierda, es muy capaz de hacerlo y todavía decir que estaba deliciosa.

—Me enteré de que el marido la engañó y encima la echó —Rose Parrish entra en mi campo de visión y me contengo para no saltarle al cuello a esa vieja astuta—. Es algo que se puede entender, heredó el mismo temperamento de la madre. Si yo pudiera… ay, si pudiera…

Veo líneas rojas ante mis ojos, provocadas por la rabia.

¿Quién se cree que es para opinar sobre mi vida? ¿Quién se cree que es para decir lo que merezco o no?

Ojalá tuviera el valor de salir de la maleza y enfrentarme a esa hija de puta.

Cierro los puños con tanta furia que siento arder las palmas cuando mis uñas se hunden cada vez más.

Aprieto la mandíbula y comprimo los labios.

Necesito toda mi fuerza de voluntad para quedarme quieta, sin mostrarle lo que de verdad significa causar problemas. No quiero pasar la noche en la cárcel, pero que esa vieja merecía una lección, ah, eso sí que la merecía.

—Deja de hablar mal de quien no está aquí para defenderse, eso es horrible, mamá —Mackenzie, su hija, aparece trotando con un paso suave.

Su cabello rubio y largo está recogido en una cola de caballo y sus ojos verdosos juzgan a la madre. La mujer alta y esbelta sube en mi consideración; no pensé que me defendería. Nunca tuve mucho contacto con ella, en realidad nunca tuve mucho contacto con ninguno de ellos.

—¡No vengas a defender a alguien de esa familia!

—Creo que esta pelea es la cosa más idiota del mundo. Son un montón de inconscientes. Igual que esa paranoia tuya de que Logan necesita casarse antes de cumplir treinta y un años.

En otra época, en otra vida, sin duda seríamos amigas.

—¡No juegues con maldiciones, niña!

—Creí que ibas lo suficiente a la iglesia como para no creer en esa tontería.

Me encojo aún más cuando se acercan lo suficiente como para verme si no me camuflo bien.

—¡MACKENZIE! —reprende la mujer en voz alta.

—¿Y la tienda, se consiguió alquilar? —la señora lamebotas cambia de tema.

Presto atención, porque algo me dice que esa tienda es la que yo luché con uñas y dientes por alquilar.

—Según Ashton, sí.

—¿Después de lo que pasó allí? ¿La persona es de fuera de la ciudad? Desde luego alguien de aquí no se arriesgaría a poner un pie en ese antro maldito.

—Ustedes solo saben hablar de maldiciones, ¡por el amor de Dios! —masculla Mackenzie.

¿Qué pasó en la tienda? ¿Estoy corriendo peligro?

¡Por favor, hablen más de la puta tienda! ¡VAMOS, HABLEN!

Por desgracia, no siguen mis ruegos mentales y se enredan en otros asuntos y estupideces. Cuando pasan, dejo caer el trasero detrás del arbusto y me quedo escondida un rato más. Que se convierte en una hora, mientras mantengo la cabeza baja y apoyada en las rodillas, pegadas al pecho.

Creo que nunca debí haber vuelto.

No voy a llorar, no voy a llorar, no voy a llorar.

Me di el lujo de llorar solo un día y después hice la promesa interior de no volver a llorar nunca más por lo que pasó. Puedo tener muchos defectos, pero no considero uno de ellos mi capacidad para protegerme.

Por fin salgo de mi escondite después de quedarme quieta el tiempo suficiente como para sentir que los músculos protestan.

—¿Qué diablos pasó en la tienda?

—¿Hablando sola, Serena?

Levanto la cabeza y veo a Logan en el punto de donde vino su madre. Me mira, me analiza, entrecierra los párpados y respira hondo.

Esta vez no voy a poder correr, sobre todo porque he vuelto al lugar del que siempre quise salir.

Qué ironía de mierda.



CAPÍTULO 4

Logan

Logan

¿Es una Gatsby lo que veo en mi tienda recién alquilada? No, no es posible, debo estar alucinando. No puede ser otra cosa.

No importa que este sea el último local comercial disponible en Tusca; ella debería haberse ido simplemente a otra ciudad. No habría cambiado nada. Ya lo hizo una vez, ¿cuál es el problema en

hacerlo de nuevo? ¿Por qué esa necesidad urgente de quedarse aquí, cuando la verdad es que, aparte de su familia… a nadie le importa? Y como si no fuera suficiente, todavía va a tener que escuchar cosas horribles sobre sí misma, porque, al parecer, ahora todo el chisme de la región gira en torno a su matrimonio y a su regreso repentino, cuando supuestamente le iba mucho más que bien en Tennessee.

Golpeo el suelo con las botas, escuchando el sonido que provoca la suela.

Me quito el sombrero y me rasco la cabeza, aún nervioso.

Me froto la barba incipiente y miro directo al sol, a punto de esconderse en el horizonte.

—¿Dónde diablos se metió?

Tengo que impedir que continúe con esa empresa; de ahí no puede salir nada bueno. Y necesito hacerlo cuanto antes, antes de que mi madre se entere y mañana sea mi cuero el que adorne el suelo de la casa de la hacienda. Entre las cabezas de animales disecados estará la mía si no resuelvo este asunto de inmediato.

Cierro los ojos y soy capaz de verme colgado en la pared, justo encima de la repisa de la chimenea, formando parte de la decoración. Mi Stetson blanco favorito descansa sobre mi cabeza y los ojos vidriosos me asustan incluso en pensamiento. Hago una mueca y trato de ser racional.

—Solo habla con ella y échala de allí si hace falta.

Maldita mujer del demonio.

¿Creyó que no iba a descubrirlo? ¿En esta ciudad de mierda donde, si te tiras un pedo en la calle, al día siguiente todo el mundo lo sabe?

¡Maldita seas, Serena!

¡De serena no tienes nada, salvo la cabeza de mi polla!

—¿Adónde vas con cara de estar a punto de matar a alguien? —pregunta Ashton, apresurándose para seguir mi paso,

apareciendo de la absoluta nada, el mismo lugar adonde me dan ganas de enviarlo.

Ese hijo de… mejor me callo, o terminaré acusado de mandar a mi hermano a la tumba. Lo cual sería un favor a la humanidad.

—Suerte que no eres tú… todavía.

Cruzo la calle sin mirar a los lados, sin siquiera saludar a quien pasa junto a mí, tal es mi rabia por haber quedado como un idiota. Los árboles de la acera se mecen con el viento y respetan mi furia, dejando caer las hojas antes de que pase bajo ellas.

Serena maldita.

Su nombre resuena en mi cabeza, siempre seguido de insultos.

—¿Qué pasó?

Ignoro la pregunta y hablo solo, como un loco:

—¿Cree que puede esconderse?

Busco al demonio sin encontrarlo en ningún rincón.

—Qué miedo… ¿ahora te pusiste a gritar solo?

—Si no te callas, te va a tocar a ti.

Ashton se persigna.

—¡No necesitas paz, necesitas un exorcismo!

—¡Exorcismo una mierda! ¡Voy a deshacerme de esa mujer de una vez por todas!

—¿Qué mujer?

—Además, ¡esto es culpa tuya! ¿Sabes quién alquiló la tienda? ¿Quién la alquiló de verdad?

—¿No fue Sam?

—¿Y quién es la mejor amiga de Sam, cabeza de chorlito? ¿Quién volvió hace poco y no conocía la fama del lugar? ¡Debí comprobarlo mejor en lugar de confiar en ti!

Ashton abre los ojos como platos y durante unos segundos no sabe qué decir.

—Dudo que Serena tuviera ese valor.

—La vi hace un rato, acomodando las cosas. No solo lo tuvo, sino que creyó que podía engañarme. ¡Pero no lo va a hacer, o no me llamo Logan Parrish!

—Si mamá se entera de esto…

—Estarás jodido, porque yo no voy a asumir esta mierda.

Nadie quiere quedarse en esa tienda, así que debí haberlo sospechado, sobre todo con esa historieta barata de que quien alquiló no iba a quedarse allí. Claro que no, porque quien realmente la alquiló no es alguien que yo quisiera. No es alguien que pudiera alquilarla. Toda esa estupidez de que cualquiera podría quedarse allí no vale para una Gatsby, no vale para Serena.

Debería volver al infierno de donde salió y quedarse allí.

—¡Entonces arregla el problema lo antes posible! —su preocupación demuestra que sabe lo que pasará si esto llega a oídos de…

Mientras habla, escucho las voces de mamá, Mack y alguna señora del pueblo. No sé cuál, ni me importa.

Debo esconderme.

Lo antes posible.

Miro a los lados, evaluando las fachadas de las tiendas, sin que ninguna tenga un lugar donde pueda camuflarme. ¡Maldito infierno! ¡Qué rabia! Mi semblante se marchita como una flor recién podada y todo mi ser se ahoga en una oscuridad infinita.

Voy a tener que enfrentarme a mamá.

¿Un tipo de estos, con treinta años encima, con miedo de su madre? ¡Por favor, Logan Parrish!

Enderezo la postura y me agarro del cinturón del pantalón, aferrándome a algo, aunque sea frágil.

—Logan, querido, ¡no sabía que te encontraría aquí! —canta ella, con una sonrisa enorme en el rostro.

¡Maldición!

Todo el mundo sabe que cuando sonríe es mil veces peor.

Tuerzo la boca e intento parecer despreocupado, sintiendo el sudor correr por mi frente y el rostro arder de aprensión.

—Tuve que resolver algunos problemas…

—Y hablando de problemas —entrecierra los párpados antes de continuar—, vi a esa chica Gatsby hace un rato por el camino del río. Fingí no notar que se escondía detrás de un matorral. ¡Me pareció tan idiota! —Sinceramente, yo habría hecho lo mismo que Serena si hubiera habido algún arbusto cerca.

—Mamá habló mal de ella a propósito porque sabía que Serena estaba allí —admite Mack, mirando sus propias uñas con absoluto desinterés—. Me pareció tan cruel de su parte que hasta intenté defenderla. De hecho, debería dejar esa rabia idiota. ¿Hasta cuándo va a actuar así? Nadie nunca supo la razón por la que las familias pelean tanto, y esto ya está afectando la salud mental de los involucrados.

—¡Nadie te pidió tu opinión! —mamá saca la cartera del bolso y le da un golpe en la frente a su hija.

Mi hermana se queda un momento sin reacción, incrédula de haber sido tan ingenua como para decir lo que piensa sin estar lo bastante lejos del terror de nuestras vidas.

Rose Parrish tiene la costumbre de lanzar lo que encuentra a mano contra sus hijos. A veces se quita la bota para darnos con ella, porque siempre es preferible golpear a alguno de nosotros, aunque tenga que andar descalza.

—Tonta —murmuro, mirando a Mack—. Deberías haber tomado distancia antes de abrir la boca.

—¿Y tú, cuándo te vas a casar? —regaña mamá, cambiando de tema a una velocidad aterradora.

No voy a casarme.

¡Dios me libre de condenar a alguien al tormento que es esta familia!

—No voy a hacerlo.

—¡Logan, ya hablamos de esto!

—Y yo ya dije que puedo ocuparme de mi vida.

No puedo ocuparme de mi vida.

Yo soy el responsable de su ruina.

La mirada asesina en el rostro de mi madre prueba que soy un puto idiota que, incluso con treinta años, parece un niño siendo reprendido.

—No volveré a preocuparme por ti. La maldición es real, lo sé muy bien.

—¡Mi tío no murió por ser soltero, mamá!

—¿Y cómo explicas que muriera una semana después de cumplir treinta y un años?

—Creo que debería dejar de hablar de eso. —Siempre me siento incómodo, como si una brisa extraña y helada soplara, susurrando que ningún rumor es infundado. Pero eso me haría sentir un idiota por creer en lo que no existe, en lo que no fue más que una sucesión de coincidencias.

Al notar mi incomodidad, ella se empeña en continuar:

—Si no te casas, te voy a desheredar. ¡No recibirás ni un centavo de mi herencia, hijo desagradecido! ¿No ves que solo me preocupo por ti?

—¿Casarme y divorciarme impedirá que la maldición se cumpla? —digo en tono de broma.

—Creo que sí —responde, convencida de que la pregunta necesitaba respuesta.

Mamá, en el auge de sus sesenta años, con algunas canas y arrugas de expresión marcadas por el tiempo, fija la mirada en mi

rostro con atención, evaluando cada una de mis reacciones. ¿Será capaz de ver el sudor resbalando de lado por mi frente? Espero que no, porque si lo hace sabrá que hay otro asunto que me preocupa mucho más.

—Entonces está decidido: encontraré a alguien, me casaré y me divorciaré. De mi —abro comillas— maldición —me encargo yo.

—Tienes que hacerlo pronto —apremia.

—Tengo tiempo de sobra.

—¿Crees que podrás encontrar esposa en cuatro meses, cuando no lo hiciste en una década?

—Habla como si yo hubiera querido casarme a los veinte.

—Tú no, pero yo ya estaba buscando a alguien. Por desgracia, no parecías interesado.

—Como no tengas cuidado, hermano, mamá te va a drogar y cuando despiertes estarás en el altar, a punto de decir que sí —provoca Mack.

—¿Crees que eso funcionaría? —pregunta esa vieja descarada.

—No me digas que planeas poner ese plan en marcha.

—Si la noche anterior a tu cumpleaños no tienes una novia, lo descubrirás.

—¿Puede ser cualquiera?

—¡Cualquiera! —promete—. ¡Mientras te cases, acepto a cualquiera!

—Luego no puedes arrepentirte —bromea mi hermana—. ¿Y si elige a una Gatsby?

Los ojos de mamá se salen de sus órbitas y sé, de pronto sé, que mi hermana va a recibir un castigo ejemplar cuando la matriarca Parrish meta la mano en su bolsa de compras y saque una lechuga, con la que empieza a golpear a Mack sin piedad. Es tan gracioso verla recibir una paliza con la hortaliza que por un momento me

olvido del problema que es Serena Gatsby… hasta que recuerdo, hasta que caigo en la cuenta de que dijeron exactamente dónde está la diablesa.

—¡Mamá, tengo que irme! —digo rápido, antes de que tenga tiempo de recuperarse y salir corriendo detrás de mí.

—¡TRAIDOR! —grita Mack furiosa—. ¡NO VOY A OLVIDARME DE ESTO, NUUUUUNCAAAAA!

Prefiero a mi hermana enfadada conmigo que a mamá moliéndome a lechugazos. Eso me hace correr aún más, todo para arreglar las cosas antes de que la furia de Rose Parrish se dirija hacia mí.

Prefiero que el cielo me caiga encima antes que lidiar con su ira.

No es por maldad; amo a mi madre, pero la mayor parte del tiempo es un coñazo. De esas personas que o se aman o se odian. Y por lo general, solo la familia la ama; el resto pagaría a un sicario para quitársela de encima. Ojo, no soy un mal hijo —solo a veces—, pero es que de verdad es difícil de manejar. Culpo a su crianza y a la fuerte convicción de que, cuando se tiene nuestro apellido, se puede decir absolutamente lo que se quiera. ¿O será algo que adquirió con los años? Sí, puede ser.

En fin, no culpo a Serena por haberse escondido en el matorral; la culpo por intentar engañarme. Así que, lógicamente, aprovecho la información que recibí y subo a mi camioneta con un único objetivo en mente:
degollar a esa mujer antes de que me degüellen a mí.



—

—¡TÚ! —bramo al ver a la figura responsable de mi muerte en un futuro no muy lejano.

—Logan —agita las manos, los ojos brillando con algo desconocido—. No quise engañarte a propósito —sí quiso, estoy seguro—, solo necesitaba muchísimo ese lugar para poder abrir mi negocio, de verdad. No fue algo que hiciera pensando específicamente en pasarte por encima. ¿Puedes creerme? ¿O sería pedir demasiado un momento de racionalidad? Amigos, amigos, negocios aparte, ¿no es eso lo que dice el dicho? En nuestro caso podría ser enemigos, enemigos, negocios aparte. Prometo quedarme bien calladita y no provocarte más. ¿Te imaginas lo maravilloso que sería vivir en un mundo donde no te molestara cada vez que te viera? —Serena se frota las manos, suplicante, mientras retrocede a pasos cortos, y yo me agiganto frente a ella.

No hago ningún esfuerzo por sonar conciliador; quiero que se asuste, que entienda el peligro de jugar con alguien como yo.

Soy irritantemente frío cuando hace falta, y Serena está a punto de enfrentarse a la peor parte de mí.

—Serena… —maldita, tramposa, sinvergüenza, cretina— Gatsby —pronuncio despacio, dándome tiempo mental para añadir todos los insultos que me vienen a la cabeza cuando pienso en ella —. ¿De verdad creíste que esto podía funcionar? Si mi madre se da cuenta de que fuiste tú quien alquiló la tienda, ¿crees que tus posibilidades de seguir con vida serían altas? Hago esto por mi bien y por el tuyo. Así que no intentes quedarte allí; te sacaré a la fuerza.

Veo cómo el brillo oscuro en sus ojos se intensifica y muerde el labio inferior sin darse cuenta. No quiero ni imaginar qué está pensando.

—¡No puedes sacarme a la fuerza! —tarda unos segundos en decirlo—. Eso sería horrible de tu parte.

Jamás usaría la fuerza con ella, pero claro, ella no lo sabe. Así que su miedo es comprensible.

—¿Quieres comprobarlo? —amenazo.

Como si el mundo entero conspirara a favor de nuestra pelea, el viento empieza a soplar con furia, la corriente del río se intensifica y el sol, que ya se alejaba antes, ahora está casi oculto tras las copas de los árboles, trayendo consigo esa penumbra del inicio de la noche.

—Dudo que hagas nada.

—Serena, hablo en serio. O sales de allí, o las consecuencias legales recaerán sobre Sam.

Su seguridad se tambalea cuando oye el nombre de su amiga, lo que me provoca un mínimo —muy mínimo— arrepentimiento. Noto cómo sus párpados descienden lentamente y la mujer que conserva los mismos rasgos físicos de cuando se fue de aquí hace poco más de diez años deja caer los hombros en señal de derrota. Absorbo cada matiz: la forma en que el cabello castaño y ondulado cae resbaladizo hasta su cintura, cubriendo el rostro ligeramente ovalado, poéticamente realzado por unos ojos grandes y expresivos del más profundo tono ocre.

Serena sigue siendo la misma persona que se fue, físicamente, pero emocionalmente parece más arisca, asustada, herida, como si pensara cada una de sus acciones mil veces antes de llevarlas a cabo.

Dar-me cuenta de eso me hace acomodar el sombrero, sin saber qué pensar.

Incluso quedarme mirando sus labios mientras los presiona, contrayendo la parte inferior de su rostro, me incomoda.

Antes, recuerdo haber comparado su boca con una fresa. Cuando era un crío en plena pubertad, eso era todo en lo que podía pensar al mirarla: una fresa grande, jugosa y roja.

Ahora, al mirarla, ya no parece tan atractiva.

Odio las fresas.

Ya no las soporto.

—¿Vas a irte? —pregunto al no recibir respuesta, pero necesitarla.

—No.

—Bien —digo, sacando el teléfono—. Sam, querida, Serena te está echando a la hoguera, así que hablaré con los abogados de la familia sobre lo que pasó con la tienda y podrán resolverlo de la manera correcta.

—¡Imbécil! —escucho el grito antes de sentir el golpe en mi cuerpo, lanzándome violentamente hacia atrás—. ¡No te metas con ella, tu problema es conmigo! —Las palabras se cuelan en mis oídos justo antes de que mi espalda choque contra el suelo.

Por unos instantes me falta el aire y los pulmones me arden por el impacto. ¿O será por el peso sobre mí?

Cierro los ojos e intento entender la situación, dándome cuenta demasiado tarde de que la presión en mi pecho no es una sensación imaginaria, sino Serena aplastándome tras derribarme. Esta loca me está atacando cuando la equivocada fue ella por intentar alquilar un inmueble usando a otra persona.

¡Qué mujer más desgraciada!

—¡Quítate de encima, carajo!

La agarro por la cintura y noto mi error demasiado tarde, cuando mis dedos encuentran un hueco en su camiseta y siento la piel sedosa vibrar bajo mis yemas. Me arden y un escalofrío me recorre la espalda, provocándome una erección tan jodida que no consigo contener. Un infierno.

Si tengo suerte, no lo notará.

Aunque esté pegada a mí.

Aunque su cuerpo esté presionando cada centímetro del mío.

Por desgracia, estoy seguro de que percibe lo que ocurre en mis partes bajas, porque la veo abrir los ojos de par en par y aspirar aire con fuerza mientras se levanta tambaleante, liberándome de la

tensión aplastante. Apenas logro procesar la situación, contemplando el cielo en una mezcla de naranja y azul oscuro, y las copas de los árboles que parecen cerrarse sobre mi cabeza de forma claustrofóbica.

Joder, ¿por qué tenía que pasar esto justo ahora y justo con ella?

—Perdón, no podía dejarte amenazar a Sam.

—Sí, lo sé —digo aún aturdido porque toda la sangre se me fue a la polla y me levanto de forma extraña, por culpa de una tercera pierna más dura que un tronco—. Pero no puedo dejarte allí; está fuera de discusión. —Mi voz resuena en el espacio mientras me sacudo el pantalón con las manos.

¿Para quitarme el polvo?

No, para no tener que mirarla y notar que ella sabe exactamente lo que pasó.

En medio del alboroto recojo el móvil, que cayó un poco más lejos, y compruebo que la llamada se cortó.

—¿Por la estúpida rivalidad?

—Sabes muy bien que las cosas son así desde siempre. Además, ¿de verdad crees que tu madre estaría bien si te viera en un inmueble Parrish? Quizá debería dejarte allí solo para ver a Eleanor echarte a escobazos. —Imaginar la escena me hace reír.

—Ella no manda en mí. Tengo treinta años y sé lidiar con mis propios problemas.

Sus ojos se cierran por unos segundos y capto lo que Serena no dice: que está pasando por un momento delicado y que la mayor parte de su familia no lo entiende. Lo sé, porque las familias grandes suelen no ver las señales de que alguien está al límite hasta que la persona estalla y lo deja dolorosamente claro.

—No digo eso, solo digo que por nuestro bien sería mejor que te fueras a otra ciudad y te hicieras un nombre allí. Aquí chocarás de frente con mi familia y nada bueno puede salir de eso.

Las fresas se juntan formando un corazón.

Mierda, ¿por qué sigo pensando en fresas?

—¿Qué quieres a cambio?

Me toma por sorpresa.

¿Qué quiero a cambio?

—No voy a negociar mi vida, lo siento —respondo con una ironía ácida.

—Y yo no puedo ceder.

—No te lo pido, te lo ordeno. Sal de allí, Serena. ¡Sal de allí! —insisto mientras me alejo, aún duro como el acero.

Por culpa de mi enemiga, por culpa de una mujer que bajo ninguna circunstancia debería despertar mi interés.

¡Joder!

Sigo blasfemando al subir a la camioneta. Estoy a punto de perder la cabeza y esa desgraciada va a ser la mecha de la bomba.



CAPÍTULO 5

Serena

Serena

¡Joder, se armó la mierda!
¡La mierda de verdad, en el baño de Logan Parrish!

Pasan dos días.

Dos días después de nuestro encuentro fatídico.

Pensé que tardaría más en descubrirlo. Aunque esa es mi parte ingenua hablando. La más "con los pies en la tierra" creía, en realidad, que lo descubriría mucho antes. Si lo miro por el lado

positivo, creo que puedo considerar que tuve una ventaja estratégica.

Claro que sabía que iba a perder la cabeza… y mandarme a la mierda.

¿Tengo un plan para revertirlo? No, pero es difícil pensar en uno cuando estás cara a cara con un toro asesino.

—Hasta que no fue tan terrible —murmuro, conduciendo hacia la granja Gatsby—. Pensé que me arrancaría la cabeza, pero en realidad… —dejo de hablar sola al recordar lo que realmente se despertó.

Esbozo una sonrisa maliciosa y, al verme en el espejo retrovisor, la borro de inmediato.

Dos días…

Y todavía estoy pensando en eso. Tanto que pasé las últimas noches en el entrepiso, acomodando esa parte antes de volver a la tienda en sí, temiendo que apareciera en cualquier momento para usar la fuerza, exactamente como prometió.

—¡No sonrías al pensar en ese hombre, Serena! ¡Te lo prohíbo! —exclamo al observar una casa hermosísima en la carretera que lleva a la zona más tranquila de la ciudad, directo a las granjas familiares.

Sigue el mismo estilo de construcción que las demás: madera de reforestación o de demolición en toda la estructura, mientras que las paredes están revestidas por un vidrio oscuro por fuera, aunque apuesto a que es translúcido por dentro.

El techo negro a dos aguas resulta extrañamente acogedor —aunque ese color no debería definirse así—. Las luces interiores están todas apagadas, lo que, por desgracia, no me permite ver mucho más de lo que dejan los pequeños faroles alrededor.

Considero detener el coche solo para comprobar si es tan bonita por dentro, pero trago mi curiosidad y piso el acelerador.

Es curioso que en los días anteriores tomé el camino contrario, sin pasar por aquí. Mañana, al parecer, tomaré exactamente este, porque tengo que verla de día y quién sabe, si tengo suerte, el propietario quizá se interese en vender y utilice mis servicios inmobiliarios. Sería increíble: una primera venta significativa para el inicio de lo que será mi legado en la región.

Ah, ¡a la mierda!

Imaginar ese futuro me hace actuar de manera impulsiva.

¡Que mi culo espere hasta mañana!

Doy media vuelta y regreso con la buena y vieja Bronco gris plomo, con algunos golpes aquí y allá, a la que cariñosamente apodé Bronquitis —mi sentido del humor es un territorio oscuro a veces—, y me detengo a cierta distancia de los portones de hierro de la propiedad. Por si acaso, prefiero pecar por exceso y, sin tener cómo explicar mi presencia, es mejor así.

Miro a un lado y al otro, como una delincuente.

Reviso varias veces los alrededores.

Y después de unos diez minutos, cuando me doy por satisfecha, busco una abertura en el portón, un punto por donde pueda escalar y bajar al otro lado con seguridad. Como está oscuro, prefiero no arriesgarme con la cerca; podría estar llena de alambre de púas y trampas en las que fácilmente me desgarraría la piel.

Apoyo los pies en una de las aberturas e impulso el cuerpo, logrando agarrarme del borde superior con las manos. Son al menos tres metros de portón. ¿Quién necesita algo así en Tuscaloosa?

Con dificultad —mi respiración agitada lo confirma— llego al otro lado y desciendo de la misma forma en que subí, cuidando de apoyar los pies en cada hueco que logro ver. Suelto un suspiro aliviado cuando mi pie derecho toca la seguridad del suelo.

—¡Eso! —celebro—. Ahora vamos a echarle un vistazo a esta belleza. Y ojalá el dueño no llegue en los próximos minutos.

Dando pequeños saltos, recorro el camino de entrada, perfectamente delimitado por un jardín que, incluso con la iluminación suave de los apliques, está muy bien cuidado. Flores y árboles llenan el lugar y me detengo al quedar junto a una flor conocida: camelias blancas. Son mis favoritas, aunque me recuerdan a Rose Parrish. Tiemblo solo de pensarlo.

—¿Por qué demonios estoy pensando en esa vieja?

Dejo las malditas flores atrás y continúo la exploración, acercándome por fin a la construcción en sí.

No es lujosa ni innovadora, pero tiene algo que me recuerda a las mansiones carísimas de Aspen o incluso de Montana. Es el tipo de refugio de un superrico, donde cree que encontrará la paz que jura que existe. Tras trabajar con tanta gente durante tanto tiempo, entendí que jamás la encuentran, pero siguen buscándola, sin darse cuenta de que lo que más los sabotea son ellos mismos. Por lo general, quien más busca es quien más perdido está.

Y yo soy una de esas personas.

La risa irónica que me brota del pecho es incontenible.

Vuelvo a centrarme en lo que estoy haciendo: husmear en la casa de un desconocido, puramente por curiosidad.

Sí, creo que voy directo al infierno.

Mis pasos son calculados mientras avanzo despacio, evitando hacer ruido. Aunque no haya visto ningún coche ni luces encendidas, no puedo asegurar que la persona no esté en casa.

Creo que perdí la razón.

¿Cuál es el motivo de esta locura?

Puede parecer poca cosa, pero estoy invadiendo la privacidad de alguien y eso me ahoga en culpa.

—Debería parar con esta mierda.

Un vestigio de cordura, un hilo diminuto que apenas logro ver, me tira de vuelta a la tierra como la gravedad.

Empiezo a retroceder, aún dudosa, cuando escucho el sonido del portón abriéndose y veo un haz de luz iluminar el camino por el que pasé, incluidas las malditas camelias.

—¡No puede ser verdad!

Pero lo es.

Por desgracia, lo es.

Nunca me arrepentí tan rápido de una decisión.

Como si no bastara con ser la cornuda que volvió al pueblo, ahora también seré la intrusa.

Dios mío, ¿en qué estaba pensando?

Me quedo congelada unos segundos, con las manos en alto y mirando a todos lados, sin saber adónde ir. Hasta me reiría de la escena si no estuviera tan desesperada.

En el último instante de mi oportunidad de escapar ilesa del lío, corro hacia la parte trasera de la casa —intentando ubicar dónde queda, porque esta mierda es enorme— y me tranquilizo al ver las grandes ventanas de la cocina, orientadas hacia el inicio de una pequeña zona verde en la parte posterior de la propiedad.

Aquí también hay una especie de terraza, con una mesa de comedor capaz de albergar a todo el estado de Alabama y una parrilla gigantesca. Es muy encantador, y lo apreciaría mejor si no estuviera muriéndome de miedo.

Necesito dejar de meterme en estos líos. Todo habría salido bien si simplemente hubiera ignorado la curiosidad y seguido directo a la granja. Pero, como la idiota que soy, tenía que comprobar si la casa era tan bonita de cerca como de lejos.

Para que quede claro: lo es.

Pero eso no cambia nada.

Me agacho en uno de los rincones ocultos de la terraza, con los ojos desorbitados fijos en la cocina. En cuanto se enciende la luz de ese ambiente, dejo de respirar —o al menos eso siento, por el miedo que me recorre.

El sabor amargo del arrepentimiento se arremolina en mi lengua y lo siento bajar por el esófago, quemando como lava. La acidez se apodera de mi estómago y lo único que puedo hacer es intentar mantener la calma.

Mantén la calma, Serena. ¡Haz honor a tu maldito nombre!

Alguien entra en la cocina; logro ver la parte superior de su cabeza y cierro los ojos de inmediato, sin querer presenciar la vergüenza que estoy a punto de pasar cuando me vean aquí, plantada. El problema es que mi barriga no piensa igual y decide, en este instante exacto de pura aprensión, dar señales de vida y expresar su descontento con el almuerzo dudoso que comí mientras visitaba inmuebles en una ciudad vecina.

Extremadamente dudoso, por cierto.

Es gracioso que la Serena de ese momento pensara que sería increíble probarlo, ¡cuando tenía un hambre capaz de comerse un buey entero!

Me llevo las manos al vientre, haciendo una mueca.

Ahora no, por favor, ahora no.

Entonces, al intentar contener al monstruo que ruge dentro de mí, levanto la vista y veo quién está en la cocina.

Todo mi cuerpo se tensa, anticipando el caos.

Ese sombrero…

El rostro medio oculto por él solo puede ser… solo puede ser…

En ese instante el hombre alza la cabeza y veo la sonrisa radiante que se le dibuja.

¡VETE A LA PUTA MIERDA QUE TE PARIÓ, JODER, JODER, JODER!

No hay forma de descargar la rabia por ser él sin soltar todos los insultos que conozco.

¡Maldito Logan Parrish!

Ya estaba resignada a mi mala suerte; ahora tengo la certeza de que soy la personificación del infortunio.

Sigo observando, rezando para no ser descubierta, hasta que veo a una mujer rubia acercarse a él y mostrar la razón de la sonrisa del cabrón. Los dos parecen coquetear, justo delante de mí, mientras siento el estómago retorcerse de náuseas y mi intestino cobrar vida.

Quiere atender el llamado de la naturaleza.

Yo lo estrangulo con toda la fuerza que tengo.

¡Joder!

Mi barriga emite un sonido extraño y, enseguida, el dolor me parte en dos, mientras intento esconderme de Logan Parrish, que sonríe al decirle algo a la mujer que lo acompaña. No logro verla con claridad, pero desde donde estoy él es perfectamente visible. Su entusiasmo también. Y arruinar el polvo de alguien como él es algo que definitivamente no quiero hacer. El humor de Logan ya es una mierda conmigo cuando está de buen humor; no quiero ni probar cómo será cuando esté furioso. Sin embargo, mi intestino tiene otros planes y se encarga de dejarlos bien claros.

¡Infierno!

Alzo la vista teatralmente, mascullando para mí:

—Dios, ¿por qué me odias? ¿Qué te cuesta dejarme salir ilesa de esta?

Además de que Logan no sabe que invadí su propiedad —en mi defensa, no tenía idea de que era suya—, tener diarrea mientras estoy escondida es una forma pésima de ser descubierta. La situación es humillante, degradante, todas esas cosas que terminan en "ante" y que ahora mismo ni siquiera puedo procesar.

No puedo suplicar para cagar aquí, joder… ¿y ahora qué?

¡Piensa!

¡Piensa!

¡Piensa!

Sigo repitiéndolo, como si milagrosamente una solución fuera a caer del cielo directo en mi regazo.

También sé que si salgo corriendo ahora, me verá. Seguro que sí. Ese hijo de puta siempre fue bueno en todo y, hasta donde recuerdo, tiene una vista extraordinaria. Así que una mujer emergiendo de la oscuridad en medio de su jardín no será nada difícil de detectar.

¿Tengo alguna solución?

En serio, mi vida es lo que puede llamarse una mierda, porque solo estoy haciendo mierda, literalmente. O estoy a punto de hacerlo, porque algo dentro de mí me advierte que, si no tomo una medida ya, lo hará por su cuenta… y no me va a gustar en absoluto su manera de resolverlo.

Otra advertencia.

Se me eriza el vello y un sudor frío brota en mi frente: señales peligrosas que anuncian una avalancha muy cercana. Tan cercana que quizá no tenga tiempo para nada más.

¡Joder!

No merezco esto. ¡Estoy segura de que no merezco semejante humillación en la vida!

Ya no puedo aguantar más; el tallo del fruto quiere ver la luz y, si permanezco un segundo más agachada aquí, en la posición perfecta, mi cuerpo va a entender que puede soltar la bomba, que estamos listos.

Así que me levanto.

Y al ponerme de pie, veo la cabeza de Logan girar y sus ojos clavarse en los míos, en una amenaza tan letal que bien podría ser la próxima máquina de una saga de películas. Logan Mortífero. Y el eslogan: aniquila a la Gatsby invasora.

Ay, mierda.

Mierda de verdad.

Porque mientras mi cerebro divaga en decenas de estupideces, él sigue mirándome, congelado, sin creer que de verdad estoy aquí, en la puta casa que sin duda es la suya.

Ojalá fuera una pesadilla y, al despertar en mi cama, solo sintiera escalofríos al recordar algo que nunca pasó. Pero no lo es. Soy demasiado consciente de ello.

Mi intestino avisa: ¡es ahora, corre!

Y empujo la puerta de la cocina, paso junto a la pareja horrorizada y abro todas las puertas que encuentro en mi camino buscando el baño.

En la tercera lo encuentro.

Y en la tercera, desaparezco.



CAPÍTULO 6

Serena

Serena

¡Sim-sa-la-bim! ¡Inodoro, trágame y líbrate de mí!

Quiero desaparecer en el inodoro. ¡Ser engullida por él, sin importar adónde vaya a parar!

¿A una fosa séptica?

Puedo escapar, ya salí de varias… no literalmente, pero salí.

Nada puede ser peor que esta desgracia. ¡Nada!

Golpeo el suelo con los pies, en una rabieta infantil, deseando que todo a mi alrededor desaparezca y que yo me teletransporte de vuelta a la casa de mi madre. Ni siquiera soportar los comentarios sarcásticos de Eleanor Gatsby podría ser peor que esta sensación de convertirme en el maldito maíz que la gallina está a punto de picotear.

¡Yo solo quería ver la casa de cerca, no iba a cometer ningún crimen, joder!

Sí, de acuerdo, invadir una propiedad es un delito, pero para lo que yo estaba haciendo podía pasar desapercibido, ¡porque ni siquiera sería tan grave!

Miro el picaporte.

Está inmóvil, mirándome como un monstruo bajo la cama. Me paso las manos por el cabello, incrédula, mordiendo tanto el labio inferior que siento el sabor metálico de la sangre en la lengua. Ese pequeño corte es el menor de mis problemas y, sinceramente, ni siquiera puede llamarse así frente a la calamidad que no llama a la puerta, sino que me espera del otro lado, ansiosa por devorarme con sus dientes largos y afilados.

Lo que me sorprende un poco, porque todo está muy silencioso. Al parecer, respeta los llamados de la naturaleza.

Apoyo los codos en las rodillas y bajo la cabeza, abatida. De todas las cosas que he hecho en la vida, esta es, sin duda, la más vergonzosa. ¿Entrar a hacer el número dos en la casa del hombre que me odia, después de espiar su propiedad? Joder, es terrible.

Si no salgo de aquí directo a la cárcel, seré una mujer nueva, ¡una santa!

El resultado es que ya terminé lo que tenía que hacer, pero no reuní el valor necesario para abrir la puerta. Voy a tener unas cuantas horas de reinado antes de eso.

Agarro el móvil, veo vídeos graciosos —con el volumen bajo, para que no me oiga si está del otro lado con un vaso pegado a la oreja— y sigo matando este tiempo nada agradable, carcomiendo mi mente alterada, llenándola con imágenes indecorosas de las mil y una formas en que Logan debe estar ensayando mi muerte en este momento.

Todo eso mientras sigo aquí sentada, nada feliz, esperando que mi destino sea mejor que la premonición.

¿En qué momento de un millón de años imaginé que estaría en esta situación, en el aseo de un Parrish? ¡Ni siquiera es un baño de verdad para poder, no sé, escapar por la ventana! Contemplo la pequeña abertura y un escalofrío me recorre la espalda. Ni mi muslo derecho pasa por ahí.

Es devastadora.

La idea de lo que tendré que enfrentar.

Abro la aplicación de mensajes en el móvil, pero no consigo pensar en nada. Todo está en blanco, en silencio, y cualquier solución que pudiera tener simplemente se evapora.

Unos golpes en la puerta me hacen enderezar el cuerpo. A estas alturas ya estoy limpia —solo no logré librarme de la vergüenza moral— y con las manos lavadas. Aun así, sigo sentada en la tapa del inodoro, sin saber qué hacer, sopesando mis opciones.

La persona del otro lado demuestra ser consciente de ello al decir:

—No sirve de nada esconderte ahí, no hay forma de escapar —la voz grave y profunda de Logan resuena en el pequeño espacio —. Sé que es eso lo que estás pensando, y Dios bendiga tu corazón —se burla—, porque vas a pasar por una humillación de las grandes, dulzura.

Dulzura.

—Yo… —empiezo a decir y me detengo.

¿Qué podría decir?

¿Perdón, pero de repente me dieron ganas de cagar, así de la nada?

¡Eso podría ser una excusa excelente si no estuviera en la puta casa de él!

¡AHHH, JODER! —grito mentalmente.

—Sal ya, Gatsby, te lo digo por tu propio bien.

—¡Mi propio bien una mierda!

—No sirve de nada soltar palabrotas. Sabes perfectamente que estás jodida.

Lo sé.

Por desgracia, lo sé.

—¿Vas a quedarte callada? Qué maravilla, Fresa, porque puedo esperarte toda la noche; después de todo… esta maldita casa es mía. Y bueno, como debes saber —añade con acidez—, estoy muy cabreado porque mi polvo de la noche se arruinó y mi humor está infernal para aguantar tus provocaciones.

Hago una mueca.

—No quiero interrumpirlos, pueden hacer lo que iban a hacer.

—Ella ya se fue —dice, con un tono distinto al que he oído desde que llegué a Tusca.

Logan suena cansado, derrotado, abatido. Palabras que jamás usaría para definirlo.

—¡Llámala de vuelta! —le reprendo.

—Serena… vamos ya, ¿o piensas atascar mi lavabo? Ya llevas casi dos horas ahí dentro. ¿No crees que así solo haces las cosas más vergonzosas?

¿Dos horas?

Creo que el terror me dejó tan entumecida que ni noté el paso del tiempo.

Para mi sorpresa, no hay irritación en la voz de Logan, no en la magnitud que imaginé. Así que respiro hondo y lleno mis pulmones de aire hasta que se expanden por completo, tanto que mis neuronas solo se concentran en ese detalle. Giro el pestillo y bajo el picaporte lentamente.

Durante unos segundos no levanto la vista, demasiado avergonzada para mirar a Parrish.

Oigo su suspiro, distinto a aquel sonido furioso tan característico de él cuando hago alguna cagada.

—Lo-lo siento —decido empezar de la forma más correcta—. Entré a la propiedad para ver cómo era. Me dio curiosidad, me pareció muy bonita por fuera y sé que está mal, claro que lo sé, pero mi alma de agente inmobiliaria es muy entrometida. Lo siento, Logan, no volverá a pasar.

—Podría reírme de ti y hacer de esta mierda un gran escándalo, pero algo me dice que la vergüenza que estás sintiendo ya es suficiente. Por hoy basta, Serena. No tengo ganas de pelear esta noche, no contigo.

No contigo.

Sus palabras resuenan en mi cabeza cuando alzo la vista y noto que Logan está a la defensiva, con las manos detrás del cuerpo, los hombros caídos y el sombrero inclinado, cubriéndole el rostro hasta la altura de la boca.

No dejo que la curiosidad me domine; una vez ya fue suficiente. Así que me voy sin mirar atrás.

Dejo la casa del hijo mayor de los Parrish y me dirijo a la granja Gatsby, pasando antes por Camellia, lo que me hace poner los ojos en blanco y mostrarle el dedo medio a la inmensa propiedad.

Una de las más grandes del estado de Alabama, si no la mayor.

Sus límites son tan difusos por el tamaño que tardo en llegar a la de mi familia, cerca de media hora en línea recta, y eso es lo mínimo. En longitud, creo que la granja Camellia debe tener el triple, quizá el cuádruple. Y allí crían todo tipo de animales: ganado, caballos y un montón de cosas más que no sé con certeza, porque hace tiempo que no vengo ni escucho hablar de ellas. En la adolescencia, recuerdo haber discutido con mamá y cruzado la divisoria. Fui tan lejos que me perdí. Pasé dos días desaparecida y cuando regresé, mamá solo dijo:

—Hazlo otra vez y solo tendré dos hijos.

Tenía los ojos rojos, señal de cuánto había llorado. Y las palabras que no dijo aquel día fueron más importantes que las que pronunció.

Sigo mirando la cerca que me acompaña por la carretera.

La oscuridad ya lo domina todo y lo único que me permite ver un poco más adelante son los faros del coche. Los apago y desafío la negrura. Cuando todo se vuelve indistinguible, los enciendo de nuevo.

No sé por qué los apagué; quizá aún esté atormentada por lo que ocurrió.

Por eso decido enterrar esta noche vergonzosa conmigo y, cuando tenga la oportunidad, le diré a Logan que haga lo mismo. Él no es del tipo que va contando su vida a nadie, ni siquiera a los cercanos, mucho menos a los que no lo son, así que no tengo de qué preocuparme. A menos que… la mujer que estaba con él. Joder, ¿cómo pude olvidarme?

Golpeo el volante, intentando desesperarme con calma, a punto de entrar en el camino de la granja Gatsby, justo cuando el portón automático se abre.

La casa principal está igual que cuando me fui. Es de estilo log home, con paredes de vidrio y techos altos. El tejado inclinado, aunque imponente, le da un aire de cabaña elegante, algo común en varias construcciones de la zona. Las luces amarillentas del interior

transmiten una sensación de calidez que durante toda mi infancia fue lo que me arrancaba sonrisas.

Alzo la vista y me encuentro con otra particularidad de la región: la chimenea de la casa, que se eleva imponente varios metros por encima de todo, gritando que es fruto de una competencia.

En aquella época, mamá se empeñó en que su chimenea fuera más alta que la de Rose Parrish y, cuando las midieron, la nuestra ganó… por cinco centímetros. Esa rivalidad entre las matriarcas es casi una tradición, porque en Halloween, en Navidad y en cualquier celebración, siempre compiten entre sí. Si no se odiaran tanto, diría que se aman.

Aparco y las luces alrededor resaltan varios detalles que recuerdo bien: desde una de las ventanas astilladas por las bromas idiotas entre mis hermanos y yo, hasta la marca de altura que mamá hacía a medida que crecíamos.

Suspiro.

He visto todo esto en los últimos días y aun así, cada vez que reparo en estos pequeños detalles, uno de mis fragmentos regresa a Tuscaloosa. Poco a poco, creo que volveré a estar completa. Porque todo aquí es muy especial y me trae recuerdos mágicos que, por un momento, me hacen anhelar un futuro más increíble de lo que imaginé.

Me detengo frente a la casa e inhalo aire puro.

Tal vez este frío que insiste en vagar por mi pecho, como una nevada poderosa en los días gélidos de invierno, desaparezca algún día. Tal vez.

Subo los escalones de la entrada y, de pronto, me animo al saber que volveré a ver a mis hermanos. Según el mensaje de mamá, acaban de llegar.

Empujo la situación calamitosa con Logan a un rincón de mi mente donde no pueda perturbarme y me coloco frente a la puerta, observando el tallado de la madera que la enmarca.

—No hay preparación, es mejor hacerlo de una vez —susurro.

Tiro del picaporte y soy brutalmente aplastada por los brazos de mi hermana, que, con tanta emoción, me mete en la boca un generoso puñado de cabello. Intento zafarme, pero no puedo; su abrazo es tan fuerte que apenas logro respirar.

—¡Sese, has vuelto! ¡Te extrañaba tanto, hermana!

El perfume excesivamente dulce me pica la nariz y me hace estornudar una y otra vez. Al notarlo, ella se aparta.

¡Gracias a Dios!

Aspiro, sensible al olor intenso. Se me llenan los ojos de lágrimas y los estornudos no paran por el aroma empalagoso.

A través de la neblina de lágrimas veo su cabello castaño, rizado y voluminoso a la altura de los hombros, y sus ojos verdes, como los de nuestro padre. Los demás rasgos son muy parecidos a los míos, con la diferencia de que los suyos tienen una suavidad propia de los cinco años menos que tiene. Skylar tampoco parece tan triste como yo la mayoría de los días.

¿Yo brillaba así cuando todavía era feliz?

Nadie apagó el interruptor de la habitación de su corazón.

Y eso es bueno, muy bueno.

Pero por ser la hermana mayor y haber fallado, me siento fracasada por no haber demostrado nuestro potencial. Tanto que un sabor amargo se posa en mi lengua y baja hasta el estómago, provocando un malestar profundo e indescriptible.

Yo debería ser el ejemplo para mi hermana.

Y para mi hermano.

Pero regresé a la ciudad del mismo modo patético en que huí: con sueños rotos y un futuro incierto.

—¡Voy a matar a ese desgraciado, hermana! ¿Cómo pensó que podía hacerte algo así y que no nos vengaríamos? ¡Ese hijo de

puta se metió con el avispero equivocado, vaya si lo hizo! ¿Mandamos a Simon a aplastarle las bolas? ¿Qué te parece? Nuestro hermano tiene muchos amigos, podemos contratarlos para que le den una paliza a ese bastardo de Jonah.

—No hizo falta —dice mi hermano apareciendo detrás de ella, y me sorprende su comentario.

Su tamaño imponente destaca y su rostro, tan parecido al mío, solo que sin el cabello largo, me devuelve la mirada. Nuestro parecido es impresionante. Aunque, pensándolo bien, todos los Gatsby se parecen entre sí, al igual que los Parrish. Los rasgos sureños son muy… persistentes. La mayor diferencia entre Simon y yo es la forma cuadrada de su rostro y la nariz ligeramente más grande y fina, además de las mejillas angulosas marcadas por la dieta estricta que sigue.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando fui a verlo hoy más temprano, alguien ya había hecho el trabajo que yo quería. Tenía la cara hecha mierda. ¡Fue hermoso de ver! Apostaría a que la amante tiene marido. ¿No crees?

No.

Se van a casar.

Pero mi familia no lo sabe ni necesita saberlo. Me aseguré de que se enteraran del divorcio solo cuando ya estaba finalizado, porque así sería más fácil de explicar y nadie intentaría disuadirme. Conté el motivo para que ni lo intentaran. Sin embargo, hay cosas que solo tienen sentido para mí, y muchas partes de ese matrimonio fueron así.

Hasta que… dejaron de serlo.

—Debe de ser —digo por fin.

Es extraño cómo ciertos asuntos juegan con nuestra mente, empujándola a perderse en sus propias telarañas pegajosas. Y cuanto más intentamos liberarnos, más pasan los segundos, también los minutos, y se vuelve difícil retomar el control. Cada vez más

difícil. Defino mi momento actual como arenas movedizas: cuanto más me agito, más me hundo. Pero ¿cómo escapar si para hacerlo tengo que moverme, y si me muevo, seré tragada por la arena?

Es confuso.

Todo en la vida lo es.

—Vaya ambiente fúnebre. No es para tanto; ese desgraciado era horrible, dicho sea de paso —intenta animarme mi hermana mientras me arrastra al salón.

—Era demasiado para él —concuerda mi hermano.

Simon, con casi dos metros de altura, me mira no con lástima —como yo esperaba—, sino con una expresión serena, de quien siente una profunda admiración por mí.

—¡Dejen de pasarle la mano por la cabeza a su hermana! —regaña mamá.

Skylar pone los ojos en blanco y Simon no reacciona.

—Eres muy mala.

—Claro que estaría molesta con una hija que hizo lo que ella hizo, Sky.

—¿Que se divorció? —Simon suena indignado, como si acabara de oír la mayor barbaridad del planeta.

—¡No, que se casó con un farsante como ese! Y encima tardó un montón en contarnos por lo que estaba pasando, porque en su cabeza eso significaba que había fracasado. Yo misma iré a ajustar cuentas con ese montón de mierda algún día, ¡acuérdense de lo que digo! Ningún hombre maltrata a una de mis hijas y vive para contarlo. Mandaré a ese bastardo hijo de una aparición al lugar donde merece estar.

Por un momento, casi no puedo creer lo que oigo.

—¿Eh? —se me escapa sin querer—. ¿No estás enfadada porque me divorcié?

—¡DIABLOS, ¿POR QUÉ PENSASTE ESO?!

—Porque… porque… —ni yo misma sé qué decir para justificar la paranoia que creé.

—Apuesto a que la miraste mal y ni siquiera te molestaste en explicar la razón. ¡Siempre haces eso! —Skylar da en el clavo—. Es agotador intentar entender qué quieren decir esas —señala los ojos — miradas furiosas de juicio.

Mamá no es alguien con facilidad para comunicarse; al contrario, establece contacto visual y quien entendió, bien; mala suerte para quien no.

—¡No hice eso! ¡Que se abra la tierra y me trague si lo hice!

Miro el suelo para comprobar que no se esté abriendo y que no exista la posibilidad.

—¡Niña, me estás sacando de quicio! —dice mamá, empuñando la cuchara de madera.

Observo a la mujer más baja, con el delantal manchado de salsa de tomate y el rostro contraído mientras intenta contener la diversión por haber sido malinterpretada. A veces dudo de si no le resulta gracioso cualquier malentendido. Probablemente sí, a juzgar por la sonrisa que se le dibuja, con los dientes ligeramente torcidos brillando junto a sus ojos color ámbar. Incluso la forma de corazón de su rostro es muy característica.

—¿Cuándo no te sacamos de quicio? —pregunta mi hermano.

—Esa es una excelente pregunta.



CAPÍTULO 7

Logan

Logan

Los pactos con el diablo son peligrosos. Sobre todo si se llama Rose Parrish.

—¿Cuándo vas a darme un nieto? —es la enésima vez, solo este año, que mamá hace esa pregunta.

—Eso si es que ya no tiene uno —bromea Ashton.

Golpeo el plato con el tenedor y él sonríe con picardía, dispuesto a todo para joderme, porque así ninguna atención recaerá sobre él. Mamá, que remueve las fuentes sobre la mesa, se detiene y entorna los ojos, afilando la mirada mientras se pregunta qué puede agarrar para lanzarme a la cabeza.

—Más te vale que esta no sea una reunión para decirme que dejaste a alguna mujer atravesar la maternidad, con todo el torbellino hormonal que eso conlleva, sola, porque a ti solo te interesa el sexo casual, ¡Logan Parrish!

Abro los ojos de par en par.

—¡Infierno, claro que no!

—Lo cual es excelente, o usaría esto —levanta el cuchillo— para quitarte lo que yo misma te di. Miro la bragueta del pantalón por reflejo. —Un hijo mío, bajo ninguna circunstancia, va a tratar mal o restarle importancia a una mujer que esté embarazada de él.

Como si yo fuera capaz de algo así.

—Me educó usted, así que está dudando de sus propias habilidades como madre. Jamás haré pasar a una mujer por eso, porque un Parrish siempre asume sus responsabilidades.

Mamá mira a mi hermano de forma acusadora, esperando oír lo mismo.

—Yo tampoco —levanta las manos—. Prefiero cortarme la polla antes —susurra Ashton.

Solo tiene dos años menos que yo.

Dentro de poco será él quien reciba toda la atención de mamá, claro, si no logro demostrarle que no existe ninguna maldición y que todo es cosa de su cabeza.

Voy a pasar de los treinta y un años ileso, sin casarme.

Y por fin dejará esas paranoias.

—Espero que estén hablando en serio. O puedo olvidarme de que nunca les pegué ni una sola vez en la vida para hacerlo ahora, ya de adultos.

El cuchillo reluce con un brillo asesino. Trago saliva y me ajusto el cuello de la camisa de franela. Desabrocho los primeros botones, porque de pronto respirar se vuelve muy difícil.

—Argh, qué asco, ¿por qué tengo que escuchar a mis hermanos hablar de esto? —Mack aparece en el marco de la puerta y toma una manzana de la cesta sobre la mesa, dándole un mordisco despreocupado—. ¿Y por qué tienes las manos lastimadas, Logan? ¿Te fue mal haciendo algo?

Su mirada hacia nosotros no es más que aburrimiento.

Aunque cuando se posa en mí, juro que puedo ver que conoce las respuestas a preguntas que aún no ha formulado. Mack es astuta y tengo que tener cuidado con ella.

—Ocúpate de tu vida —gruñe mamá.

Yo diría lo mismo, si no sonara repetitivo.

Mi primo elige ese momento para entrar en la casa y retrocede unos pasos al ver la mirada asesina que mamá le dirige.

—No fue el mejor momento para llegar, tío —comenta Ashton.

—¿Por qué? ¿Qué pasó? ¿La tía descubrió que la Gatsby recién llegada es la que está alquilando la tienda? Sabía que esto iba a acabar mal.

DIOS

BENDIGA

MI

CORAZÓN,

MAMÁ

VA

A

MATARME.

—¿Qué Gatsby —enfatiza el apellido— está alquilando qué tienda? —carga el peso en la palabra tienda, arrastrando el acento.

Fulmino a mi primo con la mirada, pasándome los dedos por el cuello. Si muero, me lo llevo conmigo.

—¡Bocazas de mierda! —se queja Ashton.

—¿Tú también me estabas ocultando esto? —Mamá clava su mirada de águila, lista para devorar, en mi hermano.

Veo cómo se le corta la respiración, igual que a mí, y cómo su cerebro le grita que huya antes de que la cosa se vuelva sangrienta.

—De ninguna manera, fue Logan quien tuvo la idea de no contarte nada —propaga una mentira tan astuta que ojalá se me hubiera ocurrido a mí—. Juro que intenté disuadirlo, mamá, lo intenté con todas mis fuerzas, pidiéndole que fuera honesto contigo. ¡Pero ya sabes cómo es! —ese hijo de…

—¡Mentiroso desgraciado! —le devuelvo.

—O sea que los dos decidieron ocultárselo a su madre —Mack da otro mordisco a la manzana y sacude la cabeza, encantada con el caos.

Mi primo, que fue quien inició esta guerra, parece dispuesto a abandonarla en cualquier momento, fingiendo no tener nada que ver. Ese cabrón de Graham hace una mueca y, dejando que la cobardía dirija sus actos, sale corriendo por la misma puerta por la que entró, antes de que yo me lance a su cuello y lo mande directo a Bolivia de la rabia.

Hay situaciones de las que la gente debe huir.

Y esta es una de ellas, porque veo cómo el rostro de mamá se contrae de furia, mientras escucho truenos retumbar a lo lejos. Su ira enrojece la cara redonda y se le infla el pecho, como si estuviera a punto de gritar y dejarnos sordos.

—Mamá… —me niego a correr.

No me criaron para huir de nada.

—Logan… ¿por qué no me lo contaste? —a estas alturas su voz es solo un siseo, un rastro de ira que flota a mi alrededor.

—Sabía que reaccionarías así —busco fuerzas de donde no las hay para responder.

Miro alrededor, buscando ayuda de mis hermanos. Encuentro vacío. Esos desgraciados huyeron, dejándome a mí el problema colosal. Si estuviera en su lugar, haría lo mismo, así que ni siquiera puedo juzgarlos.

—Mamá, cálmate, mamá —imploro por mi vida—. ¡Tengo una solución! —me esfuerzo por que mi voz se oiga entre sus gritos de rabia—. Créeme, ¡la tengo!

—¿Y cuál sería, aparte de echar a esa chica de allí?

Da un paso.

El cuchillo firme en su mano, con el filo apuntándome.

Otro paso.

Me levanto de la silla y tropiezo con otra, apoyándome torpemente en la mesa.

Un paso más.

—Si nadie alquila la tienda, ya no podremos sacar dinero de allí. Todo el mundo sabe lo que pasó, menos ella. Y aunque lo supiera, no le importaría. —Serena es curiosa, no le teme a muchas cosas y definitivamente no me teme ni a mí ni a mi familia.

—No.quiero.una.Gatsby.en.lo.que.es.nuestro —dice despacio, los labios apenas moviéndose bajo la furia.

—¿Y crees que yo sí?

—No vas a dejar que se quede allí, Logan.

—Mamá, ella no tiene adónde ir. Piensa si fuera Mack en su lugar.

Levanto las manos; cuando Ashton lo hace, funciona. El problema es que yo soy el mayor y mamá no cae en mis intentos de parecer inocente. Nunca cayó.

—Ya dije lo que hay que hacer.

—¿Y si te doy lo que tanto quieres?

Se detiene y me mira de reojo, intentando leer mis intenciones.
El cuchillo sigue siendo amenazante, pero lo baja, dispuesta a negociar.

—Siéntate aquí entonces, vamos a hablarlo mejor.

Golpea la silla más cercana y con la mirada me sigue hasta que obedezco.

—No hay marcha atrás después de confirmarlo.

—No la habrá.



—¡Es culpa tuya! —grita a pleno pulmón, haciendo que todo mi cuerpo tiemble—. ¡LA MALDITA CULPA ES TUYA! ¡ES TODA TU CULPA! ¡TODO ES TU CULPA! ¡TODO ES TU CULPA! —repite incontables veces, mientras mantengo la cabeza baja, consciente de que necesito oír esto y mucho más.

—Lo sé, lo siento.

—No sientes nada, Parrish. Ustedes no se preocupan por nada que no sea el poder. ¿Cuántas familias más van a destruir antes de quedar satisfechos?

Lo merezco.

Fui el causante de todo este desastre.

Lo merezco.

Lo merezco.

Lo merezco.

Lo merezco.

La vergüenza me encoge, oyendo el latigazo de palabras amargas y cargadas de rencor azotar mi piel. Duele, pero la verdad es que la culpa pesa tanto que me impide respirar.

Quisiera ser tan decidido y valiente como mi padre, pero no lo soy. Enfrentar las consecuencias de mis propios actos es suficiente para volverme loco.

—¿VAS A QUEDARTE CALLADO? —vuelve a gritar.

En mi sombrero, el agua de la lluvia se acumula hasta hacer que la cabeza me pese sobre el cuello, ¿o esa sensación es fruto única y exclusivamente de la vergüenza? Creo que es una mezcla de ambas. Los pequeños granos de arena que me arrojaron a la cara aún punzan mi orgullo, hiriendo mi capacidad de mantenerme imperturbable.

—No pensé que reaccionaría así.

—Tú… —la persona hace una pausa, la voz cargada de un dolor cortante, como si varias navajas le desgarraran la garganta— ¿no pensaste? Si es para abrir la boca y decir un montón de mierda, mejor quédate callado. Vine hasta aquí para dejarte con el peso en la conciencia y exactamente eso voy a hacer.

Todo aquí es grotescamente aterrador.

La forma en que la lluvia cae oblicua.

La manera en que el cielo se queja con el peso de cada palabra.

La ira revolcada en disculpas, en frases inconexas.

Y al mismo tiempo que sé que hice lo que debía, soy plenamente consciente de que no toda elección es la única opción. Hay muchas, y yo opté por la que traería un beneficio más rápido, usando eso como excusa para actuar de manera fría y calculadora.

El estruendo del trueno resuena de nuevo, trayendo consigo el mal presagio.

En el mismo instante otro lo acompaña y yo despierto empapado en sudor frío.

Me paso las manos por la frente, aún aturdido, como si sintiera esos mismos granos de arena incrustarse en mi piel, como aquella noche. Al mirar las palmas de mis manos, las veo iluminarse junto con la luz que el cielo envía entre las nubes.

Las cortinas se agitan, permitiendo que el viento entre en la habitación y me haga castañetear los dientes. ¿De frío? No. De algo mucho peor.

Me levanto y camino hasta la ventana, mis pies descalzos acariciados por la temperatura agradable del suelo, que calma y reduce el calor provocado por visiones que me aturden desde hace mucho tiempo. Por miedos que me acompañan desde hace años y no se van, por más que lo intente.

Me apoyo en el marco y contemplo la luna alta en el cielo. La mitad de su cuerpo está oculto por las nubes pesadas que traen la lluvia a la madrugada.

Las madrugadas de lluvia eran mis favoritas. Ahora solo cierro el vidrio enmarcado en madera y vuelvo a la cama.

Miro el reloj de la mesilla.

Esta vez dormí tres horas, es mi récord.

Me tumbo de nuevo y coloco las manos bajo la cabeza, fijando la vista en un punto del techo, solo por costumbre, hasta que el despertador suena, anunciando otro día que promete ser exactamente igual a los demás.



CAPÍTULO 8

Serena

Serena

No sabía que tú sabías, pero tampoco me sorprende que lo supieras.

El primer día después de la vergüenza, tropiezo en la acera solo para toparme con los ojos firmes de Logan clavados en mí desde el otro lado de la calle. Gracias a Dios, sigue su camino, no sin antes dar un paso hacia mí, como si fuera a ayudarme.

El segundo, pasa a mi lado sin saludar ni hacer nada. Deja su estela de perfume flotando a mi alrededor, como una neblina deliciosa, con olor a hombre y… a él. Es algo amaderado, almizcle y no sé qué más; jodidamente bueno.

El tercero, me pregunto si soy invisible cuando conversa con una de las señoras del pueblo y se ríe, fingiendo que no me ve. Me detengo muy cerca de ambos, mirando uno de los escaparates. La tienda, irónicamente, es un sex shop, y estoy segura de que lo nota, porque escucho su carcajada profunda resonar sin que la señora haya dicho nada especial.

El cuarto, me planto en medio de su camino y espero que me mire irritado, dispuesto a apartarme. Logan alza la vista; el ala del sombrero deja visible solo la mitad de su rostro. Parrish me esquiva y sigue hasta el final de la calle, donde se detiene y mira atrás. Solo una vez. Yo lo veo porque estoy mirándolo; digo, mirándolo de verdad.

El quinto, no aparece en el pueblo.

Ni el sexto.

Ni el séptimo.

Hoy, que es el octavo, me quedo frente al restaurante para despejar la duda: ¿estoy a salvo o tengo que mover todo lo que arreglé en la tienda?

Intenté hacer la pregunta las veces anteriores que lo vi, pero convenientemente decidió dejarme sufrir un poco más.

Así que cuando veo a Logan venir hacia mí, estiro el pie y le impido pasar. No tropieza, obvio, pero mi intención hace que se detenga y por fin diga:

—No tienes que salir de la tienda. Pero tengo que avisarte de lo que pasó allí, Serena —comenta, sonando tan cansado, con ojeras moradas… ahora verdosas. Siempre le pasa; sus ojos varían del azul al verde con una constancia interesante—. Sé que esperas la respuesta desde hace una semana, pero estaba pensando en la mejor manera de decírtelo.

Todas sus palabras se me enredan en la cabeza y lanzan las preocupaciones lejos, como un home run. No veo la pelota; ya desapareció en el cielo.

—¿Cuánto hace que no duermes bien? —la pregunta se me escapa antes de pensar.

Sus ojos se estrechan y la mandíbula se tensa, haciendo que las venas de sus sienes palpiten como locas. Logan no parece nada contento con la pregunta, un poco sorprendido de que haya notado su problema.

—Estoy perfecto.

No lo parece.

Pero no repito el error.

—¿De verdad puedo quedarme donde estoy?

Me retuerzo las manos frente al cuerpo, nerviosa, esperando que de una vez me quite el cuchillo del cuello. El gesto no pasa desapercibido y noto cómo flexiona los puños, de manera enigmática.

—Si digo que no, ¿te irías?

—Sabes la respuesta.

—Entonces que se joda, Serena, tú y tu presencia en este maldito pueblo. Quédate donde quieras, ¡no tengo nada que ver con eso! Al menos, ya no, ya que llegamos a un consenso que te beneficia.

—Alguien está de mal humor hoy.

La gente pasa y hace comentarios idiotas, en su mayoría sobre mi pasado y lo que ocurrió. Es tan descarado que bajo la cabeza y tenso la mandíbula. De reojo, observo a Logan junto a mí. Ni siquiera lo vi acercarse, pero su postura es defensiva, como si me blindara de las miradas maliciosas.

Pienso en agradecerle, pero creo que lo hago sin darme cuenta.

—No hace falta que me esperes venir al pueblo. Ya despejé tu duda.

Sin más, Logan se aleja y yo observo su espalda perderse, notando que hay algo muy mal ocurriendo con él y deseando no ser yo quien lo empeore.

—¿Qué me va a costar esto, Parrish? —grito, atrayendo no solo su atención —se detiene—, sino la de mucha gente que empieza otro día en este pueblo lento—. ¿Y qué quisiste decir cuando comentaste que necesito saber lo que pasó en la tienda? —Todo el mundo guardando este maldito secreto.

Se gira.

Despacio.

De una forma que me provoca escalofríos.

Pero en vez de responder, solo hace un gesto al sujetar el sombrero y vuelve a alejarse. Sin contarme el maldito secreto.

—¿Oí bien? —Sam me sobresalta al colocarse a mi lado.

—¿Tienes el poder de asustar a la gente, joder? —me llevo la mano al pecho, sintiendo los latidos furiosos del corazón.

Está siendo probado constantemente en este pueblo. Ya no necesito chequeos; mi salud, por lo visto, está perfecta.

—¿Quieres saber qué pasó en la tienda?

—¡Claro que sí! Todo el mundo susurra, pero nadie me dice nada.

—¿Preguntaste?

Tiene razón. Solo le pregunté a Logan ahora. Los otros días lo olvidé porque estaba demasiado preocupada por saber si las obras serían en vano.

—No.

—A la gente no le gusta hablar de lo que pasó allí. Son supersticiosos.

—¿Y qué ocurrió?

—En los últimos años, nuestra tasa de criminalidad ha sido muy baja; lo sabes. La mayoría se conoce y Tusca no es tan grande como para que alguien haga algo jodido y se salga con la suya.

—Sí.

—El problema es que la última inquilina fue violada y asesinada en la tienda. Hasta hoy no atraparon al sospechoso —Sam se acerca para susurrar—. Algunos creen que el lugar es raro porque la parte trasera está muy desprotegida y piensan que el hombre entró por allí.

—¿Cuándo pasó?

—Hace unos cuatro años.

—¿Y la tienda ha estado vacía desde entonces?

Sam asiente.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Parecías decidida y la historia no te habría hecho cambiar de idea.

Tiene razón.

—No, no habría cambiado. Y no es como si tuviera muchas opciones, ¿entiendes? Voy a reforzar la seguridad, instalar cámaras y alarmas; todo irá bien. —Pienso en que Sam lo supiera y no se preocupara—. ¿No te inquietó que quisiera alquilar la tienda donde pasó todo?

—No, eres dura; eso no te asustaría.

En realidad,

me asusta más quedarme sola en otra ciudad.

—¿Crees que el asesino volvería a la escena del crimen después de tanto tiempo?

—Ni idea… —se encoge de hombros—. Fue impactante, pero no creo que el crimen fuera por el lugar. Pienso que sabía exactamente quién era su objetivo. La tienda fue solo una desgracia. El problema es que el pueblo cree que quedó embrujada, con el

espíritu de la mujer pidiendo ayuda para encontrar a su asesino. Ya sabes cómo son estas ciudades.

—No creo en fantasmas.

—Otra vez, lo sé.

—¿La conocía?

—No. No era de aquí. Acababa de mudarse desde San Diego. Eso complica todo, porque podría ser alguien de su entorno de allá.

—Es una mierda que el caso no se haya resuelto.

—Ni me digas —dice Sam—. Y aun así vas a seguir en el local, ¿verdad?

—Sí. ¿Qué puedo hacer? No es como si hubiera pasado ayer y es el lugar que elegí para empezar a cambiar mi vida. Si me echo atrás ahora, temo no levantarme otra vez.

Durante un rato, Sam me mira a fondo, descifrando lo que no digo.

—Estoy aquí para ayudarte, así que va a salir bien; no hay otra opción. Por cierto, ¿necesitas una mano para montar los muebles? Este fin de semana estoy libre.

La empujo con el hombro, en complicidad.

—¿Me leíste la mente?

—No, fue tu desesperación.

—¿Tan evidente?

—Chica, ¡no tienes idea!

Sigo sonriendo con Sam cuando pasamos frente al restaurante. Y mantengo los labios estirados incluso al notar que Logan, con la taza de café detenida a pocos centímetros de la boca, me sigue con la mirada.



El fin de semana resulta caótico.

Veinte horas del sábado se van en montar los muebles que llegaron —por suerte con la ayuda de Sam— y el domingo se consume por completo en limpiar y colocar todo en su sitio.

Al menos ahora puedo descansar un poco.

Me siento en el sofá y contemplo todo el trabajo en el entrepiso.

Estiro el cuello para observar la planta baja, donde están los muebles nuevos de la inmobiliaria, y suelto un suspiro al ver todo ordenado, con la decoración luciéndose de forma bellísima. Aún no sé si fue buena decisión establecerme aquí en lugar de alguna ciudad más movida, pero estar en casa es algo a lo que no quiero renunciar; algo a lo que no puedo renunciar. Y no será lo que pasó aquí, ni un supuesto fantasma, lo que me lo impida.

—Siento mucho lo que ocurrió, pero necesito quedarme aquí, ¿de acuerdo? —hablo sola, como una loca—. No puedo imaginar cuánto sufriste, pero ¿podrías, por favor, no asustarme demasiado? No soy miedosa, pero nunca vi nada; si veo algo, creo que me da un infarto.

Espero que la mujer me haya escuchado desde el más allá.

Me levanto y voy a la cocina al oír los insistentes gruñidos del estómago. Lamentablemente, olvidé ir al supermercado, cosa que recuerdo al ver los armarios y la nevera vacíos. Para no decir que están completamente desprovistos, un paquete de agua destila soledad en el mueble alto, mientras una única botella llora dentro de la nevera.

—Mierda, Serena —murmuro.

No quería salir de aquí. Estoy tan cansada que considero acostarme y olvidar el hambre. Pero mi barriga deja claro que es imposible, así que muevo el maldito culo hasta el coche atrás, consciente de que tendré que lidiar con más comentarios ofensivos y miradas acusadoras.

Por suerte, como llego casi a la hora de cerrar, puedo comprar sin escuchar nada ni cruzar miradas hostiles. ¡Genial!

Paso por una de las zonas iluminadas cerca del río y decido estacionar para comer alguna tontería. Cuando estaba casada, Jonah siempre decía que no debía comer porquerías, porque a ningún hombre le gusta una mujer descuidada. Es curioso que alguien tan ridículo tuviera una autoestima tan alta como para decir semejante estupidez.

Me siento en el césped y estiro las piernas, cruzando los tobillos.

Abro la bolsa de snacks y una lata de refresco, alzándola al cielo en un brindis imaginario.

—Esto va por la nueva Serena. La que no le importa comer basura y a la que le encanta sentir el viento desordenándole el cabello.

¿Es en serio? ¿Cómo puedes aparecer despeinada frente a los clientes? ¿Dónde está la maldita compostura?

Has ganado algunos kilos. Si no quieres que empiece a llamarte ballena, mejor adelgaza, ¿no?

Sé por qué no compraron la mansión. No estás maquillada, no estás nada bonita.

No tomes refrescos; tu cuerpo se pondrá horrible.

¿Dónde está la balanza de esta casa? Noté que subió la talla de tu ropa.

Aspiro con fuerza, recordando otras frases que izaban decenas de banderas rojas muy por encima de mis ojos. No siento

pena por mí; siento remordimiento, un arrepentimiento colosal e indigesto por haberme permitido sufrir tanto.

Miro la lata de refresco y beberla es, prácticamente, un acto de resistencia.

Fueron años de relación; años que perdí y no vuelven.

Alguien se acerca y se sienta a mi lado en silencio. Me giro y me encuentro con un rostro conocido que me trae muchos buenos recuerdos.

—Mi marido solía traerme aquí. Era muy bueno conmigo, ¿sabes? Un verdadero caballero, mi Sergei. Cuando ocurrió el accidente con el tractor, tardé en creerlo, asimilando que desde entonces estaba sola. Si pudiera tener una charla privada con el Señor, le preguntaría por qué un hombre tan bueno murió de una forma tan horrible.

Observo a la señora Winslet, sintiendo el dolor en su relato. La semana pasada vi a Logan tratarla con tanto cariño que no lo entendí. Creo que él tiene mucha más humanidad que yo, porque lo único que ella necesita es compañía.

En un mundo cruel, la soledad es una carga.

Escuché a mamá decir una vez que la pobre quedó así después del shock de encontrar al marido… destrozado. Me pregunto cómo estaría yo si me pasara lo mismo, si encontrara a alguien a quien amo de la peor manera posible.

—¿Lo amaba?

—Como nunca amaré a nadie. Puede que no me quede mucho tiempo de vida, pero lo que tuve con él fue una verdadera historia de amor, de esas que te queman el cuerpo y te hacen sonreír el alma. Cada día se despertaba, me daba un beso y decía que yo era la mujer más increíble del mundo, aunque no tuviera nada de especial.

Winslet recoge la falda sobre los muslos y cruza las piernas. Lo hace con tanta elegancia que, por un momento, percibo cuán

lúcida está. Desde que volví, no la había visto así ni una sola vez.

—Usted es especial.

—Y tú también. De hecho, sé muchas cosas, pequeña Gatsby.

Un escalofrío me recorre con esas palabras. No pensé que alguien lo hubiera descubierto, pero me alegra que haya sido ella, porque Winslet nunca chismea sobre nadie. Cuando era niña lo recuerdo bien: siempre fue discreta, trabajadora y jamás, bajo ninguna circunstancia, habló de la vida ajena.

Lo cual es digno de elogio.

Si la mayoría del pueblo hubiera hecho lo mismo, no serían insoportables ni harían sentir inútiles a los demás.

—¿Cómo?

—Observando. Soy muy observadora.

Sonrío.

—Presta más atención de la que habla.

—Exactamente.

El brillo en sus ojos es similar al de aquella señora de hace diez años que siempre me miraba con ternura.

—¡Winslet! —escucho a Logan detrás de nosotras—. ¡Gracias a Dios, estás bien! —suena tan aliviado que puedo oír cómo la preocupación se disipa lentamente en sus palabras.

—Bueno, llegó mi marido; podemos seguir la conversación después —murmura, con los labios juguetones, al volverse para mirar al Parrish mayor.

Se levanta y avanza dando pequeños saltos hasta rodear la cintura de Logan con los brazos, apoyando la cabeza en su pecho. Al mirarme, me guiña un ojo y descubro que, por más traicionera que sea su enfermedad, Winslet no es tan inocente como parece. Y tampoco puedo culparla… por aprovecharse de un hombre tan guapo.



CAPÍTULO 9

Logan

Logan

Episodio de hoy: siempre es interesante culpar a un Gatsby de quemar las Camelias.

—¡No puedes andar sola por el pueblo, Winslet! —digo, con una sensación extraña mientras le doy la espalda a Serena, que permanece sentada, armada con una bolsa de snacks y una lata de refresco.

—¡Puedo hacer lo que me dé la gana, Sergei!

Se apoya en mí y caminamos hasta donde dejé estacionada la camioneta. La cuidadora de este turno aparece sin aliento, corriendo por la calle. Veo cómo el alivio se le dibuja en el rostro en cuanto me ve.

—¡Mil disculpas! ¡No puedo creer que haya logrado salir sola otra vez! —toma la mano de la señora mientras me mira con temor.

—Está todo bien, no pasó nada. Winslet se encontró con una conocida y se quedó conversando, solo eso —comento, incapaz de impedir que esa sensación insana de peligro se me derrame por el pecho.

—Perdón por la molestia —pide una vez más.

Lo viene repitiendo desde que notó la ausencia de Winslet y me llamó para ayudar en la búsqueda.

—No pasa nada.

—Pero lo interrumpí.

—En absoluto —le aseguro—. ¿Puede llevársela? Yo voy a volver a revisar una cosa… —señalo el camino por el que vine.

—Claro, sí.

La observo hasta que desaparece llevándose consigo a una señora sonriente; luego regreso para comprobar que Serena esté bien, porque se veía muy rara bebiendo refresco a la orilla del Black Warrior. Al llegar al punto exacto donde la vi, me rasco la nuca.

Ella ya no está.



Tomo el acceso a la carretera de la granja después de una noche jodidamente agotadora.

Desde la entrada de la propiedad, veo las llamas esparciendo un brillo anaranjado hacia el cielo.

—¡No puedo creer que haya pasado otra vez! —suelto un suspiro, anticipando la montaña de cosas que voy a escuchar.

Justo cuando las Camelias estaban a punto de florecer. Justo cuando mamá plantó miles esta vez. Si hubiera sabido que ocurriría este infortunio, habría ido directo a casa.

—¡NOOOOOOOOO! ¡OTRA VEZ, NOOOOOOOOO! —escucho los gritos al detener el coche y salto de la camioneta a toda prisa.

Corro hacia la parte trasera de la casa, a tiempo de ver a mamá con las manos en la boca, inmóvil, mirando cómo sus camelias arden en llamas. Detengo mis pasos, sin saber cómo actuar.

Es el tipo de situación en la que, si corro, será malo.

Y si me quedo, será pésimo.

El humor de Rose Parrish cuando queman sus flores —algo que ama— es tan infernal que ni el diablo la aguantaría.

Pienso en mil maneras de acercarme y doy pasos cortos, temerosos, hasta que mi primo me detiene al cruzar la enorme puerta estilo granero.

—¿Ya llamaron a los bomberos? —le pregunto al hombre, que contempla el rastro de destrucción sin mostrar gran cosa.

—¡Sabía que me olvidaba de algo! ¡Mierda!

Saca el móvil del bolsillo y hace la llamada. Mientras tanto, miro a Graham con desconfianza.

—¿Fuiste tú quien quemó las camelias de mamá?

—¿Por qué crees que fui yo?

—Pareces demasiado tranquilo…

A lo lejos, veo a Mack y a Ashton intentando contener el fuego. Decido ayudar antes de que me caiga a mí.

Voy a uno de los galpones y saco la enorme manguera. Al abrir la llave, siento el material estirarse por la presión. Dirijo el chorro al montón de flores en llamas y no sirve de nada. El daño ya está hecho. Levanto el sombrero y miro las cámaras que rodean toda el área.

—¿Cómo diablos alguien pudo hacer esto estando vigilado?

Mamá habría visto si alguien se acercaba a sus preciadas camelias.

Escucho las sirenas de los bomberos, pero sigo arrojando agua al jardín que Rose Parrish cuida con tanto cariño. Ella está catatónica, los ojos reflejando el claro fluorescente frente a sí. Un pinchazo de miedo por lo que está por venir me paraliza, porque la emoción en su rostro cambia rápido y lo que era lamento vibra en la más pura rabia.

—¡Solo pudo haber sido esa Gatsby forastera! ¡Desde que esa maldita volvió a Tuscaloosa, mis camelias se quemaron otra vez! ¡Voy a degollar a alguien y será ella! —mamá levanta las manos, apretando imaginariamente el cuello de su enemiga.

Llevo los dedos al mío por reflejo.

—No es forastera; nació aquí —comento despreocupadamente, fingiendo no oír el sonido aterrador que me dirige.

No fue mi intención defenderla. Solo sé que no fue ella, porque Serena no habría tenido tiempo de salir de cerca del río y llegar aquí antes que yo para prender fuego a las malditas flores de mamá. Además, las camelias son suyas… sacudo la cabeza, ahuyentando ese recuerdo y lanzándolo a la frontera más cercana.

—¿Y cómo explicas que justo cuando esa chica volvió empezaron a quemarse mis camelias otra vez? —se pone las manos en la cintura, aterrorizándome.

—Tus camelias se han quemado muchas veces en los últimos años, y en ninguna de esas Serena estaba en el pueblo. —Dios mío, ¿acaso quiero morir?!

Mamá afila la mirada.

Antes estaba interesada en descubrir quién prendió fuego a sus queridas flores; ahora quiere entender por qué defiendo a la hija mayor de los Gatsby. Sobre todo porque está el asunto de la tienda para incriminarme y el hecho de que me puse en la línea de fuego solo para que ella se quedara allí. Le prometí a mamá que me casaría, quisiera o no. Y por la forma en que me observa, intenta unir puntos de un dibujo que no existe.

—¿Cómo lo sabes?

Me encojo de hombros.

Me gusta provocar a mamá, especialmente cuando se trata de la rivalidad.

—¿Cómo —insiste— sabes que ella no volvió en los días en que mis camelias se quemaron estos últimos años?

—En este pueblo chismoso, seguro lo sabría. Todos lo sabrían.

Sus párpados siguen entrecerrados, en una rendija evaluadora. Si los dinosaurios aún existieran, mamá los mataría solo con la mirada, tal es su desconfianza ahora.

Trago saliva.

Debería haber mantenido la maldita boca cerrada. Este dragón de Komodo va a devorarme vivo. Sinceramente, el apodo de Graham no podría ser más oportuno, dada la forma reptiliana en que ella me mira.

—Logan, Logan…

—¡Creo que fue Graham quien quemó tus camelias! —suelto en un acto desesperado, intentando salvar el pellejo.

Como si fuera posible, sus ojos se estrechan aún más.

—¿Por qué crees que fue tu primo?

—¡Ni siquiera había llamado a los bomberos! ¿No te parece sospechoso? Además, conocería el punto ciego de las cámaras de

seguridad que instalamos alrededor de tu jardín. Eso por sí solo es suficiente para que desconfíe enormemente de él.

Que Graham se joda, porque, al final, sí que es sospechoso. Se la pasa pescando en uno de los lagos de la región y no mueve un dedo para ayudarnos cuando mamá decide infernizar la vida de los hijos.

—Tienes razón —concede, llevándose la mano al mentón, pensativa—. ¿Debería mover la investigación hacia la parte más cercana de mi familia?

Mierda, planté la bomba y explotó sin querer.

—¡NOOOO! ¡SOLO HAZLE PREGUNTAS A GRAHAM! —grito, la voz afinándose mientras el terror se instala en mi corazón.

—¿Por qué dices eso? ¿Fuiste tú, Logan, quien quemó mis camelias?

Hago una mueca.

—Por el amor de Dios, mamá, ¡ni siquiera estaba aquí! ¡A menos que lo hiciera con el poder de la mente! ¿No ves que es una acusación sin sentido?

—Podrías haber pagado a alguien.

—¿Y por qué me daría el trabajo de irritarte, cuando soy yo el que tiene que aguantarte enfadada?

—No sé, por diversión tal vez.

—Diversión… —hago un chasquido—. Conozco muchas formas de divertirme y dejarte furiosa; esta no es una de ellas.

Mamá deja de acusarme y se vuelve hacia mis hermanos, que se secan el sudor del rostro. A estas alturas, los bomberos ya están apagando lo que queda de las llamas y por fin puedo guardar la manguera. Cuando lo hago y regreso, veo a mamá acribillando a Ashton y a Mack con miles de preguntas: dónde estaban, qué hacían, por qué prendieron fuego a mis flores.

Ellos no entienden nada.

—¡La semana que viene tendremos una reunión importantísima! Voy a reunir pruebas y elaborar una lista de posibles culpables del crimen.

—¿Por qué la semana que viene? —Ashton suena curioso, la misma curiosidad que me castiga.

—El responsable de acabar con mi alegría y mi felicidad se sentirá cada vez peor por tener que esperar a ser desenmascarado, y eso hará que cometa errores. Y pueden apostar a que estaré allí anotando cada uno.

Un escalofrío me recorre la espalda.

No soy el culpable.

¿O sí lo soy?

Mamá me mira con tanta ira que hasta yo dudo de mí mismo.

—Usted es muy cruel. ¿De quién aprendió esa estrategia?

—Ten tres hijos y vuelve a preguntarme, si aún tienes dudas. ¡Fueron ustedes quienes agudizaron mi inteligencia! Inútiles de mierda, ni siquiera sirven para descubrir quién quema mis camelias.

—Si desconfía de nosotros, ¿por qué ayudaríamos? —abre la boca Mack.

—Desconfío hasta del aire; no te sientas especial.

Contengo las ganas de reír; sería pésimo en un momento así.

—Creo que prefiero cuando tu mal humor se dirige a los Gatsby —murmura Ashton, lo bastante bajo como para ser un intento fallido de comentario para sí mismo.

No piensa, constato.

Porque la superaudición de mamá es legendaria. Los pueblos que vivían aquí antaño ya conocían su superpoder antes de que lo desarrollara, porque todo el mundo sabe que Rose Parrish es, sin duda alguna, una extraterrestre que vino a la Tierra a colonizarla.

Por desgracia, una extraterrestre que cree en maldiciones.

Y lo peor es ser hijo suyo.

—No digas ese apellido; sabes que no es bienvenido en esta casa.

—Técnicamente, no estamos en casa —comenta Mack, provocando al mismísimo Satanás—, así que podemos decirlo.

—¿Eres mi hija o mi enemiga?

—¿Eres nuestra madre o nuestra enemiga? —replica Mack con tanta valentía que siento envidia.

Yo no soy tan valiente.

Nunca lo fui, nunca lo seré.

—¡TU NIÑA ENDIABLADA! —mamá gira sobre sí misma buscando algo para lanzarle a la cabeza.

Al no encontrar nada, amenaza con correr, pero Mack es más rápida y se dispara hacia el interior de la casa, atravesa la construcción hasta llegar a su coche. Lo sé porque escucho el rugido del motor de la camioneta.

Esa desgraciada está a punto de huir, pero, claro, antes prefiere provocar al ser mitológico en llamas de ira, dando la vuelta solo para gritar mientras agita el sombrero a modo de despedida:

—¡SALÍ A QUIÉN SALÍ, MAMÁ!

—¡Qué chica más… más… más…! —ni siquiera logra definirlo, porque Mack es tan parecida a ella que da miedo—. ¿No creen…? —se vuelve para comentar, pero Ashton y yo ya nos estamos alejando hacia nuestros coches, conscientes de que no tendría misericordia si nos quedáramos.

—¡TE QUIERO, MAMÁ! —grito justo antes de desaparecer, decidido a pisar el acelerador todo lo que pueda.

¿A casa?

No. A otro lugar.



CAPÍTULO 10

Serena

Serena

Logan no me odia; solo me estrangularía y me enterraría donde nadie jamás pudiera encontrarme.

Enciendo el interruptor.

La luz se prende y empieza a parpadear.

Justo la que está en la zona de doble altura de la tienda.

—¿Cómo demonios voy a cambiar esta mierda? —pregunto en voz alta, después de buscar una escalera en el depósito y encontrar solo un caos de latas de pintura.

Qué porquería.

No hay forma de dejarlo así, no después de descubrir lo que ocurrió en este lugar. También hago una nota mental para instalar cámaras, aunque los eventos criminales en esta zona sean raros. Luego, armo un kit con todo lo que pueda usarse en mi defensa: desde gas pimienta hasta una navaja y una pistola falsa. No tengo valor para dispararle a nadie, pero si un intruso invade este sitio y yo apunto esta preciosidad, la persona no va a pensar en comprobar si es auténtica, ¿verdad? Bueno, eso espero.

—¡Joder, qué es todo esto, Sese! —Sam suena horrorizada al subir al altillo y encontrarse conmigo en medio del desorden, seleccionando qué sirve y qué no.

Tengo el cabello revuelto y los ojos fijos en el montón de chatarra.

—Protección.

—¿Por lo que me contaste ayer?

Por todo.

Sobre todo por las últimas llamadas que he recibido, con Jonah amenazando venganza por algo que ni siquiera sé bien qué es. No entendí la parte de "¡dile a tu amiguito que se mantenga bien lejos de mí!".

¿De quién estaba hablando?

—En realidad, toda mujer debería tener un kit para "hijos de puta". ¿Quieres uno? Creo que tengo otra arma falsa por aquí en algún lado —digo, buscando en todos los cajones—. Estoy segura de que la guardé por si acaso. Siempre es bueno tener más de una. —Sigo hurgando en los armarios, rindiéndome cuando no la encuentro ni siquiera después de revisar a fondo todos los posibles escondites

—. Cuando no la esté buscando, la encontraré, ya verás. Entonces te la doy, ¿vale?

Sam contiene la risa, pero yo hablo muy en serio. Mejor pecar por exceso.

—Serena, esto no es normal.

Miro a mi amiga, mis ojos lanzando chispas en su dirección.

—Prefiero asegurarme.

La bombilla sobre nuestras cabezas parpadea varias veces otra vez. Sam mira hacia arriba y se lleva la mano al corazón, asustada. Qué mierda. Todo por el historial de la tienda.

—Te parece un absurdo mi kit de protección y ahí estás, cagándote de miedo por una luz que parpadea. ¡Hazme el favor, Sam Williams! —me burlo.

Ella se acerca y apoya una mano en mi antebrazo.

—¿No existe el miedo en tu diccionario? ¿Cuándo te volviste tan valiente?

—¡Soy una mentirosa, joder! ¿De verdad crees que no tengo miedo?

—Eso parece.

—Todos tememos algo; la cuestión es que la mujer que murió en este lugar no está en mi lista. Los vivos causan mucho más daño.

Mucho más.

—Hablaste como Rose Parrish cuando le dijeron que nadie alquilaría la tienda.

Qué sorpresa pensar igual que esa mujer.

—No me compares con ella.

Sam se encoge de hombros al alejarse de mí, aún mirando la lámpara, que de repente deja de parpadear.

—Anotado. ¿Y suele hacer eso todos los días? —señala la luz.

—No, empezó hoy. Busqué una escalera en el depósito, pero no encontré ninguna. La compraré mañana, porque dentro de poco tengo un evento al que ir en Birmingham.

Un evento de agentes inmobiliarios —léase: vomitando mentalmente.

Voy solo para comprobar si la casa en venta es tan increíble como dicen. Cielos, podría batirme en duelo con el agente responsable, pero no tengo ganas de desgaste. Creo que esperaré a que fracase en la venta para poner mi experiencia en juego. O intentar que alguno de mis clientes fieles se interese. Por las fotos, tengo a algunos en mente.

Esa casa sería perfecta para cierto Parrish.

El pensamiento me asalta tan rápido que no tengo tiempo de impedirlo. Cuando me doy cuenta, ya se mezcló con mi creatividad, que empieza a trazar planes para intentar convencer a Logan de comprar una mansión.

Dinero sé que tiene.

El hijo de puta es obscenamente rico. De una forma indecente que no debería existir.

—¿No conseguiste ningún negocio aquí? —Sam me saca del ensueño.

—Aún no. Pero lo conseguiré; no es como si nunca hubiera empezado desde cero. Reiniciar no será tan difícil; al menos, eso espero. Y tengo algunos clientes que se quedaron conmigo incluso después de que Jonah intentara arruinar mi reputación.

—¡Ese imbécil de mierda! —cuando le conté lo que pasó, tuve que sujetarla; estaba decidida a ir a Tennessee a cobrar todo lo que pasé.

—Antes de dormir, siempre me descubro pensando en cómo alguien que quise se transformó en un monstruo tan rápido. ¿Será

que su personalidad siempre fue así y yo no lo vi antes por estar enamorada?

Es una duda real.

¿Me interesé por el hombre que era o por el que creó específicamente para mí?

—No lo sé, Sese. Ojalá tuviera una respuesta.

Murmuro, pensando en voz alta:

—Da igual; solo necesito una venta para despegar y lograr convencer a la gente de aquí de vender y comprar conmigo.

Dicho así suena simple, cuando es muy, muy complejo.

—Si no fueras enemiga de los Parrish… —refunfuña Sam—. Tienen muchas propiedades en venta y alquiler, tanto aquí como en ciudades cercanas. Sería un negocio enorme, sobre todo porque Logan discutió con el último agente y ahora mismo no hay nadie a cargo de las propiedades de la familia.

Vender inmuebles de los Parrish me daría un portafolio excelente.

Es la primera vez que odio tener el apellido Gatsby. La primera y la única.

Golpeo el suelo con el pie, mordiéndome el labio inferior.

—No intentes meterte en el ojo del huracán —advierte Sam.

—¿Cómo sabes en qué estaba pensando?

—Te conozco desde niña, Serena. Esa mirada tuya es prácticamente una señal de Sese; ni la de Batman llama tanto la atención. Sácate esa idea de la cabeza antes de que termines involucrándome también. Ya es suficiente lío haber alquilado esto.

—¿Qué lío?

—Mentí a Ashton por tu culpa; casi me arranca los ojos y los asa con malvaviscos en la hoguera.

Ashton jamás pelearía con Sam. Yo lo sé, y ella finge no saberlo.

—¡Qué exageración!

—No sientes el menor remordimiento por poner en riesgo mi pellejo, ¿verdad? Logan podría haberme demandado, como aquel día en que llamó avisando que haría exactamente eso. Por cierto, lo que me recuerda… —frunce el ceño y me mira con atención— en la llamada escuché tu voz y un ruido muy fuerte; parecía que estaban discutiendo. ¿Qué pasó de verdad ese día?

Aprieto los labios y pongo cara de nada.

Recuerdo muy bien lo que pasó. Caí encima de Logan y de otra cosa.

—No fue nada. Me desesperé cuando dijo que te demandaría.

—Es lo mínimo.

Abrazo a Sam con fuerza.

—Amiga, te amo; jamás dejaría que alguien te perjudicara por mi culpa.

—Idiota, claro que no dejarías; tú me perjudicarías personalmente.

Intento disimular la culpa con un sentido ultrajado del humor.

—Jamás.

—Ahórrame la falsedad, Serena Gatsby. Soy tu única amiga y tienes la cara dura de hacerme estas cosas. Cuando empiece a ignorarte, quiero ver cómo sobrevives.

—Nunca me ignorarías. No me ignoraste cuando te llamaba desde Memphis después de pasar meses sin dar señales de vida; no vas a empezar ahora. Puede parecer poco, pero eso significó mucho para mí, Sam. No tienes idea de todo lo que pasé. De cuánto me salvó cada minuto que hablé contigo.

—No te pongas cursi ahora, por favor. Odio las frases melosas; prefiero que me insultes.

—¿Me vas a perdonar por meterte en un lío? —hago un puchero para derretir su corazón de hielo.

—¡No me mires así, carajo!

—¿Así cómo?

—Como si fueras un cachorrito pidiendo perdón.

—¿Así?

Refuerzo el gesto y ella se irrita.

—Me voy a trabajar, que gano más. —baja las escaleras rumbo al ayuntamiento.

Sam es asesora del alcalde, uno al que casi no veo. Si soy honesta, la mayoría de los asuntos de la ciudad los gestiona un Parrish. El cargo de alcalde en sí está ahí solo de adorno.

—Si no estoy cansada, paso por aquí más tarde para comer algo, ¿vale? —dice al detenerse frente a la puerta.

Bajo los escalones y lanzo un beso, acercándome al ventanal.

—¡Te amo, Sam!

—Lo sé.

Mi amiga abre la puerta y se va, haciendo una mueca al verme enviar más y más besos a través del vidrio. La veo formar las palabras "deja de hacer eso, loca", justo cuando Logan aparece en la acera y me mira, visiblemente irritado.

Siempre está irritado cuando me ve.

"Vete a la mierda" —muevo los labios.

"¿Y tú, ya fuiste?" —me responde.

"Te odio" —la discusión ocurre sin que salga ningún sonido.

Lo cual es raro.

Nos gritamos día sí y día… sí también.

"Yo te odio más, imbécil" —finalmente se aparta del vidrio y yo suelto el aire de golpe, sin saber por qué Logan Parrish me saca

tanto de quicio.

De niños era así, y por eso siempre le hacía bromas. Del tipo que nadie jamás perdonaría. Pero no creo que sea eso lo que Logan recuerda; creo que se aferra a algo mucho más valioso.

LOGAN

En misa, el sacerdote dice que el perdón es una palabra divina.

Decía, en todo caso. Hace mucho que no voy a la iglesia, salvo en festivos, cuando me obligan a ayudar con la organización de las fiestas. Pero lo que sé de ella es que no es más que una completa tontería. Y si elijo no perdonar a nadie, ¿cuál es el problema? ¿Por qué eso me convierte en el equivocado de la ecuación?

No me voy a dignar a disculpar a alguien que:

Cuando yo tenía ocho años, me pegó chicle en el pelo. ¿Uno? Si hubiera sido solo uno, no estaría tan furioso. Serena colocó decenas mientras yo dormía en el aula durante el recreo.

A los nueve, llenó mi cama de mierda de vaca. Fresca. ¡Todavía estaba caliente! Y hasta hoy intento descubrir cómo logró entrar a la casa de la granja sin ser notada. Esa diablesa era capaz de deslizarse como una serpiente, camuflarse sin que nadie la viera. Hay rumores de que hasta hoy tengo pesadillas con la visión tenebrosa de mi colchón.

¿Pueden llamarse rumores si son verdad?

A los diez, el regalo fue un pez muerto dentro de mi mochila.

A los once, Serena me tiró un muro encima del brazo. El resultado fue un hueso roto que dolió como el infierno. Ella solo se rió, incluso mientras su madre la reprendía después de que la mía "amablemente" obligara a la profesora a sancionarla y dejarla tres días en casa.

En esa época, nuestros padres no entendían nada y mucho menos se involucraban. Creo incluso que eran amigos, o lo más cordiales que podían ser personas de nuestras familias.

Las madres, en cambio, fomentaban la rivalidad, como si fuéramos perros de pelea.

Y no ayudaba en nada que ella fuera terrible, una auténtica peste. Yo, en cambio, siempre fui un encanto y solo devolvía lo que ella me hacía.

En fin…

La única edad en la que tuve un respiro de sus travesuras fue a los doce. Mi padre murió poco antes de que cumpliera años. Tuvo un accidente cerebrovascular una semana antes y cuando lo encontraron, caído en medio del cultivo de algodón, ya era demasiado tarde. Eso me dejó destrozado, teniendo que lidiar con mamá y mis hermanos derrumbados. Además, el lugar donde murió se volvió tan fantasmal que mamá decidió acabar con la plantación y reubicar la producción de algodón en otras fincas de la empresa. Desde ese día, nunca más volví a ver un algodonero, por miedo a pensar en lo solo que se sintió mientras moría.

No es un pensamiento que un niño quiera tener, créeme. Y, por desgracia, hasta hoy no soy la mejor persona en esa fecha. Suelo encerrarme en casa y esperar a que pase la semana, evitando ver el dolor en el rostro de todos los que amo.

A los trece, los infortunios regresaron, porque me puso pegamento en las botas.
Pero lo dejé pasar, porque ese fue el año en que murió su padre. Tal vez por saber cómo se sentía, no me enfadé tanto, aunque tardé horas en poder librarme de ellas.

A los catorce, me atropelló con una bicicleta. Todavía tengo la cicatriz en la parte trasera del muslo izquierdo, donde caí sobre un trozo de madera lleno de clavos. La desgraciada ni siquiera me pidió disculpas.

A los quince, me pasó pegamento por el sombrero —a esa altura ya debería haber sido más listo, pero ni lo pensé antes de ponérmelo—. Tuve que ir al hospital para que los médicos lo retiraran sin causar demasiados daños al cuero cabelludo.

En realidad, siempre que Serena estaba cerca, yo terminaba en el hospital. ¡Es un milagro que no haya muerto!

A los dieciséis, me empujó al Black Warrior. Por suerte, nado bien.

A los diecisiete, me regalaron un coche y tuve que llevarlo al taller apenas unas semanas después. Al parecer, alguien había tapado el escape con patatas.

Los demás años no importan, porque mi punto es que esa Gatsby es un peligro para la sociedad. Es humanamente incapaz de convivir en armonía con la gente sin causar algún tipo de desastre, y la mayor prueba es que, con su llegada, todo en mi vida se volvió extremadamente confuso e incoherente.

Por eso no hay perdón en mi corazón.

No para ella.



CAPÍTULO 11

Serena

Serena

Tonto uno, dos, tres, cuatro y cinco. Operación: pisoteando el ego del macho miserable.

—¡Miren quién llegó! —comenta uno de los tontos, para nadie en particular.

Así llamo a los cinco hermanos, dueños de una inmobiliaria que apunta a construcciones lujosas y acierta en las más horteras.

Son insoportables y me pregunto cuál de ellos es peor, si es que se puede. Todos son terriblemente iguales: calvos —sin ofender, pero intentan tapar el hueco de una manera rarísima y a veces usan pelucas aún más extrañas— y de rasgos contorsionados, lo que hace que parezcan estar siempre en el baño, haciendo fuerza; para colmo, siempre rojos. No es que me refiera de manera ofensiva a cualquier persona con estas características físicas; hablo así porque son ellos. Y por ser tan hijos de puta, se vuelven irrevocablemente horrendos.

—¿Me estaban esperando? —pregunto con sorna.

—No, odio a la gente fracasada.

Pongo los ojos en blanco.

—Como si les importara la opinión de una basura.

Como si a mí me importara.

—¿A quién llamas basura, Serena? No a mí, ¿verdad? Porque yo todavía tengo una inmobiliaria exitosa y no me dejé dar una zancadilla por nadie, cosa que solo hacen los burros. Si quieres saber…

—No, no quiero —lo interrumpo antes de que tenga la oportunidad de seguir.

—Lo diré igual —saca pecho con su barriga rolliza y se sube el pantalón—. Solo perdiste gran parte de lo que construiste porque eres una idiota. Todo el mundo sabía que Jonah te engañaba; llevaba a la segunda mujer a las fiestas a las que decía que tú no podías ir. Eres patética. Mientras todos conocían la doble vida que llevaba, tú te rompías el alma vendiendo casas de las que él también se beneficiaría. En tu lugar, yo estaría llorando en posición fetal y me habría reconstruido la cara para que nadie me reconociera.

Aprieto los dientes, negándome a darle la satisfacción a ese bastardo de ver que ha disipado mi paz. Eso es lo que quiere. Como viejo conocido de mi exmarido, le encantaría contarle a ese inútil lo mal que estoy. Probablemente los dos se reirían a carcajadas y

fingirían que no son seres horrendos, con una central nuclear en lugar del corazón.

—Si encuentro una buena clínica, te la recomiendo —paso la mano delante de mi rostro y señalo el suyo—. La necesitas más que yo, en realidad.

—Al menos yo todavía tengo dinero.

—Que puedes usar para arreglar el exterior; aunque cuando el problema es interior, no hay dinero capaz de convertirte en una persona mejor, ¿verdad?

Veo cómo aprieta los puños, irritado por las respuestas que tengo en la punta de la lengua.

—Por eso Jonah te engañó.

Claro, como si no me hubiera puesto los cuernos aunque yo tuviera una personalidad dulce.

Si siendo brusca consiguió hacerme pasar por tonta, imagínate si yo fuera una mosquita muerta.

—Apuesto a que piensas que a él le fue bien.

Una leve sonrisa adorna mi rostro al notar que el tonto no esperaba esa frase. Observo a lo lejos cómo sus hermanos se acercan hacia nosotros. Un bando de buitres, olfateando carroña.

El escuadrón de los imbéciles.

—¿Y no estás de acuerdo? Ah, claro que no; al fin y al cabo, tú fuiste la que salió perdiendo.

—No lo creo. Todo lo que va encuentra la forma de volver. Mi conciencia está tranquila, ¿y la de ustedes? —contemplo a los cuatro que se unieron al mayor—. Son un montón de estiércol, intentando hacer sentir mal a una mujer. Háganme el favor de mirarse al espejo; así se darán cuenta de quién debería sentirse realmente pésimo.

Coloco la copa de champán que acababa de tomar, aún intacta, en la bandeja de uno de los camareros. Me mira como si entendiera exactamente lo que está pasando.

Me encojo de hombros.

La vida es una mierda y la gente mala casi siempre sale bien parada. Véanse los cinco tontos y el casi sexto integrante del grupo que ni siquiera está aquí. O… no estaba. Porque justo cuando pienso eso, veo al canalla de Jonah entrar, acompañado de su actual primera dama y próxima cornuda, porque el puesto de amante está vacante.

Ella me sonríe, lo que me revuelve el estómago.

—Ahora las cosas se van a poner interesantes —vuelve a hablar uno de los tontos, alguien cuyo nombre no me interesa saber.

Mis ojos permanecen clavados en la pareja.

—¿Te vas a ir? Creo que será vergonzoso si te quedas, Serena.

¡Nadie va a estorbar mi camino hacia el éxito, nadie!

—¿Y por qué razón sería vergonzoso? Ellos no valen nada, no yo. Ahora, si me dan permiso, necesito hablar con el agente responsable sobre esta casa; tengo un posible cliente.

¡Mierda!

No tengo ningún maldito cliente.

Simplemente no soporto estar en la misma sala que esas dos serpientes, demonios, seres desgraciados. Son tantos nombres que a veces me dan ganas de usarlos todos a la vez.

Me impiden alejarme cuando me sujetan del brazo. Miro esos dedos con tanto odio que podría incinerarlos.

—Quita tu mano asquerosa de encima —pido, impaciente.

—No sabía que eras tan irritable, Serena —alzo la cabeza y me encuentro con uno de los tontos que llegó para apoyar al mayor.

En este momento, es al que más odio.

—Vas a descubrir rapidísimo de lo que soy capaz si no quitas la mierda de tus dedos inmundos de mí.

—¿Por qué tan enfadada, florecita? Si quieres, puedes usarme para darle celos a Jonah; no me importaría en absoluto… siempre y cuando después me dejaras usar tu cuerpo, claro —su mirada recorre la caída del vestido, haciéndome sentir desnuda, expuesta y sucia.

Intento zafarme de sus dedos.

Los otros se acercan más, impidiendo que los invitados vean lo que sucede. Un montón de bastardos hijos de puta. Cuento mentalmente hasta cinco antes de girar el cuerpo tan rápido que no le da tiempo a prever mis movimientos, lo que facilita que lo inmovilice de manera eficiente. Escucho el sonido del hueso de su muñeca partiéndose y sonrío. Se lo pensará dos veces antes de tocar a alguien ahora. Sus gritos de dolor reverberan por el lugar, mientras varias miradas de reproche me alcanzan y me aclaran un hecho que aún no había notado: nadie aquí está dispuesto a hacer negocios conmigo por culpa del energúmeno al que llamaba marido y, ahora, yo les he dado el motivo perfecto, la mejor excusa que podrían tener.

Juicios.

Más y más juicios.

Miradas atemorizadas y conversaciones susurradas.

Se me forma un nudo en la garganta y me dan ganas de vomitar; me siento cada vez peor.

Ni siquiera noto que aún estoy inmovilizando al idiota, tal es el enredo de insanidades que se forma a partir de mis pensamientos.

Suelto su brazo, concentrándome en el lamento de un ego herido. El dolor físico que siente no es mayor que el de su orgullo, despedazado sin piedad por mi habilidad en la lucha. También debería haber usado el spray de pimienta que llevo en el bolso, pero por suerte para él, la reacción más rápida fue librarme de su contacto.

—Debiste haberme escuchado cuando te advertí.

—¡Puta desgraciada, vas a pagar por esto! —la voz le tiembla mientras se sujeta la muñeca con la mano sana, viéndome por quien soy por primera vez:

Una mujer a la que hay que respetar.

Finjo que voy a golpearlo de nuevo y da un paso torpe hacia atrás. Con eso, pierde el equilibrio y cae solo al suelo. Los hermanos no se molestan en ayudarlo, temerosos de que yo también los golpee.

Esbozo una sonrisa victoriosa.

—Más les vale escucharme la próxima vez, o no será solo la muñeca lo que rompa.

—¿Nadie va a llamar a la policía? —grita el que se muere de dolor, evaluando a sus hermanos.

Saben que, si lo hacen, tendrán que explicar por qué me defendí en primer lugar y, con las cámaras —señalo las que veo, en silencio—, no tendrán excusas que maquillen el acoso que sufrí. Suerte la suya que solo lastimé a uno.

—Si vuelven a rodearme y a intentar minimizarme, no será solo él quien sufra las consecuencias —mi mirada recorre a cada uno, mientras tragan saliva—. Les deseo una excelente noche, señores, y que este evento les traiga muchas ventas.

Ni de broma les deseo eso, pero actuar de manera pasivo-agresiva es el arma más grande que tengo.

Al alejarme, los susurros me siguen y, cuando entro al baño y me siento, intentando recomponerme antes de conducir de vuelta a Tusca, termino escuchando lo que dice la examante:

—Pobrecita, no deja de hacer el ridículo y de traerse vergüenza a sí misma. Es una verdadera pena que alguien tan bueno estuviera defendiéndola hace unos días, dándole una paliza de verdad a mi prometido. Fue excitante, algo que Jonah no es —me inclino en el baño para escuchar mejor.

Y ni siquiera sirve para chismear esa mujer, porque se calla con un gruñido y se va con quienquiera que la estuviera acompañando.

Mierda.

¿Quién fue el que me defendió?

Y, más importante aún: ¿por qué?



CAPÍTULO 12

Serena

Serena

Christine, la lámpara asesina.

Todavía estoy pensando en lo que escuché durante mi regreso a Tusca, ansiosa por descubrir quién fue ese hombre que, al parecer, descargó sus frustraciones en Jonah, creyendo seriamente que no tiene nada que ver conmigo y que todo no pasó de un completo malentendido.

Aparco frente a casa cuando ya pasan de las diez de la noche.

Pero sigo dándole vueltas al asunto.

Abro la puerta principal y acciono el interruptor. Mi sobresalto es mayúsculo cuando la lámpara que estaba fallando parece nueva de fábrica.

—¿Será como Christine, el coche asesino, y se arregla sola? ¡Por eso nadie quería alquilar aquí!

¡Que el mal se vaya y se lleve todo lo malo lejos de mí!

Entono mi propio lema varias veces y vuelvo a comprobar la lámpara, encendiéndola y apagándola cuando llego a lo alto de la escalera, donde el otro interruptor también la controla. Sí, definitivamente no voy a necesitar comprar la escalera mañana.

Mejor.

Porque este es el tipo de cosa que no sucede con frecuencia, quiero decir, tener que cambiar una bombilla.

Enciendo la luz de la pequeña sala del entresuelo, escuchando el eco de mis tacones por toda la inmobiliaria. Hay una pequeña puerta, en lo alto de los escalones, que separa el ambiente de arriba del de abajo. No la cierro porque no he abierto oficialmente mi negocio. En cuanto lo haga, para que nadie vea que vivo allí, será mejor acostumbrarme a mantenerla cerrada. Por eso regreso y la cierro, justo en el mismo instante en que las putas luces se apagan.

TODAS.

Todas se apagan, sin el menor aviso.

¡Era lo único que me faltaba! ¿Será que, de tanto tiempo parada, la instalación eléctrica de este local se fue a la mierda?

Acciono los interruptores frenéticamente, perdiendo el poco hilo de paciencia que me queda —demasiado tarde noto que usé la palabra hilo, una tremenda ironía—, y no sirve de nada. La oscuridad sigue presente en casa y lo único que ilumina miserablemente el

ambiente son las farolas de la calle, que, al parecer, sí funcionan o tienen alguna fuente alternativa de energía.

Voy hacia la escalera para comprobar si alguien más sufre la falta de… y entonces lo veo, entonces… lo veo. Cerca del escaparate hay una especie de bulto, oscuro y de formas indistinguibles.

Mierda.

La respiración se me atasca en la garganta mientras, lentamente, reduzco la apertura de la puerta y sostengo la rendija, intentando descubrir qué es, o quién es.

—¡Dios te espera, Él es misericordioso! ¡Encuentra tu paz! —repito una y otra vez, deseando que sea una aparición—. ¡Ve hacia la luz! —digo lo que vi en una película, intentando librarme de ese ente que quiere echarme del único puto lugar de toda la ciudad que encontré disponible para alquilar.

Ni de coña voy a dejar que un fantasma me joda.

En la vida hay que elegir las batallas, y prefiero empezar una con el más allá antes que perder mi oportunidad de recomenzar.

—Si no te vas por las buenas, te vas por las malas. Llamaré a un cura, a un exorcista o a lo que diablos haga falta para que te largues de aquí para siempre —empiezo a cantar alguna canción, cualquiera que se me venga a la cabeza.

El bulto se mueve.

La sombra se cierne frente al ventanal de la inmobiliaria, mientras dentro de mí el corazón se detiene, esperando lo que va a pasar.

Me persigno.

Nunca fui religiosa. Y empiezo a arrepentirme de esa decisión.

Por favor, Dios, no dejes que me pase nada malo. ¡Por favor! —junto las manos y rezo sin la menor vergüenza—. ¡Por favor!

En mi imaginación lo escucho responder:

“Por el amor de mí, una mierda, Serena. ¡Arregla tus propios problemas!”

Me atrevo a mirar la sombra una vez más y empieza a moverse de un lado a otro, abarcando el enorme ventanal. Veo que se acerca a la escalera y empiezo a temblar como una hoja. Joder, no puedo morir ahora, no puedo darles esa felicidad a las personas que quieren deshacerse de mí.

Suelto la puerta por unos instantes y saco el spray de pimienta del bolso.

Luego cierro la puerta y espero… y espero… y espero… No pasa nada.

Podría jurar que paso minutos con la espalda apoyada en la madera, sujetando el spray como si mi vida dependiera de él.

Pasa un poco más de tiempo.

Los minutos se alargan en mi terror, transformándolo en una pura ola de caos. ¡Joder, si voy a sufrir, mejor sufrir de una vez!

Abro la puerta, inspirando valor.

Vamos, tú puedes.

Cierro los ojos y bajo escalón a escalón, tanteando el siguiente paso para no caer y acabar siendo yo el fantasma que atormente este maldito lugar. Sería bastante irónico.

Me atrevo a entreabrir uno de los ojos.

El gesto es tan dramático que, si me estuvieran filmando ahora, verían que lo hice a cámara lenta.

¿Cómo puede el miedo afectar tanto a nuestra coherencia?

No veo una mierda. Pero lo que parecía un bulto desde lo alto de la escalera con las luces apagadas, aquí, más cerca de la iluminación de la farola, no es más que la sombra del árbol que está en la acera.

¡NO PUEDE SER EN SERIO!

En cuanto hago esa constatación, vuelve la electricidad y todas las luces se encienden al mismo tiempo, iluminando por completo la tienda y dejando en evidencia que estoy sola.

Me quedo quieta, en estado catatónico, sintiendo vergüenza de mí misma mientras sostengo el maldito spray de pimienta. Que, además, ni siquiera serviría contra fuerzas sobrenaturales, si de verdad hubiera sido algo así lo que vi. Pero, claro, como todo tiene explicación, no fue más que el árbol moviéndose con el viento. Antes vi en la televisión que se acerca un temporal a Tusca, con vientos fuertes que pueden alcanzar decenas de kilómetros por hora. Así que lo que ocurre no es más que la naturaleza preparándonos para lo que está por venir.

Me encojo de hombros ante mi propia estupidez y regreso al entresuelo, directa a la cocina, para coger un vaso de agua. Después del susto que me llevé, me merezco un poco de agua con azúcar. Sorprendentemente, me encuentro con un papel sobre la pequeña mesa de cuatro plazas. Un papel que no estaba allí cuando salí.

Esta es la llave de repuesto que usé para restablecer la electricidad e instalar las cámaras en el exterior de la propiedad. Ninguna apunta al interior de la tienda, no te preocupes. En cuanto a la lámpara que fallaba, la cambié por ti. Perdona invadir tu espacio, fue necesario. No volveré a hacerlo; por ese motivo dejo la llave.

Aún te odio, Gatsby, pero espero haber ayudado.

PD: Las cámaras fueron una cortesía. En tu habitación hay una tablet para controlar las imágenes. Siéntete libre de agradecerme cuando quieras. Compra algo y llévalo a mi casa (que ya sabes dónde está, porque invadiste), pero no dejes que te vea. Siempre es un disgusto posar mis ojos en ti.

Logan P.

Contemplo la nota y la llave durante varios minutos, sintiendo una mezcla de euforia y pánico por haber estado aquí en

mi ausencia, por haber entrado en mi habitación y por algo completamente distinto al saber que hizo todo eso por mí.

No esperaba que arreglara la lámpara. Prefería mi idea estúpida y fantasiosa, porque no me haría darle vueltas a los motivos de Parrish para hacer esto.

¿A Logan le importo?

¿Lo hizo solo porque soy su inquilina?

¿Cuáles son las razones de un hombre como él, que no se digna a ser amable con nadie —ningún Gatsby, en su caso—, para serlo conmigo?

—¿Qué pasa? Puedes preguntar, no te voy a juzgar…

¡JODER!

¡Hoy es el día en que voy a morir, seguro!

—Estoy pensando seriamente en ponerte un cascabel, como los que usan las vacas en Suiza. Casi me da un infarto, Sam.

—Estás muy asustada, eso es comportamiento de quien debe algo.

—Tu culo.

—Si alguien va a deber mi culo, esa persona soy yo —pongo los ojos en blanco—. ¿Y por qué parece que viste un fantasma?

¿Se nota tanto?

—Solo me asusté por el corte de luz.

—Ah, sí, por eso vine. Te vi llegar hace unos minutos y pasé por el restaurante para coger algo. Supuse que no comiste nada en el evento, por la cara de mal humor que llevabas al pasar por la avenida.

—Eres la mejor amiga del mundo entero, ¿lo sabías?

Me entrega el paquete de papel marrón con algo que huele tan bien que mi estómago se retuerce.

—Sí, y de nada. Pero dime, ¿por qué estabas rara? Cuando entré, estabas a la vez asustada y pensativa.

¿Sam puede leer la mente?

Empiezo a creer que sí.

—No es nada.

—Algo es. Parecías llena de dudas y, siendo honesta, todavía lo pareces —me observa fijamente.

—Era una tontería, no vale la pena comentarlo… Pero dime, ¿hay alguna novedad?

—No. Solo que Parrish —ese cabrón otra vez— desistió de demandarme, lo cual es bueno. Y como prometió casarse, su madre ya no te va a molestar. Creo que las cosas están a punto de tranquilizarse en la ciudad. Con tu llegada se sacudieron bastante, pero ahora todo volverá a la normalidad.

¿Logan… casándose?

Es más fácil que le caigan dos rayos en la cabeza al mismo tiempo.

—¿De verdad se va a casar?

—Lo prometió, y para Rose eso es suficiente, viniendo de alguien que ni en sueños quería comprometerse. Casi no lo creí cuando Ashton me lo contó, pero es real, amiga, puedes quedarte aquí; esa mujer no te va a dar la lata. Solo tendrás que lidiar con tu madre, que probablemente se sentirá extremadamente incómoda. Es increíble que aún no se haya enterado.

Creo que sí lo sabe. Pero, por saber lo que pasé en los últimos meses, decidió no empeorar las cosas.

—No me gusta la idea de deberle un favor a alguien como él.

No sabía que le había prometido a su madre que se casaría para que yo pudiera quedarme aquí, y tener esa noción me incomoda tanto que ni siquiera puedo medirlo. Si él me odia tanto como yo lo odio, ¿por qué hace estas cosas?

—¿Alguien como él? —Sam finge no entender a qué me refiero.

—Insoportable.

—Un insoportable que te ayudó. Hasta los enemigos tienen que agradecer de vez en cuando.

Las palabras de mi amiga me llevan a reflexionar, aunque no me sienta en absoluto tentada a agradecerle nada a Logan Parrish.

Hasta los enemigos tienen que agradecer de vez en cuando.

¡Maldita sea!

Sus palabras resuenan en mi cabeza, incluso después de que se va y me deja con nada menos que un montón de pensamientos enredados.

Me doy la vuelta en la cama.

Otra vez.

Una vez más.

Hasta que entiendo que Sam tiene razón.

De verdad necesito agradecerle a ese energúmeno, y que Dios me ayude y no haga ninguna broma, o le separaré la cabeza del cuello y la llamaré para que me ayude a enterrarla.



CAPÍTULO 13

Logan

Logan

El odio es más peligroso que el amor. Siempre lo fue, siempre lo será.

Encuentro una nota pegada al portón de mi propiedad. Una nota extremadamente burlona, con el mismo tono que usaría el mismísimo diablo si tuviera que conversar con su enemigo.

"No vuelvas a hacer nada por lo que yo tenga que agradecerte, o tiraré una botella de pis del animal más apestoso que encuentre en tu jardín.

Fuera de eso, como arreglaste la lámpara y me adelantaste las cosas, supongo que mereces al menos un poco de consideración.

Con extremo odio y muchísima mala voluntad, Serena G."

Veo el paquete colgado en una de las rejas de hierro. Al comprobar el contenido, sonrío. Serena Gatsby, maldita diablilla astuta. Sabe que amo un buen Clyde May's, whisky al más puro estilo de Alabama.

Es un regalo valioso, no por su precio, sino por lo que representa.

Lo llevo a casa con cuidado y lo coloco en el espacio del bar, separándolo de los demás. Tengo varias botellas iguales, pero esta en particular decido mantenerla aparte.

—¿Por qué miras un Clyde May's como si tu vida dependiera de él, primo?

Doy un salto al escuchar la voz de Graham.

¡Ese desgraciado entra en mi casa cuando le da la gana, como si esta maldita propiedad también fuera suya!

—¿Qué haces aquí tan temprano? Pensé que solo tendría que lidiar contigo después del almuerzo. Necesito prepararme psicológicamente para aguantar tu humor de mierda, igual que el de Ashton, y ustedes —recalco— definitivamente tienen que dejar de invadir mi casa.

—Nuestra casa… —mueve las manos señalando la sala, lo que me hace darle un golpecito en la frente al muy descarado.

—Nuestra casa, una mierda, Graham.

—Me gusta provocarte, porque la tía Rose dice que las propiedades Parrish son de todos.

—Esta no es una propiedad Parrish, es una propiedad Logan —aclaro.

La construí para tener paz.

—Sí, ya lo sabemos, es la cueva donde te metes a hibernar. Solo era una broma, no me tomes en serio.

Menos mal que hasta él tiene la noción de que no debo hacerle caso.

—No me respondiste qué viniste a hacer aquí, jodiéndome la mañana —gruño, fingiendo ordenar las otras botellas, evitando la pregunta que hizo y que probablemente ya olvidó.

—Solo quiero aclarar una duda.

—Habla antes de que te saque a patadas de mi casa. —Salgo del bar y voy hacia la cocina, lo que de pronto me hace quedarme congelado al recordar el impacto que sentí al ver a Serena abrir la puerta y entrar como un vendaval.

Me llevé un susto de la hostia.

Porque fue invocada por mis pensamientos, que aquella noche giraban en torno a ella. Fue el día en que agarré la camioneta y conduje durante horas solo para descargar la rabia contra alguien que no merece ni lamer el suelo que ella pisa.

Que no merece lamer el suelo que pisa ninguna mujer.

—¿Cómo lograste escapar de ella? —pregunta mi primo, tomándome desprevenido.

—Yo… —¿cómo escapé de Serena o de qué? ¿De qué demonios está hablando? Entonces decido no responder hasta aclararlo—. ¿De quién estamos hablando?

—¿De quién más, si no de tu madre? Logan, hoy estás más raro de lo normal. —Su mirada desconfiada es una afrenta—. Pregunto porque creo que pronto seré yo el que esté en la horca, y no quiero elegir a alguien solo porque la tía me esté presionando. Sinceramente, no te envidio en absoluto, no en este aspecto.

Sus palabras captan mi atención.

¿Por qué Graham me envidiaría?

Dejo que la pregunta se disipe y libero la rabia de tener que lidiar con mi madre furiosa.

—¿Todavía tienes la cara de venir a preguntarme eso después de tirarme a la hoguera? Si yo fuera tú, me mantendría bien lejos de mí al menos una semana —gruño mientras preparo café, sintiendo que mi humor mejora exponencialmente… o no tanto, porque decido ampliar el plazo—: un mes. Prefiero que te alejes al menos un mes. Cada vez que apareces en mi campo visual es para hacerme arrepentir de no haberte mandado lejos cuando tuve la oportunidad.

—¡Joder, Logan, esa dolió! —su falsa indignación es ultrajante.

—¡Era para doler!

—¿Tuviste que hacer un pacto con el diablo?

—Vendí mi alma y aún quedé debiendo las de las próximas vidas. Debes saber lo que tuve que prometer.

Mi primo pone los ojos en blanco de forma teatral. Claro que ya lo sabía; vino a echar la última palada de tierra sobre mi tumba.

—Qué mierda.

—¿Eso es todo lo que tienes para decir?

—¿Y qué querías que dijera?

—¡Lárgate de una vez antes de que pierda la paciencia!

—Perdón, irritadito —alza las manos con burla—, pero solo soy el mensajero y vine por una razón. —Graham abre la nevera y bebe leche directamente de la botella. Se la quito de las manos y la dejo sobre la mesa. Se encoge de hombros y ríe, abre la nevera de nuevo y esta vez saca una bandeja de pastel que guardé ahí justamente para esconderla de él. Cada vez que dejo mi parte en casa de mamá, se come la suya y la mía. Lo que no consigo evitar, ya que corta un trozo, lo guarda donde lo encontró y sigue hablando —: La tía Rose mandó que te saques del culo un nuevo agente

inmobiliario para las propiedades. —Seguro mamá le pidió que lo dijera exactamente así—. Quiere comprar más y no ayuda que la mayoría de las que ya tiene estén vacías. ¿Cómo lo dijo? —su mirada se pierde mientras recuerda—. "¡No poder alquilar ni vender nuestros inmuebles los devalúa a todos! ¡DILE A LOGAN QUE ARREGLE EL PROBLEMA QUE CREÓ!". La última parte la gritó, igual que yo. Y joder, el pastel de tu nevera parece aún mejor que cuando ella lo hace.

Ignoro la provocación y me concentro en lo que de verdad importa: cuatrocientas diecinueve.

Esa es la cantidad de propiedades sin ningún contrato a la vista. En todo el estado de Alabama. Desde residenciales hasta comerciales.

—Dile que contrate a un administrador —murmuro—. Cualquier día tiro todo al carajo y que mamá se encargue de estas cosas.

No voy a tirar nada al carajo. Amo a mi familia y siempre es lo primero. Al haber salido de la empresa, algo que dejó a Rose Parrish extremadamente molesta, opté por ayudarla en lo que necesitara fuera de allí. Y yo cumplo mis promesas, cueste lo que cueste.

—Ella no confiaría ni en su propia sombra. Apenas confía en ti, que eres su hijo. —Graham vuelve a agarrar la leche y bebe otro trago. Empujo la botella contra su cara y la leche le corre por las comisuras, empapándole la camiseta. Empiezo a reír, satisfecho de ceder al impulso—. Idiota. ¡No hace falta ser tan bruto conmigo!

—Lo seré en cada oportunidad que tenga.

Suelto una risa amarga, consciente de que Graham tiene razón en algo… mamá es una mujer sureña extremadamente desconfiada y no depositaría su confianza en nadie, aunque la persona demostrara ser fiable. Todo por el pasado, por lo que ocurrió con el abuelo, que casi quebró por creer en la palabra de gente que nunca tuvo intención de cumplir sus promesas.

Por eso es comprensible que mamá sea así, dado lo que tuvo que enfrentar de niña.

—Vete, Graham, yo me las arreglo con ella.

—¿Quieres ayuda con algo? —La pregunta me sorprende tanto que ni siquiera logro disimularlo.

Mi primo es lo que se llama un espíritu libre —un jodido vago— y se preocupa más por pasar los días pescando que por hacer algo productivo. No puedo juzgarlo; haría lo mismo si tuviera la oportunidad.

—No, gracias, solo estorbarías.

—Tú lo dices. Mejor me voy antes de que cambies de opinión.

Sale deprisa, justo cuando la noticia que suena en la televisión me roba la atención.

En los próximos días, Tuscaloosa será afectada por una fuerte tormenta tropical y el gobierno recomienda que los residentes se preparen para vientos que podrían alcanzar hasta ciento diez kilómetros por hora. Algo extremadamente alarmante para la región y que puede provocar desastres inimaginables. Por su seguridad, pedimos que permanezca en casa el sábado y evite cualquier…

La voz del reportero se desvanece lentamente mientras la magnitud de lo que dijo cae sobre mí.

Sabía que habría una tormenta en los próximos días, pero no que sería tan fuerte. Con esa magnitud, ni siquiera en casa estaremos completamente seguros. La última vez, el nivel del río subió tanto que todas las propiedades cercanas quedaron bajo el agua en cuestión de minutos. Incluyendo pastizales que se transformaron en kilómetros de barro.

Saco el móvil de inmediato y busco información sobre la duración y la cantidad de lluvia prevista. No es nada que no hayamos vivido antes, aun así es imposible no preocuparse. Le envío un mensaje a mamá preguntándole si lo vio; responde que sí, nada

más. Aún no debe estar tan inquieta, ya que faltan algunos días para el sábado.

¿Por qué me siento tan afectado por escuchar esta noticia?

Mucha gente puede quedarse sin hogar y cosas aún peores tienen muchas probabilidades de ocurrir. Una en específico me viene a la cabeza y la incomodidad aparece al instante, advirtiéndome que no debería preocuparme, no por ella.

Para con eso, Logan. Lo que le pase a esa mujer no es de tu incumbencia, aunque haya vuelto hace poco y vaya a atravesar algo así. Serena nació y se crio aquí, sabe muy bien el terror en el que puede convertirse una tormenta tropical.

Es imposible olvidar ese tipo de cosas.

Lanzo esa preocupación estúpida bien lejos y me concentro en mis tareas del día, entre ellas encontrar a alguien lo suficientemente bueno para encargarse del patrimonio inmobiliario Parrish.

El problema es que he tenido la mala suerte de conocer a muchos agentes pésimos, al punto de volverme reticente con cualquiera. Para empeorar las cosas, aún me adulaban, me irritaban tanto… que ya no soporto ni de broma atender llamadas de números que no tengo guardados. Necesitan entender que si un Parrish quiere algo, va a buscarlo. No necesitamos que nadie nos persiga, tratando de morder un pedazo de dinero. Así no funcionan las cosas en mi familia.

Después de discutir con la mayoría, no me quedaron muchas opciones, aunque despierte cada día con una lluvia de tarjetas de contacto. Es irritante que ninguno tenga un gramo de valentía para enfrentarme si tomo una mala decisión de gestión. En el fondo, eso es lo que busco: alguien lo suficientemente honesto para advertirme de malos negocios y recto como para decirme cuándo dudo demasiado. Alguien que no piense solo en su ganancia, sino en lo mejor para nuestros inmuebles.

Salgo de casa aún pensando en eso. Y sigo atrapado en la idea cuando me detengo frente a uno de los locales de la avenida principal de la ciudad. No me doy cuenta de lo que observo hasta que la imagen se apodera de mis sentidos.

Alguien hablando con Serena en la inmobiliaria.

Mis pies se clavan en el suelo, como si estuvieran cementados.

Me quito el sombrero y me rasco la nuca; el sol castiga mi cabeza mientras intento entender de qué hablan, sabiendo que es imposible desde la distancia. El problema es que, aunque nos separen varios metros, no me impide verla con una claridad absurda.

Hervir de un sentimiento aún no identificado cuando ella baja la cabeza y apoya la barbilla en la mano. Mira directamente al hombre y sonríe, con el rostro sonrojado.

Serena está tan a gusto que se ríe, ladea la cabeza y enrolla un mechón de cabello entre los dedos.

Observo la escena, indignado. ¿Qué mierda es esta?

Golpeo el suelo con el tacón de la bota, escuchando el sonido hueco.

Apoyo la espalda contra uno de los comercios, cerrado a esa hora del día. Serena debería haber cerrado para almorzar también, entonces ¿por qué sigue riendo y dándole cuerda a cualquier bastardo?

Cuando empiezo a moverme es puro instinto, sin pensar en la razón por la que quiero interrumpirla, sin ver lo patético que parezco.

Esa maldita descarada no va a ser tan feliz así. Necesito arruinar su felicidad, cueste lo que cueste. Si estoy tan atormentado desde su regreso, ella también probará de ese veneno.

No le daré paz a esa maldita Gatsby.

—Serena —saludo al abrir la puerta.

Me mira como si quisiera quemarme vivo en la plaza central de la ciudad. Yo también me quemaría vivo si pudiera, porque a estas alturas ya me arrepiento de mil maneras distintas de haber entrado.

La atmósfera es de coqueteo, por ambas partes, lo que bloquea mi cerebro y lo hace girar sobre su propio eje.

Paso la mirada de ella al hombre, evaluándolo como una fiera analiza a su presa. Mi mirada nada amistosa hace que se remueva incómodo. Levanto el mentón y lo observo de arriba abajo, dejando claras muchas cosas sin decir una sola palabra.

Hago lo que pensé que jamás haría: una competencia de meadas. ¿Cuál es mi maldito problema?

—¿Logan Parrish? —pregunta el ser que nunca vi en mi vida, uno que no podría ser más insignificante.

—El mismo —gruñe Serena—. ¿Qué viniste a hacer aquí? Pensé que no querías verme, así que ¿a qué debo el disgusto de tu presencia?

No respondo, y ella se adelanta:

—Ah, da igual, solo date la vuelta y desaparece de mi vista.

El tono casual casi me hace reír.

Casi.

Se inicia una lucha interna entre la ganas de darle la espalda y la de presionar a Serena hasta que sus rasgos complacidos desaparezcan. Sería fantástico irritarla.

—¿Aunque eso signifique gestionar todos los inmuebles Parrish? —digo, clavando la mirada en su rostro.

Mirándola a ella.

Solo a ella.

Únicamente a ella.

Tan fijamente que el tiempo a nuestro alrededor se ralentiza y los sonidos quedan en segundo plano.

Joder.

Mierda.

¿Por qué dije esa puta cosa?

Sus ojos se iluminan ante la oportunidad y se levanta despacio, mirándome como si yo fuera una criatura divina, un ser mitológico bello y único que nunca había podido admirar antes.

Eso hace que mi corazón lata más rápido.

Tan rápido que lo imagino saltando de mi pecho y compitiendo con caballos salvajes. Solo puede ser odio, seguro. La odio tanto que todo mi cuerpo se rebela al verla, incluso mi respiración.

—¿Hablas en serio o es una broma?

Entrecierro los ojos y trago saliva.

Ojalá pudiera volver atrás en el tiempo solo para impedirme hacer esa propuesta.

—¿Alguna vez bromeé con cosas serias? —Mi voz carga tantos secretos que ella los siente y parpadea lentamente, absorbiéndolos y guardándolos para sí.

—¿Quieres un café, Parrish? Tenemos todo el tiempo del mundo —su tono cambia drásticamente, de desdeñoso a un afecto que me provoca náuseas.

Por suerte, consigo lo que quiero: ella ignora al otro.

Por desgracia, me busco otro problema más para que la maldita de mi madre me chantajee.

¿Qué puedo hacer? No se puede abrir una cerveza sin destapar la lata.

—Hasta los enemigos hacen negocios —reafirmo.

Para mí o para ella, queda la duda.

—Sin duda. Ahora vamos a hablar. —Señala la silla, apartando al hombre de forma brusca.

Esbozo una sonrisa satisfecha de quien ganó una batalla, aun estando a punto de perder la guerra.



CAPÍTULO 14

Serena

Serena

Puedo odiarlo después; ahora necesito lidiar con él. Logan será la escalera que usaré para vengarme de quienes me empujaron al fondo del pozo.

Mis días estarán deliciosamente llenos, porque ahora represento a los Parrish en sus negocios inmobiliarios. ¿Si esperaba algo así? ¡JAMÁS! Cuando vi a Logan entrar en la inmobiliaria hace

unos días, imaginé que estaba allí para molestarme, y cuál no fue mi sorpresa cuando me ofreció —ME OFRECIÓ— encargarme de los inmuebles de su familia.

Para personas que son enemigas desde la cuna, fue extraño, raro por decir lo menos.

¿Voy a preguntarle por qué tomó esa decisión tan abrupta?

Nunca.

Ni de broma.

Ni en un millón de años.

Ni aunque el cielo se me caiga encima.

Prefiero que la suerte siga de mi lado.

Ahora, el único punto que me incomoda un poco es el hecho de que tendremos que viajar juntos durante al menos un par de meses, para que pueda ver todas las propiedades y entender el perfil de posibles compradores o inquilinos. Son tantas que dudo que logremos visitarlas en el corto plazo de sesenta días.

Corto para el trabajo.

En lo personal, pasar por el infierno sería menos desastroso.

¿Estar cerca de Logan durante todo ese tiempo sin discutir con él? Será una prueba durísima de resistencia. Pero tengo que calmar el fuego que crepita dentro de mí, ese que clama por fricción cada vez que estamos juntos, para volver a encarrilar mi vida. Ser la responsable de cerrar contratos en nombre de los Parrish me pondrá de nuevo en el radar, y no hay mejor forma de vengarme de los hijos de puta que me sabotearon que teniendo éxito otra vez.

Un éxito rotundo.

Puedo hacerlo, puedo sobrevivir al efecto Logan en mi vida.

No voy a perder esta oportunidad, la única que el destino parece dispuesto a darme. Por eso decidí arrancar de raíz uno de los posibles problemas: una persona que me haría dudar e incluso

desistir. Soy así, me gusta resolver las cosas de inmediato. Cuanto más evitamos algo, peor se vuelve.

—¿Tú qué? —Miro a mamá después de ser honesta.

Voy a matar a mi madre.

Soy una hija horrible.

Empieza a enrojecer y su cuerpo se sacude como si un terremoto la castigara.

Me levanto de la silla y retrocedo un par de pasos. ¿Este es el momento en que debo salir corriendo? Desde niña entrené mi huida, y todavía no olvidé cómo tomar ventaja. Siempre que Eleanor Gatsby se enfurecía, yo encontraba la forma de desaparecer hasta que su ira bajara. Cuando volvía, seguía furiosa, pero al menos intentaba controlarse.

—Firmé un contrato con Logan Parrish para gestionar los inmuebles de su familia. No es como si estuviéramos a punto de casarnos, es solo un acuerdo de trabajo. Y, sinceramente, mamá, necesito esto. Estoy intentando establecerme en la región y no tengo clientes aquí. ¿Tienes idea de lo difícil que es prosperar en este rubro? Sobre todo después de todo lo que Jonah anda diciendo de mí? —Abro mi corazón, incluso exagero.

Mamá no es alguien a quien se pueda disuadir con facilidad; tengo que jugar fuerte, apelar a lo emocional. Así no sostendrá el odio por mucho tiempo.

Mantengo la pose derrotada —qué falsa, qué mentirosa soy — y dejo que mis hombros caigan. Veo cómo el rencor asesino en sus ojos disminuye y poco a poco, empujado por una neblina de culpa, se disipa. Maravilla, lo logré.

—¡No puedo creer que nos hayas hecho esto! ¡Yo no te enseñé a ser tan tramposa! ¿Qué te costaba al menos pensar en cómo nos sentiríamos?

—No me malinterpretes, mamá, estaba más preocupada por cómo me sentiría yo. Me importa un carajo el chisme del pueblo. —

Solo un poco.

Ella apoya las manos sobre la mesa y baja la cabeza.

—Tienes razón, es una tontería proyectar esta pelea en ti. No estarás aceptando esto para gastarle una broma a esa gente, ¿verdad, hija?

El cambio en la conversación es tan brusco que me marea. ¿Desde cuándo le preocupan mis bromas? O mejor… ¿desde cuándo sabe de ellas?

—¿Tú ya lo sabías?

—¿De verdad pensaste que podrías ocultarme algo? Cuando eras pequeñita ya atormentabas a ese chico.

¿Qué cree mamá de todo esto?

¿Hasta dónde llega su conocimiento?

—Ya no importa, de cualquier modo. —Miro la mesa, evitando contemplar a Eleanor mientras hablo—. No voy a hacer nada que perjudique mi carrera. ¿Quién crees que soy? Mi trabajo es importante para mí. Será estrictamente profesional, donde ambas partes tendrán beneficios mutuos y muchas ventajas.

Mamá emite un sonido de agotamiento y se da la vuelta. Algo la preocupa, algo relacionado con mi vínculo con los Parrish.

—¿Qué pasa, mamá?

La veo lavarse las manos y secarlas con una servilleta gastada antes de volver su atención a las ollas. El olor de la comida casera invade la cocina y despierta mi apetito.

La cocina de mamá es muy auténtica, una herencia transmitida por su bisabuela cherokee a través de los libros de recetas. Todos los platos están bien condimentados y le encanta cocinar guisos, carne y maíz. A veces, todo junto. Es delicioso. Ojalá yo fuera tan talentosa en la cocina. Hago lo básico; los platos muy elaborados siempre me salen mal.

—Nada, Serena.

—Mamá… —Hay algo, lo sé.

No estaría de espaldas si no lo hubiera.

—Si esa mujer te maltrata cuando se entere, iré a la cárcel, pero voy a matar a Rose Parrish. Nadie maltrata a un hijo mío.

Me pregunto si realmente haría eso al saber lo que la matriarca dijo a orillas del Black Warrior.

—¡VAMOS, ESOOO! ¡CARAJO! ¡VAMOS A JUGAR BIEN ESTA MIERDA, JODER! —Nos interrumpe Simon, vibrando con el partido de fútbol americano.

—Queda entre nosotras —mamá rodea la mesa y se acerca a mí, inclinándose para susurrar—, pero odio cuando vuelve a casa durante las vacaciones de la universidad.

Sonrío. Creo que lo peor ya pasó.

—¡ENSEÑÓ! —grita mi hermano una vez más—. ¡METE ESE TOUCHDOWN DE UNA VEZ!

Simon juega fútbol americano universitario y está simplemente obsesionado con el deporte, lo que explica sus músculos colosales con apenas veintidós años. Su tamaño es intimidante para quien lo ve por primera vez, una auténtica montaña capaz de aplastar a cualquiera, tanto que mi exmarido siempre le tuvo miedo. Mucho miedo. Después de lo que pasé, entiendo por qué.

Quien debe, teme.

Mientras mamá y yo observamos la algarabía de Simon, que salta sobre el sofá y apunta su cerveza hacia la televisión, Skylar pasa arreglada y lista para salir de fiesta.

Ojalá tuviera su entusiasmo, pero solo pienso en volver a la inmobiliaria Gatsby —sí, decidí usar mi apellido como nombre— y dormir hasta que suene la alarma. Tanto, que agarro mi bolso, pero enseguida sus manos cálidas me impiden alejarme.

—Mañana va a caer una tormenta. Quédate aquí con nosotros.

—No puedo, mamá, tengo mucho trabajo que hacer. Logan me envió la información sobre las casas y los locales comerciales. Necesito revisarlo todo para entender con qué estoy lidiando.

Son propiedades por todo el estado de Alabama.

Todo.

Mi familia también tiene dinero —gracias a la producción de sorgo; después de que papá falleció, la granja pasó a ser solo parte de su recuerdo—, pero ni de lejos hacemos sombra al patrimonio colosal de los Parrish. Además, como ya comenté, salimos del mercado. Creo que mamá no soportaba la idea de continuar, porque la hacía recordar a mi padre. Los dos se amaban tanto que jamás en la vida los vi discutir o alzar la voz el uno al otro. Y bueno, todos aceptamos su decisión, conscientes de que se rompería por dentro cada vez que tuviera que lidiar con el trabajo en la granja.

Así, el lugar poco a poco se volvió familiar y pasó a ser una casa común, mientras todo lo demás a nuestro alrededor seguía girando. Mamá vive de la renta de algunas propiedades, mi hermana trabaja con inversiones y mi hermano es atleta.

Y yo…

Bueno, yo soy yo.

Haciendo lo mejor que puedo para encontrarme.

—Hija, la situación es preocupante. La última tormenta devastó la ciudad; no puedes quedarte sola allí.

—Mamá tiene razón —murmura Simon, despreocupadamente, como si solo prestara atención a la conversación en momentos aislados.

Señalo la puerta, por donde Sky salió tras despedirse de mala gana.

—Sky incluso se fue de fiesta.

—Y me prometió que volverá antes de medianoche. Esa niña —mi hermana tiene veinticinco años— no está tan loca como para quedarse fuera mucho tiempo, o iré a buscarla donde esté y la

traeré de la oreja, me importa un carajo si la hago pasar vergüenza o no.

Miro mi reloj; ya casi son las nueve de la noche. Dudo mucho que mi hermana regrese en tres horas. No uso eso a mi favor, solo para no preocupar a mamá.

La tormenta está prevista para mañana por la noche y el cielo estrellado demuestra que no tenemos de qué preocuparnos… aún. Los alimentos ya están almacenados y también el agua. Es lo máximo que podemos hacer antes de que llegue la tempestad.

—Si detenemos nuestras vidas cada vez que algo amenaza nuestra paz, ¿de qué sirve?

Mamá entiende que no hablo de la tormenta.

Me abraza, acariciándome la espalda con ternura. Cuando se aparta, sus ojos se encuentran con los míos y sonríe, marcando las arrugas sobre sus mejillas.

Frunzo el ceño.

Cuando era niña, una vez le pregunté a mamá por qué las gallinas escondían a los pollitos bajo las alas en los días de lluvia, y me respondió que era porque preferían mojarse ellas antes que permitir que sus crías sufrieran. A esa edad no comprendí la magnitud de sus palabras y, con el tiempo, entendí que ella haría todo lo que estuviera a su alcance para protegernos del mundo. Para protegernos de la lluvia.

No está molesta conmigo por haber aceptado el trato de Logan. Está preocupada por la reacción en cadena que esa decisión va a provocar.

Para Eleanor, Rose es la lluvia que está a punto de caer sobre su hija mayor.

—Lo sé, mamá, lo sé.

—Nunca lo dudes, ni por un segundo —dice, acariciándome el cabello—. Soy una persona difícil de tratar y discuto mucho contigo, pero es por tu bien. No siempre los padres tienen razón; al

fin y al cabo, somos humanos. Pero debes saber que todo lo que hago es porque los amo. Son mi primer amor, Serena Gatsby, y mientras dependa de mí, ninguna otra gota va a tocarte.

Me desarma el amor cargado en cada palabra.

—Yo también te amo, mamá.

Eleanor baja la cabeza en un gesto y, como si esa fuera la mayor demostración de sentimiento que puede permitirse, cambia el semblante, carraspea y se limpia las manos en el delantal.

Su torpeza me hace reír.

—Vete, antes de que te encierre aquí —bromea.

—Prometo que me quedaré bien quietecita durante la tormenta, no tienes que preocuparte.

—Cuando tengas hijos entenderás que decir eso es lo mismo que pedirnos que nos preocupemos el doble.

Deposito un beso en su frente y salgo de casa a continuación.

Al arrancar el coche, todavía estoy sonriendo.



CAPÍTULO 15

Serena

Serena

¿Se puso en peligro… por mi culpa?
No, no puede ser. Logan jamás haría algo así.

Me despierto a las seis de la mañana, me doy una ducha, preparo una taza de café y llevo la tetera eléctrica con té a la inmobiliaria.

Trabajar en el mismo lugar donde vivo tiene sus ventajas.

Cuando vivía en Memphis, necesitaba despertarme dos horas antes del inicio de la jornada para arreglarme y llegar a tiempo. Jonah salía mucho antes y no se molestaba en esperarme, porque, según él, los hombres mueven el mundo mientras las mujeres solo se preocupan por el maquillaje. Lo más irónico de todo es que, cuando aparecía con la cara lavada, lo primero que decía era: *tu piel es horrible, necesitas maquillarte*.

Miro mi reflejo en el móvil con la pantalla apagada y sonrío.

Ni siquiera uso pintalabios.

Es liberador.

No es que el maquillaje sea el villano de la historia; era solo el medio que él usaba para atacarme.

Respiro hondo, obligando a mi cerebro a cambiar de foco de inmediato.

Enciendo el ordenador y, mientras espero a que arranque, observo el viento afuera. Aún no está tan furioso como se esperaba, pero apenas es el comienzo de la mañana y faltan largas horas para que llegue la noche. Poco a poco, la intensidad aumenta y, unas dos horas antes, todo empeora drásticamente en cuestión de segundos.

—Quien ve la calma de ahora no sabe lo que está por venir —susurro.

Tecleo mi contraseña en la pantalla inicial y, en cuanto accedo a las carpetas, abro la primera, la del archivo de propiedades. Retomo el trabajo exactamente donde lo dejé la noche anterior, a las diez.

La número treinta y uno.

Es una mansión en la ciudad de Birmingham, con un alquiler de casi diez mil dólares. Y ni siquiera es la más cara que he analizado hasta ahora. En otras, el alquiler es tan alto que me dejó asustada. Esta en particular tiene mucho espacio y amplias zonas verdes, con un campo de golf no muy lejos. Los materiales son de buena calidad, pero no tan suntuosos como los de las demás. Y eso

que aún no he llegado a los edificios de la familia. Sinceramente, sabía que son obscenamente ricos, pero a este nivel es nuevo incluso para mí.

Abro las fotos y paso una por una, dedicando varios minutos a cada imagen. Observo los detalles, la decoración y la cantidad de muebles, así como si el diseño está firmado por algún arquitecto famoso. Eso encarece —y mucho— las cosas y las vuelve más deseables. Las personas con ese poder adquisitivo aman ostentar en redes sociales.

Anoto observaciones y cuestiones que debo comprobar cuando las visite. También defino el público que, a mi juicio, encaja mejor con cada propiedad, enfocándome en clientes potenciales. Por ejemplo, no es recomendable ofrecer un estudio de un solo dormitorio a una familia de cuatro.

Y así sucesivamente, filtro quién se rendirá al alquiler o se interesará por comprar.

El hombro me duele por haber trabajado hasta tan tarde y muevo el brazo, intentando aliviarlo.

—Esta es muy buena —digo en voz alta al abrir la siguiente.

Es una casa sencilla.

Bueno, un conjunto de casas más simples, en un complejo donde el público es mucho más amplio. La ubicación tampoco es mala, en Auburn.

Antes de empezar, tuve que separarlas por ciudad, porque el archivo que Logan me envió no estaba organizado así. Ahora es mucho más fácil trabajar y definir valores acordes a cada zona.

Mi móvil, sobre la mesa, vibra con la llegada de un mensaje.

Sam: ¿Ya preparaste todo para la tormenta?

¿Quieres que te haga compañía?

Respondo rápido. Si me demoro, en diez minutos esta loca puede aparecer frente a mí.

Yo: Sí. Quédate con tus padres, deben estar preocupados.

Sam: ¿Estás segura?

Yo: Clarísimo.

Sam: Vale, hablamos durante el día. Besosss.

Dejo el móvil boca abajo sobre la mesa. No tengo más tiempo para distraerme; necesito terminar lo que estoy haciendo en los próximos días. Logan dijo que pronto estará libre para viajar y, si me atraso, perderé esa ventana de tiempo, haciendo todo mucho más difícil.

Con el paso de las horas, tal como se esperaba, la velocidad del viento aumenta y escucho su rugido resonar por toda la inmobiliaria, formando una música inquietante.

—Y bien, fantasmito amigable, ¿estás contento con este clima? —bromeo con mi compañera invisible.

En las últimas noches he escuchado algunos golpes en los muebles e incluso pasos que se detienen en lo alto de la escalera.

Cariñosamente supuse que podría ser ella, mi compañera de cuarto. El primer día me dio miedo; ahora ya ni eso.

Como sé que no habrá respuesta, tamborileo con el bolígrafo sobre la hoja de papel, garabateando al azar mientras repaso la información. Busco precios de materiales y del entorno cuando tengo dudas y doy un sorbo de té cuando me entran ganas de tomar la quinta taza de café de la mañana. Aún no llega la hora del almuerzo y ya ingerí más cafeína de la recomendada para una semana.

Me quito los tacones y apoyo los pies en el suelo, disfrutando la temperatura del piso.

Es tan agradable trabajar así, sin tener que responder a estándares inalcanzables.

El hombro vuelve a latir y hago una mueca, comprobando si tengo algún relajante muscular por aquí. Busco en todos los cajones y en la caja de medicamentos; por desgracia encuentro de todo, hasta pastillas para la diarrea, menos la bendita. Durante la búsqueda, siento la piel caliente y la sensación de estar siendo observada. Alzo la vista y me encuentro con Logan, cargando una caja abarrotada de botellas de agua, al otro lado de la avenida.

Lo sorprendo mirándome y, cuando se da cuenta de que le devuelvo la mirada, me ignora por completo y sigue su camino.

Suelto varios insultos, irritada solo de verlo.

¿Y todavía quieres trabajar con el hombre que más odias? ¿Qué tienes en la cabeza, idiota?

Bueno, no lo sé.

No tengo la menor idea de lo que pasa por ella.

Se me nubla la vista de cansancio y me pongo las gafas antes de continuar hasta el inicio de la tarde. Escucho *Fancy*, de Reba McEntire, en los auriculares y dejo que me espante el sueño y ahuyente los sonidos cada vez más fuertes del exterior.

En cierto momento, cuando la tarde se oscurece —no porque ya sea de noche, sino por las nubes densas ocultando el sol —, intento bajar las persianas, que lamentablemente se atascan y me dejan frente a una visión nada menos que aterradora del vendaval.

Un escalofrío me recorre la espalda al notar la avenida vacía.

Todos los comerciantes se fueron a sus casas y la única persona presente en cientos de metros a la redonda soy yo, que elegí vivir en el trabajo. No me había arrepentido de esta decisión… hasta hoy. Hasta ver el color del cielo, en un gris plomo aterrador.

—Joder —susurro sola, sosteniendo la taza de té a un centímetro de la boca.

La temperatura cae de golpe y un escalofrío me eriza la piel.

—Tal vez debería subir a casa y quedarme allí —admito.

Agarro el móvil y, aterrada, subo los escalones a trompicones, con el vendaval sacudiendo la puerta de cristal, haciendo vibrar el pestillo contra el marco. El rugido que emite la construcción por sí solo me deja aterrorizada.

Si este lugar se viene abajo, arrastro a Logan Parrish conmigo hasta el infierno.

¡No es posible que ese hijo de puta me haya alquilado un sitio con la estructura hecha mierda solo para librarse de mí!

—¡Ah, maldito Logan Parrish, me las vas a pagar!

Y muy caro.

Tanto que vas a preferir que yo esté muerta.

El problema es que, hasta que pague, tengo que lidiar con esta tragedia que es mi nerviosismo ante cada relámpago que rompe el cielo.

Me siento en el sofá y me encojo, agarrando la manta decorativa para usarla como cobija. Enciendo la televisión y veo el noticiero, que relata los múltiples daños que la lluvia ya causó en las ciudades cercanas. La transmisión falla a cada segundo, pero es posible captar el panorama general y el terrible hecho de que estamos todos jodidos. Según el presentador, el nivel del Black Warrior está subiendo rápidamente y las casas más cercanas ya fueron evacuadas por seguridad.

Me muerdo la uña del pulgar, inquieta.

Si esta lluvia continúa, que Dios tenga piedad de nosotros.

Sigo las noticias, destrozada por todas las personas que sufren y tienen que ir a refugios. Recuerdo a Logan cargando agua más temprano y supongo que está en uno de ellos, ya que ayudó a transportar provisiones.

Ese hombre que me odia… aparentemente solo me odia a mí. Porque ayuda a todo el mundo con un sentido comunitario increíble.

Vaya rencor el mío y qué pensamiento tan egoísta acabo de tener.

Yo también debería estar ayudando. Pero ni siquiera sabía que habría esta movilización en la ciudad.

Espanto esas ideas que no me sirven de nada en este momento, porque solo me hacen sentir culpa por algo que no puedo cambiar. Poco a poco, la tormenta pasará y todo volverá a ser como antes.

Agarro el móvil e intento llamar a mi madre y a mis hermanos, pero la falta de señal me lo impide. Igual que la batería del aparato. Justo cuando me levanto para buscar el cargador, escucho un chasquido en alguna parte de la avenida, un estruendo de explosión poco antes de que la televisión se apague de repente, al igual que las luces que estaban encendidas.

¡Genial! Ahora no tengo electricidad.

Y con la noche, todo queda a oscuras, quedándome frente a nada más y nada menos que una negrura interrumpida bruscamente por relámpagos cuando estos resuenan.

Muchos de ellos, seguidos, haciendo que mi corazón se acelere.

Maldigo en voz baja cuando la oscuridad me envuelve de nuevo al hacer una pausa. Camino tropezando con los muebles, tanteando con las manos extendidas al frente. Mis ojos no captan nada, ni siquiera el mínimo brillo de una superficie metálica, lo que dificulta todo. Solo soy capaz de orientarme porque mi espacio es pequeño y, cuando encuentro uno de los armarios de la cocina, basta con reconocer cuál es.

Abro uno de los cajones y encuentro la linterna que compré recientemente. Al encenderla, voy hasta la puerta que separa el

entresuelo de la inmobiliaria y, al abrirla, me encuentro con el mundo desmoronándose.

La oscuridad sigilosa transforma la calle en un escenario de película de terror. Un mundo posapocalíptico.

Me rodeo el cuerpo con los brazos, deseando que termine más rápido de lo que indicaba el pronóstico.

Un trueno ilumina la avenida, donde ramas de pino vuelan en un vendaval lleno de escombros. El viento es tan fuerte que el pobre árbol frente al escaparate se sacude, con la copa brutalmente azotada por un ímpetu furioso. Me sorprende que no se haya partido por la mitad, dada la extraña curvatura de su tronco, casi formando una letra C. Los vientos, que no soplan en una sola dirección, lo sacuden de un lado a otro, haciendo todo aún más aterrador.

Un ruido a lo lejos, no de trueno sino de algo rompiéndose, deja claro que no es el único que sufre las ráfagas, sino que alguna construcción tampoco ha resistido.

Escucho crujidos en el techo de la tienda y llego a la conclusión de que debería haberme quedado en la granja con mamá y mis hermanos, porque la furia de esta tormenta es tan violenta que está a punto de llevárselo todo. Y en tiempo real, como si ocurriera porque estoy mirando, oigo los ventanales temblar y el árbol de la acera —el pequeño roble de pocos años— sacudirse de forma desastrosa. La furia sobre sus ramas finalmente logra lo que tanto quería: partirlo por la mitad. Por el ángulo en que cae, golpea el cristal, provocando un caos de fragmentos cortantes y lanzando agua al interior de la inmobiliaria.

Más rápido de lo que podría haber imaginado, se forma un espejo de agua sobre el suelo, una fina capa de líquido que puede ser fatal con un simple resbalón.

Grito desesperada al mirar la mesa y darme cuenta de que olvidé coger el portátil. Y antes de perder todo el trabajo del día, corro a recuperarlo sin importar demasiado lo que pueda pasar. Estoy única y exclusivamente enfocada en el desastre que sería

perder todos los comentarios e información. Rehacerlo todo sería terrible.

Resbalo por el agua y caigo de mala manera, desplomándome entre los trozos de vidrio, que se clavan en la piel de mis palmas y hunden sus aristas cortantes en la carne. El dolor me paraliza y el susto que hizo que mis pulmones dejaran de funcionar poco a poco se disipa, mientras intento levantarme y los fragmentos se hunden aún más en mis pies. Los miro, iluminándolos con la linterna. El rastro carmesí mancha el suelo, diluyéndose poco a poco con el líquido que sigue infiltrándose sin piedad por las aberturas del ventanal.

—Debería haberme puesto los malditos zapatos antes de salir corriendo —me quejo, apoyando las manos ya heridas en el suelo.

Mis palmas destrozadas vibran con la oleada de dolor que ese simple gesto provoca.

¿Y ahora cómo voy a salir de aquí sin hacerme más daño?

—Joder… —sigo hablando sola, con la voz ahogada por el sonido implacable de la lluvia.

Lo que queda del árbol aún se sacude con ferocidad; el techo de aquí también, golpeando contra las vigas de madera expuestas, ansiosas por desprenderse en cualquier momento.

Impulso mi cuerpo, gruñendo de dolor, hasta quedar de pie y agarro el portátil. No puedo dejar que la caída me impida salvar el trabajo de horas largas y agotadoras.

Mis pasos son torpes; cojeo al pisar los fragmentos de vidrio. No tengo idea de cómo sacarlos todos, pero no puedo detenerme hasta llegar al primer piso. Tal vez ni siquiera allí esté segura, pero aquí abajo, con los ventanales destrozados y el suelo cubierto de escombros, seguro que no.

Mientras intento no pisar nada más, siento que el corazón se me dispara en el pecho con la apertura brusca de la puerta. Se estrella contra el marco y hace que los ventanales vuelvan a temblar,

con algunos fragmentos desprendiéndose de la superficie hecha añicos.

—¡Gracias a Dios estás bien! —dice Logan, sin aliento, apoyando las manos en las rodillas mientras intenta recuperarse.

Su ropa está empapada, pegada a su cuerpo musculoso. El sombrero del que nunca se separa no está con él, dejando a la vista su cabello rubio, mojado, con mechones que le caen por la frente hasta las cejas.

Aferro el portátil contra mi pecho y me entran ganas de llorar.

No me dejé abatir por nada hasta ahora, ni por una mínima porción de miedo, pero lo cierto es que estoy aterrorizada. Y, entre tantos sentimientos encontrados, lo primero que me viene a la mente es su imagen, la forma en que su pecho sube y baja con rapidez y sus ojos reflejan alivio.

—¿Viniste corriendo? —La idea es sencillamente inconcebible.

Él no haría eso por mi culpa. No un hombre como Logan.

Contradiciendo mi pensamiento desconfiado, asiente.

—¿En medio de la tormenta?

Lanzo una mirada a la avenida y veo cómo parte del tejado de la casa de enfrente se desprende y sale volando.

Eso me asusta.

¿Parrish corrió hasta aquí para comprobar si estoy bien en medio de este infierno? ¿En medio de este caos?

—Era la única forma.

—¿De qué?

—De saber si estabas bien.



CAPÍTULO 16

Logan

Logan

Es un lapsus. Preocupación porque no quiero encontrar a otro agente inmobiliario, solo eso.

No tengo su maldito contacto y, con este mundo infernal de agua cayendo sin tregua, tampoco consigo estar en paz. Camino de un lado a otro por la sala, con el ruido de la lluvia haciendo agonizar mi tranquilidad y mis pulmones ardiendo en protesta. Que me

alcanzara un rayo sería más llevadero que la forma en que me siento ahora.

¿Por qué carajo no tengo su número?

Estamos trabajando juntos, ¡debería tener su teléfono!

En mi intento más patético de hablar con Serena, le envío un correo electrónico, porque es la única forma que encuentro de comunicarme en este momento. Y no responde, claro que no. Ni debe estar mirando la bandeja de entrada con el cielo partiéndose en dos ahí afuera.

Me detengo en medio de la sala y trato de recordar la construcción del local, los materiales usados y si resistirá ser puesta a prueba constantemente por la fuerza aterradora del viento. No encontrar una respuesta convincente me carcome.

¿Por qué Serena se quedó allí? ¿Por qué no fue a la granja de su familia?

¿Estaría menos preocupado?

No mucho, pero al menos me permitiría pensar sin la sensación de tener una piedra suspendida sobre la cabeza, a punto de caer en cualquier momento.

Un destello en el bar capta mi atención. Miro de reojo la botella de whisky y me pregunto si sería sensato salir ahora, como si ese objeto inanimado tuviera todas las respuestas. Es un recordatorio de que no quiero estar cerca de Serena y de que, por muy mal que esté el tiempo, lo que le ocurra no tiene nada que ver conmigo.

Te preocupas por todo el mundo que conoces.

A través de las ventanas de casa, veo bolas de heno a una altura aterradora, girando en medio de los remolinos provocados por el vendaval.

La situación es mucho peor de lo que todos esperaban.

Mi familia está bien, de eso estoy seguro; mamá jamás los dejaría correr peligro. El problema es que vi a Serena en la

inmobiliaria más temprano, mientras llevaba suministros al refugio municipal. No parecía alguien dispuesta a salir de allí rumbo a la granja de su familia y, en tormentas así, quedarse rodeada de construcciones frágiles es infinitamente peligroso.

Una sucesión de truenos ensordecedores es el detonante que me empuja a actuar. Tomo las llaves de la camioneta para asegurar la paz de mi conciencia. Insisto en que ese es el único motivo; no hay ninguno oculto. Haría lo mismo por cualquier persona, sin dudarlo.

¿De verdad?

Aparto la duda y arranco el motor.

No giro frente a la casa; salgo marcha atrás, abriendo el portón automático y rezando para que funcione más rápido de lo normal o voy a llevármelo por delante. No sé si por la lluvia, pero el motor se traba a medio camino y el portón queda entreabierto. Sin tiempo para bajar y arreglarlo, piso a fondo el acelerador y siento el sacudón cuando la camioneta lo embiste con tanta fuerza que se suelta, provocando un estruendo aún mayor que el del torrente que cae del cielo.

Paso por encima, con la suspensión potente intentando adaptarse.

No estoy pensando.

Ni siendo racional.

Ahora mismo, solo hay algo capaz de tranquilizarme: una mujer de metro sesenta, a la que odio.

Giro el volante hasta tomar la dirección correcta y acelero, hundiendo tanto el pedal que casi atravieso la carrocería.

Tras unos minutos en la carretera, la cantidad de barro formada por la lluvia intensa es tan grande que atasca incluso al monstruo que conduzco. Salgo de la cabina, furioso, empapándome por completo mientras busco algo para desatascarla.

No encuentro nada.

Y ya no tengo paciencia.

Diviso el camino y, olvidándome incluso de cerrar la puerta del vehículo, salgo corriendo. Es mi única opción por ahora.

Con el paso más lento de lo que quisiera, abandono el camino embarrado y me meto por el pastizal, acortando trayecto por la hierba empapada. Las ráfagas de viento me golpean, ofreciendo resistencia a mi cuerpo.

Recordar a Serena y cómo sus ojos se volvieron increíblemente más almendrados cuando hablé con ella hace unos días me obliga a ir en contra de todo lo que mi cuerpo protesta, aprovechando una brecha milagrosa en el viento, que ahora ruge a mi favor, como si incluso él me empujara hacia mi destino.

Corro como si mi vida dependiera de ello.

Corro, sintiendo a mis músculos protestar.

Corro, con los ojos incapaces de ver nada a través de la niebla que convoca la lluvia torrencial.

Corro, impulsado por la desesperación.

Una desesperación esperanzada que ignora los peligros a mi alrededor.

Acelero al llegar a la avenida principal, usando los últimos restos de vigor que me quedan. Me concentro solo en la fachada de la inmobiliaria de Serena, una fachada que está a punto de…

Se me destroza el aliento, devorado por una oleada de temor.

Aún estoy a varios metros cuando veo al joven roble de la acera partirse en dos, estrellándose contra los ventanales y haciendo estallar el vidrio en miles de fragmentos. El pánico empuja a mis piernas a aumentar el ritmo, forzándolas al límite. Mi visión se nubla por el miedo, por la posibilidad de que algo le haya ocurrido a Serena.

No somos amigos.

Pero es imposible no preocuparme por ella ante este escenario.

El viento me golpea el rostro con violencia y mi cara protesta ante semejante embate.

No puedo respirar.

Yo. no. puedo. respirar. ¡joder!

Los kilómetros recorridos se borran ante la urgencia que ruge dentro de mí, moviendo y alimentando mi cuerpo con un último soplo de vitalidad. Dicen que la adrenalina es capaz de proezas absurdas… lo descubro cuando más la necesito, porque no es normal que aún pueda correr así, y mucho menos que mi corazón no se haya detenido tras tanto esfuerzo. Lo escucho latir en un ritmo frenético, estallándome en los oídos, advirtiendo que no aguantaremos mucho si no me controlo.

¿Pero cómo hacerlo?

¡Serena puede estar en la tienda, joder!

En medio de esta maldita tormenta, con la ropa pesando de lo empapada que está, no me importo yo, ni la amenaza constante del viento intentando derribarme.

Su rostro es lo único que veo. Y mi miedo se transforma en una herramienta tangible, a punto de causar un desorden cósmico.

Pienso en lo asustada que debe estar.

En que puede haberse herido o algo peor, y aprieto la mandíbula, exigiéndole a mis músculos todos los años de trabajo duro en la granja. Si no fuera por esta preocupación cortante recorriéndome las venas, estoy seguro de que estaría paralizado, entumecido, imaginando los escenarios catastróficos que me asaltan sin piedad… como la crueldad de esta tormenta sobre cualquier cosa que esté debajo.

El rostro de Serena flota en mis pensamientos y crea un vórtice de urgencia, descargando tanta energía que apenas noto mis

pies tocar el suelo durante milésimas de segundo en cada zancada abierta y acelerada.

Ningún evento de la naturaleza sería lo suficientemente impetuoso para detenerme.

Mi carrera desesperada da frutos y finalmente llego a la inmobiliaria, abriendo la puerta de golpe.

Mi mirada recorre la destrucción causada por la ventana rota y se posa en Serena, de pie, dando pasos cuidadosos con la cabeza inclinada hacia el suelo. Ella me habla, yo le hablo, palabras que salen de mi boca en un torrente incontrolable, dichas única y exclusivamente por el alivio de verla bien.

Cielos, ¡está bien!

Serena está… bien.

Mis pulmones protestan, luchando por reclamar oxígeno.

Recuerda respirar, Logan. Recuerda cómo se hace esa tarea aparentemente inútil, pero vital para tu vida, ¡joder!

Compruebo que esté bien. Le hablo. Eso debería bastar para calmarme, ¿no?

El problema es que, al mirar sus pies y las manchas rojas extendiéndose por el suelo, atravieso el espacio como un rayo y la alzo en brazos, sin detenerme ante sus protestas. Debe haberse herido con los cristales y no voy a permitir que empeore intentando caminar sobre un suelo lleno de esquirlas.

Aprieto la mano en su cintura y en su muslo.

El suspiro entrecortado que escapa de Serena hace que mi pecho se expanda como un globo lleno de aire caliente.

—¡Bájame, Logan! ¡Ahora! —ordena.

Suelto una risa burlona.

El día que yo sea mandado por una mujer, me entierro en Bolivia.

—No.

—¡Suéltame ahora, carajo!

Serena se retuerce en mis brazos, pero sus protestas solo hacen que afiance los dedos de una forma de la que no va a escapar.

—Pataléa todo lo que quieras, no voy a bajarte.

Miro sus pies descalzos, maldiciendo en voz baja por ser tan irresponsable como para caminar así. La cantidad de sangre me marea, tan preocupado que los dedos me hormiguean y trato de aplacar la sensación apretándola aún más contra mi cuerpo. Ese gesto la silencia y no pronuncia palabra alguna.

El simple contacto de nuestras ropas es suficiente para desatar un estado calamitoso en mí.

—¿Tienes un botiquín? —pregunto al dejarla en el sofá, tras subir las escaleras y llegar al entresuelo.

Me duelen los brazos por la ausencia.

—No.

—Serena, te estoy ayudando. Las rabietas no van contigo.

Ella levanta el mentón y cruza los brazos.

—Puedes irte, me encargo yo sola. ¿Quién garantiza que no viniste solo para gastarme una broma? ¿O para decir que no vas a poder trabajar conmigo? Sería cruel incluso para ti, Parrish —dice, con los labios tensos.

Exhalo con fuerza, impaciente.

—Ya no somos niños y no le encuentro gracia a esas cosas. Así que, por el amor de Dios, dime de una vez dónde está el botiquín o tendré que buscarlo por mi cuenta.

—En la primera puerta del armario colgante de la cocina.

—Gracias, ¿era tan difícil?

—Muchísimo —responde.

Percibo el disgusto por haber sido cargada por mí, reflejado en sus rasgos medio ocultos por la oscuridad. Enciendo la linterna

del móvil e ignoro el sentimiento amargo y resbaladizo que se cuela en mis pensamientos.

Ella preferiría destrozarse antes que aceptar mi ayuda.

¿Con cuántas cosas tuvo que lidiar sola para sentirse así?

Desde que la conozco, Serena no soporta la idea de perder. Así que me pregunto cómo habrá pasado las últimas semanas, dada lo ocurrido en su vida personal. Creo que el hecho de no haber visto las señales es lo que más la irrita. Siempre le gustó tener el control, preverlo todo antes de tener que tomar una decisión. Este giro, sin duda, no lo esperaba. Eso explica su dolor y la razón por la que ahora le importa lo que oye de las mujeres del pueblo. Antes nunca le importó, y ahora parece atormentada cada vez que se ve obligada a socializar.

Suspiro hondo.

¿Por qué pienso en su tristeza cuando no tiene nada que ver conmigo?

Debería alegrarme de que esta diablilla esté sufriendo.

Encuentro el botiquín y, antes de ir hacia el sofá, Serena pide:

—¿Puedes coger las lámparas, en el armario a tu izquierda? Funcionan con pilas. Debo tener unas cinco o seis; podemos repartirlas por aquí para no quedarnos a oscuras.

No es que estemos a oscuras, ya que la linterna de mi móvil está encendida y los relámpagos iluminan el lugar cada pocos segundos.

—¿Puedo curarte los pies primero?

—No, enciende las lámparas antes.

Hago lo que pide al notar que la falta de luz la incomoda.

Después de colocar cada una en su sitio, incluido el dormitorio y el baño, regreso a donde está sentada. El pequeño mueble parece enorme con ella encima, pero sé que es solo porque

Serena está encogida, con la ropa parcialmente mojada, intentando no manchar nada con la sangre que brota de sus heridas.

—No deberías preocuparte por ensuciar las cosas, tienes el pie hecho polvo —digo, tomándolo con cuidado y elevándolo para evaluar el daño.

Hago una mueca.

Pisó muchos cristales y algunos aún son visibles, asomando entre los cortes.

—Me encanta esa alfombra; fue una de las primeras cosas que compré cuando redecoré esto.

—Hiciste un gran trabajo —digo automáticamente, solo para ignorar esta necesidad de rugir al verla tan herida.

Odio que haya pasado esto. Odio el hecho de que no le importe su propio dolor. Casi parece que su cuerpo siente otro tan grande que el físico se vuelve insignificante. Y odio darme cuenta de eso, porque significa que ese imbécil fue y quizá aún sea alguien que vive en su corazón.

—No es común recibir elogios de Logan Parrish.

—No es común para ti; elogio a otras personas todo el tiempo.

—Sí, lo sé.

Alzo la mirada y, al encontrar la suya, ella la aparta de inmediato.

—Voy a retirar los cristales; puede doler.

—Dale.

Sonrío. Su valentía es impresionante. Tanto que fue la única mujer en todo el estado de Alabama capaz de decirme muchas verdades, por más que odiara oírlas. De pronto, siento el impulso de abrirme con ella, de contarle lo que pasó hace algunos años, solo para escuchar qué tendría que decir. Trago saliva y dejo que esa urgencia se transforme en cuidado mientras retiro cada fragmento, despacio y con delicadeza.

Dejo de respirar al sentir sus dedos titubeantes buscar apoyo en mi hombro.

—Dime si voy demasiado rápido.

—Está bien, Logan.

No, no está bien.

El temblor en su voz y la forma pausada en que habla indican que todo está menos bien.

—Parece que el vidrio se rompió entero bajo tus pies.

—Las tragedias forman parte de mi vida —ríe, sin ninguna gracia.

Termino de retirar los cristales y, con un bastoncillo, aplico una crema cicatrizante y coloco algunas curitas, lo mejor que puedo hacer. Repito el proceso en el otro pie, sin dejar de notar cómo mi contacto esparce tensión en Serena. Las reacciones involuntarias de su cuerpo intentan repelerme cada vez que mis dedos rozan su piel.

—No tienes que ponerte nerviosa.

—No lo estoy.

Levanto la mirada. El choque eléctrico que nace del contacto visual que sostenemos inicia un recorrido desde donde la toco hasta mi polla, dura como una piedra.

Carraspéo.

Una lija raspándome la garganta.

—Ya termino, en unos días estarás como nueva.

Finalizo las curas, ignorando el fuego que crepita en cada fibra de mi ser. Es tan violento que, durante el poco tiempo que me queda tocándola, mis dedos tiemblan y mis manos vibran sin control. Serena no lo nota porque tiene los ojos cerrados, mordiéndose el labio inferior.

Por un instante, olvido todo lo que me obligué a creer.

Olvido incluso las razones para odiarla.

—Logan, ¿puedo preguntarte algo?

Me encojo de hombros, aún de rodillas, sin la menor capacidad de ponerme de pie. Si lo hiciera, vería el enorme bulto que tensa mis vaqueros.

—Vas a preguntar igual.

—Lo haré.

—Entonces dilo de una vez; no sé si lo notaste, pero no tenemos mucho que hacer. Estamos atrapados.

Estamos atrapados.

Juntos.

Esa idea resuena a nuestro alrededor y comprendo que mi peor decisión fue aparecer aquí hoy.



CAPÍTULO 17

Serena

Serena

Son los pequeños gestos los que siempre marcaron la diferencia.

¡Rompe este maldito clima! ¡Rompe este maldito clima, Serena!

Es difícil pensar mientras Logan está arrodillado frente a mí, después de haberme hecho las curas. Sobre todo cuando recuerdo la

manera viril en que me levantó, sin preocuparse por nada, como si yo fuera la responsable de que todo su mundo girara.

Carajo, odio a ese hombre.

Lo odio tanto que mi corazón late deprisa, fuerte, desbocado.

Lo odio porque me confunde.

Sus gestos dicen una cosa y sus palabras, otra. Es la persona más contradictoria que conozco y ni siquiera eso consigue apagar el calor que me devora cada vez que estoy con él.

La rabia de dejarme manipular con tanta facilidad por su presencia me lleva a rechazar la atracción de la única forma que conozco: intentando ofenderlo, intentando deshacerme de él antes de que sea demasiado tarde. Por eso suelto lo primero que se me cruza por la cabeza:

—¿Eres un vago o qué?

El odio debe de ser un montón de hilos enredados, todos atados al deseo, porque ¿cómo sentir tanta rabia por alguien puede hacerme arder así? Es una mezcla de: maldito hijo de puta, con ven aquí y fóllame a cuatro. O como se le antoje.

Me abanico.

¿Por qué hace tanto calor aquí dentro?

—¿AHM? —Logan parece tan confundido como mis reacciones.

¡Mi cuerpo es un maldito traidor! Tanto que mi coño se contrae como una prenda a punto de colgarse en el tendedero. Se retuerce, obligándome a deslizarme en el sofá, intentando apagar esta hoguera, un incendio que avanza sobre hierba seca.

—Te llamé vago, ¿no oíste?

Podría incinerarme si quisiera, con esa mirada y con otras cosas aún más interesantes.

—¿Puedo saber por qué me llamas así? —responde con tono ácido.

—Vas de un lado a otro todos los días sin hacer nada. Eso es de gente vaga. Aparecer aquí en medio de esta lluvia solo para ver cómo estaba también es rarísimo. Podría parecer que te importo. —Lo suelto todo de golpe, encadenando palabras.

Con la mudanza y el tiempo que estuve fuera, perdí un poco el acento, pero cuando discuto con Logan, vuelve con toda la fuerza. Incluso las sílabas más marcadas suenan como si cantara de pura irritación.

—Prefiero perder un dedo antes que importarme por ti —replica.

—Deberías tener más cuidado con lo que dices.

—La cuestión aquí, Gatsby —pronuncia mi apellido con ironía —, es que solo vine a esta maldita tienda porque no puedo dejar que te mueras antes de pagar por todo el sufrimiento que me hiciste pasar. ¿Tienes idea de lo fácil que sería tu vida si simplemente se acabara ahora? —Logan se ríe, echando la cabeza hacia atrás—. No, querida, no voy a permitir que eso ocurra. Ni en sueños.

Esto suena más a pesadilla.

—Ahora que ya garantizaste mi seguridad, deberías irte.

—¿Crees que quiero quedarme cerca de ti?

—Si sigues hablando y curándome las heridas, voy a pensar que sí.

Podría atender a otra persona, pero no voy a darle esa idea. Las cosas se irían de control muy rápido.

—No será por eso.

Logan se aleja y baja los escalones sin despedirse, dejándome en el sofá. Me llevo la mano al corazón, intentando entender por qué pesa tanto.

No te pongas así, órgano estúpido, o el cerebro va a pensar que echamos de menos a ese bruto.

Sigue… triste y torpe, como si toda la adrenalina se evaporara.

Escucho el ruido de la lluvia intensificarse, golpeando el techo, y camino con dificultad hasta la puerta abierta por la que Logan pasó hace apenas unos segundos.

Miro la inmobiliaria destrozada por el viento y el agua, dejando caer los hombros, desanimada. Tendré que reconstruirlo todo. Comprar muebles nuevos, piezas de decoración y lavar el suelo varias veces para quitar este desastre de cristales mezclados con barro que se formó abajo.

Mientras calculo los daños, ignoro deliberadamente la figura enorme que se recorta frente a la puerta, desanimada.

Logan contempla la tormenta con los hombros tensos y las manos en la cintura.

Es imposible no notar las formas precisas de su cuerpo, con la parte inferior de los muslos —enormes— abrazados por el tejido vaquero empapado. La camisa blanca también está pegada a su espalda, marcando cada hendidura de sus músculos.

Me muerdo el labio inferior, imaginándolo desnudo.

Logan está muy distinto de cuando me fui, y no solo por fuera. Eso despierta mi curiosidad.

—Parece que no vas a poder —me burlo, riéndome en la última palabra.

No se gira.

Y es mejor así, porque si lo hiciera lanzaría un odio tan brutal que se me cerraría la garganta y dejaría de respirar al instante.

—No está tan mal —murmura—. Prefiero enfrentarme a una tormenta antes que quedarme contigo.

—¡Qué crueldad!

El estruendo de varios truenos resuena en el lugar azotado por el viento y, enseguida, toda la construcción vibra con una

descarga eléctrica que ocurre no muy lejos de aquí. Es tan aterrador que Logan se aparta de la ventana y sube corriendo las escaleras, justo antes de que un rayo caiga en medio de la calle, frente al escaparate.

Mis electrodomésticos chisporrotean y entiendo que he perdido varios, fritos por el clima. Nunca me tomé en serio eso de desenchufarlos con tormentas fuertes, y ahora pago el precio.

—Mis electrodomésticos… —empiezo a decir, pero Logan continúa:

—Se quemaron. Cayó muy cerca, no había forma de que no pasara.

Se lleva la mano al sombrero imaginario y maldice al darse cuenta de que lo perdió. Es tan parte de él que hasta ahora no había notado su ausencia.

—¿Estamos en peligro? —pregunto, dándome cuenta de que podría haber estado abajo y que la descarga me habría alcanzado de lleno por el agua en el suelo.

Habría sido una muerte de mierda.

Además de pensar en mí, miro a Logan y noto que sería él quien habría muerto por estar allí hace solo unos segundos. Si no hubiera subido la escalera… mejor no imaginarlo; las lágrimas se me acumulan solo con la posibilidad.

—Creo que será mejor quedarnos en el cuarto.

Sus palabras son inocentes. Mis pensamientos, no tanto.

—¿Sin preliminares?

Recibo una mirada de reojo que me calla de inmediato.

Logan

Entonces me acerco a ella, con pasos lentos y calculados, presionando a Serena contra la mesa de la cocina. Ella se inclina y trata de sostenerse en la madera.

¿No te gusta provocar?

¿Flirtear en medio de la discusión?

Vamos a ver si eres tan descarada como pareces.

—¿Vamos a follar, Gatsby? —mi voz ronca indica que la idea no es tan descabellada, aunque mi rostro permanezca impasible—. No le veo sentido a los preliminares si no vamos a joder.

—Sueñas demasiado, Parrish.

—No fui yo quien sacó el tema. Solo intento que sigamos con vida.

—Por mí puedes morirte, no harías la menor falta.

Lo que dice hace que mi máscara de frialdad se resquebraje y, al ver el efecto, Serena frunce el ceño, preocupada. Abro una sonrisa maliciosa y acerco mi rostro al suyo. Centímetros son una distancia enorme para definir lo que nos separa. La atormento hasta que tiene que tragar saliva e inclinar el cuerpo hacia atrás, todo para no ceder y besarme, como tanto desea. Los dos lo deseamos. Solo que ninguno va a dar el brazo a torcer. Así no funciona lo nuestro.

Veo las vetas oscuras en el marrón de sus ojos y el brillo sombrío que se apodera de ellos cuando mi cuerpo se pega al suyo y fijo la mano en su zona lumbar, impidiendo que caiga. Los labios que parecen fresas están rojos como la fruta más jugosa y la forma en que los aprieta me enloquece, porque los desea tanto que no sé si esto seguirá siendo solo una provocación o se convertirá en algo peligroso.

Bajo la cabeza.

Serena levanta la suya.

Pero cuando nuestras bocas se tocan, tengo muy poco tiempo para reaccionar ante la suavidad, el terciopelo más delicado y el sabor que me invade. Todo porque el dolor punzante llega justo

después, tras sentir que nada podía importar menos. Después de levantar ambas manos y rodear su rostro, acariciando sus mejillas con los dedos, suspirando aturdido.

Serena… me muerde.

Esta mujer me muerde, como un animal.

Y para empeorar las cosas, atrapa mi labio inferior con los dientes delanteros hasta romper la piel y esparcir un sabor metálico y oxidado por mi lengua.

Su empujón me toma por sorpresa y, al trastabillar hacia atrás, llevo el índice a la herida, viendo cómo la punta del dedo se enrojece con sangre fresca.

—Tú… —empiezo, sin saber qué decir.

—¡Bésame otra vez sin mi permiso y verás si no te arranco la lengua! —grita, tan alterada que me alejo varios pasos, intentando entender por qué parecía querer que ocurriera y ahora ignora todas las señales.

¡Y encima me culpa!

Pero está bien. Puedo cargar con la culpa y actuar como un maldito cabrón. Después de todo lo que pasó entre nosotros, esa es mi especialidad.

—¡Estabas más metida que yo, diablilla!

Serena se enfurece.

—¡TE ODIO, JODER! ¡TE ODIO, LOGAN! —Sus gritos suenan a liberación y, mientras los lanza, agita los brazos con vehemencia.

—Ya tuvimos esta conversación. No hace falta repetirla, ya aburre.

—Entonces, ¿por qué me besaste, imbécil? —La furia que arde en sus iris es muy distinta de lo que hay en los míos.

—Porque me dio la gana.

La tierra debería tragarme por mentir así.

—¡Ojalá se te infecte esa herida! —Señala mi boca, justo donde sus dientes hicieron estragos.

—Solo si tu higiene es pésima. Es… —finjo pensar— creo que corro ese riesgo.

—¡Maldito! ¿Me estás llamando sucia?

—¿De boca sucia? Sin duda. Tienes una boquita muy traviesa, Serena Gatsby.

—¡OJALÁ ARDAS EN EL MALDITO FUEGO DEL INFIERNO, DESGRACIADO! —amenaza, y me provoca un deseo brutal.

Tanto que paso la lengua por el corte y esbozo una sonrisa ladeada, dejando que la risa me salga del pecho. Cuanto más se enfada, más interesante se vuelve. Tenemos ese problema: empujarnos mutuamente al límite solo para ver hasta dónde aguantamos.

—Tu maldición no va a afectarme. Soy inmune a tus hechizos o ya habría muerto hace tiempo, porque si no recuerdo mal… me mandabas a morir cada semana.

Ella cruza los brazos.

Mis ojos descienden y se detienen en la camiseta clara y mojada.

Serena no lleva sujetador y el tejido tampoco logra disimular la transparencia, dejando sus pezones tan evidentes que me veo obligado a cerrar los ojos e imaginar las cosas más horribles del mundo para que mi erección no reviente los malditos vaqueros.

—¿Por qué cerraste los ojos? ¿No puedes mirarme mientras te digo cuánto no te soporto?

Aprieto los párpados con tanta fuerza que puntos de luz estallan frente a ellos.

—Sese…

—¡NO ME LLAMES SESE!

Aprieto los labios. Olvidé que odia que la llame así. Que solo yo lo haga es precisamente lo que me impulsa a hacerlo.

Trago saliva y carraspeo, emitiendo un sonido ahogado de deseo. Al abrir los ojos de nuevo, me fijo solo en los suyos, sin bajar la mirada en ningún momento.

—Tu camiseta está transparente y, si quieres que disfrute del espectáculo, lo haré con mucho gusto —remato con una sonrisa lasciva.

Ella emite un sonido ahogado, se cubre los pechos con los brazos y corre al dormitorio. Cuando vuelve, lleva una sudadera y habla con torpeza:

—Lo siento, creo que me pasé. Estoy asustada y odio estar así.

Fuera de control.

Al borde del precipicio.

Deseando algo que no puede tener.

Lo sé.

Lo sé exactamente.



CAPÍTULO 18

Logan

Logan

Solo una cama. Una que apenas nos cabe a los dos. Hoy voy a perder la polla, porque de tan dura no va a bajar nunca más.

—Ahora tenemos que preocuparnos por una cosa… —dice ella, arrastrando un pie delante del otro, con la voz completamente inocente.

Si no la conociera, me creería el teatro.

—Me da miedo escuchar lo que vas a decir.

—¿De verdad te quedarás aquí?

—A menos que hayas encontrado la forma de hacerme volar hasta mi casa, sí.

Suspira con fuerza.

—Tú duermes en el sofá y yo en la cama.

—¡Una mierda voy a dormir en el sofá! ¡No está hecho para un hombre como yo!

Pasea la mirada entre mí y el mueble y hace una mueca. Incluso su odio tiene que admitir que condenarme a ese destino es demasiada crueldad. Apenas me aguanta sentado, ¡imagínate tumbado!

—Si no te gusta el arreglo, puedes irte.

—Me iría, mi trufa de fresa, si el cielo no se estuviera viniendo abajo. Para alguien a quien salvé, eres bastante ingrata. Esta es la tercera vez que te ayudo, ¿sabías? ¡Y mira cómo me tratas! Serías más cordial con un montón de mierda a punto de convertirse en abono.

Serena sonríe.

Valgo menos que el abono, genial. ¡Fantástico!

—¿Me lo vas a echar en cara, maldito? ¿Así quieres terminar la noche?

—¿Para dormir en un colchón? ¡Ah, puedes estar segura de que sí!

Discutir con ella es revitalizante; hacía mucho tiempo que no me divertía así en la ciudad. Otras mujeres suelen querer algo distinto de mí y Serena… bueno, Serena tiene ese humor y esa personalidad peculiares, dignos de un estudio profundo.

No intenta ganar nada.

No intenta colarse en mi corazón.

Es lo que es.

—No.

—Sí.

—No.

—Sí.

—¡Joder, Logan, no vas a dormir en mi cama conmigo!

—Duerme tú en el sofá.

—Ni de coña.

—Igualmente.

—No hay forma de que te tumbes en mi colchón. ¿De verdad vas a obligarme a comprar uno nuevo?

—Hay una tienda estupenda a pocos pasos de aquí. Cómpralo cuando la tormenta nos dé tregua.

—Idiota.

—Yo no soy el idiota aquí.

—Mi respuesta sigue siendo no.

—La mía es sí.

—¿Y qué me vas a dar si te dejo dormir en el cuarto, bien cómodo?

¿Cómodo?

¿EN QUÉ MALDITO MUNDO VIVE SERENA?

Será cualquier cosa menos cómodo.

—No te debo nada; por tu culpa ya me metí en problemas suficientes para toda una vida.

—Ay, pobrecito, ¿quieres mimitos?

—Juro por Dios, Serena, cuando esta mierda de tormenta pase, no me quedaré aquí ni un segundo más.

—Es lo mínimo.

—Debí dejar que te destrozaras los pies con los cristales. ¡Mujer ignorante del demonio!

—Viniste porque quisiste, yo no fui a buscarte a tu casa.

Camino de un lado a otro por la pequeña sala, con la cabeza baja y la rabia hirviendo porque es tremendamente egoísta. ¡No estoy suplicando para follar con ella, joder!

—Ya he tomado nota mental para no volver a preocuparme por tu integridad. No vale la pena. Prefiero preocuparme por cualquier persona de Tusca antes que mover un dedo para ayudarte otra vez.

—Seguro que tienes una legión de mujeres deseando refugiarse bajo las alas de Logan Parrish —me acusa, ocultando un misterio que no estoy dispuesto a desentrañar—. O mejor, un ejército, porque te encanta ser el centro de atención y tener a un montón de gente adulándote todo el tiempo. "Ay, Logan, porque tú esto, tú aquello", tanta tontería que me da náuseas.

Mientras suelta los insultos, camina hacia mí, señalándome con el dedo, con una pose arrogante y digna de alguien que me odia con todo el corazón.

Agarro sus dedos cuando se acerca tanto que siento su respiración.

El contacto brusco e inesperado silencia a Serena.

Mantengo el agarre varios segundos, atrapando sus ojos en los míos.

Intenta soltarse, no se lo permito. Una y otra vez, obligándola a mirarme fijamente, mientras veo sus labios entreabrirse y su aliento cálido chocar con mi ropa mojada y con el frío de algo dentro de mí.

—Suéltame.

Lo hago antes de que el caos se imponga. Serena mira la mano un instante antes de insistir:

—Aún no estoy tentada a dejarte dormir en mi cama.

—Y yo dije que no hace falta que lo estés.

—Estás soñando si crees que voy a cederte la comodidad, ¡si la casa ni siquiera es tuya! Deberías haberte quedado en esa mansión preciosa.

Sí, podría haberme quedado allí.

Atormentado.

Rumiando demonios y conversaciones.

Enloqueciendo de preocupación.

No.

La verdad es que no podía.

—Serena, sé razonable.

—Lo estoy siendo.

—No, estás haciendo un berrinche, comportándote como una niña.

—Si lo ves así, me da igual.

Quiero estrangular a esta mujer. Ni siquiera sé por qué lucho tanto por la cama, ni voy a dormir. Ignoro sus protestas y paso a su lado, metiéndome en el rinconcito ordenado que llama dormitorio, antes de que tenga tiempo de impedirlo. O capacidad para hacerlo.

—¡Idiota, sal de mi cuarto!

—Sácame tú, si quieres.

Intenta empujarme sin que yo me mueva ni un centímetro. Planto los pies en el suelo y me divierto con sus intentos inútiles. Escucho los sonidos de su esfuerzo y enseguida dejo que la tensión se disipe, recordando sus pies heridos.

—Serena… —decido apelar y que sea lo que tenga que ser —. Perdón por actuar así, es que no puedo dormir en el sofá.

Los segundos pasan, convirtiéndose rápido en minutos.

Me analiza, intentando averiguar si digo la verdad. Sus ojos son como los de un águila, astutos y llenos de experiencia. Los

brazos cruzados a la altura del pecho, señal de que no quiere hablar mientras llega a una conclusión.

Entrecierra los párpados.

Frunce el ceño.

Me mira de soslayo.

—¡Si roncas, te tiro a la lluvia!

—No lo haré, tienes mi palabra.

Una niebla pasajera se cuela entre nosotros, amenazando con quedarse por culpa del pasado.

Carraspéo.

Ella también.

—Si llegas a tocarme aquí —acerca el índice al pulgar, dejando un espacio mínimo entre ambos— te voy a dar con la lámpara en la cabeza.

Observo el objeto, que no haría daño ni a una mosca.

—Anotado, señora.

No sé explicar, ni medir, lo exultante que me siento.

Aprecio la soledad y ¿qué probabilidad hay de que quiera la compañía de alguien que no sea Serena? Ninguna. Soy un hombre muy apegado a mi propia tranquilidad y adoro el silencio. Sin embargo, viendo a la mujer toda mohína arreglando la cama y dividiendo los lados con un montón de almohadas, no puedo evitar reír, divertidísimo.

—¿De dónde sacaste tantas almohadas?

El tiempo desde que aceptó que me quedara hasta ahora pasó como un borrón en mi mente.

—Del armario —responde como si fuera obvio—. Y no, nada de eso —agita la mano al verme levantar el edredón—, ¡no puedes tumbarte en mi cama empapado así!

Ya que no puedo tumbarme como estoy, empiezo a quitarme la ropa.

Me quedo desnudo, tal como vine al mundo, tal como el de arriba me creó, sin una sola capa de tela y todo esto… toda esta indecencia… para provocarla aún más.

—No puedo mojar tu cama si estoy desnudo.

Al mirar su cara, me echo a reír al ver a Serena con los ojos cubiertos, dejando dos rendijas entre los dedos, desde donde claramente puede ver.

Es una maldita perversa.

Una descarada sin el menor pudor para disimular.

—¡No, desnudo no, joder!

—Vas a ver mi polla si sigues mirando. Tienes que decidir —subo a la cama, mi peso hundiendo el colchón— si quieres ver o no.

Bajo sus manos y ella esboza una sonrisa tensa, aún con los ojos cerrados.

Arrepintiéndome de la decisión, temiendo que el hacha quiera leña y vuelva a ponerme duro, me pongo al menos los calzoncillos.

—Estoy en calzoncillos. Si quieres abrir los ojos, no hay problema.

Abre una rendija. Y evita bajar la mirada más allá de mis hombros.

—Tengo treinta años, y eres jodidamente guapo. Y no sirve de nada ser modesto, tienes espejo en casa, debes saber muy bien el poder de tus abdominales.

—¿Te hacen efecto?

¿Por qué se me seca tanto la garganta?

Espero la respuesta, sabiendo que jamás dirá lo que quiero oír.

—¡Sería una estatua si no lo hicieran!

Tal vez la Serena de antes no lo diría, pero esta no es ella.

—¿Por eso no querías que durmiera en la cama y levantaste este muro para separarnos?

El camino de almohadas sigue exactamente donde ella lo puso.

—Siempre es bueno asegurarse de no arrepentirse de nada. Si dependiera de ti, estoy segura de que no te importaría, pero en mi caso es distinto.

Ah, yo me arrepentiría muchísimo. Tanto que no soy capaz de cuantificarlo.

—Sese, puedes estar tranquila, no voy a acostarme contigo.

¡Eh, ese no era el trato, joder!

Mi polla late en protesta, obligándome a buscar uno de los rincones donde la lámpara no ilumina tan bien.

—Ni aunque te pidiera que me follaras… —su pausa casi me mata— con fuerza.

—Sobre todo si me lo pidieras.

Su pose altiva se derrumba sin que entienda por qué.

—¡Pues que sepas que yo tampoco me acostaría contigo! ¡Ni aunque me suplicaras, Logan!

—Si te suplicara, me darías lo que quisiera. No actúes como si pudieras resistirte, la negación no te queda bien.

Vuelvo a acercarme, ignorando el bulto en el calzoncillo, y me inclino a propósito, apoyando el peso en los brazos, lo justo para no aplastarla contra la superficie blanda del colchón.

—Y gritarías tanto que ni el sonido de los truenos taparía tu voz.

Sus palmas se afirman en mi pecho y me empuja, débilmente esta vez. Me aparto porque sé que he sido cruel y, si me quedo a centímetros de ella, seguiré siéndolo.

Serena saca lo peor de mí.

Es un don.

—Tengo algo de ropa de hombre. Así que no te acuestes así —señala mi cuerpo, sin bajar la mirada.

Parece un fósil, congelado en medio de un glaciar.

—¡No voy a usar la ropa de otro hombre!

No usaré, bajo ningún concepto, nada que haya sido de ese imbécil de su exmarido.

—Es nueva. Se la iba a regalar a Simon, pero me olvidé. Puedes usarla, no pasa nada, ya que ustedes visten tallas parecidas.

—Yo soy mucho más grande que tu hermano.

—Estás soñando demasiado, Logan.

—¿Quieres apostar?

—Nada, no tengo mucho dinero para apostar.

Quisiera decir que su ex fue un idiota. Quisiera decir muchas cosas, incluida algo importante que hice, algo que la haría sentirse bien, pero no digo nada. Mi boca permanece cerrada, porque si la abro será muy peligroso y no habrá vuelta atrás.

Serena se levanta y saca la ropa del armario. Me la entrega cuando ya estoy en el baño. Me quito los calzoncillos mojados y me la pongo, admirando la decoración sencilla. Es tan pequeño que apenas puedo moverme, pero todo tiene tanto cariño que el espacio solo puede definirse como enorme, en cuidado y alegría.

Las estanterías de madera sobre el lavabo dan color al blanco, y unas plantitas cuelgan al lado del espejo redondo, sujeto por una correa de cuero gastada. Sus artículos de higiene están organizados en tarros rosas y la encimera, que antes estaba estropeada, ahora fue cambiada por una nueva, a juego con las estanterías.

Esto tiene mucho de ella.

Tanto que me hace sonreír.

—¿Vas a tardar mucho ahí?

—¿No puedo atascar tu baño, como hiciste con uno de los míos? —replico.

Tengo un arma poderosa para usar contra ella. Y es tan fuerte que no puede contraargumentar.

—Solo… sal ya, antes de que me arrepienta del trato.

Un trato por el que luché como un guerrero de la Roma antigua.

Abro la puerta y la veo ya acostada en la cama, toda encogida y con la manta hasta el cuello. Quien la viera así pensaría que soy el lobo feroz, a punto de devorarla.

—Gracias por la ropa.

Me queda un poco ajustada, pero nada que me moleste demasiado. La camiseta con "agárrate al salvavidas" y atrás "salvavidas" es patética. Pero puedo imaginar a su hermano usándola, es muy de él. El pantalón corto con dibujos de vasos de cerveza también puede ignorarse, porque en el momento en que me tumbo a su lado, me arrasa una oleada de arrepentimientos.

—Buenas noches, Logan —dice a regañadientes, recuperando un poco de educación. No es que quisiera usarla conmigo—. Y recuerda, no te acerques a mí.

—Nunca.

—Bien, entonces duerme bien.

—Tú también, Sese. Tú también.



Una hora después, seguimos despiertos. Yo por motivos muy distintos a los suyos.

—Mierda, no voy a poder dormir con este ruido. Me preocupa que el techo salga volando.

Los vientos parecen más tranquilos y los sonidos de la tormenta se han suavizado, pero no digo nada.

—Puedes dormir, yo me quedo vigilando todo por ti.

Yo te vigilo a ti.

Estoy seguro de que escucha lo que no digo.

—¿Tampoco puedes dormir en noches así? —Serena se gira boca arriba y habla sin mirarme.

—No duermo muy bien desde hace algunos años.

Sus ojos se posan en mí. Siento su evaluación quemarme la piel.

—¿Cómo que no duermes bien? Pensé que había sido solo una noche, por tus ojeras aquel día que me dijiste que podía quedarme aquí.

Maldición, ¿por qué dije eso?

—Es solo algo que pasa —respondo, encogiéndome de hombros.

—¿Al menos duermes un poco?

—Muy poco.

—¿Muy poco cuánto, Logan? —su tono pasa de irritado a preocupado, y mi problema es que me gusta demasiado ese cambio.

—Unas horas por noche.

—¿Unas horas cuántas? —insiste, notando que no quiero entrar en el tema.

Y cuando evito hablar de algo es porque me jode muchísimo.

—Unas tres en días buenos, dos y a veces una en días malos.

Escucho su suspiro y luego el colchón se mueve, mientras la barrera de almohadas es retirada poco a poco. Serena se acerca

tanto que me embriaga el olor de su perfume y el contacto aterciopelado de la piel de su brazo rozando la mía.

—Lo siento mucho. ¿Quieres hablar de lo que no te deja dormir?

—No.

—¿Has hablado con alguien y has intentado, no sé… librarte de la culpa?

—¿Cómo sabes que es culpa?

—Si te quita el sueño, solo puede serlo. El hombre que conozco jamás se perturbaría por algo pequeño.

Es aterrador que entienda lo que muchas personas a mi alrededor nunca entendieron.

—Hacía terapia.

—¿Y por qué dejaste?

—¿Cuándo termina este interrogatorio? —pregunto, molesto por sentirme interrogado.

—Está bien, no hablaré de algo que no quieres. Pero deberías abrirte.

—Tú también.

—No… no hagas eso, no juegues sucio así.

Sabe a qué me refiero, porque al mismo tiempo que Serena intenta reconfortarme y empujarme a hablar de un trauma, ella también vive inmersa en uno, incapaz de seguir adelante. Es como alguien que no sabe nadar intentando salvar a quien se ahoga.

—¿Por qué? ¿No soportas la idea de remover las heridas del pasado?

—Cierra la boca si quieres seguir aquí.

Sí, debería hacerlo.

La cuestión es que Serena me irrita más de lo que puedo manejar; siempre fue así, desde que éramos niños. Es una de las

plagas de Egipto, la única diferencia es que fue a parar a Tuscaloosa, Alabama, porque es donde estoy yo. En resumen, Sese Gatsby es mi mayor peste, una de la que, por más que lo intente, nunca consigo escapar.

Aprieto la mandíbula, los músculos de la cara palpitando.

¿Por qué me importa esta desgraciada, para empezar?

La pregunta invade mi mente al ver el dolor posarse en su rostro.

—Intentemos dormir.

—Sí, o acabaré matándote y enterrándote en el patio trasero.

Se da la vuelta después de reconstruir bruscamente la barrera de almohadas y así se queda durante horas. Durante horas hasta que… un sonido me despierta.

Hago una mueca.

Está muy claro.

Entrecierro el ojo derecho, con un peso sobre el pecho que me impide moverme.

¿Qué demonios está pasando?

Intento moverme otra vez y el peso gruñe, un sonido consternado y ligeramente bajo.

Todo mi cuerpo se siente mucho mejor que la mayoría de los días, en los que me arrastro, cansado, exhausto por dormir poco. El vigor que corre por mis venas es algo que he echado de menos en los últimos años. Es como si yo…

Abro los ojos de golpe, impactado por lo que veo.

Serena está sobre mi pecho, con el cabello todo revuelto y los brazos rodeando mi abdomen. Se aferra a mí, y eso es lo que dificulta que me mueva.

Mierda.

Si despierta y se ve en esta situación, se desquitará conmigo, aunque no tenga la culpa. Y aun sabiendo eso, dejo que un pensamiento intrusivo me asalte y paso los dedos por su cabello, apartándolo del rostro, solo para verla con un poco de sudor brillando en la mejilla y los labios entreabiertos por el sueño profundo.

—¿Y eso que no podía dormir con tormenta, eh? —murmuro, muy bajo para no despertarla.

Deslizo la mano por la línea de su mandíbula y su cuello. La textura suave me obliga a contener la respiración, calmando los latidos desbocados en mi pecho.

—A mí me parece que duermes de maravilla.

Yo me siento de maravilla.

—Gracias —susurro, en una conversación unilateral.

Me muevo un poco y miro el móvil. Son las nueve de la mañana. La hora me sorprende, porque recuerdo perfectamente haber mirado el reloj a las dos, lo que suma unas increíbles siete horas de sueño. Siete. Siete horas de sueño. Siete. Lo repito mentalmente, incrédulo.

Serena sigue dormida entre mis brazos, tan tranquila y relajada que parece llevar años haciéndolo. Durante unos pocos segundos, la aprieto con cuidado, acariciándole la espalda. El gesto interrumpe su sueño, haciendo que se mueva y se acurruque aún más en mí.

Miro el techo.

Durante largos y penosos minutos.

Tengo que irme de aquí antes de que todo empeore.

Me libero con cuidado y tomo mis botas, marchándome con la maldita camiseta vergonzosa y la convicción hecha trizas.

Estoy jodidamente jodido.

Muy, muy jodido.

Desde el momento en que ella volvió y todo lo que pude hacer fue enfurecerme con los juicios de los habitantes del pueblo, decidiendo de forma abrupta que quien la hizo sufrir pagaría mil veces más por el error.

Allí, en ese instante, eché la primera palada de tierra.

Sobre la tumba que yo mismo cavé.



CAPÍTULO 19

Logan

Logan

Puedes llamarme Emperador de Alabama, maldito imbécil.

Cuatro semanas antes

—¡Qué vergüenza! Volver aquí después de tanto tiempo y con una mano delante y otra detrás. Yo, si fuera ella, habría tragado un poco de orgullo y me habría quedado con ese hombre; es lo

mejor que va a conseguir. Ningún tipo quiere vivir a la sombra de alguien.

En un rincón del restaurante, escucho la conversación del grupo de señoras.

Doy un sorbo al café y como un pedazo de pan, ignorando el ruido. Pero en cuanto levanto la mirada, veo a Serena pasar toda encogida hacia el mostrador para hacer su pedido y comprendo —aunque no quiera— de quiénes hablan.

Había oído murmullos así en la ciudad. Solo que no imaginé que fueran reales; pensé que no pasaban de especulaciones. Aquí la gente suele inventar muchas cosas. Sin embargo, por los hombros curvados de Gatsby y la manera en que se repliega sobre sí misma, formando un capullo, creo que las señoras aciertan en algo.

—Por favor, dos capuchinos para llevar —dice tan bajo, pero tan bajo, que me inclino sobre la mesa para oír lo que añade—. Con nata, mucha nata.

El camarero la mira durante un largo momento antes de registrar por fin el pedido en el sistema.

Hoy lleva un peto vaquero, con los bajos remangados y un corte ligeramente holgado. La camiseta blanca está un poco sucia, con manchas de pintura.

De repente, el café que estaba buenísimo pierde el sabor y se vuelve amargo.

—Oí que está a punto de casarse otra vez, después de haberla engañado y de arreglar las cosas en el divorcio hasta dejarla casi sin nada. Yo pensaba que habían construido juntos la inmobiliaria de renombre. Incluso tenían un reality show, ¿no? Entonces, ¿por qué volvió a Tusca sin nada? —la conversación de dos mujeres en la mesa de al lado capta mi atención.

¿Eso fue lo que pasó?

¿Eso fue lo que pasó de verdad?

Supongo que pasar por algo así justifica que haya vuelto a un lugar supuestamente seguro, donde puede empezar de nuevo.

Aprieto los párpados, imaginando el caos que debe de reinar en su cabeza por la cretinada de ese tipo. Si no recuerdo mal, cuando se fue de aquí era una persona completamente distinta y, por más que discutiéramos, todavía la veía sonreír al saludar a una u otra persona. Esa sonrisa ya no existe.

Doy otro sorbo a la porquería de café.

El líquido frío es lo opuesto a mi temperamento, que se va calentando a medida que escucho los disparates que dicen.

En una mesa, sienten lástima.

En la otra, la juzgan como si fuera la única pecadora entre un montón de santos.

Me bajo el sombrero y fijo la vista en el tablero rayado por el uso. Los bancos de cuero, con algunos puntos quemados por cigarrillos, y hasta mis pies, con las botas más gastadas que tengo. Todo mi cuerpo me exige tomar una medida, cuando no debería hacerlo. No tendría que importarme todo lo que Serena ha pasado; el problema… ah, el problema es que sí me importa.

Levanto la taza con naturalidad, aún atento a las conversaciones. De manera sutil, alzo la cabeza a tiempo de ver a la mujer silenciosa marcharse aún más silenciosa. Ella no me ve, pero desde donde estoy puedo seguirla por la acera hasta que gira a la izquierda en la siguiente manzana y desaparece.

La gente sigue hablando y dice todo tipo de tonterías y yo, que ya no quería que se quedara aquí, ahora lo quiero aún menos. En el fondo, me siento un miserable, un cabrón capaz de causar más sufrimiento a alguien que ya ha tenido su ración para toda una vida.

—Soy un hijo de puta —murmuro.

Serena no es la mejor persona del mundo; hemos tenido muchos problemas. Pero no necesito convertir su vida en un infierno. En uno más grande.

Mierda, mierda, mierda.

¿Y ahora qué?

Tiene que irse de la tienda, es eso o mi paz, y no estoy dispuesto a jugarme mi paz. Después de aprender a lidiar con mamá y de construir un lugar para mí mismo entre sus profundas quejas, aprendí a valorar mi tranquilidad como la sustancia más preciada del mundo.

La cuestión es que, con Serena cerca, eso se verá amenazado con tanta frecuencia que tendré suerte si logro quitarme las botas antes de que Rose Parrish me llame para soltar su interminable manto de quejas.

Y conspiraciones.

Y paranoias.

Y locuras.

Y manías.

La charla a mi alrededor cesa, pero no olvido lo que se ha dicho.

Saco el móvil y hago una búsqueda rápida. Tres horas y media si corro; algo más de cuatro si voy con calma. Conociendo mi temperamento y lo mucho que esta historia me afecta, lo más probable es que tarde tres.

Dejo el dinero sobre la mesa, me levanto y salgo del restaurante, rumbo a lo que no debería hacer.

Me siento al volante y durante unos instantes intento recuperar la coherencia.

Ella no aparece, quiere desquitar su rabia, quiere que alguien pague tanto como yo. Sobre todo porque mi cabeza vuelve una y otra vez a lo ocurrido en el restaurante y repite las imágenes de Serena encorvada, cargando una vergüenza que no debería sentir.

Culpo a la repetición por la decisión extrema que tomo a continuación y sigo culpándola incluso cuando aparco frente a la

casa de ese tal Jonah —sé la dirección porque hace años mi curiosidad por saber cómo estaba ella pudo más, pero no viene al caso—, poco menos de tres horas después.

Bajo del coche.

Subo los escalones despacio.

Cruzo el umbral lentamente.

Mis botas hacen un ruido que alimenta el caos en mis pensamientos, mezclándose con el estado inconexo de mi furia, con la ansiosa bilis que se cierne sobre ella.

Todo en mí grita que estoy cometiendo un error.

Me acomodo el sombrero, pensando que no puede serlo. No cuando un hombre actúa de forma tan traicionera con una mujer. Me obligo a pensar que hago todo esto porque podría ser Mack quien estuviera sufriendo, podría ser cualquiera. Y a tipos como él hay que darles una lección.

Llamo a la puerta.

Mis manos golpean la madera hasta que una mujer abre. No me fijo en ella, pero sé que me evalúa y le gusta lo que ve. A las mujeres suele gustarles mucho lo que ven en mí, menos a una de la que prefiero no hablar.

—¿Está Jonah?

—Sí… sí, de hecho está —tarda en decirlo.

—¿Puede llamarlo, por favor?

Toda la educación termina ahí cuando el hombre, varios centímetros más bajo que yo y débil como una rama fina, se acerca con la barbilla en alto, sin saber a qué se enfrenta. Llega a ser cobarde por mi parte estar dispuesto a machacar a alguien tan frágil. Física y moralmente.

—¿En qué puedo…?

No lo dejo terminar y le suelto un derechazo tan potente en la cara que oigo cómo se le hace añicos la nariz. Da varios pasos

atrás, con los ojos abiertos de par en par mientras asimila lo que acaba de pasar.

—Miserable enclenque —escupo, con la voz estrangulada por la cólera.

—¡Voy a llamar a la policía! —dice, la sangre brotándole de la nariz y cayendo por la barbilla.

—Si estuviera en tu lugar y amara la vida, eso mismo pediría que hicieran por mí. —Miro a la mujer detrás de él.

No parece dispuesta a llamar a nadie. De hecho, sospecho que estaría más que dispuesta a irse conmigo si le hiciera una invitación. Por la forma en que da un paso adelante cuando cruza su mirada con la mía, quizá ni siquiera la necesite.

—¡No puedes venir a mi casa y hacer esto!

—Puedo hacer lo que me dé la gana —respondo con un tono displicente, casi aburrido.

Ese hombre no vale el suelo que pisa y jamás estuvo cerca de merecer a la mujer que tuvo. No sé si entristecerme porque ella le diera una oportunidad a ese imbécil o alegrarme de que todo haya terminado, ya que la libró de su asquerosa presencia.

Me apoyo en la puerta de entrada y lo observo arrastrarse, sin apartar los ojos de mí, temblando sin parar, como el cobarde de mierda que es.

—¡Soy prácticamente el dueño de esta ciudad! ¡Aquí todo el mundo me conoce! —brama, aferrándose a un ego que no vale nada.

Si le tuviera miedo, no estaría aquí a estas horas, dispuesto a golpearlo hasta que necesitara ir a un hospital. Algo que sospecho que no hará, porque no soporta pasar vergüenza. El brillo aterrorizado en sus ojos lo confirma: en el fondo le gusta presumir por el dinero que tiene, lo único que posee.

Cabrón de mierda.

Serena, ¿qué le viste?

Me agacho para quedar a su altura y lo agarro del cuello de la camisa, asestándole varios golpes sin el menor remordimiento. Con cada impacto de mi mano, una parte de mí grita, revitalizada por enseñarle lo que merece.

Le machaco la cara entera, sobre todo la zona de los ojos, me importa una mierda la desventaja, me importa una mierda la cantidad de sangre que me mancha las manos. Este idiota solo está recogiendo lo que sembró y me alegra ser yo quien le entregue lo que cultivó con tanto desprecio.

Su prometida —por lo que oí sin querer— ya no está cerca; aun así, dudo mucho que haya llamado a la policía. Simplemente se dio cuenta de que el hombre con el que va a casarse es un imbécil que ni siquiera sabe defenderse y que se mueve única y exclusivamente por lo que tiene entre las piernas, de la forma más desleal.

Traicionar a alguien es la mayor deslealtad de este maldito mundo.

—No sa-sa-sabes quién soy pa-pa-para ha-ha-cer… —no logra terminar la frase antes de que otro puñetazo lo golpee con brutalidad.

Un diente sale despedido de su boca. Uno de los de delante.

Sonrío tan ampliamente como si acabara de presenciar el mejor acontecimiento del siglo.

—Ah, sé exactamente quién eres. El problema es que tú no sabes quién soy yo.

—Un patán de mierda que decidió venir a mi casa y pillarme desprevenido, por alguna razón que no tengo ni idea.

—Serena Gatsby.

—¿Qué pasa con esa puta? —escupe con dificultad, haciendo que mi pecho se hinche de rabia contenida.

Una de las contenciones estalla.

Una de las malditas contenciones se hace añicos, joder.

Y no tardo nada en volver a golpearlo con tanta precisión que cada vez está más mareado, al punto de tener que sujetarlo de verdad mientras descargo las frustraciones por todo lo que escuché hoy en el principal responsable de ellas.

Todo es culpa de este bastardo; todo lo que Serena está pasando es culpa suya y no tengo la menor intención de retroceder, no antes de sentirme satisfecho con el dolor infligido a este traidor de mierda.

Aplico tanta fuerza que mi sombrero cae al suelo, mientras mis ojos clavados no se apartan del rostro desfigurado.

—¿Q-q-q-q-quié-quié-én e-e-eres tú?

—Puedes llamarme Emperador de Alabama, maldito imbécil.

Y tengo el placer de verlo abrir los ojos en reconocimiento antes de perder el sentido.



CAPÍTULO 20

Serena

Serena

¿Por qué iba a quemar camelias? ¡Son mis flores favoritas!

Despierto sola. En el lado donde estaba Logan.

La barrera de almohadas está destruida.

Me levanto de un salto, me calzo las chanclas sin pensar siquiera en las heridas ni en el dolor momentáneo que el gesto provoca, y ya estoy cogiendo el móvil para ponerlo a cargar. En cuanto tiene batería suficiente para encenderse, busco:

"Remedios caseros que mejoran el sueño".

Mientras espero a que aparezcan los resultados, me pregunto si de verdad no consiguió dormir y qué habrá hecho durante toda la madrugada. Abro la boca y agrando los ojos cuando una suposición me cruza la mente. ¿Y si estuvo vigilando mi sueño y me vio babear?

¡Joder!

Corro al baño y reviso mi aspecto en el espejo. Gracias a Dios no está tan mal como podría. Si soy completamente honesta conmigo misma, estoy estupenda, incluso para alguien que durmió como una piedra y ni se enteró de que el hombre se levantó y se fue.

—Qué sueño tan reparador —gruño, estirándome, un poco molesta por no haberme despedido de él.

¿Por qué se fue sin despertarme? ¿Qué problema hay en decir: "oye, Serena, me voy, todo está bien"? Ya dejó de llover y puedes estar tranquila ahora.

Voy a la cocina y apoyo las manos en la encimera, aún sintiendo su presencia flotando en cada rincón pequeño y mal distribuido. De una forma incomprensible, lo echo de menos y, sin permitirme dar alas a ese sentimiento, sacudo la cabeza y espanto la idea.

Logan vino hasta aquí, enfrentándose a la tormenta, solo para comprobar cómo estaba. Ayer, cuando apareció, fingí no darle importancia, pero ahora, mirándolo desde otra perspectiva y dejando mi odio de lado, siento como si estuviera en deuda con ese hombre.

¿Pero cómo puedo deberle algo a alguien como él?

¿No entiende que me confunde cuando se preocupa y, acto seguido, me trata como si verme fuera un atentado contra su paz?

Aunque, pensándolo bien, yo también lo trato así.

Maldita sea.

Estoy realmente confundida.

Mis pensamientos solo me dan tregua cuando miro la pantalla del móvil y veo los resultados de la búsqueda. De repente, la idea ya no parece tan buena; aun así, no considero las consecuencias de lo que voy a hacer. No importan, no frente a lo alterado que Logan me pareció por la falta de sueño. Una parte de mí quiere ayudarlo, igual que él ha hecho conmigo en las últimas semanas, y por muy mala que pueda ser, todavía tengo corazón y soy muy agradecida, aunque no lo demuestre directamente.

—¿Por qué no puedes dormir, Logan?

Sé que no se combate un trauma con infusiones y cosas descabelladas, pero quizá ayude un poco. Y por más que alguien de mi familia no debería ayudar a alguien de la suya, estamos viviendo una cadena de acontecimientos que demuestra lo contrario.

Es extraño asumirlo, sobre todo porque Parrish me odia y, aun así, me ayuda. Me pregunto cuántas personas en el mundo tendrían esa disposición suya, de tender la mano a cualquiera que la necesite.

Lanzo el pensamiento al fondo de mi mente y me pongo a buscar la hierbaluisa, el ingrediente principal del primer té que voy a preparar.

Enciendo el hervidor y, mientras espero a que el agua se caliente, escribo la primera nota. Si no explico qué es, va a pensar que se trata de una bomba. Con nuestro pasado y presente, no lo culparía si creyera que quiero hacerlo volar por los aires.

La verdad es que haría explotar a mucha gente si pudiera, y Logan estaba en mi lista hasta ayer, hasta que me ayudó sin segundas intenciones, simplemente porque lo necesitaba.

Y, joder, fui una idiota, insultándolo y quejándome.

Cuanto más pienso en la situación, mayor es mi arrepentimiento.

—¿Por qué reaccioné así? Solo vino a ayudarme y le lancé decenas de espinas. Incluso yo tengo que admitir que fui una ingrata de mierda.

¿Estará enfadado?

¿Se fue antes de que despertara por eso?

¿Le hice la vida imposible mientras estuvo aquí?

En mi cabeza, la respuesta a todas esas preguntas es afirmativa.

—Ah, yo no le pedí que viniera. Apareció en la inmobiliaria como un príncipe dispuesto a salvar a la princesa cueste lo que cueste, porque quiso. No le des más vueltas, Serena, no hagas lo que él quiere. Ya vas a intentar ayudarlo con el sueño y eso es suficiente.

Sí, es suficiente.

No hay razón para darle más vueltas a cómo actué.

Termino el té, lo pongo en una botella térmica y, con la nota en la mano, conduzco por la ciudad como quien no quiere la cosa y, sobre todo, como alguien que no va a llevar nada a la casa del enemigo. Mi expresión natural, la pose de una vecina tranquila paseando en coche mientras tararea una canción, merecería un premio a la mejor actuación de la historia.

Peor aún cuando entro en el camino que lleva a su casa y me topo con una de las señoras cotillas, que me mira y gira la cara, soltando un sonido de burla.

Al menos hace algo útil cuando baja la ventanilla y dice:

—No sirve de nada ir por ahí; el camino está lleno de barro por ese lado y, por el otro, cayó un árbol y no se puede pasar. No me gustas, pero pensé que era mejor avisarte para que no pierdas el tiempo.

—Tampoco me gusta usted y muchas gracias por hacer lo mínimo.

Como fue ella quien dijo primero que no le gusto, me sentí con derecho a devolver la provocación.

Acelera furiosa, mientras yo me quedo parada, analizando mis opciones.

Golpeteo el volante cuando se me ocurre algo: atajar por el pasto. Puede ser peligroso, con agujeros ocultos por la hierba, pero con el sol en lo alto creo que no tendré problemas.

Y eso hago, después de coger la botella térmica y la nota, saltar la valla y seguir en dirección a su casa.

Es tan nostálgico que me hace sentir quince años más joven, cuando separaba la parte superior de la inferior del alambre e hice lo mismo para llegar antes a la granja. Preferiblemente antes de que mamá recibiera la llamada de la escuela informando de las notas del boletín.

Buenos tiempos que no volverán.

Miro el horizonte y, a lo lejos, distingo el Bosque Nacional de Talladega, que aquí en Tuscaloosa no cubre mucha área, pero se extiende por muchos condados.

Brilla con magia, iluminado por el sol. Las copas de los árboles resplandecen y forman partículas luminosas a su alrededor.

—¿Cómo pude olvidarlo? —suspiro, admirándolo unos minutos antes de seguir mi camino.

Llego a las inmediaciones de la casa de Logan con una sensación nostálgica anidándose en mi pecho. Antes, todo esto era plantación de algodón y formaba parte de la finca Camelia, de los Parrish. Sigue siendo enorme, pero cuando me fui de la ciudad era al menos diez veces mayor. Creo que Rose se cansó de llevar los negocios, igual que mamá.

Lo cual es comprensible.

Salto algunos charcos y, por fin, tras caminar varios minutos, diviso la enorme construcción sobresaliendo entre muchos árboles y abundante césped.

Me llevo la mano a la boca al avanzar hacia la valla, frente al portón destrozado de Logan.

El monstruo que salté la noche más vergonzosa de mi vida está en el suelo, completamente reventado y abollado. ¿Habrá sido

la tormenta? ¿Pero cómo algo tan macizo podría sufrir daños tan graves por el viento? Al ver aquello, respiro aliviada de que el techo de la inmobiliaria se haya mantenido en su sitio.

No sé ni qué hacer.

Dejaría la botella colgada con la nota. Pero creo que no hay forma.

Con cuidado, salto las piezas de hierro retorcidas y cruzo el armatoste de la entrada con una sensación horrible.

¿Y si Logan estaba pasando por el portón cuando ocurrió esto?

No puede haber pasado esta mañana, ¿verdad? Seguro que no. Además, puede que ni siquiera haya vuelto. Y ayer estaba perfecto, no parecía herido.

Intentando centrarme solo en eso, avanzo por la entrada de coches, la misma que está rodeada de camelias blancas. Están parcialmente destrozadas, supongo que por el fuerte viento. Pero aún perfuman el aire con un aroma agradable.

Me detengo ante una de las flores, mustia y vencida.

—Lo siento, pequeña —lamento la tragedia.

Recuerdo lo hermoso que era esto, con las camelias abarrotando ambos lados, vigorosas y brillantes. Recordarlo me hace pensar en la identidad de quien quema el jardín de Rose Parrish. Ella siempre creyó que fui yo; la verdad es que jamás haría algo así, porque también amo esas flores, son mis favoritas.

El problema es que hace unos días, sus queridas fueron incendiadas una vez más y no ayuda que yo haya vuelto a Tusca.

Alguien, sin duda, intenta convertirme en la principal sospechosa. Pero sé que no fui yo, así que me importa una mierda si viene a acusarme.

Dejo el asunto y alzo la barbilla como si Parrish pudiera verme. Qué mediocridad la mía.

Cuelgo la bolsa del pomo de la puerta y me voy deprisa, temiendo que, incluso ante la improbabilidad, Logan esté aquí y me sorprenda en este gesto patético. Preocuparme por él es una cosa; que me vea así de ansiosa es otra muy distinta. Ni sobre mi cadáver le daré ese gusto a ese cretino.

Vago.

Vago presuntuoso y oportunista.

¿Por qué?

No lo sé, solo necesito insultarlo para no olvidar quién es.

Casi puedo oír sus provocaciones, afirmando que todo es una simple rabieta mía. Y tal vez lo sea, pero no hay nada que hacer: no se cambia lo que ya nació así. Porque la cosa más graciosa que se conoce es que nací al día siguiente de Logan, con apenas una hora de diferencia.

Él nació a las 23:30 del 21 de noviembre y yo a las 00:30 del día 22.

La vida realmente ama las bromas de mal gusto.

En el mismo hospital.

En la habitación de al lado.

Lo sé porque mamá siempre se empeñó en contarme esa historia, furiosa por haber sido puesta junto a Rose. Por eso, Logan y yo estamos intrínsecamente unidos, para bien y para mal, contra nuestra voluntad, y no hay mucho que hacer al respecto. Solo me queda aceptar lo que no se puede cambiar.

Paso una vez más por el portón, asustada. Los daños son enormes. Y cruzo la valla, regresando por el pasto. Al no detenerme ni prestar atención a nada, llego más rápido hasta donde está aparcada mi camioneta y, sin rodeos, conduzco de vuelta a la ciudad.

Al enfrentarme de nuevo a los destrozos de la inmobiliaria, lloro por dentro.

Todo el esfuerzo que hice para que ese lugar pareciera una oficina de verdad, incluso elegante, se fue al traste. Los ventanales destrozados, el interior arrasado por los brazos de la tormenta —que se ramificaron sin piedad por la abertura— y todos los muebles de madera, todo, todo… arruinado.

Estoy tan preocupada por la reconstrucción que ya no siento las heridas en los pies, ni mucho menos las de las manos. No importan tanto y, después de tratarlas, apenas duelen.

Hay otro dolor mucho mayor: el hecho de que todo aquello por lo que me esforcé para dejarlo increíble fue simplemente devastado.

Me rodeo con los brazos y me balanceo hacia delante y hacia atrás.

Por desgracia, no es momento de lamentarse. El desorden no se arreglará solo.

Inhalo y exhalo.

Cuento mentalmente hasta cien, pensando en todo lo que necesito reponer.

—No hay tiempo que perder, Serena, ¡tú puedes!

Tengo que poder. Es mi única opción.



CAPÍTULO 21

Primer día

Sé que no pediste mi ayuda, pero no puedo evitarlo después de lo que hiciste por mí. Créeme, ni yo quiero pensar demasiado en el asunto. Sin embargo, aquí estoy, con una botella de té de hierbaluisa, ideal para relajar el cuerpo y la mente. Tómalo todo antes de dormir.



Tercer día

Té de manzanilla. Por favor, no finjas que lo tomaste; necesitas beberlo e intentar descansar. ¿Hasta cuándo crees que vas

a aguantar con esta privación de sueño?
Pasaré por aquí cada dos días, para darte tiempo a probar los métodos. Si no funcionan, basta con que no dejes nada en la puerta; entenderé el mensaje.

PD: Y no tiene absolutamente nada que ver con este maldito asunto, pero ¿qué pasó con tu portón? ¿Fue la tormenta?

¡Dios mío, qué peligro!



Quinto día

Leí que necesitas crear una rutina saludable antes de dormir. Date una ducha caliente, evita usar el móvil o ver televisión. No sirve de nada creer que, con el cansancio, tu insomnio desaparecerá por arte de magia. En fin, en la botella hay té de las dos hierbas anteriores, mezcladas. Si por separado no surtieron efecto, quizá combinarlas sí.



Séptimo día

No necesitas responder a mis notas. No es que fueras a hacerlo, claro. Preparé otro té, esta vez con aceite de enebro. Cruzando los dedos para que logres dormir al menos cuatro horas.

Curiosidad: ¿cuándo fue la última vez que usaste el despertador? Creo que hace mucho, ya que te has convertido en un vampiro.



Noveno día

Debió de ser un alivio enorme cuando te diste cuenta de que no era una botella. ¡Apuesto a que sí! Decidí cambiar de táctica y traje un suplemento con valeriana, una planta muy usada para reducir la ansiedad y mejorar el sueño. Tiene propiedades tranquilizantes y debe tomarse al menos treinta minutos antes de acostarte.

Y recuerda: nada de usar el móvil ni ver televisión mientras esperas el efecto. Es necesario estar en la cama, sin ninguna interferencia, para que funcione.

PD: ¿De verdad estás siguiendo mis consejos, verdad?

Si quisiera envenenarte, no dejaría pruebas.



Undécimo día

¡No te asustes por la almohada colgada en la puerta!

Está aromatizada con lavanda, lo que será infalible para tu sueño. Por si acaso, acompáñala con el té de manzanilla.

¿Creíste que te librarías de la botella? Pobre de ti. Jamás.

Y TIENES QUE EMPEZAR A DEVOLVERME ESTAS MALDITAS BOTELLAS, ME ESTOY QUEDANDO CASI SIN EXISTENCIAS EN CASA.



Decimotercer día

Ashwagandha. Ni siquiera sabía que existía una planta con ese nombre. Sirve hasta de trabalenguas. Según lo que me dijeron, ayuda a reducir el estrés. ¿Puedes probarla, por favor?

El nombre es raro, pero me prometieron milagros y estoy más que dispuesta a creer. Fui a comprarla a una ciudad que queda a horas de aquí, así que no la desperdicies, por favor.



Decimoquinto día

¿Qué te parece si pasamos a terapias holísticas?

¿Has probado la acupuntura?

Revisé y hay una especialista en el área, en Birmingham. Dejo abajo su dirección. Si vas, cuéntame cómo te fue. Aunque creo que no te darás la molestia.



Decimoséptimo día

Diecisiete días sin verte. Caramba, ¿será que me morí y fui a parar al cielo?

Gracias por la tregua, Parrish.

Por cierto, no es que tenga algo que ver con lo anterior, pero ¿ya probaste meditar? ¿Hacer yoga? ¿Recurrir a la aromaterapia, la masoterapia o incluso al Gráfico Yoshua?

Tu problema me ha llevado a investigar bastante; no tenía idea de que algo así existiera. Busca el tema en internet. Seguro te

sorprenderás. En fin, creo que las opciones se acabaron; elige una de ellas. No volveré a molestarte.

De tu enemiga, Serena G.



CAPÍTULO 22

Logan

Logan

Quien nació para perturbar, seguirá perturbando.

Antes de subir a la camioneta —una nueva; la otra tuve que mandarla al taller porque destrocé la caja al pasarle por encima al portón— recojo otra nota con algún consejo de esa loca.

Ninguno funcionó hasta ahora, ni siquiera cuando me vi acostado sobre una almohada que olía a lavanda —esa mierda

apestó mi cuarto y puedo jurar que toda la maldita casa también—intentando tragarme los jodidos tés que preparó.

Serena es pésima preparando tés y esas cosas lograron tener un sabor insoportable.

No hay manera de beber esa porquería sin hacer una mueca. Tuve que taparme la nariz para tomar uno, sin bromas, ¡me tapé la nariz!

Hubo otro, con una planta cuyo nombre no recuerdo, al que le disimulé el sabor con una pizca de miel. ¿Se podía? Ni idea, pero ni la mierda debe saber tan mal. Ni los perros de la granja beberían esa basura.

Lo único bueno es que lo usé para algo fenomenal… gastarle una broma a Graham. Puse el maldito té en una de las botellas de jugo y cuando se metió esa mezcla horrible en la boca y sintió el delicioso sabor, vomitó al instante. Creo que después de eso mi primo se lo pensará dos veces antes de joderme. Por eso sí tengo que agradecerle a Serena.

Dejo esos recuerdos nada agradables de lado y guardo la nota en la guantera, colocando la botella de té en el asiento del copiloto.

Arranco el motor y parto hacia la finca Camelia, a enfrentar a otra fiera, una aún más agresiva que la mujer que, en lugar de ayudarme con el sueño como prometió, lo arruinó. Todo porque en las últimas dos semanas pasé las madrugadas enteras acostado, sin pegar ojo por mucho tiempo. Y ni siquiera fue por el trauma, sino por la constante necesidad de mear. Tuve que levantarme cada diez minutos para vaciar la vejiga y, sinceramente, aunque esas mierdas hubieran funcionado, no habría logrado dormir con el poco tiempo que aguantaba sin ir al baño.

Lo hizo para vengarse de mí.

No puede ser otra cosa, no hay otra explicación.

Encima disfrazó sus pésimas intenciones con notitas "adorables" de instrucciones.

Serena va a pagar, ah, ¡cómo va a pagar!

Sobre todo por haberme acostumbrado a esta porquería. Tanto que, al leer la de hoy, una punzada de decepción se esparce dentro de mí. Va a dejar de hacerlo justo cuando empezaba a gustarme esta cosa. Justo cuando imaginé que alguno de sus consejos funcionaría. Consejos que yo mismo podría haber buscado en internet.

Que se preocupara, que se tomara el trabajo de ayudarme, hizo que me quedara en casa durante días enteros, esperando a que Serena apareciera con una bolsa.

Después de replantar todas las camelias, admito de mala gana que la vi detenerse a oler las flores cada vez que apareció por mi casa. Desde una de las ventanas del primer piso, escondido como un fugitivo. Tanto que ni siquiera aparecí por la ciudad, controlándome al máximo para quedarme en casa o en la finca Camelia, ayudando a mamá con sus flores. Juntando valor para contar lo que hice. Lo que tuve el descaro de hacer.

Mi capacidad para meterme en líos es asombrosa.

¿Será que no puedo quedarme quieto en mi rincón? Bah, da igual. Evito seguir pensando en eso, sufriendo de antemano. Opto por calmarme; es lo mejor que puedo hacer.

Lo cual funciona… por un breve momento, hasta que llego a la finca.

Mamá está tramando algo; con absoluta certeza esta vieja astuta está tramando algo. Cada vez que se sienta en la mecedora del porche, se proclama el apocalipsis; como si no hubiera bastado la tormenta que azotó Tuscaloosa, ahora se viene un huracán de categoría cinco.

Miro alrededor al bajar de la camioneta.

¿Por qué la gente aún no está corriendo?

Me acerco sigilosamente, muerto de miedo, considerando retroceder. Pero ya estoy aquí; mejor enfrentar el problema. Subo

los escalones que dan acceso al porche con cuidado, evitando que la madera haga ruido y delate mi presencia. Esquivo una tabla suelta que mamá me pide que arregle desde hace tiempo, como si no tuviera dinero para contratar a alguien especializado capaz de reconstruir este maldito porche desde cero. En el fondo, no le gusta ver a nadie desocupado. Rose Parrish es alérgica a la paz y a cualquier tipo de sentimiento humano.

La mayor prueba de lo que acabo de pensar es que la sorprendo sosteniendo una especie de cartel con una foto mía que alguien —no tengo ni idea quién— tomó. En ella estoy sin camiseta, usando un chaleco oscuro, vaqueros y mi viejo sombrero negro. En el cartel se lee: SE BUSCA ESPOSA PARA LOGAN PARRISH, ¡URGENTE! La cosa se vuelve grotescamente peor cuando quita ese y garabatea otro: LAVA LA ROPA, COCINA Y PUEDE CUIDAR DE LA CASA SI QUIERES. SE PAGA RECOMPENSA. UNA CANTIDAD GENEROSA. TRATAR CON ROSE PARRISH, EN LA FINCA CAMELIA.

¿Qué hice para merecer esto?

—¡MAMÁ, ¿QUÉ MIERDA ES ESTA?! —grito, dejando claro que estoy aquí.

Ella no se asusta, como si no estuviera haciendo nada raro.

—Estoy asegurándome de que de verdad te cases. Me prometiste que lo harías, así que si encuentro a alguien, podemos adelantar la boda.

—¿Y qué pretende conseguir con ese cartel vergonzoso?

Joder, quien hizo esto todavía le puso un bulto en los vaqueros mediante edición… ¿o acaso no fue edición?

¡Ah, que se joda!

No puedo creer que una madre sea capaz de convertir a su hijo en una burla de este modo. Cada gramo de arrepentimiento por haber entregado el control de las propiedades a Serena Gatsby se evapora, y entiendo que, por mucho que irrite a mi madre, jamás me acercaré a compensar toda la vergüenza que me hace pasar.

Primero el coche con altavoces y ahora va a anunciarme en carteles, ¡como si fuera un trozo de carne en oferta en la carnicería!

—Venderte. Ya separé el dinero y mi futura nuera no tendrá cómo negarse a esa cantidad. Créeme, hijo, va a funcionar. Leí muchas novelas y así es como empieza el amor: con un matrimonio arreglado, donde la conveniencia hará que ambos se enamoren.

—¡La vida no es una novela y yo no soy una mercancía, mamá!

Rose hace una mueca de total indiferencia. Está más que dispuesta a anunciarme… otra vez.

—Si fueras tan rápido para casarte como para ilusionar a las chicas del pueblo, no tendría que ser tan drástica. ¿Crees que no sé de tus aventuras y de los corazones que rompiste? Deberías sentir vergüenza, Logan Parrish, de que tenga que recurrir a una payasada así con el único objetivo de garantizar tu supervivencia. No te tomas la maldición en serio, ¿pero tampoco a tu madre? ¡Qué hijo más torcido crié!

—¡No sabía que tenía que casarme con todo el mundo con quien me involucrara! Si no disfruto, ¿cómo voy a saber con quién quiero pasar el resto de mi vida?

Ella finge lanzarme el bolígrafo; esquivo el golpe imaginario.

—Si ya hubieras amado a alguien, sabrías que el contacto físico no es obligatorio antes de enamorarse. Mucha gente ya entregó su corazón antes.

Lo sé.

—No en mi caso.

—Cállate, eso no me interesa. Y no dije que te casaras con todo el mundo, sino al menos con alguien.

Habla como si elegir a una persona fuera como elegir una prenda de ropa. Lo peor es que prometí que tomaría esa decisión, que por fin ataría mi cuerda. Una promesa cuya culpable es Serena.

—Por cómo lo dice, parece fácil. Basta con ir al mercado y listo, tendré a la mejor esposa del mundo.

—Ya hablamos de eso.

—Sí, la maldición y bla, bla, bla…

—Hay cosas de las que no podemos dudar, sobre todo siendo un Parrish.

Pongo los ojos en blanco. Mamá se toma esta tontería tan en serio que evito el contacto visual; mostraría que me parece la cosa más idiota del mundo. Por eso levanto la cabeza y contemplo el cielo.

—Mientras no sea una Gatsby, acepto a cualquiera que elijas.

Suspiro hondo, porque sus palabras me recuerdan lo que vine a hacer hoy. No necesito ser honesto en este instante; puedo posponerlo un poco.

Mi mirada se posa en el cartel y frunzo el ceño al notar algo extraño. Algo que, si ella lo percibió, ignoró.

—¿Qué demonios es ese paisaje detrás de mí?

El montaje quedó muy bien, pero aún se nota que estoy fuera de lugar, que no era el sitio original de la foto.

—Solo para llamar la atención.

Su naturalidad es aterradora. Un poco más y me ataría a un globo para pasearme por la avenida principal.

—Sabe que eso es Arizona, ¿verdad? Ese paisaje es típico de allí. Aquí es totalmente distinto. Quien hizo esta payasada la engañó. ¿Cuánto le cobró? Si me lo hubiera pedido, le habría dado una foto mejor.

Ella golpea el apoyabrazos de la silla, ignorando los montículos anaranjados y rojizos que se elevan hacia el cielo azul en una cadena de montañas puntiagudas. Los cactus saguaros también aparecen en la imagen y hacen la discrepancia entre Arizona y Alabama aún más evidente.

—No importa en absoluto; lo que importa es esto —dice, señalándome con una mano en la cintura y la cabeza baja, el sombrero ocultando media cara.

Los músculos del abdomen llaman la atención. Y los brazos también, definidos y prominentes.

Es una buena foto.

Solo que no para exhibirla por todo el maldito pueblo.

—¿Quién la tomó? No la recuerdo.

—Una de las chicas de la finca. La mayoría está enamorada de ti, así que fue fácil conseguir que alguien tuviera una foto escondida. Ah, verdad… debería buscar una esposa entre las chicas. Puedo hacer un último evento de "atrapa marido" y dejar que gane la más enamorada. Sería fenomenal, ¿no crees? —Puedo ver cuánto le encanta la idea por su mirada soñadora.

—¿Por qué no me subasta de una vez?

—¿Crees que funcionaría? —pregunta con total seriedad.

Joder, debí quedarme callado en casa.

—¿Quiere convertirme en la burla de los próximos diez años?

—Si durante ellos eres un hombre casado, que se joda la burla.

—Ya que amablemente me está sacando de quicio, me veo en la obligación de devolverle el favor.

—Niño… —me llama así cuando sabe que voy a hacer algo que no le gustará.

Alzo la ceja derecha y sonrío con sorna antes del golpe final.

—¿No quería un nuevo corredor inmobiliario?

—Sí, todavía quiero uno nuevo.

—Pues ya conseguí uno: Serena Gatsby.

Ella se detiene, girando la cabeza lentamente hacia atrás, como una muñeca poseída, un ser demoníaco. Sus ojos, tan claros

como los míos, se enrojecen de ira.

—¿Qué acabas de decir?

Su voz resuena en mi cabeza, el tono agresivo aumentando con cada repetición.

—Exactamente lo que oyó. La nueva responsable de la gestión de los inmuebles Parrish es una Gatsby. —Mi miedo a morir es nulo, porque mientras pronuncio las palabras que son mi sentencia, sonrío de lado.

—No tuviste el descaro de hacer eso. No hay manera de que un hijo mío haya cometido tal traición. Es imposible, simplemente imposible. Me niego a creer semejante patifarrada.

Mamá sacude la cabeza varias veces, incrédula de que haya tenido ese descaro, ese valor para enfrentarla en algo que sabía que me degollaría cuando lo descubriera.

—Del mismo modo que no hay manera de que mi madre me venda con un cartel en el pueblo.

—¡UNA COSA NO TIENE NADA QUE VER CON LA OTRA!

Mierda, que grite es una pésima señal.

—Mamá, cálmate, por favor… —La dragona de Komodo levanta uno de los carteles de su regazo y, de pronto, me veo corriendo, tratando de escapar de la señora con instinto asesino.

Da zancadas tan largas que yo, con mi estatura, tengo que esforzarme para huir. En ese momento de pánico absoluto, veo a Mack carcajeándose desde un sector del huerto, burlándose de mi destino, mientras rodeo desesperado el perímetro de la casa principal de la finca.

—¿TE GUSTÓ EL CUADRO, LOGAN? —brama, como si me importara una mierda el cuadro, cartel, anuncio, lo que sea.

Tener hermanos es un purgatorio, pero que se joda Mack y sus ganas de burlarse. Ahora mismo me preocupa más salvar la vida, y si mamá quiere, que pegue esa mierda en cada poste que vea.

—¡VETE A LA MIERDA, MACK! —le grito sin dejar de correr.

¿Y yo soy el loco?

—¡LOOOOOOOOGAN PAAAAAAAAAAAARRISH!

Una cosa aprendí de niño: la ira de mi madre se mide por cuánto alarga la sílaba **PA** de nuestro apellido. Y según mis cálculos y los segundos que tarda en completar la pronunciación, estoy jodido, tan jodido que empiezo a pensar en alternativas para calmarla antes de que sea demasiado tarde.

—¡Puedo explicarlo, mamá! —intento defenderme.

—¡Te explicarás después de que te atrape, hijo de puta!

—¡No puede insultarse así!

—¡No puedo una mierda, ingrato!

Choco con Ashton, que sale de la casa sin mirar a los lados. En un abrir y cerrar de ojos recupero el equilibrio y vuelvo a correr, subo a mi camioneta y desaparezco de la finca.

Será mejor que desaparezca y le dé tiempo para calmarse.

Un hombre tiene que entender las batallas que puede librar y esta no tengo ninguna posibilidad de ganarla. Así que otra vez —como ocurre con demasiada frecuencia— salgo huyendo, sin mirar atrás.



CAPÍTULO 23

Serena

Serena

El secreto es ablandar el ego.

Veo a Rose Parrish acercándose a la inmobiliaria, ahora completamente limpia y ordenada. Los ventanales se instalaron la semana pasada y, después de eso, conseguí arreglarlo todo y volver a dormir aquí. Tal vez habría sido mejor haber tardado más.

Sigo a la entidad mientras se aproxima y el momento en que entra, de forma brusca y con pasos pesados, haciendo ruido a propósito.

No quiere estar aquí tanto como yo no quiero hablar con ella.

—¿A qué debo el placer de su presencia, señora Parrish? —me esfuerzo por ser educada.
Si la primera agresión verbal no parte de mí, no tendré culpa de limitarme a devolver las ofensas que profiera. En realidad, ella y mamá son quienes de verdad pelean. Nunca se dignó siquiera a discutir conmigo, como si su foco fuera otro distinto al de devorar niños mientras duermen.

—Seré muy directa, Gatsby.

—Por favor, no desperdicie mi tiempo, ni el suyo.

—Si no tuviera el apellido que tiene, hasta me agradaría usted. —¿Eso es un elogio?

Tengo serias dudas.

—Digo lo mismo, señora —respondo con respeto, sin demostrar emoción.

Lo que dijo camino al río permanece vívido en mi mente y me impide ser más cortés de lo necesario. En este momento, ese mínimo es mi máximo.

—No puedo permitir que gestione los inmuebles de la familia. Sé que Logan le dio esa tarea, pero para mí es imposible confiar en alguien a quien no conozco lo suficiente. No tiene nada que ver con usted en particular; es un problema mío, y el mayor de mis hijos lo sabe muy bien. Creo que la eligió para provocarme y vengarse de lo que lo hice prometer. No vea intenciones ocultas donde no las hay.

¿Me está diciendo sutilmente que no me ilusione por lo que él hizo?

Es el tipo de cosa que ni siquiera habría sido necesario exteriorizar.

—Él tiene el poder para gestionar todo y me cedió el mando. No voy a ver intenciones ocultas; no soy así, señora. Pero si hay algo que aprendí a hacer es luchar para sobresalir, y no voy a someterme a lo que me pide.

Cruzo las piernas, apoyo los codos en la mesa y entrelazo los dedos, mirándola con extrema atención.

—Necesita dar marcha atrás y rescindir el contrato.

—No puedo.

No puedo. Dependo de él para demostrarle a la gente que soy capaz de rehacerme y de que ese trasto de Jonah se aprovechó de mis contactos para montar una base sólida para la inmobiliaria que creamos juntos. Después me la arrebató con una jugada maestra que no vi venir, cegada por un sentimiento unilateral.

Confiar en los hombres es el mayor error que cometen las mujeres.

—¿No puede o no quiere?

—Ambas cosas, señora.

—¿Cuánto necesita para dejar a mi hijo en paz?

¡Qué prepotencia de mierda!

Me ofendería si no estuviera ya preparada para escuchar las mayores atrocidades del mundo cuando la matriarca de los Parrish está involucrada. La vi discutir con mamá durante toda mi infancia y adolescencia, y ambas siempre se enzarzaron en agresiones verbales que, sinceramente, ni siquiera parecían tener motivo. Nacían de la nada y morían en la nada.

—¿Cree que puede comprarme? ¿Cree que el dinero es todo lo que quiero?

Sus ojos se entrecierran. La mujer baja y de semblante adusto me observa, intentando ver algo. Arrastra una silla y se sienta, con las manos apoyadas en los muslos, manteniendo el ceño

fruncido, las cejas gruesas tensas y los ojos aún afilados. Sus mejillas prominentes están contraídas y la boca apretada, formando pequeñas arrugas sobre el labio superior.

Su evaluación no me incomoda; al contrario, me da igual. Ya tuve que lidiar con demasiadas miradas torcidas para bajar la cabeza.

Además, todo el mundo me juzga desde que llegué a Tusca, y creo que escuchar tanta basura me dejó curtida.

—Entonces, ¿qué la disuadiría?

—Nada. Solo estoy haciendo mi trabajo y créame cuando le digo que soy excelente en él. Se equivoca si cree que hablar conmigo resolvería algo. ¿Por qué no busca a su querido hijo? Él fue quien inició este lío, para empezar. —Le lanzo un guiño provocador al comprender lo ocurrido.— A menos que… ya lo haya intentado y haya decidido venir a presionarme, porque sabe que cuando Logan se mete algo en la cabeza, ni el cielo lograría hacerlo dar marcha atrás.

—¿Por qué Logan le daría tanto poder? Simplemente no tiene ningún sentido.

Está realmente preocupada por la respuesta a esa pregunta, cuando a mí podría importarme menos.

—¡Y yo qué sé! —Mi sinceridad hace que incline la cabeza, comprendiendo que no fui yo quien lo buscó para pedir un contrato.— En serio, Rose Parrish, no tengo idea de por qué apareció en la inmobiliaria pidiéndome que me hiciera cargo de sus propiedades. Pero una cosa sí puedo decir: soy la mejor opción para el trabajo y no tengo ningún interés en engañar a ninguno de ustedes, entre otras cosas porque alquilo una de sus propiedades, ¿no es así? —Señalo la inmobiliaria con una frialdad que incluso a mí me sorprende.— Así que, como estoy en una situación complicada y necesito volver al mercado con toda la fuerza, tenga la absoluta certeza de que haré lo posible y lo imposible para generar enormes ganancias y, en consecuencia, conseguir lo que quiero.

Mamá y su preocupación de que yo fuera maltratada por la matriarca de la familia enemiga no podrían estar más equivocadas; es la señora que tengo delante quien debería tener cuidado.

Me cansé de ser la buena, la educada, la que acepta todo con la boca cerrada. No. Ahora seré la Serena malvada, la que adora decir que no, cuyo foco es únicamente ganar.

—No permitiré nada de eso.

—¿No? Ah, sí que lo hará, porque soy excelente lanzando anzuelos.

—¿Podemos hacer una apuesta?

Sonrío sin que suene forzado.

—¿En qué me beneficiaría?

—Venderé y alquilaré la mitad de las propiedades en un plazo de seis meses y, si lo logro, me dejará a cargo de todas sus futuras adquisiciones y ventas.

—Es muy arrogante si cree que conseguirá semejante hazaña. Varios agentes fracasaron antes que usted; muchos hicieron promesas muy parecidas y no lograron cumplirlas.

—¿Duda de que sea capaz?

—¡Claro que lo dudo!

—¿Tengo su palabra de que, si lo consigo, no tendré que preocuparme por ser descartada por pertenecer a la familia rival? —Tarda en responder y aprovecho para mantener la ventaja, continuando de inmediato, sin darle tiempo a pensar demasiado.— Es tomarlo o dejarlo. No tiene nada que perder.

—¿Y confía en que cumpliré mi palabra?

Desde que inicié este movimiento arriesgado, esperé que hiciera esa pregunta.

—Es una mujer de palabra. Todos en su familia lo son, así que sí, confío.

Casi sonríe.

Casi.

Se da cuenta a tiempo y vuelve a tensar los rasgos.

—Sé lo que intenta hacer y puedo garantizarle que no funcionará conmigo, niña. —El tono astuto, cruel e implacable con el que entró en la inmobiliaria da paso a algo curioso e interesado.

Si hay algo que trabajar en el sector inmobiliario me dio fue experiencia para tratar con las personas más reticentes del mundo, y, caramba, ella puede considerarse una de ellas.

—¿Y qué sería? —sueno tan tonta.

Qué asco.

—Está tratando con alguien varias décadas mayor que usted.

—¿En serio? No lo parece; usted irradia juventud.

Esta vez la sonrisa le brota sin control. Punto para mí.

—¿Lo cree? —dice, toda coqueta.

Vaya, si hubiera sabido que bastaba con decir eso, lo habría hecho mucho antes.

—¡Por supuesto! Y si no es muy invasivo, quisiera el contacto de su dermatólogo y quizá del —me inclino con la mano junto a la boca, en confidencia— su cirujano plástico. Gastaría el dinero que no tengo para envejecer así.

Soy la peor persona del mundo, porque la forma en que me mira deja claro que esta batalla acaba de ser ganada… por mí.

Observo a la señora del vestido azul, lleno de rosas rojas, sencillo y de falda amplia, darse cuenta del cambio en sus propias acciones. Incluso parece… orgullosa, algo que definitivamente no esperaba.

—Creo que podemos hacer la apuesta. Sé que perderá de cualquier modo. Así que, si falla, quiero que se vaya de la ciudad y se establezca en cualquier otro lugar. ¿Puede hacerlo?

—Claro que sí. La cuestión es que no voy a perder.

Tras mis palabras, como si el espíritu de la mujer que vive conmigo indicara que está de acuerdo, un sonido extraño —que parece un no susurrado— resuena por las paredes y llega a nuestros oídos. No soy la única en escucharlo; lo noto por el semblante lívido de Rose, que se levanta de golpe, con los ojos tan abiertos como los de un pez.

Es divertido verla aterrorizada de ese modo.

—¿Qué fue eso?

—Debe de ser mi compañera de piso queriendo dar su opinión; puede ignorarla.

—¿Compañera de piso? Aquí apenas cabe una persona y, si mal no recuerdo, comentaron que vivía sola.

—No es una presencia física. Solo ronda por aquí y por allá.

—Quiere decir…

—Un fantasma. Nunca la vi, pero esos sonidos son extraños, ¿no? Elegí no tenerle miedo y parece que eso la dejó contenta y dispuesta a interactuar —digo con total naturalidad.— Sam comentó que una mujer murió de forma horrible aquí y puedo entender por qué no logra irse. Su asesino aún no ha sido capturado.

—¿Cree en eso? —La voz de la Parrish me lleva a responder con seriedad:
—¿No lo oyó con sus propios oídos? —Sin dejar que el tema se desvíe demasiado del original, confirmo—: respecto a la apuesta, ¿queda cerrada?

—Sí. No me dejó alternativa.

—Qué bien, ¡será increíble poder traerle mucho dinero!

Aún aterrorizada, da unos pasos atrás, alejándose y mirando a su alrededor en busca de alguna confirmación visual de lo que oyó. Yo ya escuché tantas cosas que, sinceramente, ni me afecta. Ni siquiera creo que sea algo sobrenatural; podría tratarse del sonido de los materiales de construcción contrayéndose y expandiéndose por la temperatura.

—Si tiene alguna otra duda, solo pregunte —comento, consciente de que quiere irse cuanto antes.

Rose Parrish es supersticiosa y extremadamente miedosa en lo que respecta a un mundo que nadie sabe si realmente existe. No la juzgo; mamá es igual.

—No, no hay nada más —balbucea.

—Está bien. Pero si necesita algo, estaré aquí.

Mi sonrisa es honesta esta vez.

—Serena… —empieza a decir al llegar a la puerta y posar la mano en el picaporte.

—Sí, señora Parrish.

Creo que va a amenazarme al percibir la manipulación, pero me sorprende al decir:

—Aquello que dije mientras íbamos camino al río no es verdad. Fui muy cruel; no escuche lo que diga una vieja gruñona como yo. Nada de lo que le pasó es culpa suya y yo, como mujer, debería tenderle la mano y ser la primera en ayudarla, no empeorar su situación juzgando algo que no viví y cuya verdad desconozco. En fin, pensé mucho en el asunto, sobre todo porque tengo a Mack. Si lo mismo le ocurriera a ella y la gente hiciera lo que yo hice, los mataría uno por uno. Menos mal que su madre no se enteró o, con seguridad, estaría perdida. —Al final, esboza una sonrisa dolorida y cargada de culpa.

—¿Usted sabía que yo…?

Me interrumpe con un gesto tranquilo.

—¿Si sabía que se escondió en un matorral? Claro que sí, niña, ¿cree que nací ayer? La vi en cuanto hicimos la primera curva.

Y sin decir nada más, se va.



CAPÍTULO 24

Logan

Logan

¡Estoy a punto de ser vendido, como una pieza en la carnicería!

—Ya lo he arreglado con ella —escucho la voz de mamá al entrar en casa, sosteniendo uno de sus famosos abanicos.

Solo los usa cuando está muy nerviosa. La mayoría de las veces, suele arreárselos a quien tenga delante.

—No tengo ni idea de qué estás hablando.

—Serena Gatsby.

Que diga ese nombre con tanta naturalidad me provoca extrañeza. ¿Y qué demonios ha arreglado con esa mujer? Hasta me da miedo preguntar, porque sea lo que sea, menos mal que fue la diablesa la que se estresó, no yo.

—¿No vas a preguntarme de qué hablamos? —insiste mamá al no escuchar ni una palabra de mi parte.

Tomo una de las botellas de jugo del refrigerador y, en cuanto sirvo el contenido en un vaso, me arrepiento. No es jugo, es té. Los malditos tés de ese demonio que insiste en aparecer en mi cabeza varias veces al día.

—Mierda —mascullo.

—¿Por qué tu jugo parece té?

—Le estoy jugando una broma a Graham para que deje de invadir mi casa y saquear mi cocina. —No es mentira, pero tampoco verdad.

—Sí, tiene sentido. Ese chico es un glotón, se come todo lo que ve.

—Sobre preguntar o no, da igual, igual me lo vas a decir aunque no pregunte.

—Sí… tuve que ir hasta allí para arreglar el lío que armaste. ¿Desde cuándo se ha visto que una Gatsby cuide de nuestras propiedades? ¡Solo puedes haberte vuelto loco!

—¿Y lo conseguiste?

Por la forma en que mamá resopla y agita el abanico con rabia, no. Lo cual no sorprende en absoluto.

—Esa chica… esa chica… —hace una pausa, creo que para contener la ira— tuvo la audacia de hacer una apuesta conmigo. Y afirmó con vehemencia que no va a soltar el negocio.

Una punzada de orgullo se apodera de mi pecho. Mantener la cabeza en alto y todavía pensar en un contraataque frente a alguien como mi madre es para muy pocos. Mucha gente jamás haría lo que Serena hizo; mucha gente que se dice amiga de Rose.

—Si no quedamos conformes con los servicios prestados, buscamos otro corredor.

—El problema es que mi hijo no debería haber tomado una decisión tan grande sin consultarme antes. ¡Traicionaste mi confianza, Logan! ¿Y ahora cómo voy a dormir tranquila, sabiendo que alguien que nació de mí es capaz de clavarme un cuchillo en el corazón y girarlo sin sentir el menor remordimiento? —Su voz llorosa vale menos que una mala hierba.

—Tu actuación mejora cada día.

—¡Voy a actuar dándote una bofetada, muchacho irresponsable!

Sonrío.

—Mamá, dijiste que ya lo resolviste, ¿podemos esperar y ver qué pasa? No sirve de nada ponerse nerviosa antes de tiempo.

Golpea la mesa con el abanico. Antes en ella que en mí.

—¿No te importo? ¿Y si muero de disgusto?

—Te quedan por lo menos setenta años por delante, tranquila. Jamás morirías antes de casar a todo el mundo; incluso hay quien dice que hiciste un trato con el de abajo —señalo al suelo — solo para librarte de los tres hijos y del sobrino.

—Ya que tocaste el tema, me acordé de algo importante…

Mierda, debí haberme quedado callado.

—No.

—Ni siquiera sabes qué iba a decir.

—Pero sé que no me va a gustar.

—Me importa una mierda si te gusta o no. El evento caza-maridos va a celebrarse este fin de semana; preséntate o imprimiré

mil copias de aquel anuncio que viste para pegarlas desde aquí hasta las fronteras, pasándome por el culo tus quejas.

—¡Mamá!

—Así es, Logan. ¿No te parece divertido usar a Serena Gatsby para atacarme? Pues bien, yo también sé jugar a este juego.

—No puedo participar, voy a viajar con ella para mostrarle las propiedades.

—Antes vas a elegir esposa, o no me llamo Rose Parrish.

—Si me presionas, fingiré que olvidé la promesa.

—Ah, no lo harás, porque en menos de dos meses tienes que estar casado y no hay discusión al respecto.

—Solo no prometí que elegiría esposa en ese evento decadente que organizas.

—Eso está por verse. Esta vez me aseguré de que el número de inscritas sea descomunal.

—¿Cuántas?

—Espera y verás, hijo.



Tiro a la basura todo el té que hay en casa.

Me niego a alimentar la esperanza de dormir, sobre todo cuando mi propia madre está dispuesta a lanzarme a la hoguera.

¿Qué habré hecho en vidas pasadas para merecer esta mierda?

Tomo las llaves de la camioneta y desisto de quedarme en casa. En lugar de conducir hacia el centro de Tusca, tomo una de las carreteras y parto hacia otra ciudad, decidido a no encontrarme con nadie conocido.

Cansa tener que hablar, socializar y estar bien todo el tiempo.

Me detengo en Lake View, que aún forma parte del condado de Tuscaloosa, pero lo bastante lejos como para respirar y simplemente… no hacer nada. Estaciono en uno de los puntos para contemplar el Ski Lake y allí me quedo. La tarde se estira, atrapando el tiempo entre sus dedos, haciéndolo pasar deprisa como si alguna entidad lo arrastrara. El sol se derrama sobre la superficie del agua, mientras parte de ella refleja los árboles que bordean sus orillas.

Entiendo a Graham por preferir quedarse a la orilla del río pescando, en lugar de lidiar con personas.

Recuerdo como si fuera hoy cuando murieron sus padres, los dos a la vez, de manera repentina y triste. Mi primo tenía doce años. La misma edad que yo cuando perdí a mi padre. Imagino lo difícil que debió de ser para él ver a ambos marcharse en un trágico accidente de coche, sin ningún tipo de preparación. Es un dolor inexplicable, del que intentamos recuperarnos durante años; un dolor que jamás se va.

Pero ¿qué podemos hacer?

Es la vida.

Como todo el mundo dice.

Y pensando en ello, me quedo horas frente al lago, sentado en la hierba, observando a la gente divertirse con los deportes acuáticos. Apoyo los brazos en las rodillas flexionadas y me recuesto contra uno de los árboles.

Mi sombrero nuevo no me da el mismo consuelo que el antiguo.

Me lo quito de la cabeza, consciente de que no es el origen de mi incomodidad, ni tampoco el tener que interactuar. La desesperación se aferra a mi corazón, porque hay otra cosa que me roba la calma, y eso no puedo controlarlo por más que lo intente. Y tampoco sirve alejarme; no ayuda en nada, solo me angustia más.

Desisto de buscar formas de huir y regreso a Tuscaloosa, a tiempo de ver la ciudad ligeramente agitada por un evento de barbacoa que estamos albergando. Recuerdo que mamá habló del tema hace unos días; sin embargo, mi mente convulsa decidió ignorar la información.

Estaciono en el primer lugar que encuentro, un poco alejado del bullicio.

Veo que todos están aquí, incluidos los estudiantes de la universidad. Rara vez festejan en Tusca, porque es tranquila y prefieren ir a lugares más animados, como Birmingham, por ejemplo.

—Logan, querido, tu madre nos dijo que hoy no vendrías para prepararte para el evento —comenta uno de los vecinos, dándome palmadas efusivas en la espalda.

—Le gusta causar incomodidad a sus hijos.

—Menos mal que el problema es tuyo y no mío. He oído que las mujeres están muy ansiosas, ya que la señora Parrish aseguró que va a elegir una novia.

—Nunca vi a alguien tan ansiosa por preparar el matrimonio del hijo. Mamá y esa obsesión.

—¿Sabes qué es lo más raro? Invitó a Serena Gatsby. Créeme, es verdad; mi hermana estaba en la cafetería cuando tu madre lo hizo. Dijo que todo el mundo se quedó en shock con esa interacción entre las dos. ¡Ni siquiera intentaron matarse! Lo cual, de por sí, ya es jodidamente extraño.

Eso no me lo esperaba.

—¿Qué…? —empiezo a preguntar, pero olvido lo que iba a decir.

Diviso a Serena a lo lejos, con vaqueros, botas texanas y una camisa de franela roja con rayas negras. Hacía mucho tiempo que no la veía así.

Pensé que siempre se vestiría como una corredora de éxito, con tacones, faldas ajustadas y joyas, sin saber que está aún más hermosa cuando no lleva nada de eso.

La mayor belleza de Serena es lo que la gente no puede ver; es lo que entrega sin que se lo pidan; es lo que hizo después de escuchar que no consigo dormir.

Chasqueo la lengua.

Debí quedarme más tiempo en Lake View. Porque la confusión no pasó, y mucho menos la sensación de que nado contra una corriente demasiado fuerte para vencer.

—Solo un momento, por favor, necesito hablar con alguien —le pido a la persona, alejándome deprisa.

En cuanto me acerco a ella, consigo respirar de nuevo y aspiro el aire, llenando mis pulmones con el aroma de su champú.

—¿Qué es esta historia de que vas al evento de mi madre?

Serena se encoge de hombros, sin girarse. Sus ojos están fijos en algunos juegos que montaron para el evento.

—Me invitó personalmente y, después de lo que hablamos sobre los inmuebles, pensé que era mejor no ir contra la voluntad de la matriarca. ¿Puedes culparme? —Esta vez, cuando se gira, veo un destello de determinación oscurecer el castaño de sus ojos, con forma de almendra.

—¿La llevaste al límite?

—No tienes idea… creí que de tanto apretar iba a estallar. Preferí no provocar fricciones con la fiesta. Quiere demostrar algo; solo que aún no sé qué.

—Sí. Por eso me resulta un tanto curioso que te haya invitado.

—Evita pensar en ello. No voy a aterrorizarte allí.

—Es culpa tuya, ¿sabes? Desde que volviste a la ciudad, pusiste mi vida patas arriba.

—¿Culpa mía? —esa maldita carcajada—. Deja de buscar culpables, Logan, cuando todo se resume a ti. No fui yo quien prometió casarse.

—No habría hecho la promesa si no hubiera tenido que quedarme con la tienda.

—¿Y cuál fue la razón para ayudarme? No tenías obligación de hacerlo. Así que no me culpes por la elección que hiciste en el calor del momento.

—Serena, si pudiera, te estrangularía con mis propias manos. Eres una terrorista y te diviertes con mi desgracia.

—Ah, querido, todavía no me estoy divirtiendo. Lo dejaré para mañana, que es cuando las cosas buenas realmente suceden.

—¿Vas solo para burlarte de mí?

—¿Y cuál es el problema?

—No harías algo tan cruel y malvado; no va contigo.

—¿De verdad que no? —replica con astucia—. Y sobre el sueño, ¿mejoró? Usé todo lo que encontré y no creo que los medicamentos controlados te hicieran bien. ¿Puedo ser sincera, Logan?

—¿Desde cuándo pides permiso para tus famosos sincericidios?

—Tu insomnio es psicológico. No hay medicamento, té ni calmante capaz de apagarte de verdad por eso. Mientras no afrontes el origen del problema, no podrás tratar sus síntomas.

Frunzo el ceño.

Ya le había dicho eso. Hace tanto tiempo que parece haber ocurrido en otra vida.

—¿Usando mis palabras contra mí?

—¿Te acuerdas? —suena sorprendida.

Lo que me sorprende es que no tenga ni puta idea de que recuerdo tantas cosas que me asfixian.

—Ojalá no recordara.

Una sombra de identificación aparece cuando entiende.

Serena entreabre los labios y, por un instante, logro la proeza de dejarla sin palabras, sin pensamientos coherentes. Lo más gracioso es que sé exactamente lo que hará, solo por la forma en que alza las cejas, luego las frunce, presiona los labios y parpadea varias veces.

Va a huir, lo más rápido posible.

—Con tu permiso, Logan, necesito probar una de las hamburguesas. O, si seguimos así —se inclina y toma mi brazo derecho, solo para susurrarme al oído—, la gente podría creer que nos gustamos. Sería terrible, ¿no crees?

Su risa resuena a mi alrededor, incluso entre las voces exaltadas y los cantantes contratados para animar el evento. Yo solo escucho su risa, cuando no debería oír nada más que el alboroto.

Serena empieza a alejarse; sin embargo, soy arrastrado como por la gravedad, que me obliga a no dejar que se vaya así, no antes de decirle:

—Dormí cuando estaba contigo. La noche de la tormenta, Serena. Aquella noche dormí. Fueron siete horas de sueño ininterrumpido, sin necesitar nada más que estar a tu lado.

Se detiene; veo cómo se tensan sus hombros.

Y, pocos segundos después, desaparece.

Serena

Camino medio aturdida entre los puestos, después de escuchar lo que dijo.

Logan durmió… conmigo. Realmente durmió. Me dijo que no podía pegar ojo y, a mi lado, no solo lo hizo, sino que consiguió siete horas ininterrumpidas.

¿Qué significa eso?

¿Y por qué mi corazón late tan rápido que parece a punto de saltar una valla imaginaria en cualquier momento?

¡Maldita vida bandida!

Juré que no dejaría que Logan volviera a afectarme cuando decidí regresar a Tuscaloosa, y aquí estoy, hecha polvo, dejándome llevar por la sensación cálida de sentirme especial.

Me detengo y giro sobre los talones, mirando atrás al darme cuenta de que me he alejado lo suficiente como para no verlo ya. Por unos segundos, considero volver solo para preguntarle cómo se sintió al dormir en mi compañía. Lamentablemente, después de dudar mucho, lo busco y ya no lo encuentro.



CAPÍTULO 25

Serena

Serena

Juegos Mortales versión casamentera. Hay quienes dicen que son mucho más crueles.

¿Qué estoy haciendo aquí? Es lo primero que me pasa por la cabeza.

En serio, es masoquismo. No existe nadie tan idiota como yo, presenciando el desfile de mujeres en el evento más calamitoso de

todo el estado de Alabama. Peor aún es ver la pancarta de pésimo gusto que produjeron para la ocasión.

«¡VEN A SER LA EMPERATRIZ DE ALABAMA! ¡VACANTES ABIERTAS, CUALQUIERA PUEDE POSTULARSE!»

Parece un concurso de talentos.

Un espectáculo de horror.

—No pensé que estuviera dispuesta a tanto. Por eso mi hermano no quiere aparecer. Pobrecito. Creo que preferiría morir por la maldita maldición antes que pasar por esta mierda —comenta Mack como si fuéramos mejores amigas, en un tono íntimo y relajado—. Graham y Logan deben de estar lo más lejos posible, con miedo de que al final les toque a ellos.

—Los más listos.

—Verdad —ríe, de acuerdo—. Conociendo a mamá, seguro está furiosa por el retraso de Logan… Apuesto a que preparó una entrada triunfal.

—Tal vez no venga —digo.

—No, creo que sí viene. Cuando Logan hace una promesa, no se echa atrás. Es un defecto de nuestra familia. Pero eso tú ya debes saberlo.

Miro a Mack y ella me observa como si supiera algo.

—¿Qué quieres decir, Mack?

—Nada. —Un camarero pasa junto a nosotras y ella toma una botella de agua—. Odio beber alcohol en estos eventos, no quiero perderme la diversión. Me gusta estar bien lúcida para chantajear a mis hermanos y a mi primo. —Se me escapa una risa—. Es en serio, Serena, no te imaginas las armas que consigo solo por aparecer aquí. Por suerte, la maldición es solo de los miembros masculinos. Creo que nuestros antepasados quisieron cobrarse todo lo que sufrimos antes y decidieron perdonar a las mujeres.

—La maldición… —divago.

—Si no creyera de verdad en esa tontería, mamá jamás lo expondría al ridículo. Al menos quiero pensar así.

—A tu madre le gusta el desmadre, le da igual el motivo.

—Sí, puede ser —dice al ver llegar a la matriarca en una camioneta, agitando la bandera del estado de Alabama, con una banda en la cabeza que tiene las mismas palabras que la de la entrada del evento:

QUINTO PEGA MARIDO PARRISH

Los cuatro anteriores no funcionaron; me pregunto qué hace creer a Rose que este sí lo hará. ¿Solo por la promesa de Logan? Él puede escapar usando la excusa de que prometió casarse, pero no que elegiría esposa aquí. Entonces, ¿qué quiere esa mujer con todo este espectáculo?

Puede ser algo que nadie logra ver, oculto entre sus falsas intenciones. Rose no es tan ingenua como parece; en realidad, es astuta y podría olfatear una mentira a kilómetros de distancia.

—¿Y qué hay para comer? Si hay palomitas, mejor aún —exhalo un entusiasmo que está muy lejos de lo que siento.

—¿Puedes creer que sí hay? Mamá contrató a la gente del cine. Creo que deberíamos asegurar las nuestras, ¡porque esta noche promete grandes aventuras!

¿Para quién?

—Tu hermano no piensa lo mismo que tú —murmuro al ver llegar a Logan, claramente a regañadientes.

Preferiría estar en cualquier otro lugar menos aquí, tan expuesto y obligado a conocer a decenas de mujeres al mismo tiempo. O tal vez me equivoque, pienso al ver la sonrisa amplia que se le dibuja cuando estaciona cerca de donde estamos su hermana y yo.

Logan no mira en nuestra dirección antes de dirigirse a las carpas perfectamente dispuestas, llenas de personas ansiosas por llamar su atención.

—Logan es así, intenta no hacer de esto algo grande. Sabes que si pelea y aparenta enojo, será peor. Es educado con la gente que se dispuso a venir, por más que sea una pérdida de tiempo. Finge que no le importa, pero en el fondo es muy empático. Mucho más que Ashton, que Graham o que yo.

—¿Por qué me dices eso, Mack?

—No sé, simplemente me gusta hablar contigo. No me adulas como la mitad de la ciudad.

Asiento con la cabeza, entendiendo por qué la mayoría de ellos gravita a mi alrededor. Con Graham fue lo mismo. Fui al río hace unos días, solo para observar la corriente, explorando lugares por los que nunca había pasado. Cuál no sería mi sorpresa al girarme y ver al otro Parrish con las manos detrás de la espalda, sonriendo. Aún recuerdo aquella conversación extraña:

—¿Qué tal, Sese?

—Graham, ¿cómo estás?

—Muy bien. ¿Qué se siente estar de vuelta en nuestra querida ciudad de Tusca?

—Mmm, normal, supongo.

—Me alegra. Espero que mis familiares no te estén complicando las cosas. —Me evalúa con claridad.

—No, nada de eso. Y Graham…

—Dime.

—¿Por qué siempre estás pescando? Skylar dijo que nunca te ha visto sin cargar cañas de pescar por la ciudad.

—Es simple… los peces no hablan. Me gusta el silencio.

—Creo que la pesca es bastante cruel, pero es solo mi opinión.

—¿Cruel?

—Ponemos un anzuelo con cebo y esperamos sacar a un pez de su hábitat. Míralo desde este punto de vista: nosotros somos los peces, viviendo nuestra vida normalmente, y de repente alguien nos agita delante algo que queremos mucho solo para atraparnos, sacarnos de nuestro entorno y convertirnos en comida. Es crueldad, ¿no te parece?

—Dicho así, lo es. Por eso no pesco nada.

—¿Cómo que no pescas nada?

Se mueve con calma hasta la caña clavada en la hierba y, cuando tira del carrete, veo que no hay nada más que la línea y el flotador.

—No uso anzuelo, ni cebo. Solo me invento una excusa para estar aquí tranquilo. Luego compro un pescado en el mercado de la otra ciudad y vuelvo a casa fingiendo que fui yo.

—Qué falso mentiroso.

—Si tuvieras que lidiar con mi tía y con la cantidad absurda de gente metiéndose en tu vida, también inventarías pasatiempos solo para estar en paz, créeme.

—No tienes que explicarte, Graham, sé a qué te refieres.

—Imagino que sí. He oído lo que dicen en la ciudad, Serena, y no te dejes llevar por lo que piensen los demás. Eres la única que sabe por lo que pasó y nadie tiene derecho a juzgarte.

—Gracias. Eso fue extremadamente…

—¿Dulce, conmovedor, amable? De nada.

Contemplo a Graham, notando que, de todos los Parrish, es el que tiene el semblante más tranquilo, con una apariencia de cansancio crónico, de quien ya se acostumbró a los problemas. Sus ojos castaños oscuros, distintos a los de los demás; el cabello negro y liso; la forma algo cuadrada con la que se armonizan sus rasgos… todo en él va a contracorriente de los Parrish y, aun así, sigue siendo evidente que forma parte de la famosa dinastía de Alabama.

—Tengo que irme, hasta luego.

—Creo que nos veremos mucho, Sese.

—¿Cómo así?

—Tuscaloosa no es tan grande y tu familia vive al lado de la nuestra. ¿Qué pensaste que sería?

Finjo no entender y me alejo rápido.

La idea de que otro de ellos vea a través de mí es jodidamente angustiante.

—Entonces yo soy la calma para ustedes.

—¿Ustedes? —pregunta Mack, dudosa, justo cuando vemos un mar de mujeres rodear a Logan y volverlo indistinguible—. Joder, mira eso, ahora sí que está jodido para salir de ahí.

Veo a madres intentando empujar a sus hijas hacia el centro del caos y, con eso, consiguen derribar una carpa, que se desploma sobre sus cabezas. La mayoría reacciona de forma desesperada, ansiosa por sacar tajada del primogénito. Veo mujeres quedarse desnudas —sí, desnudas— porque otras les arrancan la ropa en la agitación, sin siquiera darse cuenta de lo que hacen.

Esto no es un evento, es un juego mortal.

—¡Oh, santo Dios! —susurro, llevándome la mano a la boca.

—Mejor ir por las palomitas cuanto antes. —Mack me toma de la mano y me arrastra entre la multitud, que ahora se agolpa para ayudar a las mujeres a las que les rompieron la ropa—. No te preocupes tanto, ¿no viste que lo hicieron a propósito para llamar la atención? En el último evento pasó lo mismo. El colmo fue cuando Logan se quitó la camisa para cubrir el cuerpo de una de ellas y la mujer se pasó la noche siguiéndolo, diciendo que habían tenido una conexión.

—Tu madre es terrible, ¿cómo permite algo así? ¡Parece que estamos en guerra!

—Y lo estamos, Sese —¿hasta ella me llama así?—. ¿No ves que cualquiera de ellas haría lo imposible por casarse con un Parrish? ¿Con el mayor, además? Mejor ni pensar en lo que se les pasa por la cabeza. Probablemente cifras y más cifras, tierras, plantaciones de algodón, mansiones y cientos de cosas por el estilo.

—Ahí está el problema, no tiene sentido que Rose empuje a su hermano hacia personas así. Él no es un objeto para vender —gruño, concentrada en el movimiento, sin notar lo irritada que empiezo a ponerme.

—Pienso lo mismo —dice ella, volviéndose hacia el tumulto.

Mis ojos no abandonan el lugar, que de forma increíble se vuelve aún más caótico, con un torbellino de gente sacudiendo las carpas.

No veo a Rose Parrish por ningún lado cercano y me imagino que está en alguna de las instalaciones de la finca, riéndose como el demonio que es.

Me llevo dos dedos a la boca.

Tomo aire desde el fondo de los pulmones y lo suelto, formando un silbido tan potente que resuena por el espacio abierto, sobresale entre las conversaciones exaltadas y deja paralizados a los músicos, sin saber qué hacer. *Sweet Home Alabama* se detiene en el estribillo, mientras todos interrumpen lo que estaban haciendo.

El silencio cae sobre la fiesta.

—¡NO SE MATEN, POR EL AMOR DE DIOS! —grito, rodeándome la boca con las manos para amplificar la voz—. ¡GRACIAS POR LA ATENCIÓN Y SIGAN DIVIRTIÉNDOSE…, PERO SIN MATARSE!

Ni siquiera sé por qué hice eso.

—Pues funcionó. Bonito silbido, por cierto —elogia Mack.

Entre el mar de mujeres que se abre, como algo bíblico —sin ofender a ninguna religión ni nada—, me encuentro con un Logan escéptico, incrédulo y, sin embargo, agradecido. Ya está sin

sombrero, el cabello más despeinado que un nido de pájaros y todo el rostro manchado de marcas de lápiz labial. Tal vez no haya sufrido tanto como quiere aparentar, pero el alivio es clarísimo en su expresión.

«De nada», formo en silencio con los labios.

Parrish no responde, ni hace falta, cuando vuelve a prestar atención a algunas mujeres que conversan con él, ya sin aquella locura peligrosa de minutos atrás.

Noto su educación, incluso mientras se rasca la nuca, claramente incómodo, acorralado por la cantidad de personas interesadas. No por quien es de verdad, sino por el apellido que lleva. Sería más rápido si Rose lo arrojara directamente a la fosa de los leones. Al menos lo devorarían rápido, no lentamente como estas mujeres.

Para poner orden en el caos, el locutor sube al escenario improvisado.

—Señoras y señores, declaramos oficialmente abierto el quinto evento "Pega Marido" Parrish. Hemos preparado varias actividades interesantes, incluidos juegos de conocimiento general sobre Logan, con la participación de Rose, quien amablemente nos proporcionó la información.

Con razón estaba desaparecida, pienso al clavar la mirada en el rostro de la vieja taimada mientras sube al escenario, luciendo un vestido brillante de fiesta.

—De verdad está dispuesta a casar a su hermano, cueste lo que cueste.

—No has visto nada. Creo que lo casaría hasta contigo si fuera una opción.

Miro a Mack, indignada.

—¿Te volviste loca?

—Es en serio, ese es el nivel de desesperación. En fin, voy a buscar las palomitas. —Doy un paso para acompañarla y Mack me

detiene—. No, quédate aquí para contarme qué pasó cuando vuelva. ¡No puedo perderme ni un detalle! —dice, y sale corriendo, esquivando a los camareros y al personal tras bambalinas.

Arrastro una silla y me siento lo más lejos posible de la zona del escenario, donde varias personas fueron acomodadas bajo las carpas —que el equipo vuelve a montar en tiempo récord— y al menos un par de cientos de mujeres están perfectamente alineadas, con carteles de opciones: A, B, C, D.

Suelto una risa, con la delicadeza de cubrirme la boca para que nadie la note.

Esto es demasiado vergonzoso, joder. Al mismo tiempo que siento pena por Logan por verse obligado a pasar por una mierda así, me divierto muchísimo. Ni recuerdo cuándo fue la última vez que me reí tanto.

—Primera pregunta… —empieza el locutor— ¿cuál es el color favorito de nuestro futuro novio?

Nuestro futuro novio… eso me hace reír aún más y perder el aliento cuando veo a un Logan furioso ser empujado al escenario, obligado a quedarse allí como una estatua mientras es bombardeado por miradas codiciosas.

Noto su nerviosismo por la forma en que cambia el peso de una pierna a otra y mira al cielo en lugar de enfrentar a cada persona que intenta hacer contacto visual.

No quisiera estar en su lugar ni de coña.

—¡Verde! —grita alguien.

—¡Amarillo! —vocifera otra.

Y una a una van diciendo colores que no tienen nada que ver con su personalidad, y aunque no quisiera saber la respuesta, la sé. El color favorito de Logan es el marrón. Porque ama la tierra pegada a sus botas cuando corre por los caminos o pisa charcos de barro.

—¿A qué edad empezó la universidad?

Diecisiete años.

Siempre fue uno de los mejores alumnos de la escuela y entró sin la menor dificultad.

—¿Qué carrera eligió?

Administración, pero sé que después también se especializó en ciencias contables y gestión financiera.

—¿Cómo le gusta pasar su tiempo libre?

Leyendo y bebiendo whisky. A veces ve programas de supervivencia, porque le encanta que la gente intente enseñar eso por televisión. La verdad es que nadie va a acordarse de una mierda si se pierde en un bosque remoto en algún rincón de Malasia. O en Alaska, en Tongass, y mucho menos en el Himalaya. Según él, eso solo pasaría si el avión se estrellara y, en ese caso, sobrevivir al impacto ya sería casi imposible.

«No tiene el menor sentido, ¿qué estaría haciendo yo en Tongass, Sese? ¿Por voluntad propia? Como: ah, déjame entrar en este bosque remoto para lidiar con animales aterradores y poner a prueba mis habilidades de supervivencia. ¿Te imaginas un escenario así?».

—¿Su libro favorito?

1984.

—¿Cuál es su verdadero miedo?

Las inyecciones. Parece una broma, pero es la más pura verdad.

Y siguen las preguntas, que de manera alarmante sé responder sin pensarlo demasiado.

No fallo ninguna, porque el pobre tiene que responder cuando nadie acierta. Y en uno de esos momentos, Logan me mira, frunciendo el ceño e intentando descifrar qué pienso. Se distrae cuando el locutor vuelve a llamar la atención.

Miro alrededor y busco a Mack, que todavía no ha vuelto con las malditas palomitas. Veo a una mujer sentada también, lejos de la

conmoción. Parece divertirse tanto como yo. Lo cual es un error, porque no debería gustarme estar aquí.

Tengo que alejarme.

La necesidad de irme es tan grande que me levanto rápido y camino entre los empleados, internándome en las instalaciones de la finca, hasta encontrar uno de los galpones desactivados. Lleva así mucho tiempo, pero aún está limpio, ya que Rose tiene una manía obsesiva con la limpieza y ningún lugar escapa a su evaluación minuciosa.

Entro y subo la escalera que lleva al altillo, donde se almacenaban insumos, y me siento allí, con las piernas colgando en la oscuridad. Por la rendija que dejé abierta del portón de madera, entra una luz fina que ilumina solo una pequeña parte del lugar.

Reviso el móvil mientras la fiesta continúa afuera. Puedo oír la música y al locutor, que sigue animado.

Tal vez debería irme.

Sin embargo, algo en mí se resiste y permanezco sentada un rato más, hasta que veo abrirse la puerta del galpón y una voz baja resonar:

—¿Serena? ¿Estás ahí?

¿Qué quiere ese hombre?

¿Por qué no se divierte con las cientos de mujeres interesadas en él?

Decido no responder. Recojo las piernas y me hago un ovillo en la parte superior, donde Logan no puede verme.

—Te vi entrar.

No sé cómo.

Sigo en silencio.

—¡A la mierda! —oigo su gruñido y luego la puerta cerrándose—. No voy a volver a ese infierno. ¿Puedes creer que

intentaron contar absolutamente todo sobre mí? —Su tono incrédulo me hace reír.

Por desgracia, el sonido delata mi ubicación.

—Así que estás aquí de verdad. Voy a subir.

Y sin aviso, escucho el sonido de sus botas acercándose, acorralándome mentalmente.

—Vete.

—No, ahora estás en la finca de mi familia. No puedes echarme. Y ¿sabes qué es curioso, Serena? —sube la escalera, cuya madera cruje a cada paso—. ¿Lo sabes? —me incita.

—No —murmuro.

—Respondiste todas las preguntas porque, antes de que esta mierda de fiesta ocurriera, me conociste mejor que nadie. Por eso te vi mover los labios, sabiendo todas las respuestas. ¿No te parece extraño recordar cosas así? A mí sí, después de lo que pasó.

—¿Me seguiste solo para confrontarme? Eran preguntas idiotas, ¿y qué si sabía responderlas?

—Ni siquiera intentaste defenderte —continúa, con la voz cada vez más alta a cada escalón—. ¿Qué significa eso?

—Que no voy a mentir, es obvio.

—Bien. Entonces, ya que tú no vas a mentir, yo tampoco lo haré.



CAPÍTULO 26

Logan

Logan

Y así ocurre mi caída... otra vez.

—¿Mentir sobre qué? —En la oscuridad no logro verla, pero sí sentirla.

El calor de Serena, incluso a la distancia, es como la luz de un faro en alta mar, guiándome hasta donde está.

—Sobre lo que pensé mientras te veía responder las preguntas.

—No quiero saber lo que pasó por tu cabeza perturbada.

—¿Estás segura?

Finalmente llego a lo alto de la escalera y veo a la mujer sentada no muy lejos, aprovechando la oscuridad que la envuelve en un manto de protección.

Camino hasta la figura oculta y me siento a su lado. Durante unos minutos, dejo que el silencio nos arrulle.

—No pierdas tu tiempo conmigo.

—Al contrario, lo aprovecho cuando estoy contigo.

—¿Qué tan mala tiene que ser tu vida para que te guste la compañía de alguien que te odia?

Miro su rostro, sin distinguir los rasgos que podría dibujar incluso con los ojos vendados.

—Te equivocas si crees que es porque me gustas. En realidad, como sé que no me soportas, siempre es un placer sacarte de quicio.

—Qué horror. ¿Dijiste todo eso solo para dejar claro que tu tranquilidad es irritarme?

—Exactamente.

—Mereces cada prueba que tu madre te hace pasar. Miento, ¡mereces mucho más! ¡Infeliz desgraciado! —La furia en su voz es música para mis oídos—. ¡Y no voy a quedarme aquí contigo!

Serena se pone de pie con una urgencia tan desbordada que, apenas se gira y pone un pie en la escalera, pierde el equilibrio.

Me apresuro y le sujeto las manos, tirando de ella hacia arriba mientras oigo el golpe hueco de la escalera de madera al caer contra el suelo firme.

—Genial, ¿y ahora cómo bajamos? —pregunta, como si yo tuviera todas las respuestas del universo.

—Fue usted, en pleno ataque de una rabia idiota, quien logró aislarnos deshaciéndose de la escalera. ¿Ahora quiere echarme la culpa a mí?

—¿Y quién fue el responsable de dejarme furiosa?

—Por el amor de Dios, Serena, ¡mira todo lo que estoy pasando! Deja de cargar tus frustraciones sobre mis hombros. Ya tengo suficientes humillaciones y problemas.

No tiene argumentos para rebatirlo. El hecho de que me hayan expuesto únicamente para saciar esa necesidad que tiene mi madre de casarme, usándome como un arma infalible.

Sé que soy patético siguiendo lo que dice mamá, pero la amo y venir aquí no fue tan malo. Horribles fueron las consecuencias. Fuera de eso, puedo lidiar con toda esta mierda.

Lo que realmente me jodió fue ver a Serena y sus respuestas certeras.

Desde la distancia, pude escucharlas todas.

No tenían sonido, pero resonaron dentro de mí.

Hija de…

No, mejor no pensar el insulto completo.

Su presencia resuena a mi lado, con las manos en la cintura y el gesto furioso.

Enciendo la linterna del móvil y la apunto hacia ella, solo para confirmar: está realmente furiosa, y la imagen que invade mi mente no basta para describirlo.

—Eres la persona que sacaría de mi vida si pudiera. ¡A quien borraría de todos mis recuerdos! —grita, con la paciencia agotándose a cada palabra—. ¡Es el infierno, Logan! Tratar contigo es lo mismo que pisar el maldito infierno y sentir cada jodida quemadura sin poder curarla, sin poder librarme de ellas. Porque tú sabes todo lo que yo quería, sabes cuánto soñaba con un futuro distinto a este, y como si no bastara mi derrota, aquí estás tú, recordándome todos los días lo que intento olvidar inútilmente.

Escuchar sus palabras tiene el mismo impacto que una ducha de agua helada en invierno.

Duele.

Provoca náuseas.

Y decepciona de una forma que jamás abriría la boca para explicar.

—¡¿VAS A QUEDARTE CALLADO?! —eleva la voz.

—¿Qué quieres oír?

La mejor defensa no es el ataque. La mejor defensa es decir lo que la otra persona quiere escuchar.

—¡ARRRGH, LOGAN! ¡SOLO… ARGH! —alza las manos y se agarra el cabello.

—Puedes insultarme si eso te deja más tranquila.

—¡No me voy a sentir mejor con eso! ¡Quiero salir de aquí, quiero librarme de tu presencia impregnada en todo lo que hago!

Serena no está bien, y tal vez la culpa sea mía, o tal vez no; da igual. Solo asumo la responsabilidad de calmarla. Algo que contradice por completo mi propósito inicial.

—¿Quieres dejar el contrato en manos de otro corredor? —La pregunta es sincera y haría lo que ella quisiera, sin cobrar ninguna penalización.

—No, no es eso, es solo que…

Está atravesando un torbellino de cosas en muy poco tiempo. Lo entiendo, de verdad. Puede que el problema ni siquiera sea yo, sino cómo se siente frente a todo lo que perdió, sabiendo cuánto se exigió, cuánto luchó por tener éxito. Serena está cansada, y es comprensible. Yo ya me sentí así, como si todos avanzaran y yo me quedara estancado, cimentado en el mismo lugar.

—Lo sé, Serena, no tienes que explicarte.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! —repite—. ¿Por qué me sujetaste?

—¿Querías que te dejara caer?

—Habría sido una preocupación menos para ti.

Y una culpa más.

No, gracias.

—Por cómo hablas, parece que no tengo corazón.

—Sería un milagro que lo tuvieras. Pero tranquilo, te defenderé si alguna entidad institucional quiere estudiarte creyendo que eres un alienígena.

—Serena…

—¿Y no es verdad?

—¿No ves lo que ocurre delante de tus ojos? ¿Cómo puedes negarte a ver algo tan claro como el cielo en un día de verano, tan brillante como el sol en lo alto, sin una sola nube?

—¿Qué se supone que debo ver, Logan? Hazme el favor y deja estas adivinanzas raras, no combinan con el hombre que eres.

—¿Y acaso conoces al hombre en el que me convertí o te aferras a una idea idiota de cómo fui?

—¿Hace alguna diferencia?

—Mucha, Serena.

—No me importa, que la puta diferencia se vaya a la mierda.

Qué mujer endemoniada. La odio tanto, pero tanto… que cuando me acerco despacio, no puedo dejar de mirar cómo se mueven sus labios, deseando callarlos con la boca y evitar que siga diciendo estupideces. La odio tanto que no soy capaz de mirar nada más que a ella, incluso en la penumbra que apenas ilumina sus rasgos. La odio tanto que todo mi cuerpo arde de deseo, creciendo a cada segundo, consumiéndome y entumeciendo mis pensamientos.

Sí, la odio, sincera y honestamente.

Pero cuando me acerco, en un avance lento, no la miro con crueldad ni furia.

Mis pasos son firmes, aunque en el fondo vacilantes, porque lo único que quiero es aplacar la urgencia que me domina.

Y por eso, con la excitación hirviendo de pronto, levanto los dedos y los afirmo en su cuello, empujándola hasta que choca contra la pared de madera. Mis ojos, inyectados de deseo, se clavan en la fuente de mis mayores tormentos. Inclino la cabeza y Serena cubre mi mano en su cuello. No para apartarla, sino para obligarla a quedarse allí.

He enloquecido. Definitivamente.

Dejo mi boca a milímetros de la suya y, cuando ella me atrae, permito que mi cuerpo tenga lo que tanto desea. Lo que tanto ansía.

Cierro los ojos.

Siento cómo la tensión del momento, de la provocación, se disipa lentamente al abrazar el sentimiento más fuerte que cualquier rencilla; el sentimiento que se alimenta del odio y lo transforma, lo muta, elevándose en una atracción homérica.

El primer choque de nuestros labios me consume en fiebre y me dejo llevar por la gravedad, cayendo en un lugar donde no existe ningún impedimento, donde no hay nada más que nosotros dos.

El beso es voraz, hambriento. La suavidad del contacto me hace gemir y la presiono aún más contra la madera, frotando mi entrepierna contra la suya, atrapándola en una celda de la que no puede escapar. Nos aferramos entre barrotes invisibles, entrelazando lenguas, succionando labios y mordiéndolos durante una caricia obscenamente deliciosa.

Libero su cuello y deslizo los dedos por su piel, apoyando su muslo al alzarlo para rodearme, permitiéndome un mejor encaje, justo en el centro de sus piernas.

—Ahhhhhhhh —el gemido se le escapa entre el beso.

Y el instante se pierde mientras llevo la boca de su cuello al escote, desabrochando los primeros botones de su camisa. Al tocar

la parte superior de sus pechos, mi corazón late más ronco que un locutor de música country.

Es tan bueno que entreabro los labios y saboreo el gusto de su piel.

Mis dedos se hunden en su culo, apretando la carne con fuerza.

Serena se retuerce, tirando de mí hacia abajo.

Los impulsos urgentes me empujan a abrir los botones que quedan y rodearla con el brazo, soltando el sujetador con un chasquido. Sus pechos abundantes se liberan y profundizo nuestro contacto, paseando la lengua por los pezones turgentes en reverencia, abrazando el deseo que me devora. Chupo uno de ellos, cerrando la mano en torno al otro, provocándola y escuchando los gemidos infiltrarse y apoderarse de mi pecho.

—Sese… —murmuro el apodo, la ronquera convirtiendo mi voz en una súplica de placer.

Mis piernas flaquean de deseo y mi polla palpita, tan dura que al frotarme contra ella oigo el suspiro extasiado que se escapa de sus labios y muere en mis oídos.

Quiero follarme a Serena y hacer tantas cosas con esta mujer que, si pudiera oír mis pensamientos, correría hasta el fin del mundo.

Cuando estamos cerca, las chispas se entrelazan, como si yo fuera la gasolina y ella el encendedor; con solo rozarnos, ocurre una explosión y todo lo que arde a nuestro alrededor es consecuencia de un sentimiento urgente y ambicioso.

—Logan… —Mi nombre en su voz es algo que hacía mucho tiempo que no oía. No en ese tono. No con ese significado.

De repente, vuelvo a tener diecinueve años.

De repente, estamos riendo en mil lugares, eternizando recuerdos que no sabíamos que se convertirían en fantasmas dispuestos a atormentarnos.

Acelero el beso y se vuelve una entidad de deseos irrefrenables, una presa a punto de romperse y arrasar con todo a su paso.

Las lenguas se cruzan, tejiendo un camino de perversión que hace que mi polla babee y, sin duda, que su coño arda, por la forma en que Serena se frota contra mí, ansiando que la fricción aplane lo que urge, grita y suplica. El calor generado se expande y eriza mi piel, convirtiendo en fuego todo lo que toco.

Esto me está volviendo loco.

Ella me está enloqueciendo.

¿Por qué?

¿Por qué siempre me embriaga ella?

¿Por su mirada, por hablar con ella, por estar cerca de ella?

No somos perfectos juntos.

Ni siquiera puedo usar esa palabra: "juntos".

Y, aun así, aquí estamos.

Al mantener su pierna derecha rodeándome, hace fuerza y pasa la otra por mi cadera, pegándose a mí y quedando ligeramente más alta que yo.

Sus pechos, a la altura de mi boca, son la invitación al placer, la llamada al infierno. Tan libres y hermosos, a mi disposición.

Presiono los labios sobre el izquierdo y, cuando mis dientes se cierran sobre el pezón, ella grita y tira del cabello de mi nuca, desatando escalofríos dolorosos que superan mi control.

Ambicioso, chupo uno y luego el otro, deleitándome en sus pechos generosos, hundiendo el rostro en el valle que forman. Es jodidamente bueno. Es increíble de una manera que… joder.

Vuelvo a dominar su boca, sujetándole la cabeza, empujando mi lengua entre sus labios, forzando la salida de sus gemidos. Lamentos placenteros, gruñidos lentos y cadenciosos. Al

sentir cierta resistencia, rompo el contacto de inmediato, con mi polla protestando.

—Este es el momento de decir que no; sabes dónde terminarán las cosas si no me detienes —susurro en su oído, acariciándole uno de los pechos con la mano.

—¿Y desde cuándo somos coherentes cuando estamos juntos?

La risa se me escapa floja de los labios.

Recorro su rostro con los dedos y vuelvo a besarla, acunando sus mejillas con las manos, sosteniéndola sin creer que de verdad estamos aquí. Que esto está pasando.

Obsesionado, presiono nuestros labios y recorro todo su cuerpo con las manos, memorizando la sensación de tocarla otra vez. Memorizando el ritmo desbocado de los latidos de mi corazón. Es como si funcionara de otro modo cuando estoy con ella, como si fuera un ser pensante, enfocado solo en lo que desea.

¿Todo el mundo se siente así con alguien en la vida?

¿Como si el mundo cobrara color al verla?

Ella desciende y gira el cuerpo. Las reservas se desgarran y quedan cubiertas por el velo de lujuria que cae sobre nosotros, mientras frota la espalda contra mi pecho y mis dedos recorren sus curvas delicadas.

Finalmente llego a la pretina del pantalón, respirando con dificultad.

El deseo me envuelve en su niebla y, al cruzar la barrera, el hormigueo me golpea de lleno al rozar el monte de Venus y descender, sintiendo el vello ralo acariciar mis yemas.

Suelto un suspiro.

Y pido fuerzas para continuar sin perder el control.

Serena ya está empapada, jodidamente empapada.

—¿Ya estás así de mojada, Fresa?

—¿Cómo creíste que estaría? —replica.

La obscenidad en su voz me desarma y, al mismo tiempo, meto tres dedos, iniciando algo que no puedo —ni voy a— detener.



CAPÍTULO 27

Logan

Logan

Odio = orgasmo.

Se deslizan dentro de ella mientras acaricio el clítoris con el pulgar, frotando y extendiendo la lubricación por la zona empapada.

Quiero follarla.

Follar a Serena hasta que no pueda caminar.

Quiero tantas cosas, joder. Y ella no ayuda a que el monstruo se calme: se empuja contra mis dedos, dejando escapar lamentos, sonidos bajos de puro placer.

Presiono el interior de su coño, justo en el punto que sé que necesita, en el lugar exacto donde el deseo crece y se expande, haciendo que su corazón bombee con tanta fuerza que sus mejillas se enrojecen y la fiebre se propaga por su cuerpo.

Aprieto su cuello y embisto los dedos con fuerza, deslizándolos sin impedimentos, aplastados por los vaqueros con la cremallera abierta. No fue nada difícil infiltrarlos en la braguita, pero la criatura dentro de mí —ese placer que me devasta al verla desesperada— suplica que le arranque la ropa y la devore con furia, con tanta salvajería que mis ojos abrazan la oscuridad por la falta de aire y la ansia descomunal.

Sigo castigando el clítoris, hundiéndome todo lo que puedo, mientras ella se retuerce y me tira, palpando cada parte de mi cuerpo sin saber qué hace, buscando solo su propio placer.

—Eso, Logan, ¡por favor!

La ronquera se mezcla con la agonía en su voz, en cada jadeo que escapa de sus labios.

—¿Quieres mis dedos dentro de ti? ¿Cuánto los quieres? —susurro en su oído, rematando con un mordisco en el lóbulo.

Ella se contrae, enloquecida.

—Mucho… estoy a punto… sigue… —me hundo y los presiono contra las paredes aterciopeladas, con las contracciones aplastándolos—. ¡Así, así, joder! ¡Vamos, coño!

Empieza a soltar palabrotas y a rebotar, aumentando el ritmo por su cuenta.

Me muerdo el labio.

Necesito controlarme.

Joder.

Cada vez que se lanza contra ellos, su culo me presiona y empiezo a ahogarme de deseo.

—Córrete en mis dedos, Fresa, vamos —le pido, metiéndolos hasta el fondo.

Me derrito de dentro hacia fuera, poco a poco, casi corriéndome solo de verla correrse. ¿Cuándo fue la última vez que algo mínimamente parecido ocurrió?

Un zumbido se apodera de mis oídos.

Una especie de sordera temporal se instala al mismo tiempo que mi visión vuelve a oscurecerse, perdiéndose en miles de puntos brillantes que giran a mi alrededor y me hacen perder la noción del tiempo y del espacio.

Suspiro.

Aprieto su cuello.

Y ella se empuja contra mi cadera.

Serena grita, se retuerce, sacude la cabeza, repitiendo mi nombre una y otra vez al alcanzar el clímax. Las contracciones me obligan a aspirar aire con fuerza y a seguir empujando, alimentando el placer que la engulle.

—Logan… —sopla mi nombre—. Yo… yo…

No intenta apartarse.

Yo no tengo ninguna intención de soltarla.

—Entrégame todo lo que tienes, Serena, vamos. No me iré de aquí hasta sentirte follándome los dedos como si te sentaras en mi polla —susurro en su oído, sabiendo que otro orgasmo está a punto de llegar por su respiración agitada—. ¿No quieres correrte otra vez? ¿No quieres perder todos los sentidos como si nada más importara? Yo estoy dispuesto a darte eso, así que vamos, no pienses en nada, deja que el placer mande en tu cuerpo.

—Joder… no puedo… no…

—Claro que puedes, solo córrete otra vez, Fresa.

Estimulo el clítoris y masajeo su coño con el índice cada vez que embisto los dedos.

La debilidad de haber corrido ya y la sensibilidad aumentan la urgencia por el clímax, y ella grita, fuerte y con ganas, encontrándose en el caos y en el huracán de sensaciones.

Empujo un poco más antes de apartarla con cuidado y girar su cuerpo, colocándola frente a mí.

Mis ojos se detienen en su rostro enrojecido y en los mechones de pelo pegados a sus mejillas por el sudor. Cuando Serena alza la mirada y me sorprende, llevo los dedos empapados a la boca. El sabor ligeramente dulce y salado, una mezcla afrodisíaca con el puro néctar del deseo, se posa en mi lengua y despierta en mí la necesidad urgente de chuparla, de meter la lengua en su hendidura resbaladiza, de devorar a Serena con tantas ganas que acabará cabalgando sobre mi cara, suplicándome que continúe.

Ella observa la escena, excitada, sin poder respirar.

Parpadea varias veces.

Entreabre los labios, la temperatura vuelve a subir.

—Esto no está bien, necesito salir de aquí —titubea mientras se arregla la ropa y trata de recuperar la cordura.

La veo buscar una forma de escapar, de huir, de romper el deseo, casi una presencia física de tan intenso que es. Intenta acabar con él alejándose, temblando.

Por desgracia, la escalera yace en el suelo y no puede saltar. Mi desesperación crece al ver que, aun sabiendo que no puede, Serena considera la maldita posibilidad.

¡Esta loca sin noción!

No puede ser que quiera lanzarse después de tener dos orgasmos, con las piernas sin fuerza. Está tan perdida que se revuelve el pelo con las manos y mira hacia abajo, todavía medio aturdida.

—¡No, no intentes saltar! —grito al verla acercarse demasiado al borde.

Mi polla dura como una piedra me impide correr, así que avanzo al límite de lo que creo que es una caminata rápida y que en realidad debe de ser jodidamente vergonzosa.

¡Qué desastre!

¿Por qué me metí en un galpón oscuro con Serena Gatsby?

¿En qué maldito mundo pensé que esto no iba a acabar con mis pelotas pesadas, duras y moradas?

La tercera pierna sigue estorbándome los pasos, que salen torcidos, sin sentido.

Al menos no me corrí en los pantalones. Eso puede considerarse una victoria. Con lo mucho que se restregó contra mí y me manoseó la polla, una gran victoria.

—¿Y cómo diablos se supone que baje entonces? —suena desesperada.

—Tú no puedes, yo sí —le aviso, colocándome a su lado.

En un impulso, me lanzo hacia abajo.

Cuando mis pies tocan el suelo, las rodillas absorben el impacto y poco a poco enderezo la postura, volviendo a quedar erguido. De las dos maneras. Mierda. Va a ser difícil lidiar con la erección después de lo que pasó.

—¡Logan, sigo aquí arriba! —grita, llamando mi atención y librándome de esos pensamientos… por ahora.

Levanto la cabeza y estiro los brazos.

—Ven, yo te agarro.

—Ni de coña voy a confiar en ti, ¡vas a dejar que me estrelle contra el suelo! —me acusa.

No parece la mujer que, segundos atrás, rebotaba desesperada sobre mis dedos.

—Podría haberlo hecho antes. Si te pasa algo, yo sería el primer sospechoso. ¿Olvidaste que nos odiamos?

Nos odiamos.

Nos odiamos.

Nos odiamos.

Lo repito una y otra vez, esperando empezar a creerlo.

—Imagínate la cara de tu madre si viera a la policía llevándote —dice con una risa incómoda y forzada, señal de que piensa en lo que pasó. En mis dedos dentro de ella.

Porque yo también pienso en lo mismo.

Qué error tan jodido. ¿Y ahora qué? Cada vez que discutamos, seguro soltaré: *pero no te enfadaste cuando mamé tus tetas y te follé con los dedos, ¿verdad?*

Sé que voy a provocarla. Soy horrible.

—¿Y cómo piensas bajar de ahí?

—¡No lo sé! —grita.

—Vamos, Sese, ¡es solo un salto!

—¡Ya te dije que no me llames así, joder!

—¡Ven!

Le hago señas con las manos mientras ella se sienta y, aún dudosa, vacila si debe saltar o no. Si confía lo suficiente en mí.

—Si me dejas caer, Logan… si…

—No lo haré, te lo prometo.

Mis palabras la tranquilizan y Serena se impulsa, igual que hice yo, con la diferencia de que en su caso cae directamente en mis brazos.

Cierro las manos alrededor de su cintura y aprieto con firmeza, sosteniendo su peso mientras mis ojos se pierden en su rostro perfectamente esculpido.

—¿No pensaste en algo…? —empiezo, dispuesto a exasperarla.

—¿En qué? —dice con voz afectada y los labios entreabiertos, pidiéndome que la baje con golpecitos rápidos en los hombros.

—Podría haber vuelto a colocar la escalera.

Mira alternativamente el objeto y luego a mí, la irritación escapándosele por los poros.

—¡NO PUEDO CREER QUE ME ENGAÑASTE!

—Yo tampoco pensé en ella en el momento. ¿O será que fuiste tú la que se aprovechó, saltando sobre mí? Admítelo, Serena: estabas tan emocionada por volver a estar en mis brazos que ni siquiera pensaste en lo obvio.

Ella resopla como un toro enfurecido y sale del galpón a grandes zancadas, extraordinariamente furiosa.

Suelto una risa baja y divago:

—Aún no lo ve, exactamente como antes.

Me sorprendo cuando regresa y se detiene en la entrada.

—Logan…

—¿Qué pasa?

—Tengo que preguntar algo.

¿Qué demonios quiere saber esta mujer después de… en fin.

Dejo escapar una risa débil, incrédulo de que no note el esfuerzo que hago por mantener el control. La vena de mi sien palpita mientras aprieto la mandíbula, mirándola con los ojos inyectados de deseo. Mi buen humor se perdió hace tiempo y lo único que arde en mí es una necesidad que intento encerrar a toda costa.

—Tienes unos minutos.

Tal vez segundos.

—De verdad no se lo contaste a nadie.

No necesita especificar; sé de qué habla.

—No. Prometí que no lo haría y jamás rompo mis promesas.

Serena

—Pensé que cuando me fuera, todo el mundo lo descubriría. Que serías el primero en difundir lo que pasó.

Dado cómo la gente del pueblo me ignora y solo comenta sobre mi vida de casada, me doy cuenta de que no. Él no lo contó.

—No, Fresa, ese fue y siempre será nuestro pequeño y sucio secreto. La única persona además de nosotros que lo sabe lo descubrió al vernos juntos.

—¿Alguien nos vio?

Cuando dice eso, recuerdo automáticamente a Winslet comentando que lo sabía mientras mirábamos el Black Warrior. Su sonrisa y su mirada cómplice decían más de lo que pude entender en ese momento. Ahora todo encaja.

—Por lo visto ya sabes quién.

—¿Por eso la cuidas tan bien?

—Es uno de los motivos. Siempre lo supo y no se lo contó a nadie; incluso nos ayudó en algunos momentos. Siento que le debo un favor.

—Logan…

Escuchamos al locutor anunciar el final de los juegos, preguntando dónde está la atracción de la fiesta.

—Vete mientras aún tienes tiempo.

—¿Cómo así?

—Si te quedas aquí un segundo más, Serena, no voy a dejarte salir.

La amenaza velada en su voz me hace retroceder y, antes de que la cumpla, conduzco de vuelta a casa, como la maldita cobarde que soy. Algo que, al parecer, nunca dejé de ser.



CAPÍTULO 28

Serena

Serena

Esto no es celos —dijo la persona celosa.

Termino de arreglar mi maleta justo cuando oigo los golpes en la puerta de vidrio. Miro por la abertura del altillo y veo a Logan parado en la acera.

No está solo.

Entrecierro los ojos para ver con quién conversa.

Por desgracia, reconozco a la mujer como una de las invitadas a la fiesta que dio su madre. Llamó mi atención porque fue la única, además de mí, que se mantuvo a la sombra, sin desvivirse por él durante un buen rato.

Aprieto los dientes, ignorando las quejas de la mandíbula.

Creo que no fui la única en impresionarme con esa indiferencia. Pero ¿de verdad es tan ajena a él?

Si lo fuera, ¿por qué estaría allí?

¿Y yo?

Mierda, esa pregunta también me incrimina; mejor no decir nada.

Bajo los escalones con la maleta, insultándome por haber metido tantas cosas. Ahora esta porquería pesa tanto que apenas puedo levantarla.

Abro la puerta que da a la calle y Logan me mira de reojo, sin saludarme.
La mujer, en cambio, saluda animada, sonriendo de una forma muy bonita. Tan bonita que resulta sospechosa —tengo que encontrarle un defecto, porque esa hija de puta es tan hermosa que es un golpe bajo que exista alguien así—. Y la manera en que le habla, pinchándolo, empujándolo con el hombro de forma íntima, me hace cerrar y abrir los ojos, rogándole al cielo que esos dos desaparezcan de delante de mí.

—¿Cuándo vuelves? —Su voz también es preciosa.

Qué perfección.

La imito hablando en mi cabeza y me esfuerzo por no demostrar el disgusto.

¿Cuándo vuelves?

BLA, BLA, BLA, NO ME IMPORTA.

—En como mucho dos meses. Si no acabo en la cárcel antes, claro.

—¿Cómo así?

La mirada de Logan viaja hasta mí.

—Nada, no es nada.

Resoplo e intento poner la maleta en la caja de su camioneta. Noto que es nueva, pero no me detengo en ese pensamiento mientras trato de levantar un equipaje más pesado que yo hasta el portón abierto. Ni siquiera está tan alto, pero no puedo. Tiro del asa superior, de los laterales, y esa mierda ni siquiera se despega bien del suelo.

—Una ayudita aquí sería genial, Logan. Si puedes, claro —digo con ironía.

Él sonríe abiertamente.

—¿Para qué? Puedes sola, Serena —se burla, devolviendo la atención a la morena de infarto.

Una cuyo nombre descubro que es: Bebe.

Es como él la llama, en realidad. ¿Existirá alguien que se llame así de verdad? Suena un poco… no sé. Evito pensar cosas terribles; odio alimentar rivalidades femeninas, sobre todo si soy yo quien las crea de la nada. No lo hice ni con la amante de mi exmarido, porque el mayor culpable fue él. Entonces, ¿por qué sentir la necesidad de empequeñecer a esta diosa en mi cabeza?

Tomo aire y lo suelto con fuerza.

Vuelvo a concentrarme en la tarea y, a cada intento, me duelen los brazos y mi orgullo se va haciendo trizas porque, a estas alturas, siento dos pares de ojos fijos en mí.

Me niego a mirarlos; que se ocupen de su propia vida.

Un suspiro exasperado me impide seguir cuando Logan me aparta y levanta la maleta sin el menor esfuerzo, colocándola en el fondo de la caja. No me mira antes de volver a la acera, ni yo le doy las gracias.

Me froto los brazos y subo a la camioneta, masajeando la zona dolorida.

Observo a Logan conversando con Bebe por el retrovisor, ligeramente incómoda. No tengo nada que ver con la vida de ellos; solo quiero que se dé prisa con ese flirteo, porque tenemos un viaje largo por delante.

Pierdo la paciencia cuando él se carcajea y ella se apoya en su pecho, riéndose también.

¿De qué demonios se ríen tanto? ¿Cuál es la maldita broma? ¿Seré yo?

Clavo la mano en el claxon, sorprendiéndolos. Eso le da la excusa perfecta a la mujer para lanzarse a sus brazos, fingiendo un susto tan falso como un billete de tres dólares. Si hubiera sabido que iba a hacer eso, habría contenido la rabia. Qué infierno. Apuesto a que eso de mantenerse distante en la fiesta no fue más que una táctica. Seguro consiguió alguna pista de Rose Parrish sobre que a Logan no le gustan las personas que buscan llamar su atención.

Y funcionó… —pienso con amargura al verlo rodearle la cintura como hizo cuando…

Golpeo el apoyabrazos de la puerta.

¿Por qué no dejo de pensar en sus brazos? ¡No tienen nada de especial!

Saco la cabeza por la ventana, ya que no se despegan.

—¿Vas a tardar mucho, Logan? ¡Tengo trabajo que hacer!

Tiemblo al ver la ira en sus ojos cuando se cruzan con los míos. Logan alza una comisura de la boca, impaciente.

—Podemos cancelar el viaje ahora mismo, Serena, si sigues apurándome.

Su frase lo cambia todo. Intento disimular el malestar y vuelvo a sentarme correctamente, mirando fijamente el bolso en mi regazo. Ignoro la curiosidad —o eso quiero creer—. Al fin y al cabo, ¿por qué suena tan interesado en esa conversación como para cancelar el viaje de trabajo?

No puedo arriesgarme.

No por algo tan idiota como los celos.

¿¡QUÉ CELOS, JODER!? ¡ESTO NO ES CELOS!

Cojo el móvil y vuelvo a revisar las primeras casas que veremos. Finjo que mi atención está por completo ahí y no en la pareja que ríe, tan cómoda.

—Ah, Logan, ¡no digas eso! —coquetea descaradamente, y no mirar es imposible.

Sigo toda la interacción por el reflejo del retrovisor.

No es celos.

No puede serlo.

No es más que irritación porque me hace perder un tiempo precioso. Además del hecho de que resulta incómodo ver a Logan derretirse como mantequilla al calor. Con cada sonrisa de Bebe, él la contempla fijamente y sonríe de vuelta. Si eso no es gustarle, no sé qué es. Me obligo a apartar la mirada y, por Dios misericordioso, por fin se despide de ella, aún sonriente, y viene hacia la camioneta.

Abre la puerta y se sienta, endureciendo los rasgos en una mueca.

—Parece que le gustas —comento.

No es que me lo haya preguntado. Solo me resulta raro quedarme en este silencio pesado y lleno de mal humor.

—Bebe es agradable.

—¿Así se llama? —sondeo.

—No, es un apodo que uso.

—¿Solo tú?

—Sí, es algo nuestro —remarca la última palabra.

—Entiendo.

Más silencio.

Un silencio horrible y claustrofóbico.

Logan empieza a conducir y bajo la ventanilla, queriendo espantar la quietud o, quién sabe, quizá dispuesta a tirarme si todo empeora.

—Podrías casarte con ella —murmuro.

¿Por qué demonios no me callo?

Abro los ojos y me inclino un poco para escuchar su respuesta, ansiándola. El hecho de abrir los ojos no está directamente relacionado con mejorar la audición, no de forma comprobada.

—¿Hasta tú vas a darme la lata con esta mierda del matrimonio? Que Dios bendiga mi corazón, porque así no voy a aguantar. Este tema me persigue. ¿No puedo tener paz?

—No cuando estás conmigo. Y no lo negaste.

—¿Negar…?

—Que podrías casarte con ella.

—De entre las opciones, es la mejor.

Golpetea el volante al salir de la ciudad y tomar una de las carreteras; luego se vuelve hacia mí unos segundos, con expresión curiosa:

—¿Y por qué demonios te interesa tanto eso?

—No me interesa. —Me encojo de hombros.

—Eres una pésima mentirosa, Serena. Haznos un favor a los dos: si lo que estás a punto de decir no es verdad, mantén la boca bien cerradita.

—¿Crees que haré eso solo porque lo pides?

Logan no responde. Mantiene la atención en la carretera y en el recorrido del GPS, como si no hubiera oído nada. Lo hace tan bien que me remuevo en el asiento y trato de no fijarme en su figura masculina y aburrida mientras conduce. La camisa de cuadros se tensa en los bíceps y queda ligeramente holgada en el abdomen. Mis ojos bajan hacia los vaqueros y siento un calor intenso al fijarme en

la cremallera. En el galpón tuve una idea del tamaño de su deseo y he pensado en él las últimas dos noches.

Qué infierno.

—Deja de mirarme o pensaré que quieres acostarte conmigo.

—Nunca.

—¿Nunca, eh? —Me mira de reojo—. Qué gracioso —se burla.

—Sobre el galpón… —empiezo, y Logan se lleva el índice a los labios.

—Finjamos que eso no pasó. Así de simple.

—Pensé que estabas ironizando.

—Y lo estaba.

—Entonces tampoco puedes fingir que fue un sueño, igual que yo.

La incomodidad enorme extiende sus redes pegajosas por el vehículo y caemos en un silencio tenso y desagradable. Logan hace un chasquido impaciente y dice:

—Gran y bendito Señor misericordioso, ¿no puedes estar ni un segundo sin hablar?

¡Qué cabrón cobarde de mierda!

Apoyo el codo en el reposabrazos de la puerta y la mano en el mentón, mirando el paisaje con concentración. Ignoro a ese idiota con todas mis fuerzas. ¿Por qué tiene que ser tan grosero conmigo y tan cariñoso con otras mujeres? ¿Soy una persona tan horrible?

—Logan… —vuelvo a hablar, olvidando el voto de silencio.

—Cuando tengas hambre, avísame y paramos a almorzar —dice directo, dejando claro que cualquier otra cosa debo guardármela.

—Está bien.

Me trago lo que iba a preguntar y trato de olvidarlo. No debo hacer preguntas cuyas respuestas no quiero escuchar.

—Solo tengo una duda, Serena…

Paso el cierre imaginario por mis labios. Si no quiere que hable, no voy a abrir la boca. ¿Es una rabieta idiota? ¿Un gesto que me quita al menos diez años de encima? Sin duda. Pero este hombre a mi lado es el mismo que me pidió que me callara, y todo el mundo sabe que eso no se le dice a una mujer.

—No hace falta que sea en voz alta; puedes escribirlo —comenta con naturalidad, sin perder su precioso tiempo enfadándose por mi actitud.

Cielos.

Logan es mucho más maduro que yo.

—Es difícil sacarte de quicio.

—Es muy fácil cuando se trata de ti. Pero no me centraré en eso. Lo que quiero saber es cómo convenciste a mi madre de que debías quedarte al mando de las propiedades. Es dura de pelar. Sé que fue una apuesta o algo así, pero estoy realmente —remarca la palabra— muy curioso.

—Prometí vender o alquilar la mitad de las propiedades en seis meses.

—¿¡QUÉ!? —grita, perdiendo el control del volante por unos segundos y haciendo que la camioneta invada un carril—. ¿Te volviste loca, joder? ¿Qué vas a pagar si pierdes?

—Irme de la ciudad, de una vez por todas.

Logan deja escapar una risa baja y amarga, acompañada de un chasquido.

—Esa vieja sinvergüenza. Caíste de lleno en su juego, Serena. ¿Crees que la engañaste? Fue ella quien te manipuló todo el tiempo.

Parece afligido, como si esa apuesta lo afectara directamente.

—No, solo hice lo que necesitaba para mantener el control que conseguí. Voy a ganar, Logan, no te preocupes.

—No estoy preocupado. De hecho, seré el mayor beneficiado si te largas de Tusca.

La forma en que termina la frase da la impresión de que iba a decir algo más.

Pero sus labios permanecen cerrados.

Y así siguen, hasta que el hambre nos obliga a parar.

Entramos en una pequeña cafetería de carretera, con tapicería azul y mesas rojas; todo tan viejo que huele a cigarrillo y grasa. Sin embargo, el aspecto no frena los retortijones inclinados de mi estómago. Tengo tanta hambre que ni siquiera puedo pensar. Prefiero preocuparme por las consecuencias después de haber comido.

—Será mejor sentarnos ya y pedir. ¿Cuántos minutos tenemos antes de que te transformes en otra persona por completo? —bromea Logan, apartando la silla de la mesa más cercana para que me siente.

Lo hago tan de forma involuntaria que solo después percibo la sutileza y la normalidad con que actué.

—Pocos.

—Te pedí que avisaras antes.

—No, dijiste que avisara cuando tuviera hambre.

—Sabes perfectamente a qué me refería.

La camarera se acerca y echo un vistazo rápido al menú, dudando al hacer mi pedido:

—Quiero una ensalada César.

Miro hacia donde está escrito lo que realmente quiero y se me hace la boca agua; el estómago se me retuerce. Pero no puedo… ¿Cuántas calorías tiene un plato así? Incluso con acompañamientos ligeros, sigue siendo una bomba.

Suspiro, triste por renunciar a algo que me encanta comer.

—Una ración de cerdo con salsa de mayonesa. ¿Tienen, verdad? —Miro a Logan con enfado por su pedido.

¿Y ahora voy a pasar antojo viéndolo comer?

—Claro, y es una de las mejores de la región. Entonces, solo confirmo su pedido para que no falte nada —dice la mujer, señalándonos con el bolígrafo mientras sostiene su libreta—. Una ensalada César para ella y, para usted, ración de cerdo. ¿Y para beber?

Logan niega con la cabeza.

—No, en realidad los dos pedidos son para ella. Yo quiero una hamburguesa con muchas patatas fritas y un refresco grande. ¿Qué vas a beber? —Me mira y capta mi incredulidad—. ¿Qué pasa? ¿Ya no te gusta el cerdo con salsa de mayonesa?

—Sí, me encanta, pero…

—Dos refrescos grandes. Si no estuviera conduciendo, pediría una cerveza bien fría; el día hoy la pide a gritos… —Mira por la ventana, contemplando el sol afuera, se quita el sombrero y se arregla el cabello con tranquilidad.

Noto a la mujer parada, observando el gesto con tanta admiración que carraspeo. Ella vuelve en sí y mira la libreta, incómoda.

—¿Quieres beber? Yo conduzco, no hay problema.

—Beber solo es aburrido; quería que bebieras conmigo.

Despide a la camarera con una mirada y vuelve a mirarme.

—Pero ¿qué? ¿Qué ibas a decir cuando cambié el foco? —pregunta.

Maldición, pensé que lo olvidaría.

—Es muy grasiento, no puedo comer ese tipo de cosas. La ensalada era más que suficiente.

—Si de verdad te gustara. Siempre odiaste la ensalada. ¿Y qué mierda es esa de que no puedes? ¿No puedes, mis huevos! Es solo un almuerzo y no tenemos idea de cuándo volveremos a comer. Tienes que meterte algo que te deje satisfecha. Nunca fuiste de las que se preocupan por cada caloría, Serena. ¿O tienes algún problema de salud?

La pregunta sale en un susurro, y sus rasgos muestran una preocupación tan cruda que me pregunto qué haría si le dijera que sí.

¿Logan se desesperaría?

Me permito un instante de esperanza, imaginando que se preocupa por mí.

—No, mis análisis están perfectos.

«Es la mujer más fea del mundo comiendo esta porquería. Por favor, lléveselo y traiga una ensalada; mi esposa lo necesita».

—Entonces, ¿cuál es la razón para contar calorías en una comida cualquiera?
—Ahora soy así.

Me mira, incrédulo. Veo cómo Logan recorre mi cuerpo con la mirada, incendiando cada porción de piel, con los ojos oscureciéndose a medida que avanza.

—Si fue ese imbécil de tu ex quien dijo algo que te hizo sentir insegura, que sepas que eres la mujer más hermosa de Dixie. Y ese idiota no sabe nada. Nunca te mereció y seguro dijo un montón de estupideces porque sabía que jamás estaría a tu altura. No dejes que ese patán siga dictando las reglas de tu vida cuando ni siquiera debería haber entrado en ella. Si te apetece comer cerdo asado, come la maldita carne de cerdo. Si quieres darte un atracón en el desayuno, dátelo de una puta vez y punto final.

Llegan los refrescos y Logan vuelve su atención al vaso desechable.

Yo, en cambio, no dejo de mirarlo ni un segundo, viendo a alguien que jamás pensé que volvería a ver. Viendo a alguien… a quien un día amé.



CAPÍTULO 29

Logan

Logan

Voy a quitárselo todo. Todo lo que le quitó a ella.

Debería haberle pegado más.

Debería haber matado a ese hijo de puta y enterrar la desgracia de su cuerpo en la frontera, o dejarlo pudriéndose en la maldita tierra árida para que los bichos tuvieran qué comer. Aunque, pensándolo bien, ni ellos querrían devorar esa carne podrida.

Vuelvo a conducir con el estómago lleno y la mente también.

Serena pone música, una música que no escucho.

Ya sospechaba que había pasado algo mucho peor de lo que habían chismeado; solo no imaginé que él tuviera el descaro de maltratar a Serena. Sinceramente, a lo largo de esos penosos diez años, me convencí de que ella estaba muy bien mientras la veía en la televisión, en un programa que hizo a su lado. Parecía… feliz. Y su felicidad, de algún modo, me tranquilizaba.

Fui un idiota por fijarme solo en el exterior. Si hubiera observado mejor su semblante, ¿habría podido ver el dolor a través de la pantalla del televisor?

Descubrir que todo lo que imaginé para consolarme no era verdad me enfurece. Ella salió de Tusca para sufrir en manos de un imbécil. El arrepentimiento golpea tan fuerte que lo único que consigo hacer es clavar la mirada en la larga carretera, en el paisaje montañoso al frente y a los lados, lejos de ser un consuelo.

—¿Todo bien, Logan?

No.

No está nada bien.

—Lo estará.

—¿Qué pasó? ¿Dije algo mal?

Golpeo el volante con la mano, asustándola. La forma en que reacciona, como si esperara alguna agresión, empeora mi estado y, sin poder respirar, estaciono en el arcén. Abro la puerta y bajo, mirando al cielo.

Inhalo una bocanada de aire.

—Si quieres, podemos volver. No tenemos que empezar el viaje hoy.

—Solo dame un segundo, por favor —pido.

Necesito mucho más que eso para calmarme; aun así, no voy a retrasar las cosas.

Ella toma algo del coche y me lo ofrece:

—¿Quieres agua? Puede que se te haya bajado la presión por el calor.

Si mi presión bajó, fue de rabia; no tiene nada que ver con la temperatura.

Miro el paisaje como si tuviera respuestas para preguntas que no hice, que no tuve el valor de hacer. Mi mirada va de Serena a las montañas; la cobardía me impide preguntar, porque si lo sé, nada podrá detenerme. Si descubro cada detalle sórdido de lo que ese hijo de puta le hizo, las hormigas se darán un festín con su cadáver.

—No quiero agua.

—¿Medicina? Seguro tengo algo.

—No para lo que necesito —mascullo—. Vuelve al coche, ahora voy.

—Pero, Logan…

Sus ojos se clavan en los míos y el pliegue de preocupación entre ellos permanece incluso cuando obedece.

Vuelvo al asiento y, antes de arrancar, me sorprende su mano cubriendo la mía.

—Todo va a estar bien, no te preocupes. Voy a ganar la apuesta.

No me preocupa eso. Pero dejo que el equívoco persista, porque la verdad indicaría que ya crucé el límite y no hay vuelta atrás.



—Ya casi llegamos —dice.

Mantengo una mano en el volante y apoyo la otra en el apoyabrazos entre nosotros. No estoy completamente tranquilo, pero sí un poco más calmado.

—Si te hago una pregunta honesta, ¿me responderás con sinceridad? —digo sin mirarla.

—Tal vez, depende de la pregunta.

—¿Fuiste feliz durante tu matrimonio?

Creo que no me gusta la calma, porque la pregunta claramente me llevará directo al borde del infierno. Y si llego allí, ese tal Jonah se va a joder.

—Creo que al principio sí. Después fue puro arrepentimiento. Lo cual es normal en matrimonios fracasados. ¿Quizá en los matrimonios en general? Haces bien en no querer eso. Te entiendo completamente, porque si hubiera seguido soltera, no estaría pasando por toda esta mierda.

—¿Fue abusivo contigo?

—Me pediste responder una pregunta, no dos.

El tono protector con el que se cierra, el capullo en el que se envuelve y el intento de esquivar la cuestión lo confirman.

—Ese hombre va a perder todo lo que tiene —digo en voz baja, solo para mí, memorizando la amenaza.

Si la hizo pasar por tantas cosas malas, el karma volverá con fuerza, y yo seré el ejecutor.

—¿Qué dijiste?

—No importa. ¿Cuánto falta para llegar a la primera casa?

—Pocos minutos.

—Perfecto.

Acelero y, en cuanto estaciono en una de las propiedades de Gulf Shores, en la región costera de Alabama, al sur del estado, le pido permiso a Serena y hago una llamada.

La más importante que podía hacer hoy.



Termino la llamada y entro en la casa sin prepararme para la escena que encuentro: Serena con una tableta, evaluando y anotando un montón de información. Esa diabla se vuelve inexplicablemente sexy trabajando tan concentrada, yendo de un lado a otro y susurrando sola.

Cierro los ojos.

Los recuerdos de lo ocurrido en el galpón me aflojan las piernas. Y sin tiempo para recuperarme, la oigo decir:

—¿Son nueve propiedades en la ciudad? —pregunta, profesional.

—Sí.

—¿Cuatro apartamentos y cinco casas?

—Exactamente. Todas para alquiler. Aquí no queremos vender ninguna; el retorno es muy bueno porque es una zona de mucha demanda. Recuperamos la inversión en unos cinco años alquilando.

—Tiene sentido. ¿Y las nueve están desocupadas?

—Por ahora, sí. No es temporada alta por aquí.

—Aun así… —dice, mirando alrededor—. Voy a evaluar la suite principal; suele ser lo que fascina a la gente.

—Adelante.

—¿No vienes conmigo?

—¿Hace falta?

—En realidad, no. Será rápido; ya hice una investigación extensa antes.

¿Serena y yo solos en un dormitorio? Si eso pasa, que Dios tenga misericordia de mi alma, porque voy a cruzar límites y luego

ella se va a poner furiosa conmigo.

—Perfecto. Estaré en la playa —digo y salgo de la casa a toda prisa.

Si tiene alguna duda, que pregunte después, cuando vayamos a las siguientes. Eso es lo máximo que puede hacer mi parte caballerosa, y hoy lo máximo es mínimo.

Tras minutos de absoluta contemplación del mar, con gaviotas revoloteando, graznando al encontrar comida o planeando en las corrientes de aire, veo a Serena acercarse, caminando con tacones sobre la arena.

Niego con la cabeza, incrédulo.

—¿Por qué no te quitaste los zapatos? —grito.

Levanta la cabeza y, en ese instante, tropieza y cae en la arena, apoyando las manos delante del cuerpo. Me apresuro y le tiendo la mano. Serena la mira como si contuviera todos los problemas del mundo, la ignora y se levanta sola.

Meto los dedos en el bolsillo y observo, sin importarme.

Si dependiera del odio de esa mujer, ya habría muerto hace tiempo.

—No se camina con tacones en la playa. Y no sirve que me fusiles con la mirada; sabes que tengo razón.

Resopla, soltando un chasquido cargado de ironía.

—Estoy trabajando y trabajo así. Por favor, respeta mi proceso —dice, sacudiéndose la ropa para quitar la arena.

No la ayudo; me cortaría las manos con el primer objeto afilado que encontrara.

—¿Qué te pareció la casa?

—Estará alquilada para la semana que viene. Conozco a algunas personas que adorarían vivir un tiempo aquí en Gulf Shores.

—¿Y ocho?

—¿Ocho?

—Personas, porque hay otras ocho propiedades.

—Tengo una estrategia; tranquilo.

—Claro que la tienes, siempre la tienes —murmuro.

—¿Qué dijiste, Logan?

—Nada.

Sus ojos desconfiados se posan en mi patético intento de disimulo. He murmurado demasiado en presencia de Serena, todo porque temo profundamente lo que diría si oyera lo que tengo para decir.

Me salva el sonido de su teléfono. Mira la pantalla, dudando si contestar.

—Adelante —la animo.

Desviar su atención es lo único que puedo hacer por ahora.

—Hola, Sam… —dice al aceptar la llamada—. No, en realidad no tuve tiempo de ver eso. —Escucha a la amiga y se da la vuelta para responder—. Sí, estoy de viaje con él. Las cosas están tranquilas, y descuida —intenta hablar, pero la amiga parece interrumpir—; no voy a matarlo ni necesitarás enterrar nada, no te preocupes. —Un momento más y, aunque intenta hablar lo más bajo posible, la oigo decir—: ¡Claro que estoy segura! Está bien, chau, cuídate.

—¿Sam está preocupada por mi integridad física? —bromeo cuando se acerca de nuevo.

—¿Escuchaste?

—Sí.

—Escuchar conversaciones ajenas es de mala educación.

—Nunca fui educado.

—Y sí, está preocupada.

—Sam dirige la preocupación a la persona equivocada; después de todo, ¿y si soy yo —acorto la distancia y me pierdo en el fondo de sus ojos— quien te ataca? Prometo que pedirás más.

Sus mejillas se tiñen de carmesí, lo que me hace reír por dentro. Serena cierra los puños y me da un golpe flojo en el hombro.

—Haz eso si quieres quedarte sin polla.

Sonrío al verla alejarse, tambaleándose sobre los tacones. Las pantorrillas torneadas llaman la atención por la falda ajustada que lleva, cuyo bajo termina justo al inicio de ellas. Y sin aire, contemplo el culo grande y redondo balanceándose de un lado a otro, dificultando el funcionamiento normal de mis órganos.

Hoy me voy a masturbar.

Seguro.

Y será esa imagen la que invada mis pensamientos más sucios y mi deseo más jodido.

—¿PUEDE SER UN DEDO? —pregunto cuando ya está lejos, donde termina la arena y empieza el césped del jardín—. ¡DE LA POLLA VOY A NECESITAR!

Me llevo la mano al paquete y lo acomodo por reflejo.

Serena ve el gesto, congelada. No era mi intención que lo viera, pero ya que lo hizo, no puedo hacer nada. Que lidie con la imagen, igual que yo tengo que lidiar con ella y su maldita falda ajustada, así como con las costuras cada vez menos resistentes de mi ropa interior.

—¡CRETINO!

—¡CON ORGULLO!

Nuestra provocación a gritos llama la atención de una familia que pasea junto al mar. Apartan la mirada de las olas rompiendo a sus pies y nos observan con los ojos muy abiertos. Asiento con la cabeza, pidiendo disculpas, y corro hasta alcanzar a Serena. En cuanto llego, me agacho, tomo un puñado de arena y se lo lanzo sin piedad.

—Tú… tú… tú… —Las palabras son tan ofensivas en su cabeza que ni siquiera consigue decirlas.

—¡Vamos, Sese, a la próxima casa! —digo, ya corriendo hacia el coche antes de que me devuelva el golpe.

—¡Vas a pagar por esto! —grita.

—¡Si es en la cama, yo quiero!

No responde y, cuando sube a la camioneta después de mí, aún intenta sacarse la arena de la ropa y de los zapatos.

Con varios mechones de cabello escapándose del peinado, granos de arena, un poco de sudor brillando en su cuello y el sol incendiando su rostro, dudo que sea capaz de mantener las manos lejos de ella durante estos dos meses.

—Serena… —Ella me calla, levantando la mano y pidiendo silencio.

—Vámonos antes de que te mate y obligue a Sam a ayudarme a encubrir el crimen.

Creo que este viaje será un error.

Eso es lo que diría, pero me quedo en silencio y hago lo que pide.



CAPÍTULO 30

Serena

Serena

Mi infierno particular, AKA deseo reprimido.

Mi historia con Logan es bastante emblemática.

No del tipo buena ni del tipo mala, solo… significativa. A los ocho años yo era un demonio, lo sé muy bien, pero no merecía que me pusieran cinco sapos en la cama. Claro que recuerdo haberle pegado chicle en el pelo, pero bueno, éramos enemigos y él siempre

discutía conmigo, lo que me sacaba de quicio. ¿Fue solo un chicle? Si mal no recuerdo, fueron como cinco; no pasó de eso. Y él armó un verdadero escándalo en la escuela, rogándole a la directora que me expulsara. No parecía un niño de ocho años, sino un fiscal esforzándose por probar la culpabilidad del acusado.

A los nueve, en respuesta a lo que hizo y a cómo puso mi cama en juego, le llené la suya con mierda de vaca. Fue excelente, pero lo que él me hizo después fue mucho peor. ¡Mucho peor de verdad! El maldito Logan Parrish consiguió una caja de cucarachas —no sé de dónde— y llenó mi lonchera con ellas. Cuando la abrí en la escuela, las cucarachas salieron de todos lados y me bautizaron como Sesejoe, por la película *Joe y las cucarachas*. Pasé una semana entera sin querer ir a la escuela, muriéndome de vergüenza y de miedo. Incluso tuve pesadillas con cucarachas caminando sobre mí y cantando alguna canción de Elvis Presley.

A los diez me desquité metiendo un pez muerto en su mochila. ¡Por fin vengada mi lonchera! Pero, como represalia, Logan hizo que me rompiera un dedo en la clase de educación física, lo cual quedó compensado cuando él se rompió el brazo por mi culpa a los once. Le tiré un muro encima, sí, Señor. Y no me arrepentí ni un segundo; recuerdo claramente reírme mientras lloraba agarrándose donde le dolía. Su respuesta fue hacerme un nudo en el pelo mientras yo estaba distraída.

Menos mal que Logan nunca hizo nada para lastimarme de verdad; al menos era inteligente. Porque si lo hubiera hecho, yo habría sido mil veces peor. Siempre fui un ángel, pero ese Parrish… ah, ese Parrish era capaz de convertirme en un demonio. Y yo asumía esa faceta con muchísimo orgullo.

A los doce no hice nada. Acababa de perder a su padre. Recuerdo verlo secarse las lágrimas cada vez que veía a su madre y aquello fue doloroso de presenciar… ver a un niño esforzándose por parecer fuerte cuando estaba destrozado.

A los trece le eché pegamento en las botas, pero él no respondió, porque ese fue el año en que murió mi padre. Fue algo

repentino, nadie podía preverlo, y dolió… y sigue doliendo. La forma abrupta en que se fue me dejó perdida, sin suelo bajo los pies, y me vi conteniendo el llanto, exactamente como había hecho Logan, entendiendo que ahora la que tenía que ser fuerte era yo.

A los catorce lo atropellé con mi bicicleta y él se vengó rompiéndola. Era tan bonita, toda rosa, ¡muy yo! Pero no lloré; no podía darle ese gusto a ese hijo de puta. ¿Y qué si él sufrió mucho más al caer sobre un tablón lleno de clavos? Yo no tuve la culpa, no puse eso ahí. Aun así, no justificaba romper el regalo que acababa de recibir. Además, tengo la excusa de que no sabía andar bien con esa cosa, y es la pura verdad.

A los quince le pegué el sombrero con cola. Y él respondió poniendo una serpiente de mentira debajo de mi cama.

Los dieciséis fueron especiales… lo empujé al río después de que me llamara maldita cretina. *Maldita* es una palabra horrible; eso siempre decía mi madre. No podía dejar pasar esa, ni de broma. Lo que él no cuenta es que cuando cayó, yo caí con él, y ahí empieza una historia bastante curiosa. Logan me agarró y me dejó en la orilla sin dudar. Sus ojos angustiados me tomaron por sorpresa y pasé la noche siguiente pensando en él.

Aun con ese momento y sintiéndome muy frágil cuando estábamos cerca, en cuanto cumplió diecisiete le tapé el escape del coche con patatas. En mi defensa, tenía una cita con la chica más insoportable del instituto. ¿Me vengué de qué…? ¡Ni idea!

En los años siguientes, las cosas cambiaron y adquirieron un tono muy extraño, de coqueteo provocador, mezclando odio con atracción. Sinceramente, fue por esos dos años —y por el sentimiento que reforzaron— que ahora estoy sentada en la cama de una habitación de hotel, mirando el techo, completamente indecisa sobre qué hacer.

Logan está en la habitación de al lado.

Exactamente al lado.

No en otro pasillo, sino al lado.

Me doy la vuelta en la cama e intento dormir. Pasan apenas diez minutos hasta que vuelvo a girarme, pensando que del otro lado estaba mejor. Maldición. ¿Por qué hace tanto calor? Levanto un poco la cabeza y miro el termostato. Marca dieciocho grados. Entonces, ¿por qué estoy sudando tanto?

Intento cambiar de lado otra vez.

Y otra.

Y otra.

Y otra.

Y otra.

Logan y esa tal Bebe me vienen a la cabeza y aprieto la mandíbula al recordar la risa descarada que tuvo con ella. No hagas esto conmigo. No de esa manera. Cojo una almohada y me la pongo en la cabeza, gritando sin que nadie me oiga. ¡Qué idiota! ¿Por qué tengo que pensar en eso?

Mis pensamientos luchan entre sí:

Es celos.

No, no lo es.

Sí, lo es.

¡Ya dije que no lo es!

Oigo golpes en la puerta y retiro la almohada del rostro, dudando si abrir o no. No pedí nada y no conozco a nadie aquí. Años viendo casos de muertes sin resolver, incluso en hoteles, me vuelven muy reticente a abrir la puerta a cualquiera.

—¿Quién es?

—Logan. Y vamos, Serena, ábreme.

Ábreme. Tiene que estar bromeando.

—¿Qué quieres?

—Reventó una tubería en mi habitación justo cuando me estaba duchando. ¡Déjame terminar de bañarme ahí!

—¡Ni de puta coña, estás loco!

¿Logan duchándose a una puerta de distancia? No hay cordura en el mundo capaz de soportar semejante prueba.

—¡Serena, estoy solo con una toalla en el pasillo! ¡Ayúdame, joder!

—¿Y a mí qué?

—¡Mierda! —Oigo un golpe y supongo que ha dado un puñetazo a la puerta.

La culpa me atraviesa y, antes de pensar mejor en lo que estoy a punto de hacer, me levanto, reviso mi aspecto en el espejo y me pongo un albornoz sobre el camisón de encaje, demasiado transparente.

En cuanto abro la puerta, me encuentro con Logan exactamente como dijo: la toalla atada a la cintura, dejando al descubierto todos sus músculos abdominales y ese pecho digno de un atleta. Cada hendidura está perfectamente marcada, y los oblicuos que descienden de forma indecente forman una cascada de pasión cuyas venas salientes se enredan y bajan directamente al centro de sus piernas. Sigo cada una de ellas y me empapo por completo. Mi ropa interior pesa y la mente se pierde en un vacío abismal.

Abro y cierro la boca.

La lengua me hormiguea, el corazón se acelera golpeando a una velocidad alucinante y todo mi cuerpo recuerda la sensación de tenerlo chupándome los pechos, estimulando mi clítoris, ansiando aquello, ansiando… más.

El calor que me consumía antes de verlo así ahora es un incendio a gran escala. ¡Cielos!

Mi mirada recorre todo su cuerpo, desde la toalla blanca rodeando la cadera —resaltando ese valle del pecado— hasta los ojos claros y el cabello lleno de champú. Al parecer, sí fue interrumpido en plena ducha.

—¿Y quién me garantiza que no lo hiciste a propósito para venir a mi habitación?

Su mueca es repugnante.

—¡Vete a la mierda, mujer, solo quiero ducharme en paz, carajo! —Pasa a mi lado y entra al baño.

Oigo el agua caer y me abrazo a la almohada, encendiendo la televisión solo para tener en qué pensar además de Logan desnudo a pocos metros de mí. ¿Es nuestra primera noche del viaje y ya pasa esta mierda?

Todavía tengo que resistir cincuenta y nueve días más.

¡Cincuenta y nueve días!

No es un número nada prometedor. No con mi coño palpitando más que luces navideñas.

El sonido de la ducha es constante, pero hay algo que se impone sobre él, otro ruido que me niego a creer. Logan no está… no puede estar masturbándose en mi baño, sabiendo que yo lo escucharía. No es posible que tenga tanta cara dura.

Los ruidos, los golpes rítmicos, todo me lleva a creer que sí, y lo peor es que empiezo a imaginar. Sus dedos rodeando la erección… las venas que vi antes descendiendo y acomodándose en la base de la polla rígida, gruesa y enorme. La fuerza que Logan imprime al apretarse, subiendo y bajando la mano en busca de su propio placer; puedo ver cada mínimo detalle con claridad. Sus ojos cerrados mientras absorbe la sensación e imagina algo depravado, queriendo correrse bien rico con el agua caliente cayendo sobre su cuerpo.

Tum. Tum. Tum. —Los latidos de mi corazón se mezclan con el sonido que oigo:
Crash. Crash. Crash. —Poco a poco, ambos se sincronizan y forman una sinfonía insana.
Crash. Tum. Crash. Tum.

Logan choca las manos y yo, desde este lado, puedo visualizar la superficie resbaladiza y aterciopelada de la extensión, al mismo tiempo dura como acero; sensaciones tan distintas que aquí se complementan.

Crash.

Crash.

Crash.

La intensidad aumenta y sigo cada mínimo movimiento, dejando que mi mano se infiltre en la ropa interior y mi dedo índice se pose sobre el clítoris. Cierro los ojos y es como si viera a Logan frente a mí, desnudo, con la polla erecta y la cabeza echada hacia atrás, buscando el clímax que se construye en capas y nos devora a los dos.

Los gemidos roncos se escapan a través de la puerta junto con el sonido de su mano deslizándose y golpeando con fuerza la base de la polla. El agua cae sin interrupción, lo que me hace suponer que está cerca de la pared, quizá con una mano apoyada, tocándose y disfrutando del fácil deslizamiento.

Acelero la caricia en el punto deseoso y, al oír el sonido gutural que sale del baño, dejo que los espasmos me devasten y alimenten el orgasmo. Mis piernas tiemblan, mis labios se entreabren mientras los gemidos que oigo en la otra habitación se entrelazan con los míos, convirtiéndose en un eco de placer mutuo.

El calor se intensifica.

Los ruidos se aceleran.

Y aumento la fricción en el punto turgente, cubriendo un pecho con la otra mano y acariciando el pezón endurecido.

Imagino que es Logan quien está aquí, estimulando cada parte más sensible de mi cuerpo. La visión me lanza a un mar de fuego, donde lo único que puedo hacer para no ser consumida por las llamas es ceder, caer de una vez por la montaña que se eleva

dentro de mí y alimenta la combustión, echando combustible a lo que ya es catastrófico.

Grito.

Y escucho un grito salir del baño también.

La electricidad se irradia por mi espalda y arqueo el cuerpo para contener este arrebato lujurioso, mientras nos corremos al mismo tiempo. En el mismo segundo. Perdiéndonos en un clímax intenso y arrollador.

La conciencia de lo que acabo de hacer me saca del trance y me levanto de inmediato, enderezando la postura, fingiendo que no fui influenciada por él y sus gemidos.

Unos minutos después, Logan aparece entre la niebla de vapor, con los ojos vidriosos y la boca entreabierta.

Veo el momento como la oportunidad perfecta para provocarlo.

—¿Acabas de masturbarte en mi baño, Parrish?



CAPÍTULO 31

Logan

Logan

Los sentimientos dormidos suelen despertar después de los reencuentros.

Abro los ojos de par en par y sujeto la toalla con tanta fuerza que me duelen los dedos.

¿Cómo sabe esta maldita lo que hice?

—¿Por qué preguntas eso?

—Te oí.

—¡No oíste nada! —desvío la mirada.

—Joder, ¿de verdad te hiciste una…? ¿Qué tan canalla hay que ser para hacer eso sabiendo que yo estaba en la habitación? —¿por qué percibo una cierta ola de diversión en su tono?

El sonido que escuché cuando estaba en la ducha… ¿será que ella…? ¿Será que Serena también aprovechó el momento para tocarse? Eso explicaría el rostro enrojecido y los ojos ligeramente lánguidos.

La imaginé en cada segundo, ¿y ella? ¿Qué pasó por su cabeza?

Esbozo una sonrisa enorme al suponerlo.

—¿Y tú, Sese, te tocaste mientras yo me daba gusto? —neutralizo su ataque con éxito y observo el albornoz entreabierto.

La camisola de encaje a la vista me atormenta y congela mi sonrisa. Siento cosas raras ahí abajo y creo que, si sigo mirándola de esa manera, Serena va a descubrir en quién estaba pensando en el baño. Lo cual sería una desgracia, obviamente.

Su atención absoluta sobre mí hace que ni note lo reveladora que es la ropa que lleva. Trago saliva, la garganta más árida que un desierto, observando el escote generoso y las piernas expuestas.

Respiro hondo; mi pecho se expande como lava y el deseo vuelve a ser una fuerza tan imponente como la gravedad.

Mierda.

Me olvido cuando no puedo olvidarme.

Mi atracción por Serena es tan poderosa que debería conocerse como una ley de la física, algo imposible de ignorar.

Una vez cerca de Serena, es imposible alejarse de ella. —PARRISH, Logan.

—¿¡ENTONCES LO ADMITE!? —grita, después de segundos que parecieron minutos con mis ojos perdiéndose en cada porción

de su piel.

Serena nota dónde se posa mi mirada y cierra los bordes del albornoz con los dedos.

Soplo el aire y ladeo la cabeza. Si hubiera disimulado, podría haber visto más. Cansado de la distancia entre nosotros, me aseguro de que la toalla esté bien atada y camino hacia ella —hasta la cama — evitando pensar en las muchas cosas que podríamos hacer en ella.

—¿No dijiste que oíste? Si lo niego, voy a parecer patético — hablo tan cerca que percibo el olor de su perfume.

Suave, con aroma a fresa.

Dulce, pero no empalagoso.

¿Bueno? De puta madre.

Tanto que me dan ganas de morder. De clavar los dientes en lugares suaves y jugosos; su culo, por ejemplo.

—¡Eres un descarado, un cerdo sin vergüenza!

—¿Y tú? ¿No te parece de cerda tocarte mientras yo me duchaba?

Nuestras bocas quedan a milímetros de tocarse, y Serena contiene el aliento, aspirándolo en una bocanada.

Todo en esta habitación se ve envuelto en tensión. Se forma una especie de trance del que no consigo liberarme mientras fijo la vista en sus labios.

Tengo tantas ganas de perderme en ellos. Una y otra vez. Y otra.

Mi polla vuelve a endurecerse y me veo en una situación extremadamente delicada estando solo con una toalla. Me aparto antes de que esta maldita se dé cuenta y use la realidad en mi contra.

—¿Quién dijo que hice eso?

—Ahora estás siendo patética, cariño.

—No me llames cariño.

—Fresa, Sese, Sesejoe —pronuncio cada uno de sus apodos, previendo que va a fabricar una bomba y ponerla en mi habitación al día siguiente, de tanto odio acumulado.

Serena se levanta de golpe y me pincha con el índice, empujando mi cuerpo hasta que alcanzo la puerta.

—¡Sal de aquí ahora mismo, antes de que te convierta en una estrella del cielo!

Me gusta llevarla al límite y poner a prueba mis habilidades en el apartado de "afectar a Serena", tanto que ni siquiera es sano. Igual de poco sano que me gusten más nuestros momentos de pelea que cuando estoy en citas con otras mujeres.

—¿Nunca te tocaste para provocar a nadie? —le susurro al oído, sonriendo al notar el vello erizado—. Para hablarme así, solo puedes ser una santa, o creerte una.

Dejo escapar más de lo que debería. Sin embargo, Serena y su manía de ver solo una cosa cuando se concentra en destilar veneno, no oye. Ni siquiera presta atención a lo que digo, demasiado furiosa por ser confrontada.

Paso un dedo por su cabello; ella empuja mi mano con brusquedad. Los ojos tan abiertos que me divierten.

—No así, de ese modo… quiero decir, ya lo hice con alguien cerca, pero… —empieza a tartamudear.

Sé cuándo lo hizo.

Yo la vi.

Porque la verdad es que en aquella época ni Serena sabía darse placer todavía. Y bueno, yo estaba más que dispuesto a enseñarle, ayudando a la chica de diecinueve años a encontrarse en su propio cuerpo, donde ningún hombre había tocado. Si cierro los ojos, soy transportado directamente a aquel día, cuando entendí la razón de provocarla tanto. Cuando comprendí el motivo de devolverle siempre sus bromas.

—Tienes razón, pasó. Fue algo que no pudiste controlar; lo entiendo, Sese, lo entiendo de verdad.

Ella muerde su labio inferior antes de perder la paciencia y alejarse, cogiendo una almohada y lanzándomela.

—¿Por qué estás tan irritado? ¿Quieres tocarte otra vez mientras yo miro? O mejor, ¿quieres que te chupe hasta que te corras en mi lengua, Fresa? Si prefieres, puedo volver al baño y hacerme otra pensando en ti. ¡Imagina lo divertido que sería ese juego!

—¿No te da vergüenza decirme esas cosas, ordinario?

—Somos viejos enemigos. ¿Cuál es el problema de una buena guarrada entre enemigos?

—¡Logan, estás pasando los límites!

—¿Yo? —bromeo—. Creo que quien empezó fuiste tú por escuchar mi momento íntimo, excitarte con él y encima intentar provocarme cuando salí. ¡Qué crueldad, Serena Gatsby!

—¡Sal de mi habitación o voy a gritar! Quiero ver cómo explicas tu estado —señala mi cuerpo, aún sin conseguir ver la polla más rígida que una bala mientras la cubro torpemente con el brazo — en el cuarto de una mujer que no es nada tuya.

Nada mía.

Esta embaucadora ni siquiera es buena mintiendo. A la primera palabra que saliera de su boca, todo el mundo se daría cuenta de lo que intenta hacer. Esa conexión que existe entre nosotros solo no la ve quien no quiere, y Serena es la primera de esa selecta fila.

—Entonces me voy. Antes de que nos hagas pasar vergüenza —ironizo junto a la puerta, girándome para burlarme una vez más—. ¡Pero la próxima, déjame participar de la diversión!



Y hablando de ella…

No hay nada más divertido que contemplar a esta bella e intragable criatura después de lo ocurrido anoche. Serena y su preciosa y terrible cara de culo, una verdadera montaña de mierda.

—¡Buenos días, mi campo de Camelias!

—Cállate —responde, cerrando la puerta de la habitación.

—¿Vamos a desayunar antes de irnos?

—Ya desayuné sola. No soy como tú, un heredero holgazán y sin noción.

Me río de sus respuestas rápidas y afiladas e ignoro cualquier interacción con otras personas cuando entramos en el ascensor y ella, toda ceñuda, se aferra al bolso y al portátil, formando un escudo alrededor de sí misma.

—Ni siquiera me avisaste; eso me hiere.

—Si respondo el motivo por el que no te llamé, voy a parecer caprichosa. De hecho, ya parezco caprichosa cada vez que hablo contigo, y eso me irrita, porque tengo treinta años, no soy una adolescente.

Y no estoy haciendo nada del otro mundo. Me pregunto cómo reaccionaría si pusiera en práctica todos los pensamientos depravados que me asaltan cuando estoy con ella, y cómo sería la interacción si por fin dejara de lado los rencores del pasado e invirtiera en lo que no tuvo futuro en otra época.

—No me importa.

—¿El qué?

—Cómo parezcas. No me importa.

Mientras esté cerca de mí, que se joda.

Odiándome o soportándome, realmente no me importa. Con tal de verla bien y…

—Deja de mentir —se burla.

—¿Por qué crees que me importaría? Hablar contigo es divertido.

Se forma un surco entre sus cejas y levanto la mano, dispuesto a tocarlo, pero me controlo y la meto de nuevo en el bolsillo. Los dedos me hormiguean y comprimo los labios, acorralándome en el ascensor al proteger a Serena. Ella tiene la espalda apoyada en la pared y la cabeza casi contra mi pecho. El silencio se extiende por la pequeña caja metálica, mientras los pocos pisos que faltan parecen interminables.

¿Cuándo fue que esta mierda se volvió tan lenta?

Respiro y es la peor decisión que podría tomar, porque el perfume de hoy es distinto, tan profundo que se me impregna y me hace hiperventilar.

Su portátil nos separa y siento unas ganas inhumanas de arrancarlo, solo para rozar mi cuerpo con el suyo.

¡Maldita vida!

Intento controlar mi polla pensando en cosas horribles. Tal como estamos, si me pongo durísimo, Serena lo va a sentir.

Ella se remueve y yo apoyo las manos en el metal. Sin respirar, a punto de morir.

Las puertas se abren y suelto una bocanada de aire, sintiendo cómo el espacio pequeño se abre poco a poco en un gran vacío.

Por fin.

Pensé que nunca llegaríamos al maldito garaje.

Los escalofríos que me castigaron constantemente mientras estuve atrapado con ella dan una tregua y por fin puedo respirar con tranquilidad, sin ser inundado por una avalancha de sensaciones.

—No sé, es una locura —vuelve a decir Serena al subir a la camioneta.

Ha pasado tanto tiempo —o quizá fue cosa de mi cabeza— que ni recuerdo ya la conversación.

—No entendí.

—Lo de que no te importa cómo parezco. Debe ser porque estás loco.

Ah, eso.

Si dijera la verdad, ¿quién se asustaría más? ¿Ella o yo?

—Todos lo estamos. No existen personas cuerdas en el mundo.

—Contra los hechos no hay argumentos.

Empiezo a conducir, lanzando miradas rápidas en cada curva.

Observo a la mujer a mi lado maquillarse y reduzco la velocidad mientras se aplica los productos en el rostro. Cuando llega el turno del pintalabios, repito el proceso, intentando abstenerme de mirar esa boca carnosa, teñida de un rosa muy suave. Me la imagino pintada de rojo y alrededor de mi polla; casi me da un síncope.

Sería bueno que, por variar, dejáramos de discutir por cosas idiotas. Creo que ya ni siquiera hay razón para perturbarnos tanto. Y por más que quiera inventar excusas, el hecho es que pasar estos días con Serena puede ser mi única oportunidad de descubrir qué ocurrió hace diez años. La única forma de cerrar por fin ese capítulo que quedó abierto todo este tiempo.

En el fondo, no la confronté en Memphis por miedo a escuchar lo que diría.

Ese miedo ya no existe.

—Serena… —mejor decirlo de una vez que desistir.

Ya que estamos aquí, voy a aprovechar la oportunidad y que sea lo que Dios quiera.

Buen Señor, por favor ten piedad de mi alma y no permitas que la destroce. Prometo devolver el doble de todas las monedas que robé del diezmo de la iglesia cuando era crío… no, voy a triplicar, cuadruplicar, qué sé yo, ¡multiplicarlo por cien!

—Ni empieces.

—¿Qué te parece si proponemos una tregua? Yo no peleo contigo y tú no peleas conmigo. Pasemos estos días como si fuéramos viejos conocidos, sin provocaciones ni discusiones. Creo que ocho semanas respondiendo a cada frase sería agotador, así que quiero preservarme.

—¿Y crees que esa es una razón válida?

—¿Quieres un motivo mejor que ese? ¡Vamos a trabajar juntos!

Estoy jodido si no sigue la misma línea de razonamiento, porque cuanto más roce generamos, mayores son las probabilidades de dejarme llevar. Y no me haré responsable si en una de las discusiones la agarro del cuello otra vez y me la follo como una bestia salvaje.

—Yo voy a trabajar; tú eres un heredero acompañándome.

—Un detalle.

—Lo pensaré.

—Con cariño, por favor —bromeo—. No quiero tener que dormir con los ojos abiertos.

—Deberías, porque incluso con la tregua aún puedo agraciarte con las famosas bromas.

—¡No te atreverías a semejante hijoputez!

—¿Seguro?

Su tono deja claro que debo estar alerta todas las noches a partir de hoy; sin embargo, la única frase a la que realmente presto atención es que va a pensar en la tregua y, con eso, puedo avanzar varias yardas por día.

Cometo el error de volver a mirarla de reojo, admirando a la mujer a mi lado, que a estas alturas termina de maquillarse. Mientras la observo, lo único que pasa por mi cabeza es cuánto desearía que todo hubiera sido diferente entre nosotros.

Muy, muy diferente.



CAPÍTULO 32

Logan

Logan

Estas ocho semanas serán una prueba.
¿De qué manera? Queda la duda.

Si hubiera sido diferente, ¿cómo estaríamos ahora?

Me descubro pensando en eso mientras ella termina la evaluación de todas las casas en Gulf Shores y partimos hacia la ciudad más cercana. Como solo son dos, ni siquiera necesitamos

pasar la noche allí antes de seguir a la siguiente. El silencio en la camioneta es la cosa más extraña del mundo.

Cuando dije que quería una tregua, no me refería a tu voz.

—Tenemos que dormir en Jackson —es más una afirmación que una pregunta.

—Sí, creo que allí me voy a demorar.

—Genial. —Mi comentario atrae su atención y noto el error —. Genial que estemos en la misma página —rectifico.

Más silencio.

Es tan denso que podría tocarse.

—¿En qué ciudades sigue teniendo tu familia plantaciones de algodón? —pregunta, de la nada.

Recordar la imagen que ofrecen los algodonales me deja un nudo atravesado en la garganta. No recuerdo haber visto nunca nada tan hermoso y nada tan doloroso. Cuando papá murió, fue mamá quien lo encontró, y yo estaba con ella. La escena que quedó grabada en mi mente desde aquel día es aterradora. Rose Parrish, la mujer más fuerte que conozco, se desmoronó sosteniendo a su marido entre los brazos mientras yo llamaba a emergencias. Ella mecía el cuerpo de papá y le pedía que despertara, que lo necesitaba, una y otra vez. Su llanto desesperado rompía el silencio de los algodonales, resonando a lo largo de kilómetros, perdiéndose donde la plantación daba paso al bosque.

Ni el blanco suave, pincelado por el marrón de las pequeñas ramas, fue suficiente para aliviar el dolor que resonaba dentro de ella y viajaba hasta mí. Tanto que aquel día no lloré ni una sola lágrima. Parecía demasiado irreal, algo que jamás podría suceder. Siempre había mucha gente trabajando en las plantaciones, pero no aquel día, justo el día en que papá lo necesitó.

—En todas, excepto en Tusca y Birmingham —respondo tras un largo momento taciturno.

—¿En todas? No me preguntes por qué, pero pensé que a estas alturas serían pocas.

Asiento con la cabeza.

—Las teníamos en todas, pero después de lo de papá, mamá desactivó la rama del Grupo Parrish de Tuscaloosa y redefinió las funciones de la de Montgomery. Reubicamos al personal y pagamos los traslados. La mayoría quiso irse junto con la empresa.

Tomo una curva y me permito mirarla. Serena no muestra nada; fija la vista en el parabrisas, con las manos apoyadas en el regazo y las piernas estiradas al frente.

El cartel de nuestro destino ya es visible y lamento haber llegado tan rápido.

—Sí, lo recuerdo.

Claro que sí. Creo que no hubo un solo momento de mi infancia en el que Serena no estuviera cerca.

—Ella no soportaba ver algodonales. Cada vez que se topaba con uno, sus ojos perdían el color y tenía que apoyarse en alguien para no caerse. Creo que fue lo más sensato deshacerse de eso donde vivíamos. Por milagro, los ejecutivos lograron convencerla de no vender las acciones del Grupo y deshacerse de él por completo. Eso era lo que quería, pero el legado de toda la familia se habría perdido. Creo que lo que más pesó en su decisión fue recordar que mi padre amaba cuidar de las plantaciones y de la empresa.

—¿Y tú cómo quedaste?

La pregunta me toma desprevenido.

—¿Qué?

—¿Cómo te sientes en las plantaciones de algodón?

—Nunca volví a visitarlas.

—¿Ni siquiera siendo el CEO del Grupo Parrish durante algunos años?

—¿Cómo sabes eso? —Ella ya no estaba en la ciudad, no tendría cómo saberlo.

Claro que está Sam y sé que la visitó en Memphis, pero tratándose de Serena, dudo mucho que el tema haya sido yo. Además, cuando Sam volvía a Tusca y yo preguntaba —de manera muy disimulada— cómo estaba Serena, solo me respondía con frases como: bien, tirando. Y yo me consumía de curiosidad.

—Leo revistas y artículos en línea. —Sí, tiene sentido. Mucho sentido, sobre todo por la razón por la que me convertí en CEO—. Y te conozco, así que cada vez que veía tu nombre abría la nota para saber qué estabas tramando. Pensé que a esas alturas ya te habrías casado.

—¿Preocupada por que tuviera a otra, Sese?

Llené las horas de mis días con problemas y atenciones que no quería, todo para evitar pensar, todo para evitar pensar en ella.

Entonces, ¿cómo diablos iba a comprometerme con alguien?

—¡Idiota, claro que no!

Porque quien se casó al final fue ella.

—Si me hubiera casado, mamá se habría asegurado de que todo el país se enterara.

Habría sido la boda más extravagante de Alabama. Creo que ese es uno de los motivos por los que rechazo vehementemente esa idea.

—Tienes razón. Pero, por lo que veía en los artículos, te iba bien como ejecutivo. Aunque siempre pensé que odiabas eso. Cuando la gente sacaba el tema y aún éramos adolescentes, te las arreglabas para cambiar de conversación. No sé si todos lo notaban, pero yo sí.

El odio crea relaciones increíblemente profundas.

Y después de pasar años odiándonos, cruzamos la línea y entramos en un sentimiento desconocido. Fue así, sin aviso; simplemente ocurrió.

—A medida que nos hacemos adultos, hacemos cosas que no nos gustan.

—¿Es por tus años al frente de las empresas familiares que no consigues dormir?

Una vez más, Serena me lee como nadie. Quisiera entender cómo logra ser tan certera sin que yo haya dado ninguna pista.

—¿Voy a ser el tema de conversación? Así voy a revocar la tregua.

Me equivoqué de lleno al creer que pelear con ella era lo peor que podía pasar. Creo que Serena descifrándome es mil veces más jodido. Tan malo que si un tornado me arrastrara sería menos doloroso.

—Solo quiero entender qué te pasa.

—¿Por qué? ¿Acaso te importa? —escupo con una gran dosis de amargura; es más fuerte que yo. Me arrepiento tan rápido que enseguida agrego—: Perdón, no debería haber hablado así. Prefiero ser honesto cuando estemos más tranquilos… Y, Sese —sigo llamándola así; hoy no me ha insultado ni una vez—, ya que entramos en temas personales y fuiste tú quien preguntó primero por mis problemas, ¿puedo devolverte el favor?

—Me da igual.

—¿Por qué volviste a Tusca tan… apagada? Te conozco como alguien enérgica y llena de vida; fue un shock verte de ese modo.

Su suspiro es ruidoso, pesado, cargado de un enorme arrepentimiento aparente. Ver cómo su expresión se cierra y cómo tarda en responder me afecta tanto que machaco el volante con ambas manos, todo para no mostrar lo alterado que estoy.

—No apagada en sí, sino irritada. Estaba irritada. Aún lo estoy. Es deprimente cuando te entregas tanto a algo y, de repente, te lo quitan todo.

—¿Irritada?

—¿Podemos dejar esta conversación para otro momento? Preferiblemente por la noche.

—¿Vas a pensar qué puedes contarme? Si vas a adornar la verdad, prefiero que sigamos así.

—No lo haré; solo creo que necesito un poco de valor extra.

—Podemos cenar y tomar algo.

—Hecho. ¿Me vas a dejar en paz hasta entonces?

—¿Yo? Fuiste tú quien empezó, Serena.

Hace una mueca.

—Es verdad.

Y el tema muere ahí.

Aun así, paso el resto de la mañana pensando en el momento en que me topé con ella y me llevé una ducha de refresco. Su mirada cuando me enfrentó fue tan… distinta que, durante la semana siguiente, lo único que pude hacer fue buscar razones que llenaran los vacíos.

Me arriesgo a mirarla una vez más y la sorprendo contemplando el horizonte.

—No me mires así, es raro.

Sonrío. Raro es todo lo que siento cuando estoy con ella.

—¿Así cómo?

—Creo que es mejor no responder. Tu madre me dijo algo y tiene razón, así que prefiero evitar roces.

—¿Qué dijo esa descarada?

Aclaro que digo eso de mi madre con todo mi amor. Somos ese tipo de familia que demuestra cariño a base de insultos y entrometiéndose en la vida de los demás.

—Que mantuviera el cerebro al mando. No con esas palabras, pero eso quiso decir.

Tamborileo en el volante, evitando dirigirle la mirada.

—¿Y la vas a escuchar?

—Hasta donde pueda.



Acompaño a Serena en su trabajo, fascinado por su capacidad de ver negocio en el más mínimo detalle. Es tan esforzada que me pregunto cómo pudo construir la inmobiliaria, una verdadera corredora de éxito, con aquel exmarido imbécil y no darse cuenta de cuándo le robó todo. Una información que conseguí por mi cuenta, porque si dependiera de esa desgraciada, moriría en la inocencia.

¿Cómo fue capaz ese hijo de puta de…?

Mi instinto asesino es cruel e implacable y, si sigo pensando en eso, no dudo que recorra la distancia hasta Memphis en tiempo récord —otra vez— solo para enterrar de una vez a ese bastardo.

—¿Estás bien? —la voz de Serena sobresale.

—Sí, sí —repito, intentando convencerme.

—No tardaré mucho; solo quiero asegurarme de que no se me escape ningún detalle. Son las pequeñas cosas las que conquistan a la gente. Tú, por ejemplo, ¿qué es lo que te hace amar tu casa?

Paso la lengua por el labio inferior, mirando sus ojos.

—La tranquilidad. No tienes idea de lo ruidosa que es la granja —admito.

—Ah, sí la tengo. Es una buena razón para amar tu lugar. Es muy bonita, por cierto. Entré en la propiedad a curiosear porque me deslumbró la construcción en medio de la nada. Perdón por eso. No recuerdo haber pedido disculpas.

Hago un gesto con la mano.

—No tienes que disculparte.

Ella se detiene, baja la mano con la tableta a un costado del cuerpo. No sé qué ve en mis ojos, quizá una fracción de mis pensamientos más canallas, pero Serena retrocede a pasos furtivos sin notar lo que hay detrás de ella.

—¡Cuidado! —grito, pero pierde el equilibrio tras chocar la espalda contra la barandilla, agitando las manos en busca de apoyo.

Uno que no encuentra.

Mi corazón se congela otra vez, como en el galpón, y lo único que puedo hacer es exigirle el máximo a mi cuerpo para llegar a tiempo y atraparla. Los segundos se congelan y mi corazón deja de latir, esperando lo que viene después. Me aferro a un hilo de esperanza cuando agarro su mano izquierda y tiro de ella con fuerza, cayendo hacia atrás con el impacto de su cuerpo sobre el mío.

Serena cae encima de mí.

Mis manos atrapadas en su cintura… otra vez.

Durante unos segundos, apenas puedo creer que todo esté bien. Por un breve instante imaginé que no llegaría a tiempo. Por un breve instante pensé que iba a morir.

Nuestras bocas se rozan, sus pechos me presionan y la presión en zonas sensibles me hace deslizarme montaña abajo sin ningún equipo de protección. Si ella confía en que no voy a ceder, se equivoca, porque dejo que el deseo tome el volante y giro nuestros cuerpos, atrapándola debajo de mí.

—¿Qué crees que estás haciendo? —su susurro esparce el aliento caliente sobre mis labios.

—No lo sé, solo sé lo que siento.

Y bajo la boca, infiltrando la lengua en el calor húmedo de sus labios entreabiertos.

Suelto su cintura y entrelazo nuestros dedos.

Una especie de locura se apodera de mí y el beso se convierte en una entidad con deseos propios y un hambre

devastadora que no podemos saciar.

Escalofríos me recorren con el simple roce de su lengua, tímida al principio. Serena apoya las manos en mi rostro y el calor que chamusca la piel es tan bueno que me hace suplicar, pidiéndole que continúe, que se adueñe de cualquier rastro de vacilación. Porque cuando estoy con ella, vuelvo a ser ese hombre que haría cualquier cosa por amor. Cualquier cosa para, por fin, ser suyo.

Recordar cómo terminaron las cosas —o la falta de un cierre — me devuelve a la realidad, donde Gatsby me empuja, torpe, avergonzada.

Balbucea algo que no entiendo y se levanta, murmurando y frotándose las manos en la falda.

Hoy, al igual que en el galpón, perdí el control, y recuperarlo fue lo más difícil del puto mundo.

—Joder…

Me pongo de pie mientras Serena se da cuenta de la caída que habría sufrido. Casi se precipitó desde tres pisos directo al vestíbulo. Vislumbra el suelo de mármol de la planta baja y suspira, ignorando por completo el hecho de que nos besamos.

—¡Vas a acabar matándote! —me recompongo del golpe y de lo que sentí.

Veo en su rostro cuánto está afectada, pero se niega a admitirlo. El hecho es que, si no hubiera parado, el desastre habría sido inevitable.

¿Y por qué paré?

La pregunta me deja un poco perdido, ya que el día del evento la amenacé, le dije que huyera mientras pudiera y, sin embargo, quien acaba de huir soy yo.

Confundido.

Desorientado.

Necesitado.

—No vi que estuviera tan cerca de la…

¿Borde?

¿Muerte?

¿De cavar su propia tumba?

¿De conocer a Satanás antes de tiempo?

Son tantas palabras terribles que aprieto los dientes y cierro los párpados.

—Ten cuidado, solo… haz eso, por favor.

—Lo hago, el problema es que tú insistes en salvarme.

—¡Culpa tuya, que no paras de caerte!

No estamos hablando de su profunda capacidad para ser torpe. Ni de los accidentes que ocurrirían si yo no estuviera cerca. Y somos lo bastante inteligentes para entender ese hecho, no para evitarlo.



CAPÍTULO 33

Serena

Serena

Las buenas compañías generan grandes conversaciones.

Pasan dos días.

Después del beso, Logan desapareció, dejándome con la camioneta y un montón de trabajo. No llamó, no mandó mensajes, pero terminé topándome con su figura en una nota sensacionalista sobre una fiesta a la que asistió la noche anterior.

Solo no entiendo por qué se esforzó tanto en acompañarme si, al final, no era necesario, si tenía una fiesta a la que ir. Una fiesta a la que ir con alguien.

Bebe está a su lado. Con un vestido rojo preciosísimo, con un escote que desciende majestuoso hasta el ombligo.

¡Cielos!

¡Qué mujer tan maravillosa!

En el título de la nota —totalmente tendenciosa— las palabras me devuelven a la realidad:

¿El emperador de Alabama encontró a su emperatriz?

Bajo la página y, al leerlo todo, veo a qué fiesta fueron.

Fui a la edición del año pasado; solo no sabía que a Logan le gustara ese tipo de cosas. Bailes de gala, llenos de pompa.

Leo algunos párrafos más y me topo con un nombre que no quería encontrar.

Ese imbécil también fue.

Eso no arruinaría mi humor si no buscara en el maldito navegador y viera tantas fotos de Logan con Bebe que se me revuelve el estómago. La sonrisa en la cara de ese idiota que ni siquiera me avisó que no me acompañaría en las siguientes visitas me enfurece tanto que cierro la pestaña de golpe, queriendo olvidar lo que acabo de ver.

Para atormentarme, mi celular anuncia la llegada de un mensaje:

¿En qué ciudad estás ahora?

Es él, mi infierno particular.

Tardo en responder —todo el día, para ser más precisa— y cuando lo hago, estoy preparada para leer alguna queja suya. Pero no es lo que recibo; solo un simple: *voy para allá*.

Después de disfrutar de una fiesta mientras yo trabajo como una condenada, ¿le parece justo simplemente… venir? En serio, tengo tantas ganas de estrangular a Logan que voy a romper la maldita tregua en cuanto ponga los ojos en él.

Está jugando conmigo.

Manipulando mis emociones.

Quemando la razón.

Y cada vez que pienso que no puedo dejar que el corazón mande en la ecuación, es exactamente él quien aparece.

Niego con la cabeza y vuelvo a mirar la quinta casa del día. Logan no es importante, no en mi situación actual. Con quién vaya a una fiesta cuando debería estar conmigo tampoco lo es.

¡Mierda! —pienso al tropezar con una tabla suelta. La fulmino con la mirada, como si el objeto roto tuviera la culpa de ser así. Como si yo tuviera la culpa de haberme vuelto tan reticente, fría, calculadora y distante. No quiero apostar de nuevo, no quiero perder. Recordar el último año y todos los problemas me hace llorar a solas, tan solitaria como una única flor viva en un campo de camelias quemadas.

¡No.tienes.tiempo.para.sentimentalismos, joder!

Me seco las lágrimas y vuelvo a contemplar la entrada de la mansión, anotando que el porche está un poco corroído por el tiempo para pasarle la información a Logan.

Ese maldito.

Y otra vez me arrastran a la imagen que, desgraciadamente, mi excelente memoria se encargó de grabar. Lo único que no me hace estallar del todo es no haber visto ninguna intimidad entre ellos, más allá del brazo entrelazado y las sonrisas, claro.

—¡Olvida ese asunto! —reprimo la curiosidad y abro la puerta de entrada con la clave anotada en el dossier.

A medida que recorro los ambientes, destaco los puntos fuertes del lugar. Y, a decir verdad, muchas personas pueden

encontrar mi trabajo algo… aburrido, visitando casas y más casas todos los días, pero lo cierto es que cada construcción tiene un encanto único y refleja la personalidad de quien la creó. Esta, por ejemplo, grita que quien vivía aquí era un apasionado de Grecia y de los lienzos en blanco, dada la pintura blanca y el mármol Blanco Thassos por todas partes. Incluso la escalera central lo tiene como acabado.

El espacio abierto entre el salón y la cocina, amplio y despejado, sin demasiados muebles, realza la refinada isla de una sola pieza de mármol Calacatta.

—Quien construyó esto tenía un presupuesto generoso… —divago.

Es una mansión increíble.

Y las ocho suites, incluida la suite principal con vista a las montañas, aumentan su atractivo.

Tomo las fotos y abro el portátil, armando el anuncio. Los pondré a rodar solo después de revisar todas las propiedades. Y si tengo suerte, recibiré ofertas en algunos días. Así que, descontando el tiempo que necesito para visualizar cada una, me quedan cuatro meses para trabajar y ganar la apuesta con Rose Parrish. Al cumplir mi palabra, reconstruir mi nombre y consolidar mi cartera de clientes será solo una consecuencia.

—¿Serena, estás ahí? —la voz de Logan resuena en el área común.

—Aquí arriba —respondo, intentando no pensar en él y en Bebe, empujándome al límite para no preguntarle en el segundo en que lo vea qué hacía con ella.

No me interesa.

Repítelo conmigo, Serena: ¡no me interesa!

¿Y qué si te besó? Si no tiene nada con ella ni nada contigo, todo no pasa de… algo que ocurrió. No algo incorrecto; simplemente

ocurrió y ya. Somos dos adultos que pueden divertirse sin compromiso.

En su caso.

Yo ya tuve mi cuota de desplantes; creo que es mejor quedarme sola.

Los hombres son una mala raza y los vibradores hacen el mismo trabajo que ellos, con la diferencia de que no tenemos que escuchar frases como:

Ella fue quien me sedujo.

Iba a contártelo.

Estuve con ella, pero a quien amo es a ti.

Los vibradores no forman palabras; su único sonido es el de la vibración. ¡Una vibración deliciosa!

—Perdón por desaparecer estos días, tuve que ocuparme de algo.

Perdón por desaparecer también es una frase típicamente masculina, igual que: *no respondí anoche porque me quedé dormido*. Todo el mundo sabe que es mentira.

—Bebe, imagino.

Levanto la cabeza y me quito las gafas de lectura para ver a Logan con claridad. No parece culpable ni arrepentido.

—¿Cómo lo supiste?

—Lo vi en una nota. —Me encojo de hombros, evitando dar a entender que me importa lo que haga con su vida.

—Perdón.

—¿Por qué? —pregunto seria, al terminar de teclear el anuncio.

Antes lo hacía todo sola, pero con el crecimiento de la inmobiliaria en Memphis, delegué funciones. Así que recomenzar y volver a hacerlo todo, desde la captación hasta el marketing, es un

poco desafiante, pero no imposible. Ya lo hice una vez. Surgí de la nada y me hice gigante; puedo repetir el éxito.

—Por dejarte plantada.

—No te imaginas la paz que fue poder trabajar sola, sin que estuvieras diciendo un montón de tonterías.

—¡Eso me rompe el corazón! —dramatiza, poniendo una mueca falsa.

Sigo tan fría como una cámara frigorífica.

—Debiste divertirte mucho; no finjas que te habría gustado estar aquí.

Logan se apoya en el marco y sonríe. Frunzo el ceño, tratando de entender por qué ese canalla parece tan feliz.

—No te pongas tan celosa; podría gustarme eso.

—¿Celosa de ti? Por favor, Logan.

—¿Estás preparada para oír algunas verdades?

—No tengo nada que temer.

—No tú; yo sí. Aquel día en que te ofrecí el control de las propiedades lo hice, ante todo, por conocer tu capacidad, pero mi segunda motivación no fue nada honorable. ¿Recuerdas lo que estabas haciendo cuando llegué a la inmobiliaria?

Tiro de la memoria.

—¿Intentaba captar a un cliente?

—Sí. Ese día sentí celos, Serena. Por eso entré de ese modo y fui directo al grano. No es tan extraño admitir lo que sentiste de verdad, ¿no crees?

—No pensé que fueras capaz de mentir.

—¿Por qué mentiría?

—Para jugar conmigo.

—Me conoces lo suficiente como para saber que jamás jugaría contigo. Que nunca, bajo ninguna circunstancia, te diría algo

que no fuera verdad.

—Pero aun así me dejaste sola y avisaste por mensaje que tenías que resolver un problema y, en el fondo, fuiste tras otra mujer. Incluso después de… —evito mirarlo y me alejo para continuar— déjalo, no importa.

Se acerca.

Escucho sus pasos provocando temblores en mi mundo.

—Yo creo que sí es celos.

—No; es responsabilidad. Prometiste verlo todo conmigo y no pareces dispuesto a cumplirlo.

—No hice ninguna promesa. Solo dije que viajaría contigo. Pero hay una razón por la que hice lo que hice y, sobre todo, por la que me alejé después del beso. Sé que no pudiste hablar por sentirte débil y por haber caído en la tentación. Sin embargo, es la misma forma en que actuaste después del evento —hace una mueca antes de decir— roba-maridos y de lo que ocurrió. Debes tener idea del motivo por el que huí, Sese; eres muy inteligente. La mujer más inteligente y decidida que conozco. ¿Es tan difícil? —pregunta, deslizando los dedos por mi cabello.

El contacto electriza mi cuero cabelludo y irradia un hormigueo por la espalda.

—¿Y ya le pediste matrimonio?

—¿De verdad crees que quiero casarme con ella?

—Es lo que da a entender.

—No, no es eso lo que doy a entender, Serena —susurra en mi oído, perturbador—. ¿Sabes qué habría pasado si me quedaba cerca de ti, sin tiempo para respirar y descargarme en otra cosa?

—De ninguna manera.

—Mentirosa. Una hermosa mentirosa. Si me quedaba, no podría alejarme de ti, no podría evitar follarte. ¿Eso es lo que quieres? Juro que estoy intentando contenerme por miedo a que aún estés afectada por la ruptura, con temor de preguntarte si

todavía amas a ese hijo de puta. Tengo miedo, Serena. Un miedo de la hostia. Pero si de verdad lo quieres, no hay nada que nos lo impida.

—¿Ni siquiera Bebe?

—Podría haber dejado que el malentendido se alargara un poco para verte celosa, pero la verdad es que no tengo nada con ella. Nunca lo tuve ni lo tendré. Bebe es mi prima, por parte de madre. Nos visita de vez en cuando.

—Nunca la había visto.

—Mi tía no mantenía contacto con mamá. Volvieron a entenderse recientemente.

—Estaba coqueteando contigo.

—Porque se dio cuenta de que estabas celosa y quiso ayudarme.

—¡MENTIROSO DESGRACIADO! —suelto de repente, girando sobre los talones, furiosa por haber sido engañada—. ¿Toda esa mierda no fue más que una actuación?

A estas alturas, Logan se ríe.

Desliza el índice por mi mejilla y me mira con ternura; un sentimiento tan distinto emana de él que me siento mareada y abrumada.

—Es casi imposible acercarse a tu corazón. No dejaste ni esto —muestra el índice y el pulgar— para que pudiera acercarme. Esperaba que lo admitieras, sobre todo cuando hablé hace unos minutos, pero eres dura de roer. La carne más vieja de la carnicería.

—¿Me estás comparando con un pedazo de carne? —me indigno.

—No, Serena, no es eso lo que quise decir… —empieza a disculparse—. Fue solo una expresión; lo sabes. —Se calla al percibir la falsedad estampada en mi rostro.

Logan levanta la mano y sacude el índice.

—Tramposa sinvergüenza.

—Recuerdo perfectamente haberte oído decir que eso fue lo que te encantó de mí.

—Las sentencias de hace diez años no tienen el mismo peso ahora.

No, no lo tienen.

Y por unos instantes me permito creer que el pasado tampoco pesa tanto. Por eso acelero las cosas y pregunto de una vez qué va a pasar, antes de que la conversación derive hacia un terreno distante del verdadero sentimiento que impregna cada centímetro de mi cuerpo.

Quiero estar con Logan.

Quiero volver a saborear lo que es desvanecerme en sus brazos.

Y él también. Al fin y al cabo, me besó, ¿no?

—¿Y a partir de ahora cómo va a ser? —hago la pregunta del millón.

El deseo que flota entre nosotros es tan visible que cualquiera podría notarlo. Y el hombre a mi lado no lo ignora; al contrario, lo alimenta, como si echara combustible a las brasas.

—Siempre fuiste muy directa.

Logan se ríe.

—No evites el tema. Porque si sigues besándome, van a pasar cosas terribles.

—¿Como qué?

—Que te ataque sexualmente.

—Digo con absoluta convicción que no me importaría.

—Ese es el problema, Logan.

—¿Que no te importe?

—¿Dónde crees que terminaríamos?

Sujeta mi rostro y prolonga el contacto visual.

—Creo que ese no es el punto cuando, en realidad, lo que quiero es empezar.



CAPÍTULO 34

Serena

Serena

El pasado se convierte en el presente.

¿En serio este es el modo en que quiere empezar?

Por mí, era solo follar y lidiar con el resto. ¿Probable arrepentimiento? Quién sabe decirlo. Pero, cuando conversamos por la tarde, una cita por la noche no era algo que yo imaginara que propondría. ¿Para qué postergar?

Tomo el bolso y reviso mi imagen una última vez.

El mono vaquero que llevo no es precisamente algo sensual. Pero… es Logan y no creo que se fije en eso. La inseguridad amenaza con tejer sus comentarios mentales; aun así, la bloqueo enseguida. No puedo escuchar paranoias esta noche. No cuando el nudo en el estómago ya es suficiente para ponerme nerviosa y sin saber qué hacer.

Tendré una cita con Logan Parrish.

Logan… Parrish.

Dios mío, el calor que siento derretiría mantequilla en pleno invierno. Joder.

Paso la mano por el vaquero otra vez, la milésima de la noche.

Camino de un lado a otro desde hace unos cuarenta minutos, intentando evitar que mi estómago viaje al Polo Norte y que el vientre irradie tanta tensión como un esquiador a punto de lanzarse por la montaña más alta que ha visto. Mierda. Aún estoy a tiempo de desistir; creo que será mejor. Acepté esta payasada en pleno pico de celos y deseo, y todo el mundo sabe que esa es una combinación peligrosa, más peligrosa que mil bombas nucleares almacenadas juntas.

Tienes que trabajar, Serena, no tener una cita —me reprocho.

Sería sensato desistir. Mucho más sensato.

—Serena —la voz de Logan se impone tras la puerta de madera—, no pienses en dejarme plantado aquí fuera; llevo tan quieto tanto tiempo que dentro de nada encontraré petróleo en el fondo de la tierra. Y ni siendo un Kingston llenaría tantos barriles como voy a llenar si me dejas aquí un rato más. —Me cubro la boca y contengo la carcajada.— ¿Me oíste?

—¿Y cómo no oírte con tus gritos en el pasillo?

—Genial. Si oíste mi paja, lo mínimo es que oigas lo que digo ahora. Y puedes salir; no voy a correr ni a asustarme.

—¡Idiota! —replico.

—Solo para aliviar el ambiente.

—¿A dónde vamos?

—Sinceramente, si salimos esta noche y no mañana, ya ganamos.

Pongo los ojos en blanco. Su impaciencia me vuelve impaciente.

—¿Puedo echarme atrás?

—Puedes, pero no quieres; créeme.

Me siento en la cama y miro las botas, aún dudando si son la mejor elección. Cuando nuestras familias se enteren, será un caos, un desastre natural. El mismo miedo que tuve hace diez años me corroe y esparce un sabor amargo, a hiel.

—Logan, yo… —empiezo, dispuesta a desistir.

—No. Es solo una oportunidad; no te va a matar.

Él no sabe decir eso.

Cuando salí de Tuscaloosa, esa fue la sensación: morir poco a poco mientras dejaba atrás todo lo que amaba. Cuando conocí a Jonah, después de cinco años en Memphis, me aferré a él y a la sensación de tierra firme, de tener por fin una base para desprenderme del pasado. Creo que el hecho de que fuera diez años mayor y me mostrara un camino influyó en mi decisión. Pero no logré dejar el pasado en su sitio.

Y por eso afronté su traición de una manera tan… extraña, enfadándome más porque robó el patrimonio que construimos juntos. En el fondo, sentí que tuve lo que busqué: un puñado de arena para tapar un agujero que, con la lluvia, volvería a aparecer.

En lo más hondo de mi ser, me sentía culpable porque, de otro modo, yo también lo usé.

Qué mente jodida y amargada.

Justifiqué casarme con Jonah porque sería más pacífico. Justifiqué casarme con ese trasto —antes del matrimonio no se mostraba así— porque representaba la seguridad de un lugar tranquilo, un atardecer de otoño, ni muy caliente ni muy frío. No me quemaría si me quedaba con él; no moriría congelada cuando llegara el invierno, y estar en un término medio me parecía lo mejor.

Con Logan…

La sensación era orbitar alrededor del Sol, lo bastante cerca como para arder viva. Y, al mismo tiempo, al segundo siguiente, enfrentarme a la temperatura helada del espacio sideral. El sentimiento con él es inconstante, aterrador e imprevisible.

—No pienses tanto; solo abre la puerta —dice, golpeándola, y suena un poco cansado, en voz baja.

Respiro hondo y hago lo que pide.

Contrario a lo que imaginé, no está frente a la puerta, sino apoyado en la pared; un pie respaldado en ella, los músculos de los muslos ligeramente flexionados y la cabeza baja, con el rostro completamente oculto por el sombrero de hoy. Color tierra. El color que más ama. Nunca me detuve a pensar que también es el color del tallo de los algodoneros.

Está tan inmóvil que carraspeo para llamar su atención.

Parrish levanta la cabeza despacio y, al verme, sus ojos se abren, brillando como dos esferas incandescentes.

—Caramba… estás… estás… —Logan se quita el sombrero y se rasca la nuca.— Estás… demasiado linda, Sese. De verdad, muy linda. —Repite la frase tantas veces que me arranca una sonrisa.

Oír un elogio tan sincero acaricia mi ego.

—Tú también.

El vaquero de lavado claro es ligeramente holgado, pero no deja de resaltar los muslos torneados, mientras la camisa verde musgo intenta amoldarse a los músculos imponentes de sus brazos.

Logan es tan fuerte que su presencia dominante es imposible de ignorar.

—No tanto… —me señala.— Si hubiera sabido que saldrías tan linda, al menos me habría esmerado más para estar a tu altura. —Sonrío y niego con la cabeza, incrédula.— En serio, me quedé sin palabras, Serena. Eres la mujer más hermosa que he visto.

Eres la mujer más hermosa que he visto.

Lo dice con tanta naturalidad, sin percibir el peso de la frase. Es el mismo tono que usó cuando dijo que soy la mujer más bonita de Dixieland. Y joder, puedo acostumbrarme a eso.

—No exageres, Logan; ya conseguiste lo que querías, no hace falta seguir elogiando. Es solo un mono vaquero.

La forma en que evalúa mi cuerpo, con la lengua asomando en la comisura, dice lo contrario.

—¿Existe un límite para cuánto puede elogiar un hombre a una mujer?

Logan

Tu mujer.

Es lo que pienso, pero digo *una mujer* para no asustarla.

De más joven, comparaba a Serena con un toro —que nunca lo sepa—, porque cuando se siente amenazado, su instinto es avanzar para defenderse, al mismo tiempo que contempla huir. En muchos momentos se puede ver la duda flotando en los ojos animales; y cada vez que veo a Sese a punto de tomar una decisión, es ese conflicto lo que percibo.

—Supongo que hasta que se canse de ella.

El amargor en su tono me hace apretar la mandíbula. *Cansarse* es una palabra miserable cuando se usa para referirse a personas. No existe esa mierda; no es más que una excusa de gente imbécil.

—No hagas comparaciones estúpidas.

—Fácil para ti decirlo.

—Yo me comparé mucho. Fue lo que más hice hace tres años.

—¿Tres años?

Se queda en silencio. El silencio cae entre nosotros como el ancla de un barco. ¿Será que Serena calcula lo que acabo de decir? ¿O se niega a ver lo que tiene delante de los ojos?

—Sí.

—¿Te involucraste con alguien? —No suena celosa ni curiosa; es solo una pregunta normal, de alguien que me conoce desde hace mucho.

—Salí con varias personas y me involucré con la mayoría.

—Vaya… ¿y no encontraste a nadie con quien casarte?

—Gracias, Serena, ¡qué bonito decirlo! —gruño y entro en el ascensor, manteniendo el brazo extendido para impedir que la puerta se cierre mientras ella entra.— Simplemente no quise casarme; ¿cuál es el problema? ¿Y tú, por qué te casaste?

—Inmadurez y un poco de miedo. En ese momento necesitaba sentirme segura, tener una base, ¿entiendes? Puedo encontrar mil razones por las que dije que sí; solo no sé si serán convincentes. En los últimos días empecé a creer que Jonah, en realidad, me hizo un favor, o me habría acomodado sin ser realmente feliz durante muchos años.

Su sinceridad me parte en dos. Porque, así como ella tiene arrepentimientos, yo también. Las actitudes de Serena fueron coherentes con ella, del mismo modo que las mías lo fueron

conmigo. Ser humano es tener fallos y más fallos, y la mayoría no tiene ningún sentido.

—¿Quieres decir que ya no sientes nada por él?

—No, no siento nada. Ni siquiera sé si alguna vez lo amé de verdad; creo que, como mucho, estuve encantada. Me habría dado cuenta al empezar a involucrarme si hubiera tenido la experiencia que tengo ahora.

Ni siquiera sé si alguna vez lo amé de verdad…

¡Joder!

Coros angelicales cantan en mi cabeza mientras usan mi corazón como tambor.

—¿Segura?

—¿Quisiste salir conmigo para hablar de otras personas?

—No; solo quiero entenderte. Porque la Serena que se fue de Tusca no fue la misma que volvió.

—Nadie sigue siendo la misma persona después de varias decepciones. —Sí, lo sé mejor que nadie.— Y, sinceramente, fracasé… eso es lo que más me irrita. Creo que me sentí fuera de lugar por el hecho de haber tenido éxito y luego que me lo quitaran todo, como si no hubiera hecho nada.

—Consideras el fracaso como algo malo. Si lo miras desde otro punto de vista, el fracaso no es más que una oportunidad de empezar de nuevo. Es el destino diciéndote que tomaste una entrada equivocada, pero que más adelante aún hay un retorno para ir por el camino correcto. Retroceder y replantearse no es fracasar, Serena; es tener la sabiduría de seguir buscando.

—Es una buena definición; lástima que no funcione en la práctica y yo siga sintiéndome una mierda.

—¿Has probado la terapia?

—Agendé la primera sesión para la semana siguiente a nuestro regreso.

—Eso ya es un excelente comienzo.

—¿Y la tuya, la agendaste?

Abro la puerta de la camioneta, espero a que entre y rodeo por delante para sentarme al volante.

—Te sorprenderá lo que voy a decir, pero sí. La hago en línea, con una de las profesionales que me recomendaste. Si elegimos a la misma, será mejor cambiar, porque pienso hablar muy mal de ti —bromeo.— En realidad, ni sé si atienden a personas con vínculos, por cuestiones éticas, claro.

—¿Tenemos uno, Logan?

—Que alguna entidad sobrenatural se lleve mi vida ahora mismo si no lo tenemos.

Serena ríe y enciende la radio. Empieza a sonar una música que no conozco.

Es tan bueno estar así con ella; me recuerda días que no volverán, cuando lo único que nos preocupaba era en qué cafetería íbamos a comer.

—¿Cómo fueron los últimos años? ¿Hiciste algo distinto, además de ser el todopoderoso del Grupo Parrish?

Me remuevo en el asiento.

—¿Sinceramente? Tu vida fue mucho más movida que la mía. Incluso tuviste un programa de televisión.

Ella y el desgraciado participaron en un reality donde filmaban sus rutinas de trabajo y algunos momentos personales, además de varias peleas del elenco. Admito que fue como hurgar en la herida verla tan íntima con otro tipo; aun así, en aquella época yo era capaz de todo por ver a Serena, incluso torturarme en el proceso.

—No me digas que veías los episodios.

—No me perdía ninguno. Hasta a mi madre le gustaba.

—Bueno saberlo.

—¿Y por qué lo cancelaron?

Suspira, como quien ya se resignó.

—El contrato era de la pareja; no podíamos hacer el programa por separado. Cuando pedí el divorcio, todas las publicidades se cancelaron y me cobraron una multa que tuve que pagar. En parte, ese es el mayor motivo por el que ahora no tengo tanto dinero.

—Ni para eso sirvió ese inútil.

—Quería seguir casado y mantener a la amante, solo por la apariencia y por la cantidad de dinero que perdería. Cuando lo confronté, me pidió que siguiera en casa, que se encargaría de que nadie supiera del affaire. Según sus propias palabras: *tú eres inteligente y te necesito; ella es bonita y me satisface mucho más. Así que quiero la mente de una y el cuerpo de la otra.*

Me río de rabia, desahogando el odio sepulcral que consume todo lo que siempre creí ser: un hombre frío, calculador y hasta manipulador. Cuanto más escucho, más ganas tengo de volverme un animal salvaje, sin dudar, solo para silenciar al fantasma que osó quebrar su confianza.

—Si hubiera sabido esto antes…

—No tiene nada que ver contigo.

Estoy tan furioso al sentir cómo se mina la confianza de Serena, como si incluso estar conmigo fuera algo que no cree merecer, que digo:

—Dime algo, capta mi atención… —aprieto la mandíbula y digo entre dientes—, por favor. Antes de que pase algo malo.

—¿Algo malo? —suena asustada.

Del tipo girar el volante e ir a enterrar a ese miserable. Ahora de verdad, no figuradamente como hice en la fiesta.

—¡Sese! —imploro, con una nota de clamor que resuena en el espacio cerrado.— ¡Dime cualquier maldita cosa que no me haga querer acabar con la vida de alguien!

—¿Quieres saber por qué me fui de Tusca? —Sus palabras abruptas convierten el aire de mis pulmones en agua. Fría, helada.

Y de repente siento que vamos a adentrarnos en un camino que no quiero recorrer. Un camino que será tortuoso.



CAPÍTULO 35

Serena

Serena

¿Qué tendremos para cenar?
Sopa de verdades con postre de arrepentimiento.
¿Y después?
La mejor parte.

—¡Cielos! No era eso lo que quería, pero supongo que sirve.

Observo cómo los nudillos de sus dedos se vuelven cada vez más blancos y la tensión irradia de su cuerpo, helándome el estómago.

Logan aún no entiende por qué me fui y estoy a punto de asumir algo que me ha hecho rumiar los caminos que tomé desde entonces. ¿Y si me hubiera quedado? ¿Y si hubiera hablado con él? ¿Y si hubiera abandonado el miedo? Creo que esas preguntas son las más peligrosas que podría hacerme, porque sus respuestas siempre serán desconocidas.

Así que… miro al único hombre en todo el maldito estado de Alabama por el que no puedo interesarme, por el que no puedo sentir nada más, únicamente por haberlo abandonado sin explicación, sin un motivo razonable. Al menos, no visto desde atrás con la madurez que tengo hoy.

—¿Serena? —rompe el silencio, intentando sacarme de la inercia que se apodera de mis cuerdas vocales.

Y, de pronto, la duda me corroe.

Creo que es mejor no decir nada. Mejor no tocar asuntos dormidos y removerlos con brasas calientes. Nada bueno puede salir de ahí.

Suspiro y miro la carretera, mordiendo el labio inferior.

—¿Quieres hablar del tiempo? —comento al mirar al cielo, en un intento de cambiar de tema.

Su mirada me evalúa por completo y un calor inquietante me golpea, con la tensión erizándome el vello, uno a uno.

La presencia de Logan me aflige en la misma medida en que devuelve vida a la mujer adormecida por la decepción.

Pero él también va a decepcionarse.

Yo no lo elegí.

Elegí a alguien en su lugar.

Y durante varios segundos lamento esa decisión estúpida e irreflexiva, porque no consigo dejar de preguntarme si él sería capaz

de traicionarme si estuviéramos juntos. Algo me dice que no. Algo dentro de mí grita que Logan Parrish, cuando es de alguien, para él solo existe esa persona.

—Si empezaste, tienes que continuar —dice con un tono serio que me asusta.

Ni siquiera sé por qué saqué el tema.

—Estaba bromeando. No tengo nada que decir.

—Gatsby, no hagas eso. No me dejes a oscuras.

—Logan, creo que es mejor no remover el pasado. Ocurrió como debía ocurrir y ya no puede definir nada.

—Pero puede explicar.

—Algunas explicaciones están hechas para permanecer en la sombra.

—Empecemos de otra forma, entonces. Creo que acabarás contándomelo y cuanto antes dejemos esta etapa atrás, mejor será el presente.

—¿Cómo así?

—¿Sabías que te queda preciosa la jardinera vaquera? —Logan apoya una mano en el marco de la ventanilla abierta, sujetando el volante solo con la derecha—. Aunque creo que estarías preciosa incluso con un saco de pan. Tienes un tipo de belleza que reluce, Gatsby, y siempre me golpea la luz que emanas, como si estuviera hecha para deslumbrarme y colocarte en cada maldita terminación de mi cuerpo.

—¿Cuándo me viste con jardinera, además de hoy? ¿Y qué tiene que ver eso con nuestra conversación?

—Nada, por eso lo dije. Te vi usándola unos días después de llegar a la ciudad. Me pareció interesante, pero parecía una armadura, una armadura en la que te metiste para soportar los comentarios malintencionados.

Algo en mi pecho se expande al darme cuenta de que oyó todo lo que dijeron sobre mí. Es una mezcla de vergüenza y miedo,

de que no me considere tan digna de atención como yo lo considero a él.

Y, maldita sea, recuerdo de qué día habla. Del día en que reuní valor para entrar en la cafetería a la hora del desayuno.

—Estaba pintando el local y necesitaba mucho un café —comento, recordándolo vagamente.

—Fueron dos cappuccinos.

—¿Seguro? Juraría que pedí café.

—Ah, estoy muy seguro. Ese día pediste dos cappuccinos y el camarero se hizo un lío al registrarlos en el sistema porque no dejaba de mirarte y de pensar que eras la mujer más hermosa que había visto. Incluso con la jardinera manchada de pintura. Me pregunto cuál habría sido su reacción y cuál la mía si le hubiera prestado atención. Alguien habría salido muerto de allí y no habría sido yo.

Suelto una risa sarcástica.

—Tú me odiabas… quiero decir, me odias. Y ni siquiera te vi allí.

—Porque no podías mirar nada que no fueran tus pies.

—¿Por qué me cuentas esto? —pregunto, sin saber si quiero oír la respuesta.

Cuando se trata de ese hombre conmigo, nunca lo sé. Es como apostar en una ruleta rusa: puedo perder o ganar mucho. El problema es que las probabilidades de perder siempre son mayores.

—No sé, solo pensé que sería mejor empezar la noche exponiéndome yo primero. Soy un caballero —intenta disimular el nerviosismo con una risita al final.

—Un Parrish siempre necesita un motivo.

—Y no debería estar cerca de ti; sin embargo, mira dónde estoy.

—Te gusta romper las reglas.

—A ti también, si mal no recuerdo.

Se me enciende todo el rostro y fijo la vista en algún punto más allá de la ventanilla, en el paisaje seco y con pocas construcciones a lo largo de la carretera, que a estas alturas parece infinita.

—Nacer en esa ciudad aburrida nos hace así.

—¿Por eso te fuiste? —Hay cierta tensión flotando en la pregunta, casi como si no quisiera oír la respuesta.

—Qué sutil eres —refunfuño—. Ni noté que llegábamos al tema que iba a tocar al principio.

Logan se ríe.

—Gracias, lo tomaré como un cumplido.

Más silencio.

Y una extraña sensación de valentía y arrojo que no sentía antes.

—¿De verdad quieres saberlo, Parrish?

—Dispara. Estoy preparado para cualquier locura que salga de tu boca.

Entrelazo los dedos en el regazo, con el sudor frío extendiéndose por las manos y volviéndolas resbaladizas. Estoy tan aprensiva, tan preocupada por lo que pensará de mí, que apenas encuentro las palabras, ya en la punta de la lengua. Se me enredan mientras mis cuerdas vocales se niegan a formarlas y a emitir sonido.

No pensé que sería tan difícil.

No pensé que algún día volvería y tendría que enfrentar la verdad.

Pero aquí está, y acaba de abrir la puerta.

—Me fui porque empecé a gustar de ti, y nada podía evolucionar entre nosotros por la guerra de nuestras familias —omito la verdad que va más allá, pero lo principal es eso—. No sé si lo

recuerdas, pero en esa época las cosas estaban terribles. Siempre fue así, pero en ciertos años parece que la pelea empeora.

Detiene la camioneta y me mira como si acabara de decir una barbaridad.

—¿Qué has dicho, Gatsby?

—Que las cosas estaban…

—No, al principio. ¿Qué dijiste?

Me sonrojo. Es hasta patético que una mujer como yo, que ya estuvo casada, se sonroje por la forma en que un hombre me mira.

—¿Que me fui porque me gustabas? —digo en voz baja, con un tono medio dubitativo y apático.

La velocidad con la que Logan endereza la postura sin apartar los ojos de mí es mareante. La forma en que sus labios se mantienen en una línea y sus cejas se fruncen mientras intenta comprender lo que acaba de oír es absolutamente sexy.

—¿Hablas en serio?

—Tenía miedo de lo que eso causaría, de cómo reaccionarían nuestras familias y, sobre todo, tenía miedo de cómo te sentías tú. Estaba lo bastante enamorada como para que aquello me destrozara. Éramos jóvenes, inmaduros, y marcharme fue la única forma que encontré de no querer estar desesperadamente contigo. Si seguía, quedaría presa de lo que sentía —todo sale en un torrente, sin darme tiempo a respirar—. Además, te vi hablando con aquella chica, la que solía gustarte en el instituto, y le dijiste que salías con alguien, pero que no era nada serio. Eso me hizo sentir insegura y tomé la decisión que me pareció más coherente en ese momento.

Logan niega con la cabeza, incrédulo.

Es el único instante en que muestra insatisfacción desde que nos reencontramos.

—Estás bromeando conmigo, ¿verdad? Dime que estás bromeando conmigo, Fresa —niego con la cabeza y él se ríe, molesto—. No puede ser, no hay forma. Solo dije eso porque ella sospechaba y tú me decías todo el tiempo que no lo dejara ver, que nadie podía saberlo. ¿De verdad crees que no sentía nada más profundo por ti? ¡Por favor! Demostraba la verdad cada vez que te veía. ¿Por qué crees que di largas cuando hablaba con ella? Mi mayor miedo era que alguien lo descubriera y tú decidieras terminarlo todo. Para no perderte, habría hecho cualquier cosa, incluso meterme en un callejón con una chica por la que no sentía el menor interés, para que dejara de buscar la verdad. No pasó nada ese día; fue solo esa conversación y me fui de allí en cuanto creyó la mentira.

—Nos besábamos de vez en cuando. Pensé que nada había cambiado —se me escapa una risa incómoda—. ¿Recuerdas cómo empezó?

—¿Y cómo no iba a recordarlo?



CAPÍTULO 36

Logan

Logan

Te odio, Serena.
Te odio.
Te...
ODIO.
Pero también...
Te amo.

Once años (y algunos meses) antes

Esporádico es lo mismo que algo casual, que sucede de forma irregular. Por lo tanto, la cantidad de veces que me sorprendo observando a Serena no tiene nada de esporádica. Diría que es más bien lo contrario de esa palabra.

¿Cuál es el contrario de esporádicamente?

Frecuentemente, asiduamente y una infinidad de otras, que aun así se quedarían cortas para describir la obsesión que siento por esta mujer.

Tanto es así que la observo desde lejos, un día más, viéndola estudiar con el cabello recogido en una cola de caballo. La veo enrollar algunos mechones en los dedos y morder la punta del bolígrafo, pensando y pensando, sin encontrar aparentemente la respuesta. Me dan ganas de ir hasta allí e impedir que se forme el pliegue entre sus cejas, que le robe la calma.

La chica se mantiene en esa postura hasta que siente la mirada y se vuelve hacia la ventana, obligándome a esconderme detrás de un árbol.

Lo hago tan deprisa que el corazón se me acelera y, en la frente, una gota de sudor desciende, recorriendo la mejilla y la mandíbula.

¿Hasta cuándo voy a seguir así? Qué cosa tan patética.

Ni siquiera parezco tener diecinueve años, babeando por la vecina que me odia con todas sus fuerzas.

¿Y qué si nos besamos hace unas semanas? Eso pasa, culpo a nuestras hormonas.

El problema es que me interesa demasiado y ya no sé disimularlo. La semana pasada me pilló mirándola en mitad de la cafetería, tan fijamente que apartar la cara habría sido mucho más sospechoso que lo que hice: seguir mirando. Entonces Serena compró lo que quería y prácticamente salió corriendo, afectada.

Como si desearla no fuera ya una locura suficiente, estoy plantado en medio de la granja de su familia, empeñado en acompañar cada respiración, cada duda y todos sus gestos que, durante la mayoría de mis días, contemplo en secreto.

Un secreto que cada vez pesa más.

—Te has vuelto loco, Logan… no puede ser —murmuro aún oculto por el tronco del árbol y, cuando me doy la vuelta para dirigirme a la valla que delimita ambas granjas, alguien me detiene sujetándome del brazo.

El contacto suave, gentil y hasta un poco temeroso me impide ver quién es durante un instante, temiendo que mi suposición se haga realidad.

¡Mierda! ¡Esto no tenía que pasar!

—¿Logan? —La voz de Serena me congela y me convierte en piedra.

Ojalá lo fuera; así no tendría que girarme y enfrentarme a su expresión satisfecha por haberme pillado husmeando su vida, en pleno fin de semana. ¿No fue eso lo que dijo el jueves? ¿Que mis fines de semana eran ordinarios y por eso estaba tan malhumorado los lunes?

La verdad es que son horribles, porque no consigo dejar de pensar en ella.

Cuando sonríe.

Cuando se muestra recelosa.

Todo se reduce a Serena, Serena y más Serena.

¿No debería simplemente odiarla? Entonces ¿por qué demonios me siento como si ardiera vivo cada vez que estamos cerca? Solo puede ser una broma del destino. Ni siquiera en las citas consigo paz, porque comparo a todas las chicas con ella, desde el instituto. Ah, Serena no haría eso. Serena diría otra cosa. Serena encuentra gracia en muchas de las cosas que digo, pero es una

gracia auténtica. Su risa es perezosa, verdadera. Todo en mis malditos días parece girar a su alrededor.

¿Qué mierda está pasando?

Quizá ya lo sepa, quizá solo quiera engañarme un poco, porque conozco las consecuencias.

—Solo vine a preguntar una cosa… —digo con torpeza, rascándome la nuca al girar sobre los talones y encontrarme con su rostro, justo cuando el sol cae en el horizonte y la envuelve en una neblina amarilla y naranja que realza el color de su ropa y esparce un brillo rojizo en los mechones oscuros de su cabello.

Contemplo durante unos segundos a la chica de labios carnosos, ojos lánguidos y expresión curiosa.

No entiende por qué estoy aquí.

Ni yo tampoco.

—¿Qué?

Me apoyo en la pierna derecha, relajando un poco la izquierda, al quitarme el sombrero para rascarme la cabeza. No presto demasiada atención a esos gestos hasta que vuelvo a mirarla; Serena se ríe por lo bajo, como si intentara contener la gracia.

—¿De qué te ríes, Gatsby? —digo con fastidio, cuando en realidad se me forma un nudo en la garganta que me asfixia poco a poco.

—Pareces nervioso… ¿hay alguna razón para estar así? ¿Quieres que alivie el ambiente entre nosotros gastándote otra broma? Sé que ya no somos adolescentes y puede ser algo idiota, pero si quieres, estoy dispuesta a hacerte pasar vergüenza.

Acabamos de cumplir diecinueve años.

Aún intentamos entender los cambios que ocurren en nuestros cuerpos y, sobre todo, en nuestras cabezas, porque cuanto más la miro, más siento cosas que antes no aparecían.

—Déjalo, solo quería saber si lograste escribir tu carta para la universidad.

—Claro que sí. ¿Me echas de menos y por eso entraste antes? No hace falta restregarme por la cara tu inteligencia sobrenatural, Logan. Y, sinceramente, si eso es todo lo que viniste a decir, lárgate de una vez antes de que te patee hasta la maldita luna.

—Te tardaron en aceptar porque te preocupas más por tener citas —la acusación se me escapa antes de pensar en lo que digo.

Serena cruza los brazos a la altura del pecho y yo miro al cielo, evitando a toda costa bajar la cabeza y contemplar el volumen que resalta con el gesto.

—¿Qué citas? ¿Te has vuelto loco?

—Te vi ayer; llegaste tarde a casa y te bajaste del coche de uno de los chicos que estudiaron con nosotros.

—¡Eso es acoso, imbécil!

—¿Y por qué demonios perdería el tiempo siguiéndote? ¡Ni de coña! Tengo cosas mejores que hacer, Gatsby.

—Entonces ¿cómo sabes a qué hora llegué ayer y con quién?

—Volvía a casa y lo vi, ¿cuál es el problema? ¿Ya no puedo ir y venir de mi propia casa? Hasta donde sé, ese es un derecho que me concede la Constitución. La Quinta Enmienda, para ser más exactos.

Joder, ella sigue sin parecer convencida.

—Puedes y debes, incluso, regresar ahora mismo. Ya que no tienes tiempo que perder con alguien como yo, te sugiero que te largues.

¿Por qué es tan difícil? ¿Por qué no consigo decir nada más que sujetar el sombrero como un idiota, mirando sus labios moverse con cada palabra que pronuncia?

He estado con otras mujeres, así que ¿cuál es la maldita razón por la que sigo sintiéndome tan inseguro cuando estoy cerca de ella?

Porque es Serena.

Porque nos conocemos desde la cuna —literalmente—.

—Ten cuidado con esos tipos, la mayoría son idiotas.

—Vaya, vaya, un hombre advirtiéndome que tenga cuidado con los hombres. Creí que me odiabas, cariño, ¿entonces por qué me das consejos gratis de esa manera?

—No tengo el corazón de hielo. No soy como tú.

Ella se golpea el pecho en un gesto dramático y burlón a la vez.

—En realidad es de hierro. Y no voy a tomar en serio tus consejos; somos enemigos y seguro quieres que me quede abandonada a mi suerte para luego burlarte. ¡Mira a la pobre Serena, a la que nadie quiere ni invita a fiestas! ¡La pobre Serena, la tonta insoportable!

Ojalá fuera de hielo. Derretir hierro es mucho más complicado y laborioso.

—¿De verdad crees que eso es lo que pienso?

—Logan, no me importa lo que pienses o dejes de pensar, no hace ninguna diferencia para mí. Ahora vete —hace un gesto con las manos, expulsándome sin la menor sutileza—, lárgate de una vez, que tengo cosas más importantes que hacer hoy.

—¿Otra cita?

—¿Y si lo fuera?

—¿Con quién?

—No te importa.

—Sí me importa cuando me llevaste al camino del río y me besaste hace unos días —ser directo y decir lo que pasó la obliga a abrir y cerrar la boca, incapaz de emitir sonido alguno—. ¿O vas a negarlo y decir que fue cosa de mi cabeza?

—Solo quería no parecer tan inexperta, ¿vale? ¿Hay algún problema con eso?

—¿Cómo que no querías parecer tan inexperta? No me digas que… —me detengo, captando lo que no dijo— ¿tú nunca… tú nunca…?

Serena emite un sonido molesto, haciéndome callar antes de admitirlo:

—No había besado a nadie y no quería que esa persona me considerara una idiota por eso. Tú eras la única opción cercana para tener cierto grado de confianza, por así decirlo. Ya puedes hablar; sé que estás pensando lo estúpida que soy por considerar una tontería así y, sobre todo, por no haber dado ni un beso con diecinueve años. En mi defensa, pasé mucho tiempo picándome contigo y poco tiempo coqueteando con gente interesante.

No sería sensato alegrarme por lo que dice, pero lo hago. Al final, Serena pasó más tiempo provocándome que prestando atención a otros chicos y, joder, es como si hubiera oído algo que nunca imaginé querer escuchar.

—¿Fui tu conejillo de indias?

—Lo fuiste, lo siento.

Recuerdo el beso y no parecía un experimento ni algo que hiciera solo para descubrir cómo era. Serena quería besarme, igual que yo quería besarla. La forma en que rodeó mi cuello con los brazos, poniéndose de puntillas para acortar la diferencia de altura, hasta los susurros y gemidos entre beso y beso, cada vez que separábamos la boca para respirar, indicaban todo menos una forma absurda de probarse algo a sí misma.

—Mentirosa. Eres una mentirosa terrible.

—¿No sentiste que fue sin ganas?

—Fue todo menos un beso sin ganas.

—¿Has besado a muchas chicas como para saberlo?

—Sí, Serena.

No es la respuesta que esperaba y noto un pliegue de aprensión formarse y desaparecer rápidamente entre sus cejas.

—Debe de ser fácil para ti, con esa labia depravada.

Abro una sonrisa lasciva.

—¿Soy depravado?

—Sí, y lo sabes.

Vuelvo a ponerme el sombrero, sintiendo que el intercambio de pullas mejora mi humor.

—Puedes usarme para adquirir más experiencia si quieres.

—No bromees con eso, es algo serio. Quería ver qué se sentía estando en mi lugar, a punto de salir con alguien interesante, sin haber tenido al menos una experiencia romántica aceptable con diecinueve años.

—A él no le importaría esa tontería.

—¿Ves? ¡Hasta tú lo consideras una tontería! —se queja, golpeando el suelo con el pie, enfadada por no ser tomada en serio, por tener sus sentimientos invalidados.

—No sabes escuchar, ¿verdad? Ni siquiera percibes lo que realmente quise decir.

—¿Y eso hace alguna diferencia?

—Sí, la hace.

—¿Y ahora, cómo voy a pedir lo que he estado ensayando desde aquel día?

Su nerviosismo es mínimo comparado con el mío, que vuelve a invadirme con una fuerza digna de una cascada de cientos de metros de altura, mientras estoy debajo de la caída, recibiendo el golpe del agua que me destruye segundo a segundo.

Serena se queda callada y mira al suelo, mientras grabo en mi memoria cada mínimo detalle suyo y de lo que lleva puesto. Un vestido amarillo, de mangas y largo cortos, lleno de margaritas dibujadas.

La intensidad del momento me impulsa a dar pasos hacia ella, reduciendo la distancia a un mero aliento.

—¿Qué quieres, Serena? Puedes ser sincera conmigo.

¿Cómo no se da cuenta de que jamás la juzgaría? ¿De que nunca la abandonaría, incluso con nuestros encuentros llenos de ofensas y provocaciones?

¿No ve que solo la provoco porque cada vez que se enfada vuelve a encontrarse conmigo para devolverme el golpe? Así tengo tiempo a su lado. Puedo ver su sonrisa y contemplar sus rasgos tranquilos en un atardecer.

Como el de ahora.

—Logan… —empieza, pero tarda en continuar.

—Vamos, Sese, no puede ser tan malo como lo haces parecer. Dilo de una vez.

—Sé que no me soportas, que nuestras familias se odian, pero quiero acostarme contigo. Soy una Gatsby y está prohibido involucrarme con uno de ustedes, pero eso solo hace que lo desee más. Nunca he estado con nadie y es contigo con quien quiero perder la virginidad, porque sé que no presumirás y que me ayudarás con este… problema. Mierda —añade, moviéndose deprisa, dando pasos de un lado a otro—. He dicho tanto "tú" que debió de ser una mierda escucharme. Perdón, solo… olvida lo que dije.

Empieza a alejarse y esta vez soy yo quien la detiene. Mis dedos se aferran a su antebrazo y ella cierra los ojos, sin atreverse a mirarme.

—¿Es otra de tus pruebas?

—¿Y si lo es?

—Acepto, Serena. Acepto ser tu conejillo de indias otra vez.



CAPÍTULO 37

Serena

Serena

Mierda, lo arruiné todo.

—Fue mucho más que esporádicamente, tienes que admitirlo. A menos que hayas cambiado el significado de la palabra y yo no me haya enterado —comenta Logan, con acidez.

Esa frase, la forma en que le tiembla la voz, me coloca frente a él once años atrás, cuando no sabíamos el agujero en el

que acabábamos de caer.

—Fue solo una prueba mía.

—Que duró casi un año —acusa.

—No importa, nuestro acuerdo fue no enamorarnos, porque habría sido un infierno. Y lo sabíamos muy bien, y estaba todo claro. Éramos dos jóvenes disfrutando de la vida. Ni siquiera teníamos la madurez para una relación que cruzara la línea del sexo y entrara en algo más profundo.

A estas alturas Logan parece una estatua, aún sentado en el asiento del conductor, mirándome con escepticismo, sin creer lo que acaba de oír. No sé dónde está el disparate, porque hasta donde sé, todo lo que digo no es más que la verdad.

—Yo estaba más que dispuesto a arder en él por ti, Gatsby. Estaba dispuesto a ir al infierno y volver, con tal de que me esperaras.

Sus palabras me toman desprevenida y me quedo sin aliento, incapaz de formular un pensamiento coherente, mientras sus ojos me devastan con la verdad iluminándolos.

—¿Qué quieres decir?

—Que estaba enamorado de ti; en realidad, me gustabas incluso antes de que nos involucráramos. ¿Por qué crees que te observaba como un loco? El día que hablaste conmigo en la granja, acababa de darme cuenta de que no era capaz de alejarme, por más que quisiera.

—Por eso…

—Cuando pasó, quise seguir. Y me sentí jodidamente afortunado cuando te acercaste a mí y dijiste: sé que no me soportas, que nuestras familias se odian, pero quiero acostarme contigo. Soy una Gatsby y está prohibido involucrarme con uno de ustedes, pero eso solo me hace desearlo más.

—¿Cómo recuerdas lo que dije?

Ni yo recuerdo las palabras exactas.

—Recuerdo todo lo que tiene que ver contigo. Y aunque no quisiera, seguí recordándolo durante años, rumiando el pasado como una comida que no me sentó bien, como una sustancia que me provocó alergia.

—Logan… —su nombre sale de mi pecho, un susurro que escapa directo del corazón.

—El pasado existe para quedarse exactamente donde está, ¿no te parece, Morango? —el tono provocador es una máscara de lo que realmente quiere decir, porque veo sus ojos humedecerse y cómo aspira disimuladamente—. Durante muchos años me pregunté por qué huiste de la ciudad como una fugitiva, pero ahora ya no es necesario. Prefería la ignorancia; dolía menos.

—No tiene por qué ser así.

—Curioso que lo digas, cuando fuiste tú quien tomó la decisión por los dos. Ni siquiera me diste una alternativa; simplemente… te fuiste, desapareciste de mi vida y yo tuve que lidiar con la mierda.

Lo veo apretar la mandíbula, desorientado. Una ferocidad que nunca le había visto se apodera de Parrish frente a mí. Quería un tema que desviara su atención; no supuse que sería algo que lo haría arrepentirse. Ni yo lo vi venir. No pensé que le afectaría tanto, otra prueba de lo egoísta que soy. Pensé solo en quitarme el peso de encima, no en cuánto ese mismo peso lo aplastaría a él.

—Logan…

—¿No fue así? A estas alturas es inútil negar la verdad. Siempre aparece, tarde o temprano, aunque demore meses, una década; siempre aparece.

Mi mente se queda en blanco, no tengo qué decir. Soy muy consciente de mis errores, de cuánto me atormentaron durante los primeros años en Memphis, pero también soy muy consciente de que, al igual que yo, Logan no lo admitió; así que no sirve cargarme con toda la culpa.

Esta es una reacción esperable ante la secuencia de hechos, pero no significa, ni por asomo, que yo haya sido la única equivocada.

Una vez me dijo que jamás podría ir contra su madre, por todo lo que ella pasó después de perder al marido, y ¿cómo demonios iba yo a pedirle que se enfrentara a Dios y al mundo por mí?

Con diecinueve años habría sido injusto tomar una decisión tan seria, hacer una elección que podría perseguirnos el resto de la vida. Y, sin embargo, parece una broma que me vea en la misma situación ahora, con treinta, a punto de cumplir treinta y uno.

—Estás siendo injusto conmigo; tú también ocultaste tus sentimientos.

—¿Cómo iba a decirlo si tú me repetías todo el tiempo que era sexo de odio? —replica.

Incluso con la tensión del momento, contengo una risa involuntaria que surge de golpe.

—Hablando —me encojo de hombros—. Acepto el setenta y cinco por ciento de la culpa; el resto es tuyo.

Una secuencia de:

Rum

Uff

Puff

Sigh

Se apodera de la camioneta, mientras yo solo quiero oír su voz. Nos acusamos, nos recriminamos; pero si es para perder tiempo discutiendo lo que podría haber sido, prefiero que las cosas vuelvan a lo educadamente incorrecto que vivíamos hace unas semanas.

—¿Di algo, por favor?

—¿De qué va a servir? —sus ojos titilan y Logan se niega a llorar, mirándome con tanta amargura que se abre un agujero en mi

pecho y se lleva todas las excusas que inventé para desaparecer de su vida. Me siento una pésima persona, alguien terrible—. No te imaginas todo lo que se me pasó por la cabeza en esa época; no tienes ni puta idea. —Apoya la frente en el volante, como si verme le doliera—. Pensé que había sido un maldito egoísta por querer lo que no podía tener. Te vi casarte con otro, te vi sonreírle a otro, te vi prometer cosas que yo deseaba, a otro. Joder, Serena, ¿por qué? ¿Por qué no fuiste valiente y me contaste lo que pasaba? Habrías ahorrado tanto sufrimiento y tiempo, que estoy jodidamente furioso con lo que nos convertimos, cuando no debería haber sido así.

—Fue una cadena de decisiones irreflexivas por mi parte; solo no quería causar problemas. Porque no sabía si tú estabas tan involucrado, si no pelearías con tu familia, con el cielo y el infierno si hacía falta, por sentirte presionado, ya que me quitaste la virginidad y…

Él ríe con amargura, de una forma que me duele tanto que hasta respirar irradia dolor.

—Deja de mentir, Serena. Solo… para, lo estás empeorando. Tú me dijiste que perder la virginidad no era nada y te inventaste un montón de cosas; así que sabes que no era por eso por lo que estaría contigo. Te fuiste al darte cuenta de que se estaba volviendo serio y no supiste reaccionar. Del mismo modo que yo habría enfrentado a mi familia, tú habrías hecho lo mismo con la tuya, y eso es lo que de verdad te aterraba. La verdad es que nunca valí la pena; por eso no te molestaste, pero sabías que si me decías algo, yo acabaría tomando la decisión por ti.

Trago saliva.

Logan tiene razón.

Él

Tiene

Razón.

Es mucho peor de lo que supuse enfrentar esta parte y ver la realidad expuesta, porque durante todo este tiempo me aferré a la

excusa de que me fui por él, por lo que oí, cuando quizá me marché principalmente por miedo a cómo reaccionaría toda mi familia.

Tuve miedo de perder el apoyo de mi madre. Su respeto. Y me sostuve en la muleta de creer que Logan no sentía nada más que deseo. Creí que el amor no era lo bastante fuerte. No por su parte. Y ni siquiera tuve el valor de preguntarle; asumí ese hecho solo para facilitarme la vida.

Vuelve a conducir, mientras el ambiente se desploma en el mismo abismo del que huí. En el que nos lancé a ambos al admitir lo que pasó por mi cabeza a los veinte. Revisitarlos es feo, es doloroso, es vergonzoso. Fui tan mezquina con él, con lo que había entre nosotros, que me negué a entender la complejidad de los sentimientos que me corroían, que reducían mi valentía a nada más que una sustancia dudosa tras la acción del ácido.

Tiene razón en estar enfadado.

Tiene razón en estar herido.

La culpa fue mía. En gran parte.

—Logan…

No responde, pero gira el volante en una maniobra arriesgada, provocando bocinazos que ignora sin el menor reparo.

—Logan, ¿qué pasó? —insisto, sin recibir respuesta inmediata.

Pregunto con el rechazo a flor de piel, impregnándose en cada molécula de mi cuerpo, convirtiéndolas en pura vergüenza. No debí haber alimentado nada, exactamente como dijo Rose Parrish.

—Voy a mostrarte todo lo que perdiste por haber sido una maldita cobarde. Vas a terminar la noche arrepentida, Serena, o no me llamo Logan Parrish.

—¿No estás enfadado conmigo?

Otra risa extraña, cargada de rencor.

—¿Enfadado? No, querida, no estoy enfadado… —suelto un suspiro que muere lentamente al oír lo que añade—: estoy furioso,

encabronado de una manera que ni siquiera soy capaz de medir. Diez años, joder, fueron más de diez años. ¡Estoy tan enojado, tan enojado, Serena! —La mandíbula a punto de estallar, la vena de la sien palpitando como loca y la forma en que se aferra al volante, intentando no perderse, indican que la rabia se ha aliviado al decirlo.

Logan está furioso.

Irritado.

Completamente fuera de sí.

Y, aun así, lo único que consigo preguntarme es:

—¿Conmigo?

Durante unos segundos, los sentimientos malos desaparecen de su rostro y me mira con tanto cuidado, cariño y ternura, que me permito pensar que toda esa revuelta no tiene nada que ver conmigo, cuando en el fondo sé que es mentira. Una mentira creada por mi mente para acunar el corazón.

—No. Con la situación. Con nosotros. Con las decisiones. Jamás podría enfadarme contigo, Serena. Pude obligarme a pensar que te odiaba, pero nunca lo hice de verdad. Porque la mayor parte de mí está llena de ti; así que sería como odiarme a mí mismo.

—¿Y qué significa eso?

—Que nunca, ni por un segundo, minuto, mes o año, en ningún maldito momento, dejé de amarte.



CAPÍTULO 38

Serena

Serena

En inglés, pasado y amor tienen la misma cantidad de letras.

Diez años (y algunos meses) antes

—¡Pero lo amo, mamá!

Nunca había visto a Eleanor Gatsby tan furiosa. Sus ojos oscuros están inyectados de ira y el rostro completamente rojo de

impaciencia. La mujer menuda parece guardar mucho más odio del que su cuerpo puede contener. Parte de los mechones castaños de su cabello están erizados. ¿Será que la irritación genera electricidad estática?

—No pueden estar juntos y punto.

—Y usted no tiene derecho a interferir en mi vida. No en con quién puedo estar, salir o amar. Así no funciona.

—¿De verdad crees que él te ama, Serena? Ese chico solo está ansioso por lo prohibido, por lo que no puede tener. Luego perderá la gracia y te verás en una situación en la que nunca quisiste estar. Si eliges seguir con ese noviazgo adolescente, ten por seguro que no me enfadaré contigo, pero sí estaré profundamente decepcionada.

Decepcionada.

Creo que habría preferido que se enfadara.

—No hay forma de saberlo.

—Ah, pero yo sí lo sé. Ningún Parrish se interesaría jamás por una Gatsby y no quiero verte herida. Soy tu madre; eso es lo último que deseo.

—¿Entonces no puedes darme el beneficio de la duda?

—No en este caso.

Mamá se sienta en una de las sillas, dejando claro que discutir conmigo la deja exhausta. Parece haber envejecido diez años en el breve lapso de nuestra conversación y me siento fatal por causarle semejante aflicción. Es mi madre y la amo, tanto que no consigo imaginar un mundo en el que estemos peleadas. Por eso decidí decirlo de una vez, incluso antes de hablar con Logan.

Sé que somos jóvenes, claro que sí. ¿Pero acaso las personas jóvenes no pueden enamorarse?

Estoy segura de que le gusto.

Es tan intenso que me haría enfrentar muchas cosas con los ojos cerrados.

—Mamá…

—Serena, si eliges estar con él, no sé cómo lo haremos. No estoy dispuesta a tener a un Parrish en la familia y apuesto a que Rose odiará la idea de tener a una Gatsby en la suya. ¿Te das cuenta de que serían ustedes dos contra el mundo? ¿De verdad crees que vale la pena pelear con tu propia familia y hacer que él pelee con la suya para vivir juntos? ¿Qué clase de paz tendrán? El amor no lo es todo y, aunque lo fuera, aun así sería difícil. Por favor, piensa en la decisión que estás a punto de tomar; después no hay vuelta atrás.

Sus palabras me hacen pensar y me llevan a vacilar por un breve segundo.

—Mi corazón decidió por mí. No hay nada que hacer.

Eleanor Gatsby suelta el aire por la nariz, desalentada por lo que ve. Eso duele, lastima tanto como un cuchillo girando una y otra vez en mi estómago. Pero dolería mucho más quedarme sin Logan, mucho más.

—Sé que me ves como una mujer autoritaria e impaciente, pero es solo preocupación, hija. No tienes idea de lo que puede pasar, de lo que puedes descubrir. Hay misterios incrustados en nuestras familias y por eso existe este odio.

—¿Por qué no me lo dices?

—Son cosas que deben permanecer muertas y enterradas.

—Lo siento, pero nada de lo que dices tiene sentido ahora.

—No, pero lo tendrá algún día. Cásate con un buen hombre, ten hijos, olvida a Logan y entenderás lo que siento. El miedo a verte sufrir es suficiente para hacerme reaccionar así.

—No voy a casarme con nadie más que con él. No lo haré. Me gusta desde que… —pienso en el sentimiento que reduce mi corazón al tamaño de una nuez. Crece al oír la voz de Logan y se encoge, se marchita, cuando no estamos juntos. Si eso no es un amor loco, una pasión feroz, ¿qué más podría ser?—. Ni siquiera recuerdo desde cuándo; creo que simplemente pasó por lo que

somos, por todo el tiempo que pasamos juntos. ¿No entiendes que quienes se odian son ustedes? Nosotros no nos odiamos, no tenemos motivos para hacerlo.

Mamá resopla.

He alcanzado su límite; no quiere oír una palabra más.

Quizá sea mejor, porque la verdad es que ella también me empujó al borde y ya no veo motivos para explicar nada. Si ella, que amó tanto a mi padre, no entiende lo que siento por Logan, cada palabra que use aquí es un desperdicio, verdaderamente inútil.

—Serena… —empieza a decir y me levanto de golpe, ansiosa por salir de casa, ansiosa por demostrar que está equivocada. Doy pasos apresurados hacia la puerta y, en cuanto la abro, la oigo preguntar—: ¿A dónde crees que vas? ¡Aquí no hemos terminado, jovencita!

—Todo lo contrario, mamá… ni siquiera tuvimos la oportunidad de hablar de igual a igual —refunfuño y salgo.

En medio de la tormenta.

En medio de la absoluta ausencia de sol del día.

Está tan oscuro que parece de noche, no el comienzo de la tarde.

Entro en mi coche y conduzco hacia la ciudad, esquivando los baches de barro que empiezan a formarse en el camino y que pronto lo volverán intransitable. Aprieto con fuerza el volante y aparco frente a la cafetería, apoyando la cabeza en el respaldo del asiento, exhausta por la conversación, desanimada por lo que oí. Pensé que sería malo, pero no que sería tan malo.

¿De verdad le gusto?

Durante el trayecto, mientras suena cualquier canción en la radio, me pregunto si todo no será una ilusión de mi mente esperanzada. Logan jamás dijo que siente algo; al contrario, afirma que se trata de sexo, de que estamos aprovechando.

Entonces, ¿será que todos sus gestos fueron vacíos y las miradas no pasaron de lo que yo quise ver?

No, no puede ser.

Hay algo más entre nosotros. No podría surgir tanta poesía de un simple roce, tanta narrativa de una conversación trivial, o una melodía en cada beso. El corazón no toca sinfonías cuando está con alguien a quien no quiere, y estoy segura de que a él le gusto lo suficiente como para que el suyo teja la más hermosa de ellas.

Somos dos libros, una duología que se completa.

Para entender el primero, basta leer el segundo.

Bajo del coche sonriendo por mi estupidez. Claro que le gusto y, por complicado que sea, podemos enfrentar a las familias después de ser honestos e intentar desactivar esta enemistad de décadas.

—Ay, Serena, ¿por qué dudas tanto? —murmuro para mí misma.

Y me quedo congelada con la mano en el tirador, a punto de entrar en la cafetería, al oír la conversación de personas que conozco en uno de los callejones cercanos. Reconozco la voz de Logan llegando hasta mí y, de inmediato, se activa una alarma en mis oídos, una especie de aviso de que estoy a punto de escuchar lo que no quiero. De que estoy a punto de ver todo en lo que me forcé a creer derrumbarse.

No, me niego a espiar.

¿Tienes tanto miedo? —provoca mi mente.

No es miedo; quizá sea una especie de orgullo, por no querer oír la conversación de nadie. El problema es que, al escuchar de nuevo la voz de Logan, no consigo controlarme y camino de puntillas, como una delincuente, para oír de qué hablan.

—Oí que estás saliendo con alguien.

Logan se ríe de la pregunta de la chica. Estudió con nosotros y recuerdo que fue por su culpa que llené el escape de su coche con

patatas. Reconozco esa voz, incluso sin verla. Aún no puedo mirar, pero mi sangre hierve de rabia.

—Sí, pero no es nada serio.

—¿Entonces puedo esperar algo?

No oigo su respuesta y, al asomarme por la esquina de la pared, veo a la chica riendo y empujándolo por el hombro. Logan no parece molesto, así que no creo que haya sido algo malo. No creo que haya sido algo malo… para ella.

Me escondo de nuevo y entiendo lo que mamá quiso decir cuando afirmó que era solo por ser prohibido. Debí captar la señal cuando la noche anterior le pregunté qué era lo que más amaba y me respondió que la familia. No estaba equivocado; es solo que yo no formo parte de su amor. Entonces, ¿por qué sigo aquí parada, como si un puñal acabara de atravesarme el corazón?

Resoplo y sangro por la herida invisible.

Jamás pensé que la decepción llegaría tan rápido, ni que mamá acertaría tanto.

¿Y qué demonios creo que estoy haciendo?

Están escondidos mientras hablan de relaciones —o de su inexistencia— y, quiera o no, no tengo nada serio con él. Logan no se equivoca al asumirlo, ya que hablamos desde el principio y dejamos claro que sería solo diversión, dos enemigos besándose a escondidas. El problema es que no estaba en mis planes entregarle el corazón.

—¡Serena, deja esta mierda, joder! ¡Ve a comprobar si de verdad está hablando en serio! —ordena el órgano estúpido, actuando puramente por emoción.

¿Qué más necesitas descubrir, idiota? —se queja la razón.

Al final, la discusión entre ambos no lleva a nada, porque desde el principio estoy tentada a seguir al primero; tanto que me peleé con mi madre, la persona que más amo en el mundo.

Vuelvo a espiar a los tortolitos y esta vez, desde donde estoy, consigo ver a la chica acercándose a Logan y a él diciendo de inmediato:

—No, no hace diferencia quién sea. La persona no importa.

Mierda.

Mierda.

Mierda.

¿Eso era lo que querías oír? —vuelve a hablar la razón—. ¿Satisfecha, querida?

¡Aún no puedo creerlo! —murmura el corazón.

Y, en este caso, me veo obligada a admitir que no hay forma de que haya oído mal. Para Logan, no es más que un juego. Y el hecho de que me quiera no significa que no quiera a todas las demás. Probablemente solo estará conmigo y enfrentará a la familia porque me quitó la virginidad.

Sollozo, el llanto acumulándose en el pecho, amenazando con romper la presa de mis ojos. Mamá tenía razón. Tenía toda la razón.

Me cubro la boca al oír a la chica preguntar si él oyó algo y camino rápido de vuelta al coche, entumecida por lo que acabo de presenciar.

Arranco y me alejo de allí lo más rápido posible. Antes de convertir mi vida en un espectáculo patético, en una historia de amor burlona. Tanto que, en mis pensamientos, me veo interrumpiéndolos y a Logan afirmando:

«Nunca prometimos nada, Serena. Nunca».

Y no tendría cómo rebatirle, porque tendría razón.

Sonrío, abrazada por el interior de cuero con olor a moho de mi coche.

La única forma de protegerme es tomar mis cosas y marcharme a algún lugar, irme de Tuscaloosa antes de que el árbol

eche raíces y me obligue a quedarme, viendo a Logan divertirse con otras mujeres, viéndolo ser feliz con ellas, cuando eso me destruirá a mí y a lo que siento.

No todo el amor del mundo es suficiente.

No cuando no es correspondido.



CAPÍTULO 39

Logan

Logan

Fueron muchas folladas perdidas en diez años, y voy a recuperar cada una de ellas.

¿Cómo no iba a amarla?

Serena fue hecha para mí, para quitarme la paz, y eso me encantaba cuando era más joven, así como me encanta ahora. Sin embargo, el sentimiento no cambia todo lo que ocurrió en los

últimos años ni el tiempo que pasamos separados, por preocuparnos más por lo que los demás pensarían, por tener miedo de decir la verdad y por una sucesión de confusiones que ni siquiera quiero recordar.

Una vez, Winslet me animó a ir tras ella, aunque estuviera a punto de casarse. Seguí su consejo; sonaba genial. Pero encontrarme con Serena y su risa tranquila hizo que la dejara marcharse sin intervenir.

Y esa fue mi peor decisión, lo veo ahora.

Así que, enfurecido al recordarlo y a todo lo que ella dijo, sumándose al peso que ya cargaba, no regreso al hotel en el que nos hospedamos. No. Creo que quedarme allí, con ese aislamiento de mierda, sería pésimo y no dejaría a Serena tranquila para actuar como quisiera. Por eso conduzco hasta una de las propiedades Parrish más cercanas, sin pensarlo bien, ciego por la envidia del hombre que pasó tanto tiempo con ella, cuando yo quería ocupar su lugar.

—¿Vas a seguir en silencio? —pregunto entre dientes.

Decir que nunca dejé de amarla provoca un impacto, y no me arriesgo a mirarla, con miedo de lo que voy a ver. Con miedo de lo que ella verá en mis ojos, porque sigo furioso, ardiendo de ira por su exmarido hijo de puta, por los desencuentros y por los secretos que mantuvimos. Secretos que habrían sido la llave de un destino diferente.

—Me sorprendía pensando en ti cada vez que veía a alguien con sombrero, o cuando oía hablar de plantaciones de algodón. En tu cumpleaños me arrodillaba frente a la cama y le pedía a Dios que te mantuviera a salvo. Nunca fui muy religioso, lo sabes bien, dada la falta de ganas que teníamos de ir a la iglesia, aun cuando nuestras madres nos obligaban. Así que solo le suplicaba que cuidara de ti. No le pedía que te acordaras de mí, porque no quería hacerte sufrir; solo quería que las cosas volvieran a la normalidad, sin darme cuenta de que mi normalidad era estar contigo.

Mi normalidad era estar contigo.

La frase resuena y me aprieta el pecho, ahogando los latidos que, poco a poco, pierden el ritmo.

—¿Quieres decir…?

—Te amé, Logan, te amé durante mucho tiempo. Pero ese amor se fue silenciando en mi pecho, porque necesitaba concentrarme en otra cosa o volvería a Tusca dispuesta a rogar por tu atención. Así que sí, creo que de una forma extraña e inexplicable seguí amándote a lo largo de todos estos años.

Aspiro el aire y lo retengo en los pulmones, preso, encadenado.

—Por eso mi rabia. Habría sido tan fácil si no fuéramos complejos.

—La vida es así.

—Pero no tiene por qué serlo —digo, quedándome sin aliento y perdiendo el control.

Soy humano, y es normal sentir un conflicto tan grande, una necesidad tan abrasadora y un deseo que, después de tanto tiempo encerrado, clava sus garras en las rejas y las dobla sin esfuerzo.

Aprieto el volante y freno de golpe al llegar por fin a la casa.

Es físicamente doloroso.

Emocionalmente agotador.

Mantenerme lejos de Serena después de todo lo que oí y dije.

Si es un efecto de la explosión causada por las miles de bombas en el campo minado del pasado, da igual; no puedo evitarlo. Es como luchar contra mi naturaleza con la certeza de que voy a perder.

Por eso…

Por esa maldita sensación de envidia, de haber perdido años sin tocar su cuerpo, sin recibir sus sonrisas ni sus conversaciones sin

sentido, abro la puerta de la camioneta con urgencia y la tiro de la mano hacia el interior de la casa. Si ella se siente tan necesitada como yo, no lo sé, pero me deja guiarla sin la menor resistencia, las botas resonando sobre el suelo de mármol mientras subimos la escalera, después de desactivar las alarmas y abrir puertas de un empujón.

Al comprender lo que está ocurriendo, se queda clavada.

Sus pies se aferran al suelo y me obligan a detenerme y girarme, mirándole el rostro, dándome cuenta de que tiene exactamente la forma de mi corazón, así como su nombre siempre fue la definición más perfecta del amor.

No tengo tiempo de pensar ni de entender cómo actuar cuando me toma por sorpresa: ella sujeta mi rostro y me besa con hambre, empujándome contra la pared mientras tantea en busca de la siguiente puerta. Mi espalda golpea con fuerza el yeso trabajado y oigo algo caer al suelo, sin importarme. Atraigo a Serena por la cintura y la encajo entre mis piernas, bajando las manos hasta su culo lleno y redondo, clavando los dedos en la carne hasta oírla gemir en mis labios.

La levanto por el culo y me separo apenas un poco, con sus piernas rodeándome.

—¿Por qué tanta prisa? —interrumpe el beso, buscando aire.

Mis pulmones protestan y todo mi cuerpo arde en una fiebre calamitosamente deliciosa.

—¿Tienes idea de cuántos polvos perdimos en diez malditos años? O mejor, ¿de cuánto perdimos? —digo y vuelvo a besarla, aplastando su boca de un lado a otro, metiendo la lengua como si embistiera con la polla en su coño.

Imaginarlo me hace gemir y morderme el labio inferior, oyendo sus lamentos y susurros amplificar el deseo que me deja con las piernas flojas, apenas capaz de mantenerme en pie. Mi polla está a punto de reventar la costura del calzoncillo y la maldita bragueta. Mis pensamientos, siempre caóticos cerca de ella, se transforman en

una tormenta electrizante de deseo cuya lluvia no apaga el calor, sino que lo alimenta hasta tal punto que mis venas se derriten y lo que corre por ellas ya no puede llamarse sangre.

No, es otra sustancia.

Y tiene que ver con la rabia de haber sido privado de esta mujer, de no haber disfrutado de todo lo que fue mío y de repente dejó de serlo.

Indignación.

Cólera.

Que rápidamente se transforman en:

Atracción.

Frenesí y locura.

La más absoluta locura, que se apodera de mí y recorre un camino desenfrenado hasta ella, respirando con dificultad.

Nuestras bocas se enlazan y la conexión aún parece insuficiente; necesitamos todo, absolutamente todo lo que el otro puede ofrecer. Con el abdomen helado, tenso, corroído de deseo, soy yo quien busca la maldita puerta y, al encontrarla por fin, suelto un suspiro de alivio… que dura poco, no con la fiebre que despierta el beso, con el choque de nuestras lenguas cada vez que Serena me sujeta el rostro y se frota a propósito contra el volumen maldito en mis pantalones. Se balancea y el roce crea miles de puntos de colores ante mis párpados.

Me hormiguean los dedos.

Todo mi cuerpo hierve y duele, como si acabara de ser alcanzado por un rayo. O por un centenar de ellos.

—¿Te hiciste alguna pensando en mí mientras estaba lejos, Logan? —Su pregunta descarada me deja clavado de deseo.

Porque la respuesta va mucho más allá de lo que ella quiere oír.

—Más de una, muchísimas más. Dejé de contar cuando me di cuenta de que me robaban la cordura. Oír tus gemidos, aunque solo fueran recuerdos, me atormentaba y no conseguía olvidarte ni siquiera respirar.

—¿Así? —Vuelve a besarme y a frotarse, gimiendo entre el beso, despertando recuerdos que me duelen en la misma proporción en que curan e irradian un fervor de mil incendios por la extensión rígida y palpitante.

Clavo la mirada en sus ojos al profundizar el beso y la empujo contra mi cuerpo. Esta vez soy yo quien la frota contra mi polla, rechinando los dientes, avanzando torpemente hasta la cama, cayendo de espaldas sobre el colchón suave, con Serena encima de mí.

Mis manos suben hasta su cintura esbelta y mis dedos se pierden en la tela de la camiseta bajo el peto vaquero, mientras muerdo su labio inferior; ella chupa mi lengua e intenta meter las manos entre nuestros cuerpos para bajar hasta el centro de toda mi pesadilla. Sueño. Deseo. De follar a Serena con tanta fuerza que no podamos parar hasta destrozar toda la habitación.

—¿Y tú, cariño, te tocaste pensando en mí?

—La respuesta puede decepcionarte.

—No lo hará, sé cuándo mientes.

—Sí, me toqué muchas veces pensando en ti.

Contengo las ganas de preguntarle si alguna vez pensó en mí mientras estaba con él, porque en realidad no importa y, aunque importara, está aquí ahora y voy a asegurarme de que no piense en nada que no sea yo, empujando hasta el fondo.

—¿Qué imaginaste? —susurro en su oído después de apartar un mechón de cabello, fingiendo no notar el escalofrío ni el suspiro que se le escapa del pecho.

—Mientras te dabas placer?

—Sí, Morango, mientras te dabas placer.

—A ti, entre mis piernas, follándome el coño con la lengua.

Muerdo el lóbulo de su oreja antes de girarla bruscamente en la cama, desabrochando los tirantes de la parte superior del peto, tirando de la camiseta por el bajo hasta sacársela por la cabeza. Ignoro por un instante el sujetador rojo de encaje, o la fiesta terminará más rápido de lo que imaginé durante años. Porque de pronto Serena está exactamente donde siempre quise que estuviera y no voy a desperdiciar ni un segundo.

—¿Y cuánto tiempo tuve que comerte para que te corrieras?

—Unos pocos segundos.

—¿Llegaste a contar?

—No —susurra, levantando el culo y facilitándome el trabajo.

Mis dedos rozan el calor de su piel y mis neuronas protestan por la demora.

Le quito la prenda, rozándola por las curvas tentadoras, obligándome a respirar hondo al ver lo que Serena lleva debajo. Una braguita diminuta, a juego con el sujetador. De encaje y roja. Tan delicada que la transparencia me lanza directo al fuego que crepita sin parar, devorando el tiempo.

Observo las finas tiras alrededor de su cadera y el colgante dorado en forma de fresa que cuelga sobre su pubis.

—¡Eres una diabla astuta! Estuviste esperando el polvo todo este tiempo, ¿verdad?

—Una chica puede soñar, Logan Parrish.

—El hecho de que trajeras esta lencería en el viaje me hace pensar que, en vez de seducir, fui seducido. ¿Estabas segura de que podrías llevarme a la cama, Serena?

La descarada se ríe con tanta depravación que la dureza de mi polla me incomoda y me veo obligado a acomodarla mejor solo para mantener un mínimo de control sobre mis acciones.

Cometo el error de mirarla a los ojos, viendo el deseo inyectado en ese castaño paradisíaco, observando la mordida

depravada marcar su labio inferior, ya hinchado por el beso que duró largos, larguísimos minutos. Incluso la piel alrededor de su boca está enrojecida por el roce de mi barba incipiente.

—No la cama en sí, yo solo quería… —levanta mi barbilla con el índice y sostiene el contacto visual, hipnotizándome y dominándome sin esfuerzo— dejarte sin elección. Quería evitar que te enfadaras conmigo por lo que pasó en el pasado y así, quizá, tener al menos algo bueno que recordar en los próximos meses.

Voy a darle mucho más que solo algo.

Voy a darle lo que jamás le di a ninguna mujer, lo que nunca dejó de ser suyo.

—Serena… —renuncio a hablar.

Es mejor demostrarlo.

Deslizo los labios por su muslo, recorriendo la piel con la lengua y acariciando con los dedos. Se retuerce y arquea la espalda, apoyando la nuca en la almohada, con el cabello formando un desorden castaño alrededor de su cabeza.

Esa imagen.

Su cuerpo casi desnudo.

Pensé que nunca volvería a verla. Y eso probablemente acabaría matándome… de un deseo que ni siquiera sabía que sería imposible contener. Ahora entiendo por qué bastó con que Serena regresara a la ciudad para que no pudiera mantenerme alejado.

Es como si fuéramos imanes, constantemente atraídos.

—Logan…

Todo lo que hacemos es repetir nuestros nombres, a veces de más, en exceso, como si pudieran transmitir la claridad que las palabras jamás lograrían. Y, por momentos, el silencio se rompe por los latidos frenéticos de mi corazón, que, con el suave desliz de la lengua y los labios por sus piernas torneadas, suenan ensordecedores. La suavidad aterciopelada, los suspiros que se le

escapan con cada roce, me llevan a bajar los párpados y a disfrutar de este momento como si fuera único.

Porque lo es.

Jodidamente especial.

Porque Serena volvió, volvió para mí.



CAPÍTULO 40

Logan

Logan

No hay manera de follarla con cariño después de haberme hecho pajas pensando en ella durante diez malditos años.

Y no existe nada capaz de hacerme retroceder ahora, no con mis manos sobre ella, no con la boca recorriendo sus piernas, mientras mi cerebro permanece fijado en los sonidos que tanto he revivido.

—No voy a ser cariñoso —admito.

—Quiero que me folles con odio.

Sus palabras me transforman en un hombre vacío, sin coherencia, cuyo único objetivo es meterla y alcanzar el orgasmo, una y otra vez, durante el mayor tiempo posible, todo para sentir la avalancha de lava recorriendo mis venas, provocando un entumecimiento que ninguna persona será jamás capaz de explicar.

Ella tantea mi cuerpo con las manos, un poco torpes por los nervios, y durante el tiempo en que sus dedos me exploran, aprieto la mandíbula y hago todo lo posible por no apresurarme. Eso, si mi frágil control, el ínfimo resto de cordura que me queda, me permite seguir con los planes. Porque quiero darme un festín con su cuerpo durante muchas, muchísimas horas.

La sensación que tengo es que estoy a punto de morir, nadando contra olas lo bastante fuertes como para arrastrarme con ellas. Y para contener la locura que me sacude, clavo los dientes en su pantorrilla y beso la marca que dejan. Un gritito de dolor resuena por las paredes del cuarto y enseguida se transforma en la más pura excitación.

—¡Joder, Logan!

—¿Te hice daño?

—Muerde más fuerte, así ni siquiera se siente.

—Te voy a morder el coño la próxima vez, si sigues provocándome.

—Hazlo, que yo no me voy a quejar.

Abro una sonrisa y suelto un sonido grotesco que se parece más al rugido de una bestia sedienta. Es animal, urgente, totalmente desesperado. Una especie de frenesí insano que me hace temblar y convierte mi visión en un caos de colores oscuros y escenas inconexas. Es como si resbalara y cayera por la ladera de una montaña cuya base es imposible de ver.

Es peligroso.

Y me encanta.

Subo por sus piernas y me detengo en la braguita de encaje, sin darle tiempo a Serena a zafarse, antes de apartar el frágil lateral y morder su monte de Venus con fuerza suficiente para marcar y doler. Al contemplar la obra de arte, veo los surcos profundos y el contorno exacto de mi mordida.

Es DELICIOSO.

Ver su intimidad marcada me hace sentir bien de una manera salvaje y poéticamente loca. Si es que existe algo poético en desear follarte tanto a alguien.

—Puedes morderme todo lo que quieras.

Mis dedos tiemblan, la mente colapsa, mientras mis ojos viajan de la marca a su piel rosada, delicada y húmeda de excitación. Son milésimas de segundo las que me separan de la lucidez y la perversión.

Tiro de la braguita aplicando tanta fuerza que Serena suelta otro grito antes de que la fina tira aplaste su piel y se rompa enseguida, provocando un chasquido seco que resuena y vibra en todos mis poros. La brusquedad con la que el material cede lastima su cadera, pero no parece importarle; al contrario, me mira con los ojos castaños cargados de lujuria y la respiración agitada, haciendo que sus pechos suban y bajen, parcialmente ocultos por el encaje.

—Era cara.

—No pregunté. A partir de ahora, vas a quedarte bien calladita.

Aparto los restos de la braguita y me lanzo sobre su clítoris, atrapándolo con los dientes, estimulándolo con la lengua. Al sentir los temblores recorrer el cuerpo de Serena, afirmo las manos en sus caderas y la mantengo presa contra mi rostro, castigada por los ataques violentos de mis labios, que se deslizan por su coño y se dan un festín con el sabor dulce.

¡Y joder!

El olor a sexo se impregna en mis pulmones y me tenso, con un escalofrío que se extiende por mi cuerpo y alcanza partes de mi alma hasta entonces intocadas. Es un aroma vibrante, punzante; de excitación, de volúpia y de la aterradora necesidad de estar cerca, lo bastante cerca como para fundir la lengua en su coño empapado solo para tener ese sabor en la boca durante todo el tiempo que viva.

Bajo una de las manos y aprieto su culo, empujándola, metiendo la lengua a fondo.

Sujeto a Serena y embisto una y otra vez, dejando que la entrada húmeda rodee mi rostro y me empape con su lubricación.

Froto la boca, chupo, muerdo, embisto y follo su coño con la lengua, besando los labios mayores y menores, abriéndolos para que reciban mis caricias. Su olor, su olor delicioso, pasa a formar parte de mí y me domina como un domador controla a una fiera salvaje.

Flexiona una de las piernas y yo la sujeto por la pantorrilla, recorriendo toda la parte interna de sus muslos con la boca, besando y lamiendo su intimidad. Una y otra vez paso el rostro y la barba por su piel electrizada y observo las pequeñas manchas rojas que se forman, todo para volver al clítoris y chuparlo sin descanso, golpeando con la lengua el punto turgente, escuchando sus lamentos y consumiéndome con la avalancha de emociones que me invade cuando ella hunde los dedos en mi cabello y tira con fuerza de los mechones de mi nuca.

Cuánta falta.

Cuánta maldita falta me hizo ella.

—¡Logan! —Su voz vaga por la habitación como el susurro de un ángel y acelero el ritmo, ansioso por el sabor de su orgasmo.

Los dedos en mi nuca se vuelven voraces.

La voz quebrada y el ritmo entrecortado de su respiración delatan que está a punto de correrse.

Abro bien las piernas y meto un dedo, luego dos y tres, embistiendo y chupando con la misma intensidad, sintiendo las contracciones de su coño aplastar mis dedos y mechones de cabello arrancarse cuando el clímax devora a Serena y ella se retuerce por completo, cerrando las piernas alrededor de mi cabeza, abrazando su propio orgasmo.

Su grito se convierte en súplica y se balancea contra mi boca, deslizándose con el coño empapado por mis labios, corriéndose sin parar, con las olas devastándola de dentro hacia fuera.

Sin sacar los dedos, subo por su cuerpo y, de inmediato, desabrocho el sujetador, tragándome un suspiro al ver los deliciosos montes a mi disposición.

La piel clara contrasta con el rosa oscuro de los pezones y, incapaz de soportar la distancia, bajo y los tomo con la boca, con el pecho vibrando de furia.

El sonido de los latidos se vuelve un maremoto.

Uno se prolonga y engulle al siguiente, conteniendo la marea antes de que se extienda por la arena.

Todo mi cuerpo arde, creando chispas que flotan y se pierden por la habitación, iniciando un incendio de proporciones inimaginables.

—¡Así, Logan, por favor! ¡Chupa así!

Pierdo la cabeza.

Me encuentro en su perfume solo para volver a perderme con las constantes vibraciones de su cuerpo, suplicando, deseando y exigiendo rapidez a mis labios.

Rodeo los pezones hinchados, soltando improperios y palabras incomprensibles, extasiado por los dedos que aplastan mi nuca, suplicando por más.

Con la boca, reverencio sus pechos del tamaño perfecto para encajar en mis manos y sigo metiendo los dedos en su coño,

acariciando el interior húmedo, provocando al flexionar los tres dentro de ella, alcanzando el punto donde todas las estrellas chocan de placer.

Serena grita y sacude el cuerpo, obligándome a mamar con un ímpetu feroz, el coño contrayéndose una vez más en ondas prolongadas que la hacen estremecerse, recibiendo dedos mientras sus pechos son chupados al mismo tiempo.

Las miles de chispas prenden la mecha y las decenas de explosiones la sacuden, sumergiendo su vientre en aguas heladas y llevándose el mío con ellas. Respiro y mi pecho se llena de lava, transportando oxígeno cáustico hasta mi cerebro.

—Joder, Serena, ¿te estás corriendo otra vez?

—¿No se suponía que tenía que correrme? —se burla.

—En serio, ya no puedo, no puedo más, no tengo fuerzas para esto. ¡A la mierda!

Me aparto rápido y me quito la camiseta por la cabeza, escuchando cómo el tejido protesta y casi se rompe por las costuras, mientras trabajo torpemente con los dedos en la bragueta del pantalón, recibiendo su ayuda para abrir la cremallera y bajar los vaqueros por las piernas.

Serena suelta una exclamación.

Yo sonrío.

—Recordaba que era grande, pero creo que en algún momento mis recuerdos lo suavizaron para no echarlo tanto de menos. Una pena. Porque esto merece ser recordado.

Ella extiende la mano para tocarme y yo le sujeto la muñeca.

—No. Ahora no.

El volumen del carajo palpita, aparentemente indignado con mis palabras.

Observo fascinado cómo Serena entreabre los labios y respira con dificultad. Mira la forma del glande marcada por la tela del calzoncillo y parece dispuesta a chupármela incluso cuando estoy

a punto de perder el control y correrme dentro de su coño. Así que no le doy tiempo a pensar: la levanto y la tomo en brazos, llevándola hasta la terraza.

La vista de un pequeño bosque detrás de la propiedad me recuerda a mi casa y lo mucho que desearía que esto estuviera pasando allí, pero por ahora aceptaré lo que tengo antes de que la oportunidad se escape con el viento.

El aire agita el cabello suelto de Serena y la luz de la luna enmarca su rostro.

La aprieto contra mi cuerpo y presiono el torso contra sus pechos, extasiado con el roce de los pezones húmedos de mi saliva. Tengo ganas de rodearlos con los labios una vez más, de frotar la lengua y chupar, y morder, y soplar, otra vez, hasta que Serena se corra por tercera vez.

Pero no puedo.

Ya no puedo aguantarme.

Apoyo la frente en la suya y confieso algo que solo ahora recuerdo. En la prisa por verla, lo olvidé. ¡Joder! ¿Cómo pude olvidarme de eso? Mierda.

—Sese…

—No me gusta cuando me llamas así —murmura.

La voz ronca, un resto de los orgasmos.

—No tengo preservativos conmigo. Aunque pueda parecer lo contrario, no pensaba follarte… quiero decir, no tanto como para olvidarme de todo así. Pensé que hoy solo sería una cena, pero las cosas cambiaron cuando… en fin, no importa, yo solo… —digo aturdido, sin encontrar palabras para explicar lo que pasó.

Tal vez porque lo que pasó no fue más que deseo en su estado más crudo.

Serena me agarra por el cuello, con la expresión de una fiera salvaje.

—¡Olvídate del puto condón, joder, y fóllame de una vez!

Me quito el calzoncillo de manera torpe, giro su cuerpo y la apoyo contra la barandilla, inclinando su espalda hasta que queda con el abdomen apoyado en el metal y el coño a la altura de mi ingle. Oigo sus gemidos de deseo y froto la punta en la entrada, provocando, esparciendo el preseminal que lubrica el glande. Serena ronronea y sacude el culo, tentándome con el roce de la polla en la hendidura, a punto de penetrarla.

Gemimos juntos, el deseo brutal aumentando la temperatura.

Le sujeto la cadera y acaricio la marca dejada por las tiras rotas de la braguita antes de hundirme con fuerza en el coño resbaladizo y apretado por los orgasmos, aún contrayéndose ligeramente con los restos de ellos.

Una vez más, el sonido que abandona nuestras gargantas es un espejo. Resuena en mí, resuena en ella.

La cabeza ensancha la apertura y dilata la entrada, arrancándole un suspiro a Serena, llevándome a imaginar todo tipo de escenarios catastróficos y a morderme la lengua hasta que su coño me acoge por completo y mi pubis choca contra su culo.

La primera embestida es el cielo.

Con el calor más jodido del infierno.

En cuanto envuelve toda mi longitud, solo puedo aspirar aire y rezar para no morir en los próximos segundos.

Mis ojos se nublan y la visión se distorsiona ante la sensación aterradora de estar dentro de ella otra vez, de sentir su cuerpo rendirse al mío. Aprieto con fuerza su cadera y salgo una vez, solo para hundirme de nuevo y aspirar aire con tanta fuerza que dejo escapar un leve silbido.

—¡Te eché tanto de menos!

Ella sacude el culo, rebotando sobre mi polla.

Echo la cabeza hacia atrás y le doy una palmada brutal e impulsiva en la nalga derecha, bajando la mirada solo para ver mis

dedos marcados en la carne suave.

—¡Pega más fuerte!

Vuelvo a embestir, clavándome en su coño al mismo tiempo que mi palma azota su culo. Y ella se queja en un gruñido de placer, sacudiendo la cadera y presionándola contra mi ingle.

Le doy otra palmada y ella grita.

Yo también.

Embisto sin parar, sin dar tregua, sintiendo las paredes suaves rozar cada maldita vena de mi polla.

Mi palma empieza a arder y su culo a enrojecer, con todo ardiendo, desde mi cuerpo hasta mi puto corazón.

Me mareo, embistiendo, golpeando, sacudiendo a Serena y escuchando su cuerpo chocar contra la barandilla con cada estocada.

Su voz me golpea al ritmo de las embestidas y, cuando tira de una de mis manos y chupa mi dedo índice, suelto un gemido animal, con los pensamientos destrozados por cada roce de su lengua.

—Maldita desgraciada sin corazón —proclamo con la voz ronca.

Beso la unión de su hombro con el cuello y oigo la risa baja que suelta.

—Fóllame y deja de hablar. Esto no es un recital.

—¿Qué dijiste? —provoco, sabiendo perfectamente lo que oí.



CAPÍTULO 41

Serena

Serena

¿Y ahora qué? ¿De enemigos a amantes, ese es el punto de inflexión?

—¡Deja de hablar y fóllame con fuerza, joder!

Logan no responde.

No con palabras.

Me tira del pelo y mi columna se arquea en una torsión tortuosa.

Suelto una risa embriagada, una mezcla de placer y dolor, que empuja a Logan a un precipicio del que se lanza sin la menor duda.

—Eres de verdad una diablilla astuta —murmura, embistiéndome hondo hasta que siento su polla tocarme en lo más profundo.

El ritmo se vuelve frenético, como una música acelerada mil veces, y nada más importa, o debería importar, mientras me azota el culo y sigue embistiendo. Logan me folla con tanta ansia que siento la rabia burbujeando en cada porción de piel: la ira por haberlo dejado sin esa conexión durante tanto tiempo y, joder, yo también me siento igual, profundamente arrepentida y furiosa por mi propia estupidez.

Me come con ganas.

Me folla como toda mujer en el mundo debería ser follada.

Convierte mi cuerpo en un templo de adoración a la lujuria, una oda a lo más sensual que existe. Estoy fascinada, extasiada, completamente engañada, a merced de ese nudo en el estómago, de ese hielo que hace que todos mis órganos se detengan junto con la respiración que contengo para triplicar el pico de placer, creciendo y diluyendo todo lo físico que hay en mí.

Ahora es pura química.

Una explosión de colores y emociones, una combinación peligrosa de dos sustancias que quedaron atrapadas durante diez malditos años.

Siento el vacío cuando su polla sale y el llenado cuando entra, empujando hasta que la frontera entre el deseo y la niebla espesa que toma mi visión se vuelve una presencia física.

Aprieta más el tirón del pelo.

Mi cabeza se alza hacia atrás y mis labios acompañan con una sonrisa depravada cuando mis ojos encuentran el azul absoluto de los suyos, oscurecidos por la lujuria.

—Voy a correrme y tú vas a correrte. Así, Fresa. Mirándome a los ojos.

Como si obedeciera a su orden, el placer reprimido encuentra una salida y irradia deleite, haciéndome delirar de deseo, sacudiéndome entera, empujándome contra la polla de Logan con tanta ansia que él sujeta mis caderas y acelera las embestidas, alcanzando una velocidad insana e increíble.

La barandilla protesta al intentar soportar nuestro peso, pero él sigue, follándome sin saciarse, impulsando todo en mí a gritar en el intento inútil de escapar de esa corriente eléctrica, de esa descarga potente que quema todas mis células.

La lubricación corre por mi pierna en el segundo en que su polla aumenta de tamaño y me obliga a abrir la boca, a tomar aire, uno que me empuja al abismo y me lo arranca con cada golpe.

Hasta que…

Hasta que…

—¿Embistiendo suave así, cómo quieres que me corra? —bromeo al borde del precipicio.

—¡Maldita! —brama y embiste aún más fuerte, obligándome a agarrarme al hierro, cerrando los dedos y gritando, gimiendo, balbuceando un montón de cosas sin sentido.

Nos corremos juntos, con Logan casi arrancándome el pelo, forzándome a mirarlo a los ojos, que adquieren un brillo salvaje en el epicentro de una satisfacción abrasadora.

Mi coño pulsa y abraza su polla en el instante en que él se corre con ganas y hace que el semen descienda por mis muslos mientras sigue metiéndola, embistiendo en un vaivén grotescamente delicioso.

El tamaño no disminuye y deseo que continúe, que me folle sin piedad ni misericordia, haciendo que el líquido viscoso espume de tantos golpes entre mis piernas.

Escuece.

Quema.

La fricción convirtiéndose en el propio combustible del placer.

Mis dedos protestan por la fuerza con la que me aferro a la barandilla y mi cerebro colapsa ante el castigo constante de lidiar con miles de estímulos ocurriendo todo el tiempo y en todas partes.

Logan sigue comiéndome, devastando la razón, licuando la emoción, transformando el momento en una escalada en busca del pico más alto del mundo. Y cuando por fin llegamos, es como si me precipitara desde allí, directo contra una barrera de hormigón, corriéndome por segunda vez con él dentro de mí, cada vez más duro y más duro y más duro.

Su polla vuelve a crecer y me expande de un modo animal, como si ya haberse corrido no fuera suficiente, como si nada de eso bastara y quisiera continuar, más y más, en otra escalada, esta vez al punto más alto del universo.

Joder.

Solo… joder.

—¿Otra vez?

—Te dije que te arrepentirías.

Como si no estuviera ya arrepentida.

Logan suelta mi pelo y cierra su mano grande en mi nuca, sujetándome con un ímpetu avasallador, las yemas aplastando la piel y marcando el eco audible de su ingle contra mi culo.

La barandilla sigue protestando.

Y seguimos sin importarnos.

De pie, con él tomándome así, se siente cada mínima variación de sus sentimientos cuando pasa de la ira al deseo, del deseo a la rabia y viceversa. Los vaivenes de nuestros cuerpos son cadenciosos, tan conectados que ya no sé dónde termino yo y dónde empieza él, que ya no sé dónde se construye el placer y dónde se extingue.

Él vuelve a imponerse por encima de todo, por encima de cualquier reparo.

Logan me devora, me quita el suelo. Me hace temblar en una nube caótica, con la presión formándose en mi vientre, volviendo respirar cada vez más difícil e impensable.

No, no puedo interrumpir el placer ahora; necesita devastarme, convertirme en una tierra árida y sin vida para cualquier otro hombre.

Su ritmo enloquecido me transforma en una marioneta y grito a pleno pulmón, escuchándolo aullar a mi espalda antes de inclinarse y morderme el hombro, extendiendo el dolor por mis brazos, alimentando la catástrofe creciente a punto de incendiarnos y volvernos polvo.

—¡SERENA… JODERRRR!

Sus gritos, los sonidos enloquecidos y viles me hacen desbordar y seguir corriéndome, y corriéndome, dejando que mi cuerpo ceda al agotamiento y al sudor que cae como una cascada desde mi cuello hasta el escote.

Hasta me arden las mejillas, con la sangre corriendo furiosa por ellas debido al pico de adrenalina tan jodido que el corazón me estalla en los oídos mientras los ojos pierden el foco.

—Logan… —digo sin aliento.

Él embiste con languidez, profundizando el movimiento, hasta apoyar la frente en mi espalda y soltar despacio el apretón de su mano en mi nuca. La ausencia de ese contacto convierte una calota polar en mi hogar.

Quería que siguiera.

Que mantuviera la mano en cada maldito centímetro de mi cuerpo.

Que le fuera impensable soltarse, romper la conexión, así como lo es para mí.

Pero el hecho es que acabamos de follar con odio.

Acabamos de…

¡Joder! —es lo único que gruño antes de sentir que caigo, esta vez de verdad, en medio de la noche oscura, rumbo a lo desconocido. La maldita barandilla, de tanto forzar el límite, acaba de ceder y todo lo que alcanzo a hacer antes de perder el equilibrio es soltar una maldición por lo inesperado.

El nudo en el estómago ahora es de terror, de no entender qué está pasando. De sentir los brazos de Logan rodeándome y girando el cuerpo en un espacio mínimo para que él reciba el mayor impacto.

El viento zumba en mis oídos, o quizá sea una reacción exagerada a la caída; sin embargo, el terror reemplaza al placer en el instante en que nuestros cuerpos chocan contra una superficie maleable y siento el frío mordaz carcomerme los huesos.

Los brazos a mi alrededor refuerzan el abrazo.

Y Logan susurra cuando abro los ojos, que ni siquiera había notado que cerré:

—Está todo bien, caímos en una piscina.

—¿Sabías que había una piscina aquí?

—No tenía ni idea.

Y eso dice mucho, porque giró su propio cuerpo para protegerme.

Aspiro aire con fuerza, castañeteando los dientes, no por el frío del agua, sino por el del arrepentimiento.

—Creo que vamos a tener que arreglar la barandilla antes de sacar fotos.

—Me importa un carajo esa mierda.

Su mirada baja por mi cuerpo y recuerdo que estoy desnuda; me cubro deprisa los pechos expuestos, deseando que el agua oculte el resto. No sé por qué, pero una especie de vergüenza se apodera de mí, una inseguridad feroz.

—Vamos a cambiar eso, Serena, de verdad que sí.

Finjo no entender y tomo aire cuando me sujeta de la cintura y, aun con el agua helada, lo único que me alcanza es el calor de sus manos. Al alzarme fuera de la piscina, el sollozo se me escapa sin control por el frío, y Logan, más rápido que nada, salta al borde y me toma en brazos, llevándome al interior de la mansión.

Sube las escaleras con facilidad, incluso cargándome, y sigue sin parecer afectado por el esfuerzo, hasta moverse y abrir una de las puertas junto a aquella por la que entramos tropezando.

La habitación huele a "encerrado", a un lugar que estuvo mucho tiempo detenido, sin vida alguna. Sin embargo, las sábanas que cubrían la tapicería hicieron su trabajo y mantuvieron el polvo lejos, tanto de los muebles como de la cama. Cuando Logan las retira una a una, dejan paso a lujos, mientras el hombre abre con calma los cajones visibles en busca de algo.

Veo a través de la penumbra, después de que mis ojos se acostumbran a la oscuridad, cuando saca una especie de toalla y viene hacia mí. Me la entrega y, sin el menor pudor ni vergüenza por su propia desnudez, camina hasta la puerta, regalándome una vista parcial de su culo definido y de la espalda ancha y fuerte.

—Voy a buscar nuestra ropa. Vuelvo enseguida, Sese.

Paso la tela afelpada por el cuerpo y me seco lo mejor que puedo, todavía sintiendo a Logan latiendo dentro de mí.

Mi sonrisa es diabólica.

Y astuta, como suele decir él, porque me siento tan bien con el recuerdo de hace minutos que entierro el rostro en la toalla y me quedo así hasta escuchar de nuevo sus pasos.

—¿Crees que aún habrá agua aquí? No sé cuánto tiempo estuvo vacía esta casa.

Bajo la tela y lo veo caminar hacia el baño, encender un interruptor y probar si algo funciona. Por desgracia, no. Pero Logan no se rinde y, aún desnudo, sale del cuarto sin decir nada esta vez.

Escucho un zumbido distinto, como si el agua estuviera abriéndose paso por las tuberías tras un tiempo de escasez y, enseguida, las luces encendiéndose en un amanecer artificial. La habitación queda iluminada y puedo observarlo todo con atención antes del regreso de Parrish.

La cama con dosel en la que estoy es suntuosa, con pilares que se elevan casi hasta alcanzar el techo, en un espacio de altura mínima de unos cuatro metros. Es difícil encontrar lugares tan amplios, porque invocan una sensación de libertad por la que la gente pagaría una fortuna.

Alrededor, muebles rústicos de madera rivalizan con puertas tipo granero del mismo material; supongo que una lleva al vestidor y otra al baño, por la que pasó Logan y que permanece abierta.

Fuera de eso, el tono crema de las cortinas es algo soso para los estándares actuales, pero no deja de tener su encanto, y las sábanas en un azul petróleo no combinan en absoluto con ellas; aun así, todo es de una calidad extrema y debió de costar una fortuna.

Los elementos decorativos incluyen esculturas sobre aparadores y diversas obras de arte en las paredes. En su mayoría abstractas, con algunas que retratan paisajes rurales que irradian tranquilidad con solo contemplarlos.

—Sabía que al volver te encontraría analizando la habitación. Eso es lo que te hace ser tú. No imaginé que te convertirías en agente inmobiliaria cuando éramos más jóvenes; aun así, no puedo decir que esa profesión no te quede bien.

La frase casual podría ser cualquier cosa menos intensa y sexy, pero con él desnudo, apoyado en el marco y con los pies cruzados de manera relajada, la transforma en todo eso y algo más. Acompaña mi mirada y esboza una sonrisa depravada.

—Así haces parecer que solo quieres usar mi cuerpo.

Pongo los ojos en blanco ante el tono irónico y burlón.

—¿Y qué tiene de malo querer exactamente eso?

—Me hiere, claro, no soy solo un pedazo de carne.

—Para mí, sí —canturreo y sigo su caminar desvergonzado hacia mí antes de añadir—: con ese cuerpo sabes muy bien lo que piensan las mujeres cuando te ven. Se notaban las ideas sucias en cada rostro en el evento.

Suspira.

—Odio eso.

—Pero me odias más.

—Lo dices para provocarme, ¿verdad?

—Si lo confirmo, ¿me follas con odio otra vez? Esta vez podemos romper la cama. —Alzo una ceja y veo el instante exacto en que acepta el desafío.

Y descubro que sí existe un límite para los orgasmos, al desvanecerme en sus brazos y apoyar la cabeza en su pecho cubierto de vello suave, totalmente saciada y… arrepentida.
Tan arrepentida que los ojos se me llenan de lágrimas y sorbo aire, escondiéndome para que no vea el tamaño del agujero que se abre en mí, porque conociendo a Logan, intentará remediar lo que quizá nunca tenga arreglo.

—Esto fue lo que perdiste, ¿puedes entenderlo? Fui tu primer hombre, Serena, y por mí, seré el último.



CAPÍTULO 42

Logan

Logan

Revivir.

Serena presta atención a los latidos de mi corazón, sin saber que es la razón de todos ellos.

—¿Te resulta extraño amar y odiar a alguien?

—No, si esa persona eres tú —suspiro, deslizando los dedos por su espalda.

Apoyo la cabeza en la almohada y paso un brazo por su cintura. Ella se desliza sobre el colchón, acurrucándose aún más contra mi cuerpo.

Después de ducharnos, en un silencio raro de quienes saben que las cosas van a cambiar, es comprensible que estemos así, tocándonos sin demasiadas palabras. Lo que no es normal es la opresión en mi pecho, que insiste en advertirme que estamos al inicio de algo que puede convertirse en una guerra.

—Creo que deberíamos darle un nombre nuevo al odio y al amor. ¿Qué te parece amodio?

—¿Quieres decir que me amodias? —sigo el juego.

—Eso, los dos sentimos un profundo y aterrador amodio y ya no hay nada que hacer. Amodio viene del verbo inventado amodiar.

Suelto una risa floja. Esta es la Serena que conozco.

—Perfecto.

—Pero ¿y ahora…? —empiezo la pregunta que no tengo ganas de postergar—. ¿Qué somos?

¿Qué somos?

La pregunta resuena y deambula por las paredes como una fiera aguardando lo que vendrá. Incluso pienso que debería haberla aplazado, pero eso solo me haría perder más tiempo y, como en el pasado las cosas ya se complicaron una vez, no estoy dispuesto a permitir que los malentendidos echen raíces.

—Aún no lo sé. Podemos ver qué pasa en el tiempo que nos queda.

Ella sigue paseando los dedos por mi pecho, haciendo que las palabras dejen poco a poco de resonar en mis oídos para golpear un lugar mucho más abajo… mucho más abajo.

—¿No es un compromiso ni nada por el estilo?

Mierda.

Maldita mujer.

Sería más fácil intentar hablar con el diablo.

—Es sexo casual, Logan, claro que no es un compromiso. Si quieres salir con otras mujeres, puedes hacerlo, igual que yo…

—Entonces debería volver lo antes posible a Tuscaloosa. Para casarme.

Ella hace una mueca.

—¿Desde cuándo te preocupa tanto? Hasta pensé que no creías en esa tontería.

Porque no estaba intentando cruzar la barrera que tú creaste.

Sé que debo ir con calma, ya que Serena acaba de atravesar un divorcio turbulento. Sin embargo, ese sentimiento de rechazo insiste en atormentarme, como si pudiera escaparse entre mis dedos en cualquier momento, y esa mera idea me enloquece, devolviéndome todo lo que sentí cuando se fue.

—¿Te enteraste? Serena se fue. Sam se lo comentó a mi hija hace un rato —escucho a mamá conversando con una de sus amigas durante el fin de semana.

Oír su nombre me hace detenerme al instante y prestar atención.

Me froto el pecho y tengo un mal presentimiento, de esos que no se callan ni siquiera con cientos de pensamientos positivos. Es como si nuestra última conversación ya hubiera sido un indicio de lo que vendría, cuando me preguntó qué era lo que más amaba en el mundo y yo respondí que mi familia.

Pero ¿por qué haría esa pregunta sin ninguna razón aparente?

—¿Así, de la nada?

Sí, ¿así, de la nada?

—Sí, fue de repente. Parece que incluso tomó a su familia por sorpresa. Llegó a su madre y le dijo que necesitaba irse a otra ciudad, con la intención de empezar de nuevo lejos de Tuscaloosa.

Las palabras de mi madre me dejan catatónico, perdido entre frases que no tenía idea de que escucharía hoy, no esta noche, no ahora que estaba a punto de ser completamente honesto con respecto a mi implicación con Serena. Una que, al parecer… ¿ya no existe?

Me paso la mano por la nuca, desorientado, y antes de que mamá se dé cuenta de mi presencia, tomo el coche y conduzco hasta la granja de los Gatsby. No pienso en nada de lo que estoy haciendo, mucho menos en que mi familia los odia y, en consecuencia, ellos nos odian de vuelta. La desesperación que siento es de ese tipo que me hace asumir riesgos irreflexivos y vivir de decisiones precipitadas. Como la que acabo de tomar, alzar la mano y golpear con fuerza la puerta de entrada.

Simon abre y frunce el ceño al encontrarse conmigo. Es solo un niño y no sabe qué hago aquí. Su madre, en cambio, cuando pregunta quién es y aparece en el umbral mirándome de forma amenazante, entiende exactamente la razón de mi presencia.

—Serena se fue.

—¿Adónde, señora Gatsby? —pregunto con educación.

Nunca se ha molestado en expresar nada más que desagrado cuando me ve, pero hoy incluso parece sentir cierta satisfacción.

—Bien lejos de ti, Logan Parrish.

—Usted…

—Sí. Una madre siempre sabe lo que pasa con sus hijos. Puede fingir que no ve, pero siempre sabe. El problema aquí es que Serena es mi tesoro y nadie, y lo juro por el buen Señor, va a maltratarla, cosa que ocurriría si siguiera viéndote y tu madre perdiera la paciencia. No quiero manchar mi historial limpio, así que la apoyé en la decisión que tomó. Hace mucho tiempo no funcionó y ahora tampoco funcionaría. La gente de tu familia debe mantenerse lejos de la gente de la mía y viceversa, o pasarán cosas malas.

—¿Qué quiere decir con eso, señora?

—Exactamente lo que oyó. Y hágase un favor y olvide a Serena antes de que todo se vaya al carajo. Aunque, claro, no debía de ser tan importante para ella, ya que se fue sin mirar atrás.

Una puñalada en el pecho dolería menos.

Morir congelado sería más cálido.

Recuerdo bajar los escalones de la entrada de la granja Gatsby, con la cabeza gacha y los hombros caídos en derrota. Eleanor fue tan firme en sus afirmaciones que, en algún punto de mi camino hasta el coche, empezaron a tener sentido, aunque yo pensara distinto cuando estaba con Serena.

Nunca fuimos novios.

Ni hicimos promesas.

Solo dejamos que las cosas sucedieran y, en este caso, no hay culpables, solo situaciones. Yo no hablé, ella no habló y la vida siguió. Pensé que tendría tiempo de hablar con mi madre, suavizar la locura antes de finalmente confesarme, pero no lo tuve y, bueno, aquí estamos.

Fue un momento complicado de mi vida.

Un momento doloroso de recordar, pero necesario.

Por más que vea mucha herida y hasta rabia tras ser abandonado, también veo la inmadurez de dos personas que estaban empezando la vida y no tenían ni puta idea de lo que estaban a punto de enfrentar. Serena con su matrimonio —cielos, cómo odio eso— y yo con…

—Y no creas que me olvidé —dice apoyando la barbilla en mi pecho—. Me quedaste debiendo contarme qué te pasó. Eso que no te deja dormir…

Trago saliva y me levanto, incapaz de quedarme quieto ante lo que estoy a punto de decir.

Necesito tomar distancia para ver qué sentirá Serena cuando finalmente entienda quién soy y lo que causé a varias personas antes de alejarme por completo del Grupo Parrish. Porque después

de que se fue, surgió un Logan diferente y todo lo que hizo a partir de entonces no fue precisamente… aceptable ni políticamente correcto. Serena ya debe sospecharlo; al fin y al cabo, nadie se gana un apodo como Emperador de Alabama siendo confiable, honesto y empático. Nadie consigue tanto poder siendo solo una buena persona al frente de los negocios.

Para que los Parrish tengan tanto dinero, hay muchas familias que se quedaron sin nada. Mucha gente devastada por nuestro éxito, simplemente por estar en el lugar equivocado, en el momento equivocado.

Me arrepiento de muchas cosas que hice; sin embargo, eso es quien era en aquella época, quien me esforcé por no volver a ser jamás.

Podemos culpar a las circunstancias o admitir que todo el mundo ya fue malo alguna vez en su vida. En mayor o menor medida, pero lo fue. Es humano; nadie es bueno todo el tiempo ni toma las decisiones correctas todos los días. Algunas mañanas nos perdemos, solo para encontrarnos en la siguiente, y eso es lo que mueve el mundo.

—Por tu silencio, debe de ser algo malo. ¿Y por qué te fuiste tan lejos?

Serena empieza a incorporarse y, con un gesto de cabeza, le pido que permanezca sentada.

Intento concentrarme en un punto a través de la ventana, en algún lugar del paisaje que no alcanzo a ver. Perdido en recuerdos, castigado por ellos.

—¿Estás segura de que quieres oírlo? No es una historia bonita. En realidad, es todo menos bonita.

Serena me mira con esperanza y cariño. Dos cosas que no merezco, no frente a lo que va a descubrir.

—Quiero oírlo todo sobre ti. Las partes bonitas y, sobre todo, las feas.

—Bajo tu propia responsabilidad. ¿Solo prométeme una cosa?

—Hasta diez, veinte, cincuenta, si quieres.

—No salgas corriendo antes de escucharlo todo. No huyas de mí.

—Jamás huiré de ti.

No dice que no va a huir, porque ya lo hizo una vez y probablemente lo haga de nuevo. Con la diferencia de que ahora sería un golpe del que difícilmente me recuperaría.

Cierro las manos en puños y las mantengo a los lados del cuerpo, aún incrédulo de que vaya a contar esto a alguien más allá de quienes necesitaban saberlo o de quienes lo descubrieron por las consecuencias. Claro que mi familia lo sabe, pero no tienen idea de cuánto me afectó, de cómo me volví hermético y tengo pesadillas desde entonces.

—¿Te va a doler… decírmelo?

—No, en realidad creo que sería bueno contárselo a alguien que pudiera entenderlo. Eso fue lo que dijo la terapeuta, que otros puntos de vista podrían ayudarme. Bueno, pasó hace tres años, en el mismo mes del… —me detengo y mato esas palabras; no importan, no cuando solo la harían sentir peor—. Da igual, no es importante. Fue hace tres años. No sé cómo empezar sin ir desde el principio, así que ten paciencia conmigo. Es algo que sigue aterrorizándome, incluso después de tanto tiempo, porque yo fui… yo fui… —empiezo a tartamudear y a perderme en mi propia historia, hasta sentir sus brazos rodeándome, antes de que sepa lo que ocurrió de verdad, claro— responsable de la muerte de dos personas.

Y el abrazo se rompe cuando Serena se aparta de mí, tal como imaginé que haría, porque va a huir de nuevo.

Pero esta vez huirá de verdad de mí, por lo peor que puedo ser.



CAPÍTULO 43

Logan

Logan

La verdad es fea, horrenda. De ella supura pus, con la herida inflamada, sin posibilidad de cura. De ella mana podredumbre, arrepentimiento y hedor. De ella brota un dolor que corroe el alma.

—La peor parte es esa: no tengo cómo embellecer lo que realmente ocurrió.

No levanto la cabeza. No me atrevo a mirarla a los ojos. Creo que hemos llegado a ese punto de la bifurcación en el que decidirá si elige el mismo camino que el mío o si trazará el suyo propio.

—Si me lo explicas, puedo entenderlo. No creo que sea como lo dices; no concuerda contigo. Tiendes a exagerar, a agrandar los problemas, y creo que este es uno de esos casos.

La esperanza que flota y alumbra sus iris es algo que definitivamente no merezco.

—Serena…

Se acerca sin pedir permiso y apoya la cabeza en mi hombro, quedándose a mi lado frente a la ventana. Mantengo los brazos pegados al cuerpo, pero ella es mucho más decidida que yo en ese aspecto, porque encuentra mi mano y entrelaza nuestros dedos en señal de apoyo.

Serena permanece en silencio y me anima a continuar.

—No voy a juzgarte por nada de lo que hiciste, Logan. Como dije, estoy segura de que hay algo que no estás contando y no me voy a alejar antes de eso, probablemente ni después.

Se me humedecen los ojos, la pose dura se viene abajo y la atraigo hacia mí, abrazándola con firmeza al apoyar la cabeza en su hombro.

Unos brazos vacilantes me rodean y recibo palmaditas de consuelo en la espalda, como si dijeran: hey, tranquilo, todo va a estar bien.

Cuando sé que no lo estará.

Si no mejoró en tres años, ¿tengo alguna posibilidad de mejorar de ahora en adelante?

Las lágrimas caen de mis ojos y soy transportado al pasado, donde dos vidas terminaron por mi culpa, a causa del egoísmo y la ambición de aquella época, en la que concentré todo mi sudor en convertir al Grupo Parrish en un gigante y enfrentar de tú a tú a la

Compañía Kingston, por ejemplo, pero esta vez en la producción y el manejo del algodón.

Quería que fuéramos aún más conocidos, que nos convirtiéramos en una potencia imposible de ignorar. Que yo fuera imposible de ignorar para cualquiera. Especialmente para Serena. En aquellos años en los que me dediqué tanto, quería demostrárselo, aun sabiendo que no le importaba, que yo estaba muy bien. La sensación de haber sido abandonado sin siquiera una explicación provocó ese rencor, una especie de motivación macabra y horrenda.

Por eso acepté tantas entrevistas, me puse en el centro de la industria, todo para que viera mi rostro en todas partes y se arrepintiera.

No fue una actitud bonita, ni de lejos, pero fue la manera que encontré de llamar su atención, aunque no pudiera confirmar si funcionaba.

—Sabes, Serena… nadie tiene el apodo de Emperador de Alabama, ni siquiera el de Rey del Petróleo, sin hacer sufrir a otras personas de manera involuntaria. El poder corrompe. Y trae consigo una carga tan alta de exigencias y sacrificios que es imposible seguir siendo una buena persona. O dormir, si se tiene un mínimo de sensatez. Una vez, cuando conocí a Lane Kingston, al comienzo de mi trayectoria ejecutiva, me dijo lo siguiente: prepárate para correr con los lobos, porque al final te convertirás en su líder.

—¿Ese Lane Kingston, el de la dinastía de Dallas que todo el mundo debe conocer?

Asiento.

—Tardé meses en entender lo que quiso decir y cuando por fin caí en la cuenta, ya era demasiado tarde. No solo corría junto a ellos, sino que de verdad los lideraba, dejando un rastro de destrucción. Tal vez juzgue mal a Lane Kingston cuando estuvo al frente de la empresa familiar, pero en lo que a mí respecta, el detonante para salir fue la culpa, la sensación de convertirme en escoria. No importaba cuánto dinero hubiera en mi cuenta bancaria;

esa cosa, la putrefacción del alma, seguía ahí y me mantenía atrapado en un ciclo de infelicidad y repulsión por lo que me había convertido.

Suena como si escupiera en el plato del que comí y quizá sea exactamente eso; sin embargo, el capitalismo es una verdadera masacre y quienes están en la base de la pirámide son los primeros en ser pisoteados.

¿Soy un hipócrita?

Y tanto.

Pero si no puedes cambiar la rueda, tampoco tienes que ayudarla a girar.

Así que yo, Logan Parrish, un paleto de Alabama, decidí que prestar atención a mi familia, ayudar a la comunidad y marcar una verdadera diferencia en la vida de esas personas era mejor que no hacer nada.

—Pero, Sese, realmente arruiné la vida de dos personas —digo sin aire, la voz haciéndose más baja con cada palabra—. Y no importa cuánto tiempo pase, esta siempre será una carga que llevaré.

Los recuerdos me golpean como una tormenta, mucho peor que aquella que enfrenté para ver si ella estaba bien.

El disparo.

El sonido resonando en la oficina, anunciando la muerte.

Luego, un accidente.

Todo se sumó y me lanzó a un cataclismo, a un auténtico mar de tormento del que jamás pude escapar.

—Y aún no me has dicho cómo. ¿Entiendes que estás intentando asustarme, contándome un poco de cómo te sientes, un poco de lo que —abre comillas— hiciste —cierra comillas—, sin dar detalles ni nada? Si te hace tanto daño, cuéntalo de una vez y déjame ayudarte con un punto de vista diferente, con una nueva forma de ver la situación. Porque dudo mucho que hayas matado a

alguien y, incluso si lo hubieras hecho… cielos, me asusta lo que estoy pensando ahora, porque aun si descubriera lo peor de ti, me quedaría aquí.

Abro los ojos de par en par e inspiro el aire —¡maldito sea! —, huele a fresa y a sexo.

Saber que Serena no se iría si escuchara lo más podrido de mi corazón me lleva a pensar que está loca, que no tiene el menor instinto de autopreservación. Debería alejarse mientras aún hay tiempo, mientras todavía no sabe la verdad. O mejor dicho, debería hacerlo yo, para conservar la imagen que tiene de mí, sin ninguna mancha ni mirada aterrorizada. Porque así es como me miro cada vez que me observo en el espejo. Y me da pavor, pavor… que ella también me mire así.

—Por favor, Logan, no tienes que tener miedo. Estoy aquí. Si crees que no puedes, podemos volver a la cama y te abrazaré hasta que te duermas. Dijiste que lograste dormir cuando estabas conmigo, así que puedes hacerlo otra vez; velaré tu sueño.

Sus palabras me tranquilizan y por fin empiezo a narrar lo que ocurrió, lo que me llevó a tener pesadillas noche tras noche y a reinventarme día tras día.

—Cuando asumí la gestión del Grupo, me enfoqué en la expansión, en las ganancias, en la captación de subsidiarias y todo tipo de inversiones para hacer que el apellido Parrish fuera conocido en todo el mundo. Era una meta audaz y lo sabía; sabía que muchas cosas pasarían durante el proceso, incluida la posibilidad de ser menospreciado por ser tan joven o de que cuestionaran mi capacidad por nepotismo. Y en cuanto a eso, no me importaba demasiado, porque era capaz, obviamente, y siempre me sentí orgulloso de ser quien soy… El problema fue lo que ocurrió después de cuatro años de trabajo en la empresa. —Hago una pausa y tomo aire, contando hasta tres y soltándolo de nuevo—. Empecé en el sector administrativo y fui ascendiendo para entender los procesos antes de ganarme el favor de los inversores y asumir el cargo de

CEO. Llevaba más o menos un año al frente de todo y, con veintisiete años, eso es algo enorme.

Serena frota su mano en mi espalda y su mejilla en mi brazo antes de susurrar:

—¿Por qué te convertiste en ejecutivo? No era eso lo que querías —dice con cuidado, dándome un tiempo para respirar que ni siquiera sabía cuánto necesitaba.

Tomo su mano y la llevo a mi boca, besando el dorso, deseando que la opresión en el pecho desaparezca.

—Para llamar tu atención. Quería que vieras mi rostro en todos los rincones del país y que no pudieras olvidarme. Qué motivo tan idiota, ¿no? —Suelto una risa amarga—. Pero sabes que no puedo mentirte. Por eso aceptaba tantas entrevistas absurdas, porque sabía que en el sector en el que estabas, como agente inmobiliaria de propiedades de gama media y alta, seguro acabarías viendo los reportajes y tendrías esa sensación de que me verías, y eso alimentaba el odio que creía sentir. En el fondo, pensaba que así te arrepentirías. —La risa que se me escapa es ácida—. Qué razón de mierda; cuanto más hablo, peor suena.

Serena entreabre los labios y me contempla como el mar mira a la luna, ansioso por tocarla. Sus ojos, de un castaño brillante, dos pozas de un marrón claro que me transportan a un lugar mucho más bello que el que habito.

Me pregunto si sabe por qué amo tanto el color marrón. Lo dudo.

En el pasado, cuando me lo preguntó, respondí que era por el tallo del algodón, por ser el color de la tierra y porque me encantaba la tierra en las botas; pero todo en lo que pensaba mientras contestaba eran sus ojos, un marrón con hilos dorados que se expanden del borde al centro, irradiando un brillo que jamás vi en la mirada de nadie.

—Lo gracioso es que alcanzaste tu objetivo. Me ponía de los nervios verte en cada maldito cartel, en cada jodido sitio web que

abría o en cualquier artículo que, por casualidad, fuera a leer. No ayudaba cuando sonreías, porque parecía que me mirabas directamente a mí, con ese aire provocador y presuntuoso que conocía tan bien. Y cada vez que me topaba con tu rostro, la nostalgia me hacía querer volver a Tuscaloosa, me hacía querer volver… a casa.

Serena

Porque Logan era mi casa.

No sé si lo capta, si entiende lo que oculté, pero por un momento se queda en silencio y apoya el mentón sobre mi cabeza, afirmando los brazos a mi alrededor.

—Creo que es mejor que continúe la historia o sacaré el tema de nuestra relación y perderé la única oportunidad, en mucho tiempo, que tengo de hablar de esto con alguien que de verdad me conoce.

Deposito un beso en su pecho, sobre el corazón.

—Estabas en la parte de los motivos por los que te convertiste en ejecutivo —ayudo, ignorando el calor que irradia su piel y el aroma amaderado de pino que se instaló después de ducharnos.

Todo es muy agradable, todo es muy él, y tengo que concentrarme en su voz para no flotar hacia pensamientos indecentes en un momento tan importante como este.

—Después de entrar en ese mundo, no podía salir, no podía decepcionar a mi familia. Y siendo completamente honesto contigo, me gustó la adrenalina, la sensación de impactar positivamente en la empresa y ver cómo las acciones se disparaban en un crecimiento

nunca antes visto. Transformé procesos, reduje pérdidas, escalé el negocio de tal forma que se convirtió en lo que ves hoy.

Murmuro bajo, comprensiva. Es la misma sensación que me invade cuando cierro una venta, la de que mi mejor esfuerzo dio frutos, de que cumplí con mi deber.

—Cuando descubrimos que somos buenos en algo, hay que aprovecharlo, ¿no?

—No siempre, depende de en qué seas bueno. Yo soy buena engañándome y no me hizo ningún bien.

Le arranco una sonrisa. Es leve, pero vale el esfuerzo.

—Oh, cielos, solo tú para hacerme reír en un momento como este. Que Dios bendiga tu corazón, Serena, y sigas siendo así para siempre. Porque no tienes idea de cuánto extrañé ese humor tuyo tan raro.

Subo y bajo los hombros, con los labios estirados en una sonrisa tranquila.

—¡Es mi don!

Logan ni siquiera mira, inhalando el aroma de mi cabello de una forma que, si cualquier otro hombre lo hiciera, sería la cosa más extraña del mundo. Pero en su caso es muy, muy bueno.

Beso su pecho varias veces y él la coronilla de mi cabeza.

Caricias leves que parecen cargar el peso del mundo entero.

Se aclara la garganta y vuelve a hablar; mi contacto parece animarlo y tranquilizarlo de algún modo.

—En esa escalada para llevar al Grupo a la cima del mundo algodonero y convertirnos en los verdaderos dueños de Dixieland, necesité adquirir a un competidor. No era tan grande; digamos que tenía un tamaño medio, pero estaba en nuestro camino de expansión de tierras y cultivo. Eso bastaba para concretar todos mis planes. —La voz, antes potente, empieza a quebrarse y aprieto el abrazo, presionando a Logan con todas mis fuerzas, intentando llenarlo con él—. Entonces el equipo y yo iniciamos la construcción

de una nueva filial de Industrias Parrish, el brazo del grupo responsable de la producción y la cosecha de algodón cerca de esa empresa. Mientras tanto, nuestros abogados de adquisiciones estudiaban todo sobre ella, los puntos débiles y los fuertes, y ahí es donde empieza la historia…

Su mirada, ya perdida, se vuelve grisácea y sin brillo. Todo en él se oscurece, como un día sin sol, sin vida, sin alegría, cuando Logan vuelve a hablar.



CAPÍTULO 44

Logan

Logan

Yo soy el Emperador de Alabama.

Soy transportado a aquel mes, el peor mes de mi vida. El mes que me hizo odiar a todos los demás.

—¿Quieres adquirir mi empresa por un valor ridículo, usando como excusa las deudas que contraje? Tiene que ser una broma. ¿Crees que ella y las personas que trabajan allí no valen nada? —

empieza a gritar, mientras yo contemplo la pluma Montblanc sobre la mesa de reuniones, junto a la tablet y una agenda negra con tapa de cuero. Esos objetos me resultan mucho más interesantes que el clima de tensión que se instala en la sala—. Siempre oí cosas muy buenas sobre la familia Parrish, pero no creo que tú seas uno de ellos, después de todo.

Me paso la mano por la barbilla y miro uno de los ventanales del edificio.

Aburrido.

Mierda, estoy muy aburrido.

Esto ya debería haberse resuelto; no sé por qué se alarga de esta manera.

—El asunto es el siguiente —soy conciso—: te estoy salvando. —Golpeo la mesa con el índice—. De cualquier forma, lo vamos a conseguir, aunque tenga que convertirme en accionista del banco que va a liquidar tus deudas, así que podemos ahorrarnos el tiempo y cortar esta discusión que no lleva a nada. Mi tiempo es dinero, el de mis abogados también; el único que no parece serlo es el tuyo.

Me pongo de pie y abrocho el botón del traje, metiendo las manos en los bolsillos con aire casual.

Salgo de la reunión y lo dejo discutiendo solo, gritándole al vacío.

Recorro el pasillo y regreso a mi despacho sin el menor atisbo de remordimiento, sin sentir… nada.

Sin percatarme del error que cometo y que se transformará en el peor de mis recuerdos.

—Pidió una reunión, se la concedí porque, a esas alturas, ya había ganado al comprar la empresa por una miseria. Solo que no… —cierro los ojos y es como si estuviera de nuevo en mi despacho, en la sede del Grupo, mirando horrorizado al hombre de ojos desorbitados, fríos, vacíos y, al mismo tiempo, decididos.

Y me apunta con un arma.

De repente, esboza una sonrisa maquiavélica. Una sonrisa que le retuerce todo el rostro en una expresión extraña, antes de llevarse el cañón a la boca y volarse el cerebro.

—¿Se quitó la vida delante de ti?

—Sí, en mi despacho. Lo recuerdo como si fuera hoy… el estado en que quedó… la sangre salpicó la pared y el techo, mientras su cuerpo caía sin vida a mis pies. Fue la peor escena del mundo, Sese, fue la peor… —empiezo a llorar, sollozando y tratando de consolar al hombre que no me preocupé por salvar, en un recuerdo que no puede cambiarse—. Si pudiera volver atrás, habría hecho todo distinto, te lo juro —repito una y otra vez, hasta que las palabras se vuelven un amasijo incomprensible.

—Logan, no es tu culpa, no lo es —intenta reconfortarme.

No merezco su consuelo.

No lo merezco porque, después de eso, aún tomé una decisión igual de terrible: continué con la compra de la empresa sin importarme la familia, con una frialdad que no debería existir.

—Sí lo es, porque seguí adelante y decidí ignorar a su viuda cuando vino a pedirme dinero, ya que la deuda personal del hombre era mucho mayor de lo que ella imaginaba y ahora no tenía cómo mantenerse, al menos por un tiempo, incluso después de recibir el importe de la venta. El terror de ver a alguien hacer eso delante de mí me dejó en shock y, aun así, no cambié, Sese —digo desesperado —; continué persiguiendo una meta que no me di cuenta de que había perdido importancia. Hasta que fui responsable de la muerte de ella también…

—¿Cómo que responsable?

Evito mirarla.

Supongo que voy ganando, porque todavía no ha desaparecido, no me ha dejado. Pero puede ocurrir en cualquier momento a partir de ahora.

—La mujer salió desorientada de mi despacho y, dos horas después, vi una noticia sobre alguien que había perdido el control del coche y caído desde uno de los puentes de la región. Cuando leí el nombre de la víctima fatal, supe que yo era un ser humano terrible, alguien cuyo interior ya no podía salvarse. A partir de ahí empezaron las pesadillas…

—Que no te dejan dormir —asiente.

—En ellas, la historia varía. A veces ocurre exactamente igual; en otras, es ella quien aparece sosteniendo un arma, a veces en mi casa, en el despacho e incluso en la avenida principal de Tusca. También suelen aparecer juntos, con un aspecto cadavérico y ojos acusadores. He tenido pesadillas en las que quien caía con el coche del puente era yo, o incluso mi familia, sin que pudiera salvarlos. —El dolor me aplasta y se me hace muy difícil respirar—. Siempre son variaciones del mismo caos, del mismo terror, que me hace mendigar el menor gramo de paz. ¿Entiendes ahora por qué decidí abandonar todo y aislarme en mi casa, haciendo lo que puedo para olvidar?

Dormir es imposible.

¿Cómo voy a dormir después de causar tanto dolor?

Eran personas importantes para alguien, personas cuyos familiares lloraron por mi culpa.

Por eso digo que maté a dos personas. Murieron por culpa del Logan ambicioso y patético, que tomó decisiones estúpidas pensando solo en su propio beneficio.

Todo lo que ocurrió me cambió, me hizo entender que nadie debería tener derecho a actuar así.

—Nada de eso fue tu culpa. Que él atentara contra su propia vida fue una elección. Triste, trágica, pero lo fue. Miento; en realidad, no haber cedido y buscado ayuda cuando empezaron a aparecer las cuentas, cuando surgieron las deudas, fue su verdadero error. Ese hombre te culpó, te traumatizó y te hizo sentir como si te hubieran arrojado un ancla al pecho por algo que él mismo podría

haber evitado. No lo veo como un egoísmo tuyo, sino como uno suyo. No porque la gente muera se vuelve santa, Logan, y él definitivamente no lo era. Prefirió romperte a corregir sus propios errores.

—No, Serena, pero yo…

Ella me suelta y apoya el índice en mis labios, impidiéndome hablar. Obedezco, porque no hay nada en este maldito mundo que no haría por ella.

—La culpa es uno de los peores sentimientos que alguien puede experimentar. Deforma tus ideas y opiniones, y convierte un grano de polvo en un desierto de proporciones épicas. Y la tuya, Logan, ha dirigido tu vida durante demasiado tiempo. Si dejas de analizarlo desde el punto de vista de un hombre frío, de un CEO, y miras todo lo que ocurrió desde quien eres ahora, te darás cuenta de que te estás imponiendo más peso del que puedes cargar. Por eso no duermes, no tienes paz, no te sientes merecedor de vivir. Por eso pasas tus días aislado en casa, en una que construiste para que fuera tu fortaleza, perdiéndote en pesadillas interminables. No tienes la culpa. La vida está hecha de decisiones, y ese hombre tomó las suyas.

—Sese, no lo entiendes, si yo hubiera… si yo hubiera…

—¿Dado una oportunidad? ¿Sido generoso? Probablemente esa persona habría encontrado otra manera de joder su propia empresa y culpar a alguien. Tú solo fuiste la muleta que necesitaba en ese momento, un ser humano en quien descargar toda la frustración de su fracaso. ¿Empeoraste las cosas por la forma fría en que actuaste? Tal vez; quién soy yo para negarlo. Pero no te pongas como el villano de esta historia, porque no fue exactamente así. No veo cómo todo podría haber sido distinto, y martirizarte por lo que no puedes cambiar es inútil.

Sonrío y el sonido que se me escapa de la garganta está cargado de amargura.

—Por más que me digas ese tipo de cosas, sigo pensando que debí actuar de otra manera con los dos.

—No comenté nada sobre la mujer porque lo que le ocurrió fue una fatalidad absoluta, algo que puede pasarle a cualquiera. Pensar que salió desorientada de tu despacho porque le negaste un préstamo es pensar que habría salido igual de un banco y no habría sido capaz de conducir.

—Fresa… —intento hacerla ver, pero Serena ignora el ruego y sigue mirándome como una pradera llena de luciérnagas.

—Yo no lo veo como tú. Has vuelto de verdad a terapia, ¿no?

Asiento.

—Entonces las cosas van a estar bien. Puede que no hoy, puede que no mañana, pero lo estarán. Todo lo que sientes es lo que alimentas, y habla más de tus propias inseguridades y miedos que de una culpa que no tienes en estos eventos traumáticos. Ya te sentías fatal haciendo lo que hacías y esto debió de ser la gota que colmó el vaso. Eso es lo que me lo explica todo.

La forma en que Serena me mira, indicándome que soy mucho mejor de lo que creo, con los ojos relampagueando el amor más absoluto, me hace sonreír a solas, incapaz de formular un pensamiento largo o una respuesta elaborada para rebatir su opinión.

Dentro de mí, anhelo que sus palabras sean verdad, que todo no haya sido más que una especie de martirio. Pero soy muy consciente de que no es de un día para otro que este peso se levantará de mi pecho; nada funciona así.

Sigo contemplándola como si fuera demasiado buena.

Y ella me devuelve la mirada, expresando con palabras silenciosas que soy mucho más de lo que imagino.

—Piensas mejor de mí de lo que soy.

—No, solo estoy escuchando sin vivirlo; es diferente. La historia te afecta de manera directa y no hay forma de tener una

visión imparcial.

—¿Me estás analizando, Fresa?

No sé por qué, pero mirarle el rostro me hace pensar en la palabra amor. En todas sus letras y variaciones. Es extraño y derrama oro líquido por mis venas. Los orbes castaños se convierten en una extensión de su voz y dicen mucho más que sus labios al entreabrirse.

—Pensé que podía.

La miro a los ojos y recorro su rostro delicado con las manos, sintiéndome un poco mejor al no ver miedo ni repulsión en ellos. Me permito creer que no soy tan malo, porque si alguien tan increíble como Serena sigue aquí, no puedo serlo, ¿verdad?

—Gracias por escucharme.

—Siempre que lo necesites —canturrea, con una voz tan dulce como la miel.

—Y gracias por dejarme explicar antes de huir. Gracias de verdad, Serena —digo, y la beso con calidez, acariciándole la nuca con una mano y sujetándole con firmeza la cintura con la otra.

El beso se transforma en una especie de plegaria al paraíso. En cuanto su lengua toca la mía, las puertas se abren y conozco lo que creí que jamás podría sentir: la sensación de calentarse y enfriarse, dos opuestos que se unen y vuelven difícil respirar, como si pisara nubes cargadas de lluvia mientras me alcanzan constantes rayos de sol.

Es una sensación de verano.

De invierno.

Y todo sumado, multiplicado por mil, hace que las sensaciones se crucen en un vórtice implacable e intenso. Si me atropellaran, si saltara de un acantilado, creo que dolería menos que esta necesidad que me castiga: la de estar cerca de ella, la de tocarla, la de tenerla.

—¿Ves? No fue tan difícil.

—¿No crees que soy un monstruo?

—No. Pero no importa lo que yo piense, solo importa lo que tú creas que eres.



CAPÍTULO 45

Serena

Serena

Bien, quizá esté empezando a creer en lo imposible.

—Ya he perdido la cuenta de cuántas casas hemos visto. ¿Cómo lo haces? —pregunta Logan, cansado de arrastrar muebles y acomodar decoraciones para que yo pueda sacar buenas fotos que realcen las propiedades.

Llevamos así cuatro semanas.

Ya no hablamos de asuntos serios; nos preocupamos más por… en fin, disfrutar. Sin embargo, el tema sigue a nuestro alrededor, flotando como algo que tendremos que enfrentar en algún momento.

—Es mi trabajo. Por cierto, ya que sacamos el tema, ¿qué es lo que siempre quisiste hacer?

—¿De verdad quieres emplearme, eh? Lamentablemente, mis últimos salarios fueron altos. ¿Estás dispuesta a pagar mi precio, Serena Gatsby? —sonríe lascivo, con una cinta métrica en la mano.

Logan camina hacia mí y suelta la cinta en cualquier parte; ya se está quitando la camisa y deshaciendo del cinturón. El pecho al descubierto, el abdomen marcado por la definición, con vello de un rubio oscuro que cubre la piel; me hacen salivar, incapaz de pensar con claridad, con la tablet pendiendo de mis manos.

La dejo sobre un aparador cercano.

Las piernas ya me tiemblan y el deseo se me dispara.

—¡No voy a poder trabajar así! —lo acuso.

—Es exactamente lo que quiero, Fresa. Menos trabajo, más placer —dice como si fuera un eslogan.

Ese puto descarado.

Ese sinvergüenza nato.

Ese hombre con un…

Logan se abre la bragueta y, sin el menor reparo, baja los vaqueros por los muslos gruesos, deshaciéndose también del calzoncillo, dejando que la polla, erguida, salte hacia arriba, con el brillo de la lubricación destacándose en el glande. Muerdo el labio inferior, la lengua retorciéndose de ganas de recorrer todas las venas, contarlas una a una, desde la base, gruesas y marcadas, hasta la cabeza.

El tamaño de su polla es glorioso.

Del tipo por el que las mujeres hacen locuras. Se pelean y hasta participan en eventos decadentes. Si tuvieran la oportunidad

de ver y mancharse con ella, harían cosas aún peores. Es una verdadera lástima que ya no la tengan. En realidad, ninguna lástima.

Logan sigue acercándose.

Y yo permanezco inmóvil.

Los latidos frenéticos de mi corazón convierten mi pecho en una banda de rock, con la batería reventándome la cabeza.

Sin pensar, actuando por impulso, me arrodillo cuando llega lo suficientemente cerca como para tocarme.

—¿Qué quieres? —pregunta, la voz apenas un hilo, controlado por el deseo.

No respondo; solo lo atraigo más cerca por el culo firme y hundo la boca en la polla gruesa y grande, saboreando el gusto ligeramente salado de la piel y el aroma a jabón que emana de su cuerpo. No hace ni una hora que nos duchamos juntos y, aun así, es imposible mantener las manos lejos.

Paso la lengua por la rigidez, rodeándola mientras subo y bajo, trabajando con los dedos en los testículos tensos. Un sonido gutural inunda el ambiente, al tiempo que Logan engancha los dedos en mi nuca, enredándolos en el cabello para empujarme con fuerza contra su polla.

Me folla la boca con tanta ferocidad que alcanza la garganta y me hace atragantarme.

Sonrío con la polla entre los labios, empapada de saliva, deslizándose con tanta facilidad que lo único que delata el tamaño es cómo las comisuras de mi boca protestan, ardiendo con cada embestida.

Logan ruge, gime, balancea el cuerpo, llenándolo todo a su paso, volviendo difícil resistirse a lo que se construye sin piedad en mi bajo vientre.

—Tócate mientras me chupas, Serena.

La orden es una entidad que me provoca, que me empuja al pandemonio, y la acepto con gusto.

Abro la cremallera lateral de la falda y queda más suelta, permitiéndome meter la mano por la cintura.

No llevo bragas.

Logan aún no lo sabe.

Me pregunto cuál será su reacción cuando lo descubra.

Empiezo a estimular el clítoris despacio, pensando en la polla en mi boca, en las venas que rodeo con la lengua y en la cabeza grande y ancha golpeándome la garganta. Eso enciende mis venas y me calienta, transformando la presión que sentía en el vientre en un calor maldito que recorre toda la piel y me hace arder las mejillas de necesidad.

Aumento el ritmo en su polla, provocando los testículos con una mano y masturbándome con la otra.

—Joder, Serena… ¡joder!

Sus dedos en mi nuca aprietan lo suficiente como para hacerme gemir e intentar meterlo entero en la boca, atragantándome y sintiendo una deliciosa dificultad para respirar. La privación de oxígeno incrementa el calor en mi cuerpo, alimentando el placer con tanta fuerza que acabo corriéndome con la polla en la boca, estimulando el clítoris, el cuerpo entero temblando en un chorro de éxtasis.

—Voy a correrme en tu boca, amor, así que ábrela para mí y…

Se queda sin palabras cuando acelero y recorro con ganas las venas, subiendo la otra mano para sujetarle el culo firme, empujándolo contra mi cara y presionando mis labios contra la polla rígida, bombeando y expandiéndose hasta que el líquido espeso y caliente cubre mi lengua.

La saco de la boca y dejo que se corra en mi cara, en un impulso salvaje y descarado de marcarme de esa forma tan depravada.

Logan brama, ruge, grita y empieza a masturbarse la polla, todavía eyaculando sobre mis mejillas y labios entreabiertos.

Vuelvo a mamar, aprovechándome de cada sonido entrecortado que suelta con la sensibilidad de haberse corrido, pero seguir recibiendo estímulos. Logan pierde la paciencia, como si ya no soportara estar lejos; me tira del cabello y me alza hasta dejarme de pie frente a él.

Me gira con brusquedad.

—Cada día que te veía usando esta falda, tenía ganas de hacer exactamente esto… —dice antes de subirla, arrugando la tela a la altura de las caderas sin dificultad.

Me toma por sorpresa cuando siento el primer toque de su lengua en el coño, viajando de la entrada al clítoris y luego al ano, que embadurna de saliva, provocando oleadas catastróficas al apropiarse de cada gota de excitación que escurre de mí.

Un azote resuena.

Sus dedos castigan mi culo.

—Por favor, Logan, chúpame así… —pido, echando la cabeza hacia atrás, con su boca haciendo locuras.

Hunde el rostro entre mis piernas y chupa con ganas, como alguien sin agua en medio del desierto.

—¡Maldita sea! —murmuro, la llama líquida expandiéndose de nuevo, a punto de arrastrarme al infierno.

Es exigente.

Exige tanto que me duele el vientre, con los músculos protestando por ser aplastados otra vez por la fuerza de un orgasmo devastador.

Logan me hace correrme con la boca en mi coño y, en cuanto las primeras contracciones me parten en dos, me mete la polla de golpe, arrancándome un jadeo cortado que muere cuando las primeras embestidas me destrozan. Empuja con tanta fuerza que

me apoyo en el aparador e intento aferrarme a la vida que se me escapa lentamente, sustituida por calor, y más calor, y más calor.

Estoy tan caliente que apenas puedo respirar.

Mis ojos dejan de ver y la penumbra se apodera de ellos.

El dolor me hace temblar, un dolor placentero porque la polla de Logan es enorme y me abre como un rayo, con tanta urgencia que, cuando el placer vuelve, tan jodido como los anteriores, me sujeta de la cadera y empuja, golpea, embiste con avidez, haciendo crujir la madera bajo mis manos, intentando contener esta furia que somos los dos follando.

Con destreza, Logan me vuelve a girar y me coloca de culo sobre la superficie, hundiéndose en mi coño, mirándome fijamente a los ojos.

No quiere estar en ningún otro lugar.

Mucho menos yo.

Alzo la mano y lo agarro de la nuca, besándole la boca en un arrebato furioso, mordiendo y chupando su lengua hasta sentir el sabor de la sangre extendiéndose entre nosotros.

Logan gime y yo acallo su gemido con el mío, corriéndome sin pudor en su maldita polla, sintiendo el coño llenarse mientras sigue empujando, en golpes que me hacen arder la ingle.

El beso solo intensifica las sensaciones.

El placer vuelve imposible respirar.

Y gritamos juntos, hasta que los últimos vestigios del orgasmo se despiden y mi cuerpo se afloja, con él apoyando la cabeza en mi hombro.

Sus manos permanecen en mi cintura durante largos y deliciosos segundos. Y su polla dentro de mí transforma el calor en algo mucho más íntimo y cuidadoso.

—Ahora sí podemos trabajar, Fresa —me susurra al oído, y me baja al suelo, acomodando la falda con cuidado.

Me paso los dedos por el cabello, intentando ordenar el desastre, justo antes de enderezar la postura cuando se aparta.

—No tienes la menor vergüenza. Me provocas hasta que te lo doy y luego hablas con tanta naturalidad que dudo si de verdad te afecto tanto como tú a mí.

—No tengo ninguna vergüenza, ¿sabes por qué?

—¿Porque eres un maldito canalla?

—No… es que cuando no la tengo, puedo follar y correrme en la tuya.



Caminamos de la mano por las calles de Collinsville, en el condado de Cherokee, absorbiendo la atmósfera tranquila de un pueblo pequeño. Son poco más de dos mil habitantes y, aunque no haya ningún inmueble, decidimos pasear un poco antes de llegar a Fort Payne, ya que queda de camino.

—Aquí es muy pequeño.

—Me gustan los lugares pequeños, son más…

—¡CUIDADO! —grita alguien y nos toma por sorpresa cuando el letrero de un restaurante se desprende y cae sobre la acera, frente a nosotros.

Por reflejo, Logan me abraza y protege mi cuerpo con el suyo mientras escuchamos el estruendo. No veo su rostro, acurrucada en su pecho musculoso, rodeada por brazos fuertes, pero oigo cuando suelta un pequeño gemido de dolor.

—Logan, ¿te hiciste daño? —pregunto asustada, apartándolo de mí para buscar heridas.

Veo sangre correr por la tela de su camisa, justo por encima de los omóplatos.

—No fue nada, Sese, de verdad, creo que salió volando algo, pero no es nada.

—Tenemos que ocuparnos de eso. Vamos a un lugar más tranquilo para revisarlo —digo, tirando de él hacia el otro lado de la calle, donde veo el letrero de una pequeña posada brillando, intentando atraer huéspedes.

Por desgracia, antes de cruzar, ocurre lo impensable. Y quizá ni siquiera tengamos la oportunidad de atender su herida, porque otras mucho peores están a punto de aparecer.



CAPÍTULO 46

Graham

Que quede bien claro que me están obligando a narrar este capítulo; preferiría estar "no pescando".

Mientras tanto, en Tuscaloosa

Si alguien me preguntara: "¿Y bien, Graham, qué vas a hacer el sábado por la tarde?",

jamás me gustaría responder: “Voy a comprar verduras con mi tía”.

Sin embargo, algo que se aprende con el tiempo es que ella no nos da opción. Su tono imperativo y su mirada mordaz bastan para domar al toro más bravo de un rodeo y hacer que la serpiente más venenosa del mundo parezca una cría indefensa.

Por eso suelo llamarla Dragón de Komodo. Capaz de ahuyentar a muchas criaturas y devorarlas enteras, vivas, si así lo quiere y le interesa. Es la mejor definición para la matriarca de esta familia perfectamente perturbada.

En fin, son aterradores, igual que mi tía. No estamos en Komodo, no existen en Alabama, o al menos eso es lo que ella quiere hacernos creer. Ya que, claramente, su especie la abandonó aquí, sola.

Volviendo al tema: tener que aguantar sus conversaciones, que en su mayoría consisten en advertencias —amenazas— para que me case de una vez, es algo que me haría lanzarme de cabeza al Black Warrior.

—Tía, ¿dónde está Logan? —que mi primo me perdone, pero en mi lista de prioridades, no ser el tema ocupa el primer lugar.

Si puedo evitar cualquier contacto innecesario con humanos, eso es exactamente lo que voy a hacer. Estar en Tuscaloosa es ser constantemente acribillado por miradas de lástima y cuchicheos nada discretos. Han pasado diecisiete años y aun así insisten en intentar hacerme sentir menos solo, cuando esa es una elección mía.

Ashton pasa por el otro lado de la calle y agito la mano para que ese cabrón venga de una vez a hablar con su madre. Finge que no ve, baja la cabeza, se quita el sombrero y se lo coloca de lado, escondiéndose todo lo que puede.

—Cobarde de mierda —mascullo.

—¿Qué dijiste, querido?

—Nada, tía.

—Sobre tu primo, viajó con esa chica Gatsby para resolver los problemas de las propiedades.

—Podría haberme llamado, yo habría hecho eso.

—Él entiende mejor esas cosas que tú.

—¿Y no le preocupa que se case con ella? Al fin y al cabo, va a cumplir años durante el viaje. Eso sí es algo que debería temer, ¿no cree?

—¿Crees que estoy tranquila? En cuanto a casarse con ella, Logan jamás haría eso; conozco a mi hijo y no soporta a Serena. Ahora, el hecho de que cumpla treinta y un años durante el viaje me deja extremadamente incómoda, angustiada por decir lo menos. ¿Qué recomiendas que haga? Puedo obligarlo a acortar el viaje. O a venir aquí, al menos el día exacto.

—¿Tengo permiso para ser honesto?

—Debes.

Me mira con ternura, cariño y amabilidad. Demonios, hasta me siento culpable por el apodo.

—Esa maldita maldición no existe y creo que ha llegado el momento de que sepa la verdad. Cuanto más se apoya en ella, más convierte nuestra vida en un infierno. ¡Nadie aguanta más, tía!

El pellizco que recibo me hace soltar un grito agudo de dolor.

Varias personas se detienen y se ríen.

—¿No existe, eh? Luego no se quejen conmigo cuando ocurra algo malo. ¡Solo intento mantener el orden en esta familia! Y sepan que casarse ni siquiera es tan difícil; mucha gente antes que ustedes se casó antes de los treinta. ¿Cuál es el problema de esta maldita generación? No quieren comprometerse con nada, solo quieren juerga y desvirgar a los demás —suelta de golpe, gesticulando furiosa, tan rápido y con tanta vehemencia que tengo la sabiduría de esquivar sus dedos mientras masculla palabras incomprensibles.

—¡Vaya, este tema sí que le afecta! —intento protegerme de la bolsa ecológica que balancea de un lado a otro.

—¿Todo bien por aquí, muchacho? —pregunta uno de los señores de la asociación "pre-entierro" del pueblo.

Los llamo así —creo que tengo apodo para todo— a los que ya están viviendo tiempo extra en la Tierra. Este en particular no le hace falta a nadie. La única de las señoras que de verdad es agradable y haría muchísima falta es Winslet, pero no viene al caso. Y no digo ese pensamiento horrible en voz alta porque, seamos sinceros, es cosa de idiotas. Y a nadie le gusta admitir en voz alta que es idiota. El problema es que se meten demasiado en la vida de los demás y suelen hablar pestes de todo el mundo sin saber la verdad, lo cual me irrita.

—¡Todo perfecto! —respondo con tanta educación que solo me queda hacer una mueca mental—. Solo está un poco alterada, ya sabe, la maldición.

Todo el maldito pueblo sabe de ella.

—Ah, sí. —Eso es todo lo que dice antes de alejarse apresurado.

Como siempre he pensado, todo el mundo en Tusca finge creer en las paranoias de mi tía para no enfrentarse a ella. Porque, en el fondo, nadie quiere ganarse el odio de un Parrish, salvo los Gatsby, claro. Creo que cuando toda esta rivalidad empezó —con alguien de quien no tengo ni idea, hace muchísimo tiempo— los lugareños agradecieron al Señor que la gente de mi familia tuviera en quién descargar su ira sin mayores consecuencias. Porque, seamos sinceros, para soportar a un Parrish, solo un Gatsby.

La historia de ambas familias es bastante difusa, pero lo más curioso de todo es que, incluso en los registros históricos del pueblo, cuidadosamente guardados en la biblioteca pública, sus miembros siempre estuvieron cerca. Son como el huésped y el parásito; uno no puede existir sin el otro.

Recuerdo que una vez entré a escondidas con Logan al lugar solo para husmear en los documentos.

¡Lo que descubrimos nos hizo reír durante toda una noche y madrugada!

¡Las fotos de ambos responsables de las familias, con cara de pocos amigos en todas las inauguraciones, dignas de obras de arte para un museo!

Los diarios cuidadosamente conservados también decían cosas muy interesantes, incluso que ambas familias surgieron en Fort Payne y llegaron a Tusca hace más de un siglo. Mucho tiempo desde el punto de vista de la edad, poco desde el punto de vista histórico. Prácticamente, ambos hicieron de la ciudad la potencia que es hoy, pero desde entonces ya no se importaban demasiado entre sí.

Lo curioso es que, aun así, la rivalidad no figura en los registros, lo que me hace preguntarme:

¿Cuándo surgió realmente la rivalidad Parrish vs. Gatsby?

—¡NI SIQUIERA PRESTAS ATENCIÓN A LO QUE DICE TU TÍA! —reclama, soltándose de mis manos bruscamente, resoplando de ira.

—¡Claro que presto atención!

—¡Entonces repite lo que dije!

¡Mierda!

Piensa, Graham, ¿qué diría tu tía? Seguro algo relacionado con lo que más repite. Si existiera un mecanismo para contar cuántas veces se pronunció la palabra "matrimonio" a lo largo de su vida, sería un número en el orden del trillón.

—Que necesito casarme, obviamente.

La sorpresa en su rostro demuestra que acerté.

Uf.

—Ya tienes veintinueve años, no voy a cometer el mismo error que cometí con mi hijo. Si sigues empujando esta porquería con la barriga, será peor. Podemos planear el sexto "caza-maridos". Creo que es lo más sensato. Esta vez tú serás el premio. Muchas mujeres te adoran y deberías entregar tu corazón a alguna de ellas. No a los peces. Que ni siquiera pescas.

Hago una mueca.

¿Llorar ayudaría?

—Logan demostrará que la maldición no tiene fundamento.

—Graham… —me mira con condescendencia, como si quisiera decir algo, pero decide no hacerlo.

Sé qué tema removería.

—Ya hemos hablado mucho de eso, ¿podemos simplemente… olvidarlo? Y ¿cómo sabe que no pesco los peces? Me aseguro de ir a buscarlos a otra ciudad, así que no tendría forma de descubrirlo.

—Ni para esconder tus secretos sirves. ¿Crees que no conozco a la gente de otras ciudades, muchacho?

Suspiro.

El que se cree muy listo, es tonto.

—Error mío —admito, levantando las manos.

—Estoy realmente fastidiada con los hombres de esta familia. Ninguno sirve. ¡Ninguno! Si no muero de causas naturales, pronto moriré de disgusto.

—¡EH! —detengo nuestro caminar—. Nada de hablar de muerte. Odio ese tema.

Por unos segundos parece culpable. Por las razones equivocadas, pero dejo que lo crea. Papá y mamá no eran precisamente el modelo de padres que aman al hijo por encima de todo. Ese papel siempre fue de mi tía, que me veía como un hijo incluso cuando ellos aún vivían.

A temprana edad ya me había dado cuenta de que me trataban como si yo hubiera sido la causa por la que perdieron su juventud.

Mi padre era el hermano menor de Rose, con unos doce años de diferencia. Con eso basta para hacerse una idea. Ella tiene sesenta, con el hijo mayor cumpliendo treinta y uno, y mi padre habría tenido cuarenta y ocho, con un hijo de veintinueve.

Sí, él tenía diecinueve años y mamá también.

Demasiado jóvenes.

Mirar ese hecho ahora, teniendo diez años más que ellos cuando me tuvieron, me hace ver la verdad que nadie quiere ver: no estaban preparados. No es que todas las personas a esa edad no lo estén; solo fue su caso. Tanto que ni siquiera se casaron, vivían como novios, cada uno por su lado.

—Vamos de una vez a comprar las verduras, tengo recetas para cocinar más tarde.

—¡Usted cocina para un batallón! ¡Solo somos cuatro!

—¿Y cuál es el problema? Nunca desperdicio comida y es mejor que sobre a que falte. Si fueras tú quien cocinara, también te preocuparías por el día siguiente, por no querer estar con la barriga pegada al fogón durante el almuerzo y la cena. Por cierto, me diste una buena idea: ya que eres un vago y no haces nada, ¿qué te parece aprender a cocinar? Cuando te cases, tendrás que agradar a tu esposa.

—Tengo otras formas de agradar a mi esposa, puede estar segura, tía.

—¡AAAAAH, PERVERTIDO! —grita tan fuerte que mucha gente escucha.

Mañana seré el tema del día en los corrillos de chismes.

—No fue eso lo que quise decir, usted lo interpretó así.

—Desagradecido sin alma. Vamos ya, antes de que te degüelle como a la gallina que voy a asar para la cena. Mejor aún,

puedo dejar viva a la pobrecita y usar tu carne como proteína.

—Sería una pésima idea, tía; mi carne es tan dura como la de un buey viejo que pastó toda la vida.

—No, apuesto a que es lo contrario, ya que solo vives durmiendo.

No vivo durmiendo, pero discutirlo sería contraproducente.

Caminamos discutiendo, mientras enumera las cientos de razones por las que debería tener un poco de vergüenza, hasta que llegamos —por fin, parecía que nunca lo haríamos— al puesto de verduras y hortalizas de un productor local. Siempre está en el mismo lugar, a la misma hora, con las mismas cosas. Todo en este pueblo es de un aburrimiento rutinario extremo.

Y todo parece dirigirse hacia mi desinterés en otro día común, de no ser por Eleanor Gatsby y su llegada traicioneramente silenciosa, colocándose junto a mi tía sin que esta lo perciba.

¡Las cosas se van a poner interesantes!

Cruzo los brazos y me apoyo en el escaparate de la tienda frente a la que está el puesto del señor John. Él no imagina el tamaño de la catástrofe a punto de sacudir su pequeño negocio. Ni las pobres hortalizas y verduras, que presenciarán una batalla de gigantes.

¿Sobrevivirá la pobre lechuga?

¿Y el repollo?

Son demasiado frágiles para la colisión atómica feroz y voraz que representan estas dos mujeres juntas.

Este episodio de la historia se llamará: La Guerra de las Verduras, en el libro de las familias.

—Esta lechuga está muy bonita —elogia Eleanor Gatsby la misma que mi tía ha estado mirando desde que llegó.

Empiezo a reír solo. Pensé que sería aburrido; no podía estar más equivocado. Esto es mejor que cualquier show de stand-up o comedia, porque ver las miradas desorbitadas de ambas,

contemplándose en una batalla silenciosa, me hace girar la cabeza hacia otro lado para evitar ser el centro del conflicto.

—Yo la vi primero, Eleanor —escucho la voz de Rose, prolongando el nombre de la enemiga con un rencor extremo.

El viento cobra una fuerza estruendosa, haciendo que la lona del puesto se sacuda con violencia. Todo en ese día anuncia el terremoto a punto de destruir las construcciones de Tusca. El silencio se prolonga por segundos, fantasmal, proclamando el apocalipsis. Las trompetas del infierno suenan ensordecedoras ante tamaña rivalidad por una simple lechuga.

—Pero yo la agarré —asegura Eleanor.

—¡Ni de broma, es mía!

—¡MÍA!

Ambas inician una discusión acalorada y John, el dueño del puesto, listo como nadie, se aparta antes de ser alcanzado por los fragmentos de esta explosión. Se esfuma discretamente, mientras yo permanezco en mi lugar, dispuesto a ver la pelea lo más de cerca posible.

Varias personas comienzan a acercarse, ansiosas por el chisme, que será exagerado al menos diez veces, una maravilla, porque dará tema de conversación para todo el pueblo durante la próxima semana.

—¡SI AÚN NO HAS PAGADO, NO ES TUYA!

—¿ASÍ QUE ASÍ VAS A SER, ORDINARIA?

—¡MIRA QUIÉN HABLA, LLAMÁNDOME ORDINARIA! ¡ORDINARIA ES USTED SU…

—¡NO MENCIONES A MI MADRE, ELEANOR, O TE ARRANCO EL PELO! ¡ESA PELUCA QUE USAS YA ESTÁ DESGASTADA!

—¡MI PELO NO ES PELUCA, JODER!

Empiezan los insultos, lo que significa que la cosa se pondrá aún más divertida. A estas alturas, me parto de risa, igual que

muchos de los curiosos, sin que siquiera seamos oídos por las señoras, concentradas únicamente en destrozarse verbalmente.

Una mano de una vuela hacia la cabeza de la otra; no sé quién empezó la pelea, pero veo a ambas enzarzarse, doblando el cuerpo mientras intentan golpearse mutuamente. Una de las señoras que participa en reuniones del comité del pueblo con mi tía amenaza con intervenir, pero esto es entre ellas y están en igualdad de condiciones. Si alguien intenta separarlas ahora, el problema será mucho mayor después, porque se provocarán eternamente por el resultado de la pelea. Ya he visto eso en discusiones, y admito que así, con tirones de pelo y todo, es la primera vez.

—¡Dios mío, alguien tiene que separarlas!

—¡Tengo que salvar a Rose, pobrecita!

—Buen Señor misericordioso, ni aquella vez que discutieron cerca del puesto de limonada en uno de los festivales fue tan malo. ¿Qué despertó tanta furia?

—Una lechuga —comento.

No es que crea que ese haya sido el verdadero motivo. Creo que ambas se han dado cuenta, a estas alturas, de que terminarán más unidas de lo que les gustaría, de lo que jamás imaginaron que ocurriría. Al fin y al cabo, solo no ve quien no quiere, pero no es mi responsabilidad decirlo.

—Debe de ser una lechuga increíble —susurra alguien.

—¡MALDITA! ¡ERES LA MALA HIERBA QUE RODEA MI VIDA, GATSBY! ¡TODO LO QUE TOCAS SE CONVIERTE EN MIERDA Y DEBERÍAS METERTE ESA VOZ DE PÁJARO CON PICO RAJADO EN LA POLLA DE TU…!

—¡Madre mía! —alguien se escandaliza.

—¿¡EN LA POLLA DE QUIÉN, DRAGÓN DE KOMODO QUE NI SIQUIERA DEBERÍA ESTAR AQUÍ!?

Me rasco la cabeza, nervioso. Esta mierda se va a volver contra mí, porque se suponía que nadie fuera de la familia conociera

ese apodo. Joder. Atraigo problemas, no hay otra explicación.

—¿¡CÓMO ME HAS LLAMADO!?

Ya ni siquiera discuten; es un intercambio de gritos y alaridos que mezclan las palabras con un acento cargado de odio, prácticamente creando un idioma nuevo.

—¡LO OÍSTE MUY BIEN! ¿O LA EDAD YA TE ESTÁ PASANDO FACTURA Y NO OYES?

Suelto una carcajada. Debería irme de aquí o voy a acabar meándome de risa.

Después de un tiempo insultándose, intentando tirarse al suelo, tirándose del pelo y brindando entretenimiento a los habitantes, finalmente se detienen, calmándose con una rapidez aterradora. Del mismo modo en que la pelea comenzó, se encamina hacia el final, y la pobre lechuga es colocada de nuevo en el puesto, como si ya no fuera objeto de deseo.

—¡Maldita sea, Eleanor! —se queja mi tía, pasándose la mano por el cabello tan revuelto que algunos pajarillos vuelan bajo cerca, confundiéndolo con material para su nido.

—¡Maldita sea yo digo! ¿Tienes idea de cuánto cuestan mis cuidados capilares? ¿Y vienes aquí y me arrancas un puñado?

—¡Te lo merecías, fuiste tú quien empezó a tirarme del mío!

—¡NI DE BROMA!

Voces exaltadas de nuevo. Mala señal.

Decido en ese instante meterme en medio o no saldremos de aquí jamás. ¿Puedo llevarme algunos golpes y arañazos? Sí, porque pierden toda noción cuando necesitan demostrar fuerza ante la otra, pero tengo cosas mejores que hacer que escuchar las rencillas de dos señoras que, en el fondo, serían grandes amigas si no fuera por esta rivalidad absurda de las familias.

—¡Y no levantes la voz conmigo, vieja estafadora!

—¿A quién llamas estafadora, Rose? —el tono de Eleanor Gatsby es de puro sarcasmo.

—¡A ti misma! Haz el favor de elaborar mejor tus planes, porque nunca, en ninguna vida, en ningún lugar, en ningún maldito planeta, alguien de mi familia se unirá a alguien de la tuya.

Ah, eso.

Ya tardaba en salir el tema. Pensé que aparecería mientras se arrancaban el pelo.

Tengo ganas de sacar el móvil, grabar y enviárselo a mi primo. Seguro me lo agradecería por captar el momento, pero como ese imbécil decidió gastarme bromas, no muevo ni el meñique para ayudarlo. Sería mejor tragar tierra. Seca, sin agua.

—¡Solo puedes estar soñando si crees que mi hija —Gatsby hincha el pecho para decir— se interesaría por tu hijo!

—Logan es el mejor partido de la región —mi tía se exalta, moviendo tanto las manos que obliga a Eleanor a esquivarlas—, ¡y Serena tendría suerte si atrapara el corazón de mi muchacho! Pero ¿sabes qué? Mantenla lejos de él o juro por nuestro amado Señor, que está allá arriba mirándonos —tengo serias dudas de que esté mirando hoy, avergonzado por la pelea—, que jamás aceptaré que alguno de ellos se involucre. ¡Haré que el cielo se desplome sobre la tierra y que el maldito infierno visite tus pesadillas!

—¡Solo si tú mantienes sus manos lejos de Serena!

Qué escena tan catastrófica.

Si antes ya iba a ser complicado para ellos, no quiero ni imaginar cómo será ahora. Pero yo no voy a avisar.



CAPÍTULO 47

Logan

Logan

Un lugar prohibido, un romance imposible.

—Por fin llegamos al último lugar —murmuro.

Serena me mira de reojo, asintiendo a la afirmación.

—Pero casi morimos en el proceso.

—¿Hablas del letrero?

—No, hablo de aquel coche fuera de control que por poco nos atropella después de que el cartel cayera delante de nosotros.

Ah, eso.

—No estarás pensando en la maldición, ¿verdad? —bromeo —. Si has empezado a creer en ella, creo que estar cerca de mí es peligroso para ti. Sentarte en mi cara también, ya que mi cumpleaños es dentro de tres días —digo, recordando lo que pasó después de que ella desinfectara y vendara el pequeño corte que tuve en la espalda.

Ínfimo.

No dolía una mierda.

Pero exageré porque ella parecía muy preocupada y siempre que Serena se preocupa, yo salgo ganando. Tanto que se movió sobre mi cara como una chica obediente y me dejó darle varios orgasmos, devolviéndome el favor justo después.

Por esas folladas, moriría sonriendo.

Y quizá por eso el cartel no me asustó, ni mucho menos el coche y su conductor desesperado, que no logró explicar qué había pasado. Según él, conducía tranquilamente y de pronto perdió el control, el volante ya no respondía.

Extraño, como mínimo.

Pero ignorable.

—Deja de ser idiota, Logan. Claro que no creo en eso.

Muevo la cabeza, divertido con un tema que debería ser aterrador, mientras seguimos quietos, observando fijamente la construcción de la última casa que Serena necesita revisar para garantizar un anuncio fiel.

Se alza imponente entre los árboles, aparentando tantos años de uso que solo puedo atribuirlos al descuido y al abandono. Mamá nunca habló mucho de esta propiedad, ni mostró interés en venderla o alquilarla, ni siquiera incluirla en el catálogo, lo que despertó bastante mi curiosidad sobre sus razones. Cada vez que

preguntaba, la señora Rose se las arreglaba para esquivar el tema y cambiar de asunto, en un intento repentino de minar mi curiosidad.

Claramente no funcionó.

Y ella sabía que no funcionaría, porque antes de viajar me preguntó si pasaría por aquí e insistió en reforzar la prohibición, que a mi parecer no tiene ningún sentido.

¿Por qué?

¿Por qué no podemos venir aquí?

Esto y la maldición son las cosas más absurdas del mundo.

—Mamá no la puso en el catálogo. Pensé que sería interesante revisarla por nuestra cuenta.

¿Qué es lo que esta casa esconde tanto que no quiere que lo descubra?

—¿No le gusta este lugar?

—No. Según la leyenda familiar, tenemos prohibido pisar Fort Payne. Antes del viaje se encargó de recordármelo, lo cual es muy sospechoso.

—Qué familia tan llena de creencias extrañas.

¿Cómo no estar de acuerdo?

Estas creencias, manías y supersticiones son asfixiantes. No hagas esto, no hagas aquello, un verdadero infierno.

Abro la puerta de la enorme cabaña de estilo antiguo, con muebles antiguos y todo lo demás antiguo, pero aún con un encanto indiscutible. ¿Es obsoleta? De puta madre, pero no sé explicarlo: la atmósfera es cálida, acogedora y muy invitante. Serena debe sentir lo mismo, ya que camina a mi lado, soltando suspiros.

—Sí, tiene cierta elegancia —murmura, frotándose los brazos por el clima más frío de la región.

Me quito la chaqueta y la coloco sobre sus hombros.

—¿No trajiste ropa de abrigo en esa maleta pesada y elegante?

—No pensé que hiciera tanto viento.

—Estamos en medio de las montañas, claro que haría viento, Serena.

—En fin, ¿qué crees que tu madre está escondiendo?

—¿Cómo sabes que pienso en eso?

—Por la forma en que hablaste. Estás segura de que guarda algo aquí.

—No tengo ni idea. —La observo en silencio mientras camina probando el suelo de madera y retirando algunas sábanas blancas de encima de los muebles—. Puedes decir que es vieja y que huele a unos mil animales salvajes juntos —comento.

—Bueno, es más antigua que la creación del mundo y realmente huele a dos mil animales salvajes juntos, como si hubiera sido el hogar de todos ellos desde los albores. —Pasa la mano por un mueble y levanta el dedo cubierto de polvo—. Menos mal que ninguno de los dos es alérgico al polvo. Moriríamos en cuestión de minutos. Esto es un verdadero veneno para quien tiene problemas respiratorios.

La extrañaba.

Una nostalgia del carajo, enorme y potente, por su humor sarcástico, por la ligereza con la que ve la vida. Esta no es la misma Serena con la que me topé hace unos meses y gracias al Señor por eso, porque estoy muy, muy feliz de que esté volviendo a ser quien realmente es.

Observamos juntos la cocina con electrodomésticos viejos, toda cubierta de polvo.

La ventana cuadrada, con los cristales opacos y una pequeña cortina sobre la madera de la parte superior, abre la vista a un pequeño arroyo al fondo de la propiedad. En la región hay muchos ríos, lagos y cascadas debido a la elevación de las montañas y a la naturaleza en gran parte intacta.

Y es tan hermoso que los armarios color crema, desgastados y con agujeros de termitas, se olvidan de inmediato, al igual que las maderas que crujen al caminar, todo por culpa de la vista. Esa vista que quita el aliento, llena de rododendros rosas y morados, compitiendo por nuestra atención. Aportan tanto color al paisaje pintoresco que los suspiros no son más que de asombro, absortos en un éxtasis cargado de buenas sensaciones. Entre ellas, paz.

—La ubicación es perfecta. No entiendo por qué tu familia dejó esta casa fuera. Con una buena reforma y mucho cariño, podría convertirse en un alojamiento vacacional increíble, que la gente se pelearía por reservar. Es el tipo de vista que vale miles de dólares. Es lo que la gente busca cuando quiere aislarse en regiones como esta. Estar cerca del único lugar para esquiar del estado también es un plus; incluso en invierno se alquilaría.

—Tienes una gran visión. No sé cómo esto —miro alrededor — podría volverse algo codiciado.

—Gastando una buena suma, cualquier lugar puede serlo.

Serena saca la tablet del bolso lateral y empieza a anotar todo lo necesario, haciendo planes que yo llamaría audaces por el plazo en el que quiere ejecutarlos.

Estiro el cuello y el gesto la toma desprevenida, haciéndola levantar la mirada.

La cercanía irradia calor y fuego entre nosotros. Otra vez. Es una locura pensar que alguien que desapareció durante diez años todavía puede manipularme de esta manera.

1 - Encontrar un arquitecto que pueda hacer un proyecto rápido a partir de fotos y medidas (plazo de dos días).

2 Una constructora que acepte empezar lo antes posible, preferiblemente con un presupuesto que no nos cueste un riñón (cinco días; independientemente de que el arquitecto termine el proyecto, necesito poder gestionar el avance).

3- Hablar con la decoradora de interiores después de finalizar el proyecto.

4- Comprar los muebles que ella indique y los que sean a medida; pedir referencias de empresas especializadas que entreguen dentro del plazo (ya he tenido muchos problemas con esto, conviene comprobar varias veces y asegurarse).

Se detiene un momento de escribir, releyendo lo que anotó para verificar si falta algo. La rapidez con la que piensa en todo me impresiona. La obra de mi casa tardó unos dos años porque apenas sabía por dónde empezar. Si Serena hubiera estado conmigo, habría terminado en menos de uno. Visualizar eso me hace alimentar la esperanza de un futuro en el que podamos planear cada mínimo detalle del lugar donde viviremos juntos, y ese es mi problema: ni siquiera sé si eso va a pasar.

—Guau, pensaste en todo.

—Nunca pienso en todo. Siempre me sorprende algo que no planeé.

—¿Tu cabeza funciona así las veinticuatro horas del día? —bromeo.

—Siete días a la semana.

—Vaya, qué agotador. ¿Seguimos con el tour o prefieres quedarte aquí preguntándote qué falta?

—Mejor seguimos. Me está dando hambre y no sé hasta qué hora están abiertos los restaurantes por aquí. Mejor terminamos y comemos algo.

—Totalmente de acuerdo. Si tardamos demasiado, mi estómago creará vida propia y las personas perdidas en las montañas escucharán el rugido y se guiarán de vuelta a la civilización solo por oírlo.

Serena me mira sorprendida por el razonamiento.

—¿Esperas el momento justo para soltar esas frases o improvisas?

Sonrío de lado y finjo no ver sus mejillas sutilmente sonrojadas ni que se abanica disimuladamente.

—La mayoría son improvisadas, pero algunas las pienso mucho en casa y cuando por fin encuentro el momento adecuado, ¡zas!

—En serio, es incomprensible —proclama, saliendo de la cocina.

Me apresuro a seguirla, regresando al espacio entre la sala de estar, la de juegos y la de televisión, para subir por la escalera de madera, más ancha en la base y estrecha en el centro, distinta a las cabañas antiguas que he visto.

Al llegar al primer piso, nos encontramos con tres dormitorios, dos de ellos en suite, y un baño completo que no está vinculado a ninguna habitación.

Las instalaciones son muy diferentes a las que estamos acostumbrados y la loza de los baños es de un azul que, si tuviera que quedarme más de diez minutos allí, me tiraría por un acantilado. ¿Quién demonios pensó que sería buena idea usar ese color en… da igual, creo que ahora empiezo a entender por qué mamá ignora esta casa y huye de ella como el diablo de la cruz. Para colmo, los azulejos son amarillos. Todo aquí es tan colorido que irradia cursilería.

—Logan, ¿puedo preguntarte algo?

Vuelvo a cerrar la puerta del baño antes de responderle.

—Has hecho muchas preguntas estos últimos días, Gatsby.

Y estoy dispuesto a responderlas todas, incluso sintiendo que estás decidida a no permitir que el vínculo se profundice, a que todo sea solo sexo pasajero, cuando ambos sabemos que está muy lejos de serlo.

—Soy curiosa como tú.

—¿Una pregunta por una pregunta? —propongo, deteniéndome en medio del pasillo al enganchar el sombrero en una especie de cuerda.

El objeto me llama la atención, pero no tanto como la voz de Serena pegada a mí y su cuerpo muy cerca del mío.

—Un juego peligroso.

Todos lo son con ella.

El mayor peligro de mi vida es esta mujer, porque la vuelve más salvaje, intensa e increíble.

—Solo si pierdo.

Ya perdí.

En el momento en que la vi sosteniendo un envoltorio marrón de comida, con un refresco en la mano. En ese instante perdí una batalla que ni siquiera sabía que había empezado. Por eso me irrité tanto aquella mañana.

Serena había vuelto.

Y con ella, mi paz se despedía.

—¿No celebras tu cumpleaños por lo que pasó?

Da en el centro del asunto.

No pensé que preguntaría algo así. Aun así, no debería sorprenderme, ya que me conoce tan bien que pocas cosas ignora o no descifra por sí sola. Además, estamos a tres días de cumplir treinta y un años. Es comprensible que saque el tema.

—¿Por qué la pregunta?

—Lo sabes, no te hagas el tonto.

Suelto una risa; la cuerdecilla sobre mi cabeza queda olvidada por ahora.
Miro el suelo de madera y golpeo con la bota varias veces, una forma de no pensar demasiado en lo que voy a decir.

—Parece que estoy celebrando su muerte. No me gusta mi cumpleaños por eso. No hay una gran revelación ni nada por el

estilo.

Evito el contacto visual.

Asumir lo que ocurre en lo más hondo de mis pensamientos me hace sentir vulnerable y mezquino. Porque haber atado mi nacimiento a la muerte de mi padre es asfixiante.

Cuando era más joven, todos los años veía a mi madre llorar a escondidas en su habitación durante toda la semana previa a mi cumpleaños. El día en sí sonreía como si su vida dependiera de ello, pero yo sabía lo que había pasado antes. Y ese conocimiento me empujó a alejarme en esa época. Solo quería ahorrarle tener que fingir.

¿Fui tan equivocado?

¿Soy tan cruel por actuar de esta manera?

—Eso es lo más idiota que he oído.

—No. —Es lo único que digo.

Ella me abraza y el contacto, cariñoso en su esencia, empático en su núcleo, me transmite seguridad. Y también un miedo gigantesco a tener el corazón abierto delante de mí, mientras late y sangra heridas que durante mucho tiempo creí cicatrizadas. Heridas que pensé que no importaban.

Este viaje, todo, empieza a tener un enorme sentido después de decir en voz alta lo que nunca tuve el valor de admitir.

Quise viajar con Serena, primero porque quería pasar tiempo con ella y segundo para no ver a mi familia en mi cumpleaños. Sería una especie de alivio que no tuve en años anteriores.

—¿Cuánto tiempo vas a encerrarte así? Amas a tu madre más que a nadie en el mundo, ¿y no celebras tu propio cumpleaños porque le recordarás al marido que perdió? No estás siendo justo con ella, Logan. Necesitas darle a Rose la oportunidad de disfrutar y divertirse en el cumpleaños de su hijo, del hijo con el amor de su vida. No la estás privando de estar triste, estás empeorando todo.

—Sese… no puedo, no puedo hacer eso.

No.

Yo

No

Puedo.

No soy capaz de ser feliz en un día tan cercano a una fecha tan trágica. Sería como echar sal en la herida de todos.

—Nunca lo intentaste, ¿cómo puedes saberlo?

—No todo en la vida hay que intentarlo. Tú no estuviste en Tuscaloosa estos últimos diez años, no sabes lo difícil que fue, lo doloroso que fue.

Ahí está, la acusación que, por desgracia, ha estado en la punta de mi lengua estos días.

—Logan…

No parece enfadada, sino triste, por entender que ese es un tiempo que no podemos recuperar.

—Lo siento, no debería haber hablado así.

—No pasa nada. No necesitas medir tus palabras conmigo. Y creo que deberías hablar con tu madre. Ser honesto con ella, porque mientras eso no ocurra, esos fantasmas seguirán persiguiéndote.

—Son los más pequeños —murmuro.

Son los fantasmas menores conmigo; hay otros mucho más grandes.

—¿Puedo dar una sugerencia arriesgada?

—¿Qué no es arriesgado entre nosotros, Morango?

—No hablo de —me señala y luego se señala a sí misma— travesuras o un romance mal resuelto. En realidad, creo que deberías llamar a tu madre, decirle dónde estamos y el motivo por el que aceptaste el viaje.

Como si hubiera escuchado, siento mi móvil vibrar insistentemente en el bolsillo del vaquero.

Dejo que la llamada termine, aún dudando si seguir su "sugerencia" o no. Al final, al decidirme, noto que fue el destino quien eligió por mí.

Una foto mía con mamá parpadea en la pantalla y atiendo antes de que deje de llamar.

—Hola, mamá.

—Logan, hoy pasó algo de lo que necesito hablarte…

La interrumpo, porque si no lo digo rápido, me acobardaré y será aún más difícil revivir el tema.

—¿Sabes dónde estoy?

—No tengo idea, hijo.

Mientras dice eso, grita al fondo a mi hermano:

—¡DEJA ESA PORQUERÍA, ASHTON! ¡SI SIGUES IRRITÁNDOME, JURO QUE VOY HASTA AHÍ Y TE ARREPENTIRÁS!

Vuelve a hablar conmigo en un tono tranquilo y apacible:

—Y sobre el…

—Fort Payne —digo deprisa, mordiendo el labio inferior, mirando a Serena, que observa la cuerdecilla con atención.

Parece a punto de tirar de ella. Contengo la respiración al mismo tiempo que la llamada queda en silencio. Es claustrofóbico y aterrador. Mamá, por primera vez en mi vida, pasa mucho tiempo sin saber qué decir. Escucho sus suspiros, los sonidos que emite intentando creer lo que oyó, pero ninguna palabra se forma. Silenciar a Rose Parrish es una hazaña de la que debería estar orgulloso, porque durante toda mi vida lo intenté y nunca lo logré.

Hasta hoy.

—Sabes que no debemos ir ahí. Te advertí, Logan, que te olvidaras de esa propiedad. Recuerdo perfectamente haberte alertado antes del viaje.

—¿Usted ya vino? —sondeo.

—Nunca.

Es tan firme, tan inflexible, que solo puede ser verdad.

—¿Cuál es la razón?

—¿Además de las historias aterradoras de los montes Apalaches?

Prácticamente gran parte del mundo ya debe haber oído hablar de ellas: seres sobrenaturales que caminan de noche e imitan las voces de seres queridos, además de confundir la mente humana. En un solo día en esta ciudad vi el terror en los ojos de los habitantes con la simple idea de que alguien no creyera en esas leyendas y se aventurara por las carreteras a la luz de la luna.

Soy una persona escéptica y creo que todo no es más que invención. Criaturas como las descritas aquí no existen. Pero, al mismo tiempo que afirmo eso, no quiero comprobarlo con mis propios ojos.

—Mamá, no intente engañarme, sabe que no funciona —retomo, después de que una infinidad de figuras místicas atravesara mi mente.

—Logan, estás a punto de descubrir cosas que no querrás saber.

—Si nunca vino, ¿cómo puede estar tan segura?

—Yo solo… lo sé.

Lo dice justo en el segundo en que Serena logra tirar de la cuerdecilla y contemplamos, embobados, cómo surge una nueva entrada.



CAPÍTULO 48

Logan

Logan

Descubriendo cosas que no quiero saber.

—Es un desván —dice ella.

La llamada con mi madre ya ha terminado; no se me cruza por la cabeza ni el hecho de haber dicho dónde estoy ni que no comenté cómo me siento respecto a la fecha que se aproxima. Creo que fue algo bueno; debo ser honesto con ella en persona y, por

muy buenas que sean las intenciones de Serena, no es a través de una llamada como voy a resolverlo.

—Sí.

—¡Tenemos que subir! —dice Serena, entusiasmada, antes de que la frene.

Cielos, insiste en la idea, dando pequeños saltos y mirándome con los ojos tan brillantes como dos gemas de diamante.

—¿Te volviste loca? Yo voy primero. No sé cuánto tiempo lleva cerrado este lugar y ¿y si hay algún animal peligroso? ¿Una serpiente venenosa? Deja que, si alguien tiene que morir, sea yo.

—No va a haber nada peligroso, ¡es solo un desván!

—Cerrado durante décadas. No, gracias, prefiero mantenerte a salvo.

Una llovizna fina empieza a caer fuera de la cabaña y dentro estamos Serena y yo, midiéndonos con la mirada.

Puedo oír no solo la lluvia, sino su insistencia.

—Entonces ve, ¿a qué esperas? —me empuja hacia la escalera plegable, y su mirada me obliga a tirar del metal hasta que el primer peldaño queda bien cerca del suelo.

—¿A qué viene tanta prisa?

—Tengo un presentimiento muy fuerte de que vamos a encontrar la razón por la que ustedes no pueden venir aquí. ¿El origen de la maldición, tal vez? Sería bueno.

Niego con la cabeza y subo peldaño a peldaño con la linterna del móvil encendida.

Al llegar arriba, apunto la luz hacia el interior del desván, que abarca toda la extensión del techo. Es muy grande, lleno de telarañas y cajas apiladas. Con la noche, explorar esta parte de la casa me parece aún más peligroso. Si algún animal se acerca, no lo veremos hasta que sea demasiado tarde.

—Mejor exploramos esto de día, Sese.

—¿Qué hay ahí? —dice, sujetando la base de la escalera.

—Muchas cajas y telarañas. No sé si es buena idea entrar con esta oscuridad.

—¿No hay ninguna luz? Debe de haber algún interruptor ahí arriba, Logan. Deja de ser un cagón y entra a comprobarlo. Cobarde de mierda.

Y eso que estamos pasando más tiempo en la cama que discutiendo; ¿cómo es posible que siga hablándome con la misma petulancia de cuando éramos enemigos declarados?

—Si muero, será culpa tuya. ¿Podrás cargar con ese peso? —pregunto, arrepintiéndome de inmediato al mirar abajo y leer la respuesta en su expresión.

Serena no responde; solo me anima con la mirada.

Suelto un suspiro de frustración y me impulso para acceder al desván. El techo es bajo y me veo obligado a gatear por el suelo inmundo, buscando una cuerda o, en el mejor de los casos, un interruptor. Registro el centro, donde debería estar la bombilla, y por desgracia no encuentro nada, lo que me obliga a volver a la trampilla y bajar hasta encontrarme con una Serena incrédula.

—¿No hay luz ahí arriba?

Niego con la cabeza.

—Menos mal, o nos harías quedarnos allí horas.

—Está bien —chasquea la lengua—, podemos revisar el contenido de las cajas mañana. No me voy a morir por esperar un poco.

—Ni siquiera es tu casa y ya estás ansiosa por hurgar en las cosas de otra persona. ¿Qué hago contigo?

Su expresión se vuelve maliciosa y descubro la respuesta muy rápido. Hasta cansarnos y dormir con ella entre mis brazos. Una tranquilidad que, por desgracia, dura poco, porque escucho:

—¡Logan! ¡Logan! ¡Logan! —alguien me sacude y susurra mi nombre—. Despierta, Logan, ¡vamos! Tenemos un universo por

explorar.

Abrazo a la persona y me acurruco en su cuello, continuando el sueño maravilloso que me hace sonreír solo. En él, Serena y yo conversamos en la calle principal de Tusca, mientras le acaricio la mejilla sin importarme lo que piensen las personas ni cómo el chisme pueda correr libre y desbocarse como una fiera vil e implacable, entrando en cada oído y lengua como un látigo.

Noto el aro dorado en mi dedo anular. La visión, la forma en que brilla con cada toque suave del sol, estira aún más mis labios.

—¡Logan, vago! Estoy ansiosa por ver qué hay en el desván y, si no despiertas, ¡iré sola!

Poco a poco, la mente nublada y llena de una felicidad que aún no he experimentado cede paso a la sensación cálida de un cuerpo junto al mío y a un agradable perfume de jabón y sándalo flotando a mi alrededor.

Pienso que, si el paraíso tiene un aroma, solo puede ser ese.

Es lo bastante bueno como para tentarme a salir del sueño y caer en brazos de la realidad.

—No, quedémonos un poco más —aprieto los brazos alrededor de su cuerpo y la piel suave me hace flotar en nubes tan altas y mullidas que la sensación de confort y bienestar me envuelve.

—Tengo tantas ganas de ver esas cajas del desván —refunfuña, con la voz ligeramente llorosa.

Chasqueo la lengua. Un simple refunfuño infeliz. Yo también tengo curiosidad, pero no tanta como para levantarme deprisa cuando el colchón y Serena representan una combinación tan perfecta.

Serena.

Pensar en su nombre me despierta del estado de sueño lúcido, mientras siento que mi cuerpo protesta por esta mala suerte. Ni él ni yo queremos salir de aquí.

—Ya despertaste, ¿verdad? —insiste.

¡Pero qué mujer tan determinada!

—No.

—¿No quieres saber qué hay ahí arriba, Logan?

—Quiero quedarme así contigo —aprieto más alrededor de su cintura, obligando a su cuerpo a cubrir el mío—, mucho más.

Entrecierro un párpado y me encuentro con su rostro en una mezcla de entusiasmo y recelo. Sese se aparta de mí —algo útil si no quiere que pasen cosas en este preciso instante—, porque me he despertado y… mi polla también.

Ella mira el bulto que tensa la manta. El brillo color almendra se intensifica y, para mi desgracia, parpadea varias veces, despejando el deseo de sus ojos. Mierda. Creí que iba a ganar esta.

—Lo dejaremos para más tarde. Quiero aprovechar que el sol acaba de salir para revisar ese desván. Tengo un buen presentimiento.

—Un buen presentimiento —me burlo, levantándome y yendo al baño, sintiendo su mirada clavada en mi espalda a cada paso.

Querría que fuera otro tipo de mirada, lasciva, ansiosa por poner en práctica ideas sucias. Por desgracia, Serena está demasiado emocionada ahora.

Me doy una ducha rápida y salgo con la toalla enrollada a la cintura.

Por fin obtengo una reacción estupenda. Morango me evalúa, posando la mirada en la parte baja del abdomen, donde el tejido de rizo cuelga despreocupado, como a punto de caer.

—Eso es un golpe bajo, muy bajo.

Me encojo de hombros.

—Nunca dije que jugaría limpio.

Una sonrisa basta.

Una sonrisa es el segundo que separa mi boca de la suya, haciéndola olvidar momentáneamente el desván… por un rato.

Demasiado corto, por desgracia.



—Solo son cajas con un montón de trastos sin valor —digo, tosiendo por el polvo.

La garganta se me siente atrapada en una alambrada y, al moverme, raspa y hace imposible contener la tos. Me cubro la boca y la nariz con el antebrazo y sigo removiendo montones y más montones de cajas de los tamaños más variados. Parecen objetos indefensos que no contienen ningún secreto. Al fin y al cabo, ¿quién dejaría atrás cosas comprometedoras? Serena, en cambio, piensa distinto, buscando en cada una de ellas un misterio, un mapa del tesoro —figurativamente, claro.

—No son trastos sin valor.

—Claro que lo son. No pasan de cachivaches rotos —digo, sosteniendo un oso de peluche destrozado y cubierto de polvo a la altura de los ojos.

—Estoy segura de que voy a encontrar algo muy importante.

—¿Y de dónde sale esa seguridad?

—¡No importa! —responde a regañadientes y continúa la exploración sin titubear.

Vuelvo a ayudarla, sin la menor gana de estar aquí, haciéndolo solo por ella. Si Serena quiere ver qué hay en estas cajas, lo veremos, aunque sea aburrido de cojones.

Escucho un murmullo bajo cuando me alejo para revisar el contenido de un baúl cerca de la pequeña ventana por la que entra la luz del día y nos ilumina en este lugar espeluznante.

—¿Encontraste algo?

—Sí, encontré algo.

Giro el cuerpo de inmediato y la veo sosteniendo una especie de cuaderno de cuero, cerrado con una cuerda del mismo material. Serena desata el lazo, aparentemente viejo —tan antiguo que la cuerda parece a punto de desintegrarse entre sus dedos— y lee la primera página.

Cuando sus ojos se encuentran con los míos, entiendo que halló lo que su presentimiento le decía que encontraría.

—Es un diario, Logan. Un diario del padre de… —la pausa prolongada me revuelve el estómago con una sensación extraña e incomprensible— Tallulah Parrish.

—¿Mi bisabuela?

—Sí.

—¿Y cómo sabes que es de él?

—¿No se llamaba Liam Parrish?

—Sí, pero…

Me acerco gateando y me detengo a su lado; nuestros hombros se rozan y provocan una corriente de calor.

En la primera página puede leerse: *Este diario pertenece a Liam Parrish*.

—Creo que deberíamos leerlo para descubrirlo.

—Puede ser un error.

—¿Por qué? Es la hora de la verdad. ¿No quieres despejar el misterio que rodea a esa maldición tan rara?

—Suponiendo que exista, claro.

Ignoro los sucesos extraños en Collinsville, con la esperanza de que Serena no los recuerde. Por desgracia, el pesar en sus ojos indica que los recuerda perfectamente y que no quiere arriesgarse pese a ser una persona incrédula.

—Sí, pero el hecho es que estamos aquí. ¿Qué más puede pasar?

Tiene razón. Tengo miedo de lo que vamos a encontrar, porque siento que no se trata de una maldición ni de un diario inofensivo donde mi tatarabuelo escribía recetas de pastel y té mientras contaba cómo fue su día. Con el imperio algodonero que creamos, tengo mis sospechas y, si se confirman, la mayoría podría empeorar la rivalidad Parrish x Gatsby.

—Muchas cosas, Serena —digo, antes de que continúe.

Serena

La sensación que tengo es la de invadir la intimidad de un hombre al que no conozco. Las palabras escritas son de una franqueza abrumadora, con confesiones sencillas.

Liam Parrish estaba enamorado de Kathy Gatsby, aparentemente mi tatarabuela, pero su matrimonio ya estaba concertado con una heredera prominente de la región. No necesito leerlo todo para saber que es una trágica historia de amor. El dolor está presente en cada línea, en cada día, conforme descubría que, para ser fiel a su familia, tendría que seguir los caminos trazados por su padre.

Vivimos en una época en la que nuestro amor está condenado al fracaso.

Eso escribió, con la esperanza de que ella leyera este diario. Si yo fuera su futura esposa, no me sentiría bien casándome con alguien tan enamorado de otra persona. Quizá eso explique por qué se mudaron a Tuscaloosa y dejaron estas cajas atrás. En varias de ellas debe de haber cosas que le recordaban el amor que no pudo

vivir. Y creo que el destino se burló de ellos cuando Kathy se casó y se mudó a Tusca con su marido.

¿Podían disimular cuando se miraban?

Según las páginas, que terminan el día en que Liam se muda, nunca pasó nada indebido entre él y Kathy; terminaron su vínculo en cuanto él decidió seguir las exigencias de la familia. Sin embargo, hay algo en esta historia que resulta extraño. Todos en mi familia saben que Kathy se casó y dio a luz a dos hijos y que, cuando el menor tenía apenas dos años, fue encontrada en el granero, colgada del techo, tras atentar contra su propia vida. ¿Por qué lo haría? Nadie lo comentó jamás y, con el paso del tiempo, la verdad dejó de importar.

¿Y si… lo hizo por Liam?

Termino de leer el diario sintiendo la respiración de Logan en mis hombros. Él leyó conmigo, prácticamente colgado de mi espalda, y todas las páginas le arrancaron murmullos de sorpresa.

—¡Qué historia! ¿Crees que esto tenga que ver con la rivalidad de las familias? —pregunta algo que ya me ronda la cabeza.

—Tal vez.

Rebusco en la caja y encuentro objetos vinculados a la pareja: una pulsera de cuero, algunas piedras de colores e incluso trozos de tela.

No sé quién los guardó ni por qué los mantuvo aquí, escondidos y cubiertos de polvo; pero, si no se desecharon, deben de tener alguna utilidad.

Tomo las cajas que estaban debajo y un objeto me llama la atención: una especie de juguete que imita un carrusel de parque de diversiones. Es bastante más nuevo que los demás artículos, lo que indica que alguien revisó estas cajas. Miro la fecha de fabricación y constato que fue hecho hace tres décadas.

—¿Cuándo falleció tu abuela?

—Yo tenía unos dos años. ¿Por qué?

—Creo que vino aquí y fue ella quien guardó todo esto. Me sorprendió que algunas cosas no estuvieran tan polvorientas, porque, pensándolo bien, todo ocurrió hace casi cien años. Imagina cómo estarían después de un siglo… quizá ni podríamos manipularlas. Así que antes se guardaban con esmero, lo que lo explica.

—Tienes razón —dice Logan, colocándose a mi lado y ayudándome a sacar el resto de los objetos de la segunda caja.

Vemos páginas de periódico amarillentas y muy, muy antiguas. El patrón distinto y adornado de las letras demuestra que esto es tan viejo como Liam y Kathy. Y no nos equivocamos, pues anuncian la muerte de Kathy Gatsby y, apenas una semana después, la de Liam Parrish. Las circunstancias no son las mismas, pero dejan claro que ambas muertes están de algún modo relacionadas.

—¿Crees que se quitó la vida después de saber lo que le pasó a ella?

—No lo sé —es lo único que dice Logan—. Es tan extraño ver todo esto… nadie oyó nada parecido. Parece el secreto mejor guardado de nuestras familias.

—Claro, no pueden venir aquí. Si inventaron tantas supersticiones, no me sorprendería que crearan la famosa maldición.

Escucho su risa resonar en el desván.

—¿Por miedo a que me case?

En ese instante, una de las vigas del techo se suelta y no tenemos tiempo para nada más que verla caer con un estruendo.

Miro el punto exacto y constato la terrible verdad de que, si Logan hubiera estado unos milímetros más a la izquierda, habría sido brutalmente golpeado por la estructura. Tanto que el viento generado por el desplazamiento de la masa arranca su gorra gastada y sus ojos azules adquieren un tono apagado, gris.

¿Y si…?

¿Y si esta puta maldición fuera real?

Abro la boca, conmocionada, y contemplo el techo buscando señales de que algo más vaya a soltarse.

Nada.

No hay nada relativamente suelto.

Entonces, ¿cómo cayó esa… cosa así?

Ninguna parte de la estructura crujió o chirrió sobre nuestras cabezas; fue de la nada, sin la menor señal. Ese tipo de cosas no pasan, no así, sin más. Ni siquiera tocamos la estructura; solo subimos a revisar las cajas.

El pánico hace que mis pensamientos broten sin control.

—De acuerdo, ahora estoy un poco asustada.

Logan también lo parece, mientras observa el trozo de madera.

El hospital más cercano está a una hora de distancia por el camino de tierra. No quiero ni imaginar qué habría pasado si él hubiera estado más lejos de mí.

—Debe de ser coincidencia. Aún no he cumplido treinta y un años. No hay forma de que esta mierda pase así.

Suena aturdido, rascándose la nuca con nerviosismo. Y cualquier broma que pudiera tener sobre la maldita maldición desaparece, dando paso a una necesidad latente de encontrar su origen y, quién sabe, tranquilizarnos con la verdad, sea cual sea.

—Pero estás a punto de cumplirlos —mi voz sale amortiguada.

—No nos preocupemos por lo que no existe, por favor.

Aunque lo diga, la incomodidad y la preocupación por quedarnos aquí y correr el riesgo de que vuelva a suceder me impulsan a convencerlo de bajar las cajas que aún no revisamos y dejarlas en el exterior, donde hay una vieja mesa de picnic frente al pequeño arroyo que atraviesa la propiedad.

Serpentea con calma, siguiendo un rumbo que no conoce. El sonido de pequeñas cascadas propaga el murmullo de la naturaleza, acompañado por el canto de los pájaros.

Nos sentamos en uno de los bancos, revisando una a una.

Sacamos todo lo que parece tener un significado oculto y lo dejamos sobre la madera. Al final, tras la revisión y varias horas, nos encontramos con un montón de cartas de distintas fechas, cuyos remitentes son Liam y Kathy.

—¿Lees las de Liam y yo las de Kathy?

—Puede ser —Logan no parece muy animado, ni yo tampoco, quizá porque sabemos que muchas preguntas encontrarán respuesta.

Comprobamos los nombres de los destinatarios y descubrimos que varias de ellas son, en realidad, de Tallulah Parrish. No iban dirigidas a nadie en particular; ella simplemente escribía, como si las frágiles líneas pudieran guardar sus secretos. Y durante un tiempo, los guardaron.

—Podemos leer las de ella juntos.

—Es lo mejor.

—¿Entiendes ahora que hay que seguir el presentimiento cuando aparece?

—¡Diablos! Tú y esa manía de querer desentrañarlo todo. Aún no sabemos si nos gustará el contenido.

—Solo hay una forma de averiguarlo. Leyendo.



CAPÍTULO 49

Serena

Serena

Cartas del pasado, un atisbo de lo que no debía ser.

Hoy amaneció el sol y me di cuenta de que, en realidad, no importaba. No estar contigo duele, Kathy. ¿Hasta cuándo voy a aguantar? Me pregunto por qué tiene que doler tanto. Me pregunto por qué cada vez que pienso en cosas bonitas, como el río que corre junto a la casa, ya no veo tanta belleza en él. Y la respuesta es

siempre la misma, para todas las preguntas. Porque no estás en ningún lugar cerca de mí y ya no podemos encontrarnos.

Quisiera que lo supieras.

De verdad quisiera que lo supieras: que siempre voy a amarte.

Tuyo, Liam.]

Las palabras bonitas solo empeorarán nuestra situación. Espero de corazón que no me envíes ninguna más, porque yo, enamorada como estoy, no consigo resistirme a abrirlas y leerlas, y eso me hiere más de lo que puedes imaginar. Estás comprometido, Liam, y mi padre también ha encontrado a alguien para casarse conmigo, creo que temiendo que ambos hagamos alguna locura. Lo descubrió y está dispuesto a hacer lo que sea para casarme antes de que cometa un acto impensable.

Kathy.

Kathy. Kathy.

Kathy. Kathy.

Tuyo, Liam.

Prometí que cada vez que te echara de menos escribiría tu nombre. Se acabaron las hojas, pero no la nostalgia.

Nuestras promesas ya no valen. No me conviertas en lo que no quiero ser. El punto final llega para todas las parejas.

Kathy.

Entonces, ¿por qué razón sigues respondiéndome, amor?

Tuyo, Liam.

La última es de él; ella, de hecho, ya no respondió más.

Son muchas cartas, mucho intercambio de cariño, pero todas terminan en la misma fecha y, al confrontarlas con el diario, veo que corresponde a cuando Liam se mudó a Tuscaloosa. A partir de entonces, realmente no volvieron a comunicarse.

Al cerrar la mirada sobre las corrientes del pasado, separo una de Tallulah. Es enorme, compuesta por varias hojas juntas,

arrugadas y desgastadas por el tiempo. La caligrafía de la mujer es muy distinta a la de ellos dos, como si hubiera practicado más y las palabras no fueran más que un mero devaneo. Las marcas de tinta, donde hizo pausas para pensar, son visibles y cargan la puntuación del sentimiento. Eso nos deja aprensivos incluso antes de iniciar la lectura, como si las hojas de papel pesaran en nuestras manos. Dos montañas repletas de secretos.

Y estamos a punto de desentrañar lo que pasaba por la cabeza de Tallulah.

Aquella de la estatua que vandalicé cuando era más joven.

No sé por qué escribo esta carta. No está destinada a nadie más que a mí misma, para recordarme lo que ocurrió, para traer de vuelta el rencor que siento hacia la familia responsable de que perdiera a mi madre y a mi padre cuando aún era muy joven. Después de eso, tuve que casarme con apenas dieciséis años, con el objetivo de gestionar los negocios y sostener a mi hermano. En aquella época amarga e ingrata, las mujeres no tienen mucha voz.

Y, sinceramente… no soy feliz.

Por más que quiera cambiar la verdad, mi destino quedó trazado en el momento en que los perdí. Fue como si me hubiera convertido solo en alguien con dinero que no puede usarlo, porque los comerciantes no confían en mí, puramente por ser mujer. Así que, si no me casaba, condenaría el legado Parrish al ostracismo y yo, Tallulah, jamás permitiría que eso ocurriera. Mucho menos por el amor prohibido de mi padre con una mujer que solo nos trajo desgracia.

¿O habrá sido mamá quien lo hizo?

La verdad es que da igual: la historia está repleta de verdades y mentiras y, desde el momento en que las familias casi se destruyeron, dejó de existir una coexistencia pacífica entre ellas.

Entonces los Gatsby comenzaron a odiar a los Parrish.

Y los Parrish devolvieron el rencor.

Puede parecer una simple rencilla, algo sin fundamento, pero todo comenzó cuando aquella señora con la ropa manchada de barro y el rostro tan blanco y enjuto que parecía cadavérico apareció en la granja. Estaba desesperada y enloquecida, gritando cosas sin sentido, maldiciendo a los Parrish con cientos de cánticos incomprensibles.

Yo tenía diez años. Mi hermano, ocho.

Nuestros padres solo nos tuvieron a nosotros dos y, con todo el desarrollo de los acontecimientos, entendí la razón. Nunca se amaron, nunca siquiera se tuvieron cariño, porque papá decía que mamá era alguien terrible y que jamás se habría casado con ella de no haber sido obligado. Palabras demasiado duras para decirle a un cónyuge, si ella de verdad no hubiera sido así. Porque, con todo lo que ocurrió después, quedó demostrado el motivo por el cual mi padre nunca sintió ni siquiera empatía por la mujer con la que se había casado.

En fin, la señora, llorando y clamando a los cielos, lamentaba la muerte de su hija, ocurrida un día antes de los hechos narrados. Y aquella noche fue tan dolorosa que la recuerdo como si fuera hoy, como si escuchara sus palabras resonando y repitiendo el augurio:

—Perdí a mi hija por culpa de uno de ustedes y, a partir de hoy, arrojo sobre todos los hombres Parrish la mala suerte, el terror, la maldición de perder la vida. Yo, una Gatsby, los maldigo a sufrir y a sentir un dolor mil veces peor que el que siento ahora.

Mientras hablaba, el cielo comenzó a desplomarse y decenas de relámpagos iluminaron la oscuridad. Una fuerza aterradora sacudió la tierra, obligándonos a entrar en casa mientras ella gritaba, profería blasfemias e insultos. De verdad parecía tener una conexión con los elementos, con la naturaleza, como oí después, ya de adulta. Los cherokees creen en eso. Tienen un respeto inmenso por la naturaleza y, según sus creencias, ella les devuelve en igual medida.

El problema…

el problema es que allí no estaba entregando amor; estaba destilando odio, y no le quito la razón con lo que vendría a descubrir. Y el dolor suele ser una fuerza capaz de destruir mundos y eliminar a quien lo causó.

Frente a nuestra casa, en medio de una tormenta, Maggie Gatsby lanzó una maldición tan poderosa que, veintitrés años después, iniciaría su sendero de muertes en nuestra familia. No lo creí al principio, pero cuando mi hermano murió por una causa sin explicación, recordé de inmediato todas sus palabras. Me martillaron la cabeza y me dejaron sin suelo, porque de pronto todo pasó a tener sentido.

—Quiero que sepan que quien hace esto es una madre que llora, una mujer que cree, una mujer que invoca la furia de la naturaleza por venganza. Mi Kathy siempre fue una excelente niña —decía llorando, sollozando entre el agua que corría por su cuerpo— y jamás hizo daño a nadie. Pero la hija de su casa, la mujer que se casó con Liam Parrish, cometió algo que la tierra jamás olvidará. Y esa misma tierra cobrará el precio y devorará todos los cuerpos podridos.

En medio de la tormenta, la señora se apoderó de un puñado de tierra y lo golpeó contra su pecho varias veces, llorando desconsoladamente por lo que había perdido. Rayos, relámpagos y truenos se mezclaban en una amenaza caótica de los cielos. No sé si sus palabras tuvieron poder o si fue el clamor desesperado de una madre lo que logró mover fuerzas que jamás podré entender; el hecho es que se quedó allí durante horas, llorando y llamando el nombre de su hija, de una vida que no volvería jamás.

Aun siendo una niña, era imposible no comprender la situación. Los acontecimientos que siguieron solo confirmaron que había algo muy mal, que un mal había nacido del dolor de una mujer que sabía la verdad y que no dejaría al culpable impune, aunque no existiera prueba alguna.

A todos los efectos, Kathy Gatsby se había suicidado. A todos los efectos, ningún Parrish estuvo implicado en su muerte. A

todos los efectos, la mentira quedó instaurada.

A medida que crecí, un rencor me tomó como rehén y me vi odiando a los Gatsby con todas mis fuerzas, porque por culpa de ellos todo en mi vida se volvió vacío. Más aún cuando, aquella misma noche, la verdad salió a la luz sin que fuera necesaria presión alguna. Porque esa noche, mientras Gatsby lloraba bajo la lluvia, mamá nos miró a mi hermano y a mí y dijo:

—Hice lo que debía hacerse. Liam no olvidaba a esa mujer y, aunque no hubiera nada entre ellos y él no pensara en traicionarme, no podía permitir que ella viviera con el corazón de mi marido caminando junto a ella. Era lo que necesitaba para, por fin, seguir adelante. No saben lo humillantes que fueron los últimos años. Ver la manera en que la miraba me hacía arder de rabia. Una mirada que jamás tuvo para mí.

Las frases que ella dijo fueron su propia sentencia y, a la semana siguiente, misteriosamente, amaneció muerta en su cama, sosteniendo una foto de papá contra el pecho. El hombre que amó, el hombre que mató.

El amor es odio. El amor es un arma cuando no es correspondido. Una que mamá eligió usar para acabar con él. Todo porque papá no soportó la idea de la muerte de Kathy y la siguió después, en una historia trágica y llena de malentendidos.

De tanta rabia, a lo largo de mi vida crecí con la idea de que había perdido a mis padres por culpa de la familia vecina, por un amor prohibido. Así que lo más fácil fue alimentar ese odio entre los Parrish y los Gatsby, para que esos apellidos no se hicieran más daño entre sí.

Y la maldición… es real. Perdí a un hijo justo cuando cumplió treinta y un años. Lo mismo ocurrió con uno de mis nietos. Y poco a poco comprendí que aquellas palabras cargadas de odio y de clamor por justicia tenían tanto poder como una bayoneta. Eso me llevó a hacer que todos los hombres de la dinastía se casaran antes de cumplir treinta y un años, para dejar descendencia, o acabaríamos

en un final tan trágico como el que la señora Gatsby clamó entre rayos y truenos.

Hice eso y, por suerte, logré trazar un patrón, ya que dos de mis nietos, que se casaron antes de los treinta y uno, siguieron con vida. Mientras que otro tuvo un final trágico el día de su cumpleaños. Así que sí, odio a los Gatsby. Y los odiaré hasta la tumba, porque me están arrebatando todo lo que más amo. Y si algún día las personas de nuestra familia se olvidan de la rabia, del motivo, que esta carta se los recuerde.

Tallulah Parrish.

Doblo los papeles en absoluto silencio.

¿La maldición es real?

Joder…

la maldición es real.

Y fue alguien de mi familia quien la lanzó sobre los Parrish.

No podría existir un motivo de odio más concreto que ese. Varias personas murieron, consecuencias de los actos de nuestros antepasados. Aprieto la carta con tanta fuerza que duele. No físicamente, sino de una forma más profunda.

—Por eso nadie sabe con certeza cuándo comenzó la rencilla. Mi bisabuela hizo que se convirtiera en algo heredado, un odio alimentado por el tiempo y por las personas, sin que exigieran la menor explicación. Yo no la exigí —concluye Logan, silbando, porque es algo bastante increíble

—. Explicado así, hasta resulta sencillo de entender.

—¿Y ahora?

—No lo sé, Logan, no lo sé.



CAPÍTULO 50

Logan

Logan

Las maldiciones pueden romperse y tiene que existir una manera de acabar con ella de una vez por todas.

Es difícil dormir.

Serena tampoco consigue pegar ojo, sentada en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero, mirando a la nada.

Descubrimos el origen de la maldición y que realmente puede existir, lo cual no nos deja nada contentos.

Tuve una pésima sensación cuando entré en aquel ático, pero jamás imaginé que encontraría tantas respuestas aterradoras.

—Voy a buscar agua, ¿quieres un poco? —digo, ya poniéndome de pie.

Miro a Sese y, como no parece oírme, decido traerle a ella también.

Paso por todas las habitaciones encendiendo las luces, con miedo de tropezar. Después de lo que leí, me parece sensato mantenerme alerta, por precaución. Nunca le di la debida importancia a lo que todos dicen; sin embargo, admito que me asusté un poco. Sobre todo con lo que…

Mi cerebro se queda en blanco en cuanto no veo el primer escalón de la escalera central y me precipito, golpeándome la espalda, el culo e incluso los hombros a lo largo de los malditos escalones, rebotando como un balón de fútbol. Para colmo, esa mierda no se acaba nunca y maldigo —tal como Maggie— a mi tatarabuelo, que consideró de buen gusto tener una escalera tan larga.

Siento dolor en lugares cuya existencia ni siquiera conocía.

Siento dolor en cada uno de mis huesos.

¡No es posible que todo haya empezado a ir mal de verdad! ¡Faltan dos días, carajo!

—¡LOGAN! —escucho el grito de Serena—. ¡LOGAAAAAAN!

—Aquí —digo en voz baja cuando alcanzo la base de la escalera, después de dar vueltas por todos los escalones y terminar con la espalda sobre la alfombra sucia, la confianza hecha trizas.

La oscuridad me envuelve y el desespero de Serena aumenta cuando no me ve, gritando como loca hasta encontrar la luz principal de la sala de estar y verme, desparramado en el suelo.

No soy capaz de hacer nada más que mantener el semblante impasible, por más que el dolor me castigue como si un montón de martillos me golpearan al mismo tiempo.

—Sese… —murmuro.

Ella baja los escalones a toda prisa y se arrodilla a mi lado, colocando la mano en mi rostro.

—No podemos seguir así, no se puede.

—Solo fui torpe —me obligo a reír, sintiendo un dolor extraño en las costillas y una sensación de ardor en todo el cuerpo. No creo haber sufrido ninguna fractura grave; al fin y al cabo, pasé gran parte de la adolescencia a lomo de caballo, sé caer. El problema es que, por ahora, todo duele y va a tardar unos días en pasar—. ¡AAAAAY! —exclamo cuando me ayuda a ponerme de pie, pasando mi brazo por sus hombros.

—Vamos al hospital —dice decidida, buscando la llave de la camioneta.

En cuanto la encuentra, vuelve a caminar y sostiene mi peso lo mejor que puede.

—No fue nada, de verdad.

—No me parece nada. Prefiero estar segura.

—Va a retrasar tu cronograma… esta es la última casa y, si consigues unos días de ventaja, tendrás más tiempo para elaborar una estrategia.

—¡A la mierda la estrategia, carajo! ¿No ves que podrías haberte hecho daño de verdad? Las ventas no me importan, la apuesta que hice con tu madre, mucho menos, no cuando se compara con que te hayas caído por una maldita escalera. ¿Tienes idea del peligro que corriste?

—No. Tengo idea de lo mucho que me gusta escucharte tan preocupada.

—¡Imbécil! —me daría un codazo si no supiera que me duele.

Me río de su enfado, pero hasta eso duele como el demonio.

Sus ojos me observan y veo el terror expandirse por las pupilas castañas, oscureciéndolas, llenándolas de miedo.

—¿Qué pasa?

—Tienes la frente cortada y sangrando. ¡Joder! ¡Vamos, súbete ya! —me empuja dentro del coche sin el menor cuidado con mi pobre cuerpo y salta rápido al asiento del conductor, haciendo girar la camioneta en un trompo mientras pisa a fondo el acelerador.

—¿Por qué estás así? —intento encontrar diversión en lo ocurrido.

Y mi pregunta se pierde cuando una sombra surge en medio de la carretera y hace que Serena gire bruscamente, casi saliéndose del camino, hacia el borde donde los árboles se cierran y dan paso a un bosque denso y tenebroso.

Me agarro con fuerza al apoyo de la puerta.

Hoy es un día para creer en cosas increíbles.

—¿Qué fue… qué… fue eso? —pregunta ella, pero parece estar mucho mejor que yo, que ni siquiera soy capaz de balbucear.

Si no estuviera hecho polvo de dolor, pensaría que me jodí viendo lo que no existe. Porque no puede ser una persona, tampoco un animal. Los animales no son como ese ser; parecía medio blanco, envuelto en una niebla extraña. Si es que sé lo que vi. Ya no tengo certeza de una mierda.

Me persigno.

Mamá me habría dicho ahora: ¿ves lo que pasa por no ir a la iglesia?

—No sé…

—¿Quieres parar para ver?

—¡NI DE COÑA! —digo en voz alta, algo que ni creí posible con el dolor que me destroza los huesos.

Prefiero romperme cada uno antes que convertirme en uno de esos malditos carteles que vimos en la ciudad.

—¿Y si lo atropellé?

—No atropellaste a nadie, esquivaste.

—Podría ser una persona.

—Serena, seamos honestos, ¿sí? Si eso era una persona, ya estaría muy mal; ¡no iba a ser el susto lo que la matara!

—Esas cosas no existen, Logan. Creo que deberíamos comprobarlo.

Me agarro con fuerza a la puerta.

—No, creo que es una pésima idea.

Miro por el retrovisor y no hay nada detrás de nosotros. Nada, salvo la carretera mórbidamente iluminada por el brillo de la luna.

—Sí, no parece que haya nada —dice, mirando hacia atrás igual que yo.

Fue tan aterrador que creo que el dolor me dio una tregua durante unos segundos.

—¡Exacto! En las películas de terror la gente vuelve a comprobar y ese es su error.

—¿Puedo dar marcha atrás para ver?

Suelto el aire con fuerza y asiento, porque cuando esta mujer se mete algo en la cabeza, ni el cielo —mucho menos el infierno— puede convencerla de lo contrario.

—Vamos rápido, antes de que lo pienses demasiado y sea peor.

Pone la marcha atrás y el coche se acerca de nuevo a ese punto de la carretera donde vimos lo que los ojos humanos no deberían ver. Como era de esperar, no hay nada, en ninguno de los lados del camino, ni siquiera un alma pidiendo auxilio.

—Te lo dije.

—Creo que no fue nada, solo una impresión.

Baja la ventanilla e intenta escuchar el sonido del bosque, que es jodidamente extraño, con animales haciendo ruido de una manera ensordecedora. El crujir de las hojas por el viento se parece a susurros que intentan convencer a algún incauto de entrar en el bosque.

Ni de coña.

Ni de coña entraría yo ahí.

Gracias a Dios, Serena vuelve a conducir después de haber escuchado también todo lo que yo oí. Esos sonidos no son los mismos que conocemos. Ya acampamos cerca de bosques antes y aquí las cosas son totalmente diferentes.

—Es espeluznante —dice al fin.

—Nunca creí mucho en lo que dicen sobre los montes Apalaches, pero creo que después del día que tuvimos, no voy a dudar de nada más.

—Yo imaginaba que los propios habitantes se disfrazaban para asustar a la gente.

—Eso no era un habitante, pero creo que no estamos preparados para esa conversación. Nunca más voy a ni siquiera buscar información sobre este lugar, da miedo.

—¿No vas a alquilar la cabaña?

—Por mí, no vuelvo nunca más, y no me parece correcto dejar que alguien se hospede ahí —señalo el lugar—, por muy bonito que sea.

Y sigo pensando así, porque al llegar a la ciudad no vemos a una sola persona en las calles. Eso solo confirma que no toda leyenda es tan leyenda. Y yo, ni loco, quiero verlo cara a cara para creerlo. Prefiero pecar por exceso.

—Todo vacío… raro.

—Raro es que estemos dando vueltas por aquí a estas horas. Vi una serie con esta vibra, con criaturas que salen de noche y

matan gente. Definitivamente no es un buen horario para estar fuera de casa.

—¡Deja de ser un cagón! Sabes que tienes que ir al hospital.

Murmuro cosas incomprensibles hasta que llegamos al destino y Serena estaciona en una de las plazas. El hospital está vacío, ¡por el amor de Dios! Creo que nunca vi uno tan fantasmagórico como este.

Serena me ayuda a bajar del vehículo y camina tambaleándose, sosteniéndome, hasta llegar al primer punto de atención.

—Hola, hubo un accidente y mi novio se cayó por la escalera —dice en el mostrador de recepción, recibiendo una mirada indignada de la mujer detrás.

Por la manera en que se cruzan nuestras miradas, entrecerrando los ojos en una evaluación nada disimulada, debe pensar que Serena me empujó escaleras abajo.

—En realidad fue eso mismo, me caí solo. Tropecé en el primer piso y —silbo, imitando con la mano un movimiento de bajada— caí feo. Pero no creo haberme roto nada; es que ella se preocupó.

Espero que la recepcionista teclee algo con furia, creyéndome a regañadientes, para luego susurrarle a la mujer conmigo:

—¿Novio?

—Era más fácil que decir amigo.

—¿Solo por eso?

—¿Y por qué más? —Serena suena impaciente al añadir—. Olvida esta mierda, fue lo primero que se me ocurrió.

El cambio de tono no pasa desapercibido para la recepcionista.

Sonrío con incomodidad y llevo a Serena a una de las sillas más cercanas, después de rellenar el formulario con mis datos y

esperar a que me atiendan.

—Está bien, pasa.

Ignoro la creciente sensación de que ella ya sabe lo que va a pasar con nosotros a partir de aquí. Solo adelanta lo inevitable.

Unos minutos después, el silencio se rompe cuando llaman mi nombre.

—Bueno, vamos a descubrir qué me rompí y si me rompí algo —digo en tono burlón.

A estas alturas, el dolor ya no molesta tanto.

Y horas después, tras hacerme prueba tras prueba, descubrimos que, de hecho, no me rompí nada. Son solo contusiones superficiales; por lo demás, estoy bien. Solo necesito quedarme en observación esta noche.

—Te dije que soy duro de roer.

—No bromees con cosas serias, idiota.

—No estoy bromeando.

Recibo la medicación para el dolor y, por desgracia, empieza a hacer efecto cuando lo único que quiero es hablar con Serena, de cosas sin sentido, y escuchar su risa durante unas horas más.

—Creo que vamos a tener que tomar una decisión, Logan.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto, medio somnoliento.

—Solo tenemos una manera de resolver este problema.

—¿Cuál?

—Lo sabes. Porque no voy a arriesgarme a perderte. Sea verdad o no, no voy a arriesgarme.



CAPÍTULO 51

Logan

Logan

Si no revelo el secreto el primer día, estaremos ganando.

Arriesgar el pellejo.

Eso es lo que hacemos al volver a Tuscaloosa.

No morí por la maldición, pero estoy a punto de estirar la pata por la rabia de mi madre.

Sobre todo por llevar un vendaje en la frente y tener moretones en algunas partes del brazo.

Así que, dada la gravedad de lo ocurrido, lo más sensato es asumir lo que pasó y listo. Cuando empiece a decir un montón de cosas, prometiendo casarme aunque tenga que hacerlo atado, le diré que debería estar feliz de que no haya sufrido ninguna lesión grave. Aunque este tipo de cosas no tranquilizan a mamá.

—¿De verdad te parece buena idea? —pregunto.

—Sí. No podemos llegar contando la verdad.

—Sí, tienes razón. —No lo creo, pero acepto porque no quiero contradecir a Serena.

—Sería una guerra nuclear.

—Y ocultar la verdad no garantiza que no ocurra —replico.

—Va a salir bien. Confía en mí, tengo una estrategia.

—Y a mí me da miedo cuando dices eso.

Me detengo frente al nuevo portón de casa y pulso el mando. Mientras se abre, Serena nota que las camelias han sido cuidadas y están tan bonitas como cuando salimos de Tusca. El sendero que rodea la entrada para los coches parece incluso más lleno y vivo, como si hubieran plantado más.

—¿Alguien las cuida por ti cuando viajas? —se ríe antes de responderse a sí misma—. Claro que sí, o ya habrían muerto.

—Mi madre. Como las suyas, cuando florecen, las queman, viene a cuidar de las mías.

Y aún está ese misterio; si al menos lo resolviera, tendría poder de negociación. Pero no hay ni una maldita pista de quién quema las condenadas camelias.

—Me parece precioso que las hayas plantado por ella y por lo que suele pasar.

—No las planté por ella. —Acelero por la entrada y me detengo frente a la casa estilo cabaña, mucho más elegante y

actualizada que la que teníamos.

—¿No? ¿Entonces por qué? —Espera la respuesta, que no llega, y enseguida añade—. Me gustan tanto las camelias, son preciosas y huelen bien, y me recuerdan a la infancia, una época increíble.

Serena consigue la respuesta sin darse cuenta.

Bajo de la camioneta, abro su puerta y la escucho reiterar:

—Pero en fin, vamos a mantener el secreto solo hasta que termine el tiempo de la apuesta que hiciste con tu madre. ¿Me prometes que vas a aguantar?

Me conozco, soy de boca floja.

—No lo voy a prometer.

—Logan…

—No vas a sacarme esa promesa. No voy a prometer nada.

—¡Claro que sí! ¡No puedes contárselo a nadie! ¡Ellas tienen que ser las primeras en saberlo!

—No voy a prometerlo, Serena, me conozco.

—¿En serio no vas a hacerlo?

—No. Ni de broma, porque no quiero cagarla cuando se me escape sin querer.

—De acuerdo. Respeto tu decisión.



O eso creí… hasta verla desnuda frente a mí.

Incluso puedo oír sus pensamientos manipuladores.

Serena sonríe presuntuosa antes de caminar hacia mí, llevando mi sombrero y sus botas texanas.

Nada más.

Nada en absoluto.

—No podemos ir muy fuerte por tu caída… —susurra.

Me pongo de pie en un instante, indignado.

—¡Una mierda que no podemos!

—Todavía estás herido.

—Y aun así nos quedamos en Las Vegas y disfrutamos muchísimo aquella suite.

Ella recuerda lo que pasó y se lleva la mano a la boca en un gesto diabólico y cargado de lujuria. Hay tanta indecencia ahí que mi polla se endurece y mis pensamientos se apagan.

—Te quejaste esta mañana. Creo que será mejor tener mucho cuidado.

La sonrisa maliciosa es la droga más potente del planeta.

—Que le den a que me quejara. Aún voy a follarte como te mereces.

Me levanto y la encuentro a medio camino, hundiendo la boca en sus pechos grandes. Chupo el derecho y aprieto el izquierdo, sus dedos perdiéndose en mi cabello.

Deslizo la mano por su pierna suave y la levanto, obligando a Serena a encajarse contra mi cuerpo. El mero contacto de mi polla —aun cubierta— en el centro de sus piernas me hace jadear, el pecho cargado de una sustancia venenosa. Y el antídoto es esta mujer, esta maldita mujer que se pasó gran parte de nuestra existencia peleando conmigo y que, aun con todas las provocaciones, cavó un lugar tan profundo en mi corazón que nadie jamás consiguió sacarla de allí.

Por más que intenté encontrar en otras lo mismo que tenía con ella.
Nadie se acercó jamás, nadie traspasó la barrera de la superficie.

Fueron decenas de relaciones destinadas al fracaso porque lo que ella me hace sentir no lo encontré en nadie más.

—Serena, eres una puta buenísima, ¿lo sabías? —murmuro, besando el hueco que se forma entre sus pechos, subiendo y frotando la barba de un día en su cuello, observando con felicidad extrema cómo su piel se enrojece.

—Claro que lo sé. De hecho, sufro de dolor de espalda.

—¿Hmmm? —pregunto dudoso, sin apartar la boca de su piel.

Tiene sabor a sol en verano y a nieve en invierno. Es una mezcla abrasadora de dulce y salado que se transforma en un gusto nuevo e irresistible. Son todos los contrarios atrapados de forma mágica y surrealista.

—Por soportar el peso de ser esta gran buenorra.

Mi carcajada estalla.

—No es presunción cuando es verdad.

Ella ríe, deslizando las uñas por mi espalda, rascando el centro de la columna y provocando escalofríos que erizan todo el cuerpo.

Mi corazón estalla en un ritmo caótico y late en mis oídos, bombeando sangre directo a la polla ya durísima. No hay forma de que se ponga más dura; no queda sangre en mi cuerpo, tanto que me siento mareado de deseo, aturdido de excitación.

Vuelvo a besarla, manoseándole los pechos, frotando el torso contra los pezones túrgidos y húmedos de saliva. Ella se queja, me agarra por la nuca, nuestras lenguas luchan mientras me muerde el labio y tira, destrozando mi cordura.

El vértigo me envuelve.

Es demasiado.

Es frío.

Es caliente.

Todas las sensaciones explotan al mismo tiempo, y no sobreviviré si no la tengo ya, si no la lleno de una vez.

Camino tambaleándome hasta la cama y caemos juntos, ella debajo y yo encima, sin cortar el beso, sin cortar el contacto del vaquero con su piel. Serena me empuja y me obliga a ponerme de pie mientras se sienta en la cama.

Entiendo lo que hace en cuanto sus dedos elegantes desabrochan el pantalón, bajándolo con prisa por mis piernas. Sus iris se dilatan y albergan el deseo arrollador que viaja de ella a mí como una fuerza física.

—Ahora empieza la diversión.

Me tira de mí y gira mi cuerpo, quedando encima.

Sujeta mi polla entre los dedos, con una sonrisa depravada enmarcando sus labios. Sin aviso, sin dejarme asimilar la escena, coloca el tronco en la entrada y, poco a poco, baja. Veo con los pulmones helados cómo Serena se traga la polla con su coño apretado.

Las botas apoyadas en el colchón, a mis flancos.

El sombrero aún en su cabeza intensifica el castaño de sus ojos y el rosado de sus labios.

Es la visión de una diosa del sexo.

La visión del paraíso.

Con la sensación de vivir en el calor de mil infiernos.

Esa hija de puta sabe exactamente qué hacer para volverme loco: inclina el cuerpo y apoya las manos en mi pecho, sin dejar de sostener el contacto visual. Mis músculos le dan soporte para cabalgar y acelera el ritmo, bajando y subiendo sobre la polla.

La agarro por la cintura.

Mis dedos aplastan su piel suave.

Y la ayudo con fuerza, impulsando la cadera cuando baja, manteniéndola clavada a la polla en cada embestida, sintiendo cómo

todo en mí se convierte en pura extensión de este placer que me aturde y me controla.

Somos un problema.

Un problema jodidamente delicioso.

Se sienta con ganas y cada vez que sube, el frío se esparce por mis huevos pesados y me obliga a apretar la mandíbula. En mi cabeza, el encaje de nuestros cuerpos crea una música frenética, llena de graves, mientras mi corazón se queja del peso de este sentimiento.

—¿Prometes que vas a mantener nuestro secreto?

Cierro los ojos y me concentro en el desliz íntimo e inquietante.

—¿Lo prometes, Logan? —se levanta y tarda en bajar.

Abro los ojos.

Furioso por ser privado de disfrutar lo mejor que la vida tiene para ofrecer.

—Serena…

—Solo voy a bajar si me lo prometes.

—¡Ah, a la mierda! ¡Lo prometo, joder, prometo lo que quieras!

La agarro bruscamente y la tiro de espaldas sobre el colchón.

El sombrero sale volando y acaba en algún maldito lugar que no me interesa.

Embisto su coño, aprovechando la excitación desbordada de mi "amigo". No sé, creo que ni Superman debe tener tantas ganas de follarse a Lois Lane como yo de estar dentro de Serena. Es mucho más fuerte que yo, incomprensible, una necesidad básica de mi cuerpo.

Al sentir cómo me aprieta, me corro con ella, llamando su nombre como una súplica, implorando piedad por mi pobre tensión,

que a estas alturas sube y baja más que una montaña rusa. Sinceramente, me parece un milagro seguir vivo después de ser devastado por un terremoto de una escala tan jodida.

Me resisto a salir de dentro de ella, pero si continúo voy a follar otra vez. Simplemente porque siento mi polla, ya extasiada, pasar de medio bombeo a casi rígida.

Todo por su calor.

Todo por la electricidad que creamos cuando estamos juntos.

Me aparto y esta diabla abre más las piernas, mostrándome la leche escurriendo por el coño y empapando la sábana. Nuestro semen se mezcla y sigue deslizándose, dejándome hipnotizado.

Es mi leche. Mi corrida. Mi placer.

Es su leche. Su corrida. Su placer.

Serena se lleva la mano al coño y esparce el líquido viscoso, de color medio transparente y blanquecino. Lo reparte por toda la ingle, sonriendo lascivamente sin dejar de mirarme.

—Quiero otra vez —pide, provocando el clítoris, aún con los dedos empapados de leche.

Se pasa la lengua por la comisura de la boca y abre una sonrisa tan grande y perversa que me elevan con una grúa y me lanzan brutalmente al suelo.

—Con mucho gusto —susurro.

—Pero ahora, en un lugar diferente.

Sus dedos extienden la lubricación hacia el ano y suspiro de forma dramática, por pura fuerza de voluntad.

—No juegues con cosas serias.

—No estoy jugando.

Me provoca paseando los pies por mi torso, con las piernas torneadas brillando a la luz de la luna.

Joder.

Suelto otro "que se joda" y la pongo boca abajo en la cama, colocando el glande en la entrada apretada, aspirando aire entre dientes, aferrándome a un hilo de control que en cuestión de segundos dejará de existir.

—Vamos, quiero sentirte ahí.

—Y lo harás, mi amor, lo harás.

Me inclino sobre su espalda y tiro de sus manos, aprisionándolas entre mis dedos, en cuanto la polla empieza a entrar, poco a poco, deslizándose con una cadencia que me hace rechinar los dientes, la cabeza hundida en su cabello.

Serena mueve las caderas y me recibe con algo de resistencia, susurrando y gimiendo, alcanzada por el cataclismo loco que me golpeó antes.

Empujo la pelvis.

Y segundo a segundo, una parte de la polla se hunde, hasta enterrarla entera en su culo, con mi torso presionando suavemente su espalda.

Serena está debajo de mí, con mi polla hasta el fondo en su trasero.

El rugido que suelto es salvaje y vil, y espero que se acostumbre al tamaño para poder volver a embestir. Muevo la cadera despacio, de vez en cuando metiendo rápido, clavando la polla entera.

En cierto momento suelto sus manos solo para abrirle más el culo y ver cómo mi polla desaparece ahí dentro, escuchando sus gemidos mientras me hundo con todo y salgo despacio, rozando cada parte sensible de su cuerpo.

Abro bien las nalgas.

Y embisto con voracidad.

Serena grita, temblando debajo de mí, corriéndose mientras me como su culo con tantas ganas que mi propio placer no tarda en llegar y siento la polla expandirse, soltando el chorro caliente en su

ano, como si liberara mi alma de la condenación eterna o la lanzara directamente a ella.

Da igual.

Que arda en el puto infierno.

Le doy una y otra vez en la carne, amoratando su piel clara, convirtiéndola en un hematoma que la hará recordar todo lo que hicimos durante días.

—¡Más fuerte, Logan! ¡Me estoy corriendo, joder!

Hago lo que pide y aprovecho las últimas olas de su orgasmo, prolongando el mío y convirtiéndome en un animal incoherente, en busca del mayor placer que puede encontrar, uno que transforma la vida en un vacío sin sentido si no puede tenerlo.

Golpe tras golpe.

Arremetida tras arremetida.

Embiste tras embiste.

Mis miembros se aflojan y caigo sobre la espalda de Serena, apartándole el cabello del cuello para apoyar la cara en su hombro, con una sonrisa tonta en el rostro. Aún estoy dentro de ella y no tengo fuerzas para salir pronto. Solo quiero quedarme así, el tiempo que queramos.

—Quiero otra vez, Logan.

—¿En serio?

—Sí. Muchísimo.

Joder.

Y vamos a otra más, esta vez en la ducha, con ella resbalando la espalda contra la pared y mi polla devastando su coño sin piedad. Después acabamos follando sobre uno de los aparadores y hasta en el suelo, en medio de la maldita alfombra —que habrá que lavar después de nuestra locura—. Luego Serena me arrastra al balcón del cuarto y la follo en medio de la brisa suave, con el bosque de fondo.

Al volver a la cama, me mira de la manera que conozco muy bien, con cientos de ideas lascivas atravesando sus pensamientos.

—Otra vez, esta vez en el salón —pide, como si fuera lo más normal del mundo que un hombre consiga follar seis veces seguidas sin casi descanso.

¿Qué cree que es esto? ¿El Super Bowl del polvo?

¡Apuesto a que mi polla es su touchdown!

—¿Otra vez? ¡HOSTIA PUTA! ¡Ya me has chupado hasta la última gota del alma!

—Deja de gruñir y ven aquí de una vez —Serena tira de mí y, como si no fuera suficiente que sea una insaciable, mi polla vuelve a levantarse, dispuesta a seguir disfrutando la fiesta—. ¿Ves? No soy la única que quiere una… —finge pensar, golpeándose la barbilla con el índice— ¿cuarta? ¿O sería la quinta?

Tal como estoy de destrozado, no dudo que sea la sexta.

La séptima.

La octava.

No sé, fueron muchas.

—Tengo dudas de que no hayan sido más.

—Promesa es promesa, querido. Me prometiste arrepentimiento y hasta ahora todavía puedo caminar.

Suelto una carcajada involuntaria. Una risa de agotamiento e incredulidad.

—Entonces ponte de espaldas.

—¿Puerta trasera otra vez? Me encanta. Pero quiero ir a otra habitación; voy a dejar mi olor en cada rincón de tu casa para que siempre te acuerdes de mí. No recordarás a ninguna otra mujer que haya estado aquí.

Ah, así que es eso.

—No vamos a hablar del pasado, Fresa. ¿De verdad crees que, si alguna de ellas hubiera sido importante, yo seguiría

enamorado de ti incluso después de diez años?

—Las palabras justas, en el momento justo, vaquero —dice, pasándose el dedo por el coño y haciéndome chuparlo.

Respiro y voy del cielo al infierno en un parpadeo, con la temperatura cáustica con la que el oxígeno invade mis pulmones. Me la va a pagar, vaya si lo hará, por ser tan diabólicamente irresistible.

—Eres una puta descarada.

—¿Y recién ahora te diste cuenta?



CAPÍTULO 52

Serena

Serena

Sabía que la promesa no serviría de nada.

Después de tantos momentos juntos, una duda surge en mi mente:

—¿No vas a preguntarme si uso algún método anticonceptivo, Logan?

Él se encoge de hombros y ni siquiera se sorprende con la pregunta repentina. Eso es sospechoso.

—Quiero hacerte un hijo. Así que da igual cuándo llegue.

La respuesta sincera y rápida me sorprende tanto que durante unos minutos ni siquiera sé qué decir.

—Ah, ya entiendo. Pero en realidad tomo anticonceptivos.

No parece incómodo con lo que oye; se apoya las manos detrás de la cabeza en una pose relajada mientras se sienta en una de las butacas de la inmobiliaria.

—Está bien. Y no hace falta que me mires así, no voy a presionarte para que tengamos un hijo. Solo lo comenté porque necesitas saber que no sería algo malo. Muero de ganas de ser padre.

—Tu honestidad intimida.

Se encoge de hombros.

—A estas alturas del partido, creo que no tenemos ninguna razón para ocultar nada.

Tiene razón.

Dejo que el silencio se imponga y reviso la agenda del día, dándome cuenta demasiado tarde de que necesito hacer una visita a Rose Parrish.

Acabo mirando de reojo a su hijo mayor, preguntándome qué diría la señora si supiera todo lo que pasó entre nosotros desde que salimos de Tuscaloosa. Creo que me estrangularía con sus propias manos y luego arrojaría mi cuerpo al río.

Imaginar esa escena me hace retorcerme en la silla.

Tal vez sea mejor disimular con más empeño, o ese realmente será mi futuro.

—¿Piensas quedarte sentado ahí todo el día?

Después de que Logan me trajo por la mañana, este entrometido no se ha movido de aquí, rondando como un fantasma,

observándome en cada maldita tarea.

—¿Tantas ganas tienes de librarte de mí?

—Es que tengo compromisos…

—Cierto, una pena. ¿Y cuál es el primero? —pregunta, ya levantándose de la pequeña butaca.

—Voy a revisar algunas cosas en la finca Camelia.

—Me gustaría poder ir contigo, pero alguien me hizo prometer que no daríamos pistas sobre nuestro secreto. Y si nos ven juntos muchas veces al día, seguro que sospechan.

Bufa, sin paciencia para el fingimiento. Tal vez por recordar lo que pasó en el pasado.

—Lo harán.

—¿De verdad crees que es la mejor opción? —pregunta, sonando nada convencido de mi plan.

—Sí.

—¡Tu terquedad todavía va a acabar con nosotros!

—Y tu incredulidad también. Así que lárgate de una vez, que necesito trabajar. Tengo una apuesta que ganar, por si lo olvidaste.

—¿Y cómo voy a olvidar esa trampa?

Me levanto y giro su cuerpo, colocando ambas manos en su espalda firme y empujándolo con brusquedad hacia fuera de la inmobiliaria. Por suerte, el gesto es algo que hacemos desde cuando nos odiábamos, así que una de las señoras de la ciudad —una reliquia, un ser prácticamente omnipotente que está en todos lados al mismo tiempo para cotillear— lo ve y solo pone los ojos en blanco, como si pensara: otro día normal en Tuscaloosa, donde un Parrish se pelea con un Gatsby.

Le sonrío con incomodidad, lo cual forma parte del teatro.

—¡Perdón por estropearle el día! —grito.

Ella ni siquiera se vuelve.

—Eres profesional siendo falsa y mentirosa, Serena.

—Deja de perder el tiempo y ve a hacer lo que tienes que hacer.

Él refunfuña y se acomoda el sombrero, yendo hasta la camioneta, mirándome mientras se sube al asiento del conductor. Logan no dice nada, pero su mirada es suficiente para que sepa que por la tarde estará aquí, esté yo de acuerdo o no.

Miro los ventanales y anoto mentalmente cerrar las persianas cuando llegue. Tal como está de loco, querrá agarrarme frente al vidrio solo para acabar con la farsa de una vez. No está contento con fingir y lo entiendo; en el pasado no funcionó. Pero ahora es diferente: somos adultos y sabemos muy bien lo que queremos.

No voy a alejarme de él.

Y espero que él tampoco quiera alejarse nunca de mí.

Sonrío como una tonta, recordando lo de ayer, recordando la forma en que me mira cada vez que me ve.

Es tan bueno.

Es tan delicioso.

Es tan increíble sentirse deseada así.

Me paso las manos por el cabello, aún sonriendo, un poco perdida en mis propios sentimientos, y subo al entresuelo para cambiarme de ropa y empezar a trabajar.

Por desgracia, las horas no pasan, y cada vez que miro el reloj el minutero parece haber retrocedido. Pongo a circular la mayoría de los anuncios y, sorprendentemente, tengo mucha demanda, no solo por las casas disponibles, sino también por mis servicios. La aplicación de mensajería no deja de estallar con ofertas de trabajo y empiezo a sospechar.

¿Habrá salido a la luz algún desnudo mío?

No recuerdo haberle enviado fotos desnuda a nadie, pero qué sé yo, todo puede pasar.

Son tantos mensajes al mismo tiempo que apenas consigo responder. Y el tiempo, que se negaba a avanzar, de pronto se vuelve una fuerza con voluntad propia y devora la luz del día en un parpadeo, sin que ni siquiera consiga atender a Sam cuando pasa por la inmobiliaria queriendo saberlo todo sobre el viaje. Me veo obligada a despedir a mi amiga con la promesa de que hablaremos después; lo mismo hago con mi hermano y mi hermana, que amablemente pasaron a desearme un feliz cumpleaños atrasado, ya que yo estaba viajando ese día. Miento: en realidad pongo a Skylar a ayudarme con algunas conversaciones, pero la muy vaga se rinde cuando ve que no tienen fin.

—Lo siento, hermanita, pero me largo. La próxima vez, al menos págame un bocadillo antes de pedir ayuda.

Esa traidora desagradecida…

Sigo con la tarea hasta ver que se encienden las luces de las farolas afuera y los pequeños comercios nocturnos de la ciudad cobran vida. Los restaurantes no están llenos y resulta agradable ver la interacción de los vecinos con los dueños. Observo de vez en cuando, repartiendo la atención entre los anuncios, las conversaciones y la búsqueda de materiales.

Hasta que escucho sonar la campanilla que acabo de instalar en la puerta.

—Buenas noches, lamentablemente ya estamos cerr…

Me interrumpe una risa cruel.

—Parece que te va muy bien, Serena.

Esa voz invoca recuerdos terriblemente malos, que me hacen temblar de la cabeza a los pies. Desde insultos y manipulaciones hasta el abuso mental que sufría. Estoy tan en shock al oírla que por unos instantes no consigo moverme, como si estuviera atrapada en aquellos días tortuosos y angustiosos.

Es inexplicable.

El poder que ejerce un verdugo sobre nosotros, si no lo tratamos.

Hablé de esto en la última sesión de terapia, pero por desgracia ninguna cura es rápida y todavía estoy en proceso de liberarme de las garras asquerosas de ese infeliz.

—¿Qué haces aquí? —reúno valor para alzar la cabeza y mirarlo, haciendo lo imposible para que mi voz no delate lo que siento.

Temor.
Pavor.
Rabia.

Todo mezclado en una masa informe e incomprensible.

—Vine a recuperar lo que es mío.

Me quedo helada de pies a cabeza.

—¿Qué demonios quieres decir con eso?

—¿Crees que no sé lo que mandaste hacer a tu noviecito?

—¿Mi noviecito?

Estoy confundida, sin entender una mierda.

—¡TU NOVIECITO, JODER! —se exalta y empieza a gritar, agitando las manos con furia y los ojos inyectados de rabia.

Me mira de forma amenazante, como si fuera a lanzarse a mi cuello en cualquier momento, lo que me obliga a coger uno de los adornos de la mesa, de hierro macizo, por precaución. Si intenta hacer algo, le voy a lanzar esta mierda a la cabeza y ojalá le haga mucho daño.

—¡Sabía que ya había visto a ese canalla! —escupe Jonah, arrojando una foto sobre mi escritorio, con una voz que ya es una acusación en sí misma.

Tomo el papel y miro la imagen.

En ella estamos nosotros en el altar y, lejos del alboroto de la ceremonia, está Logan, mirándonos con las manos en los bolsillos.

Su figura está algo borrosa y solo sé que es él porque sería capaz de reconocer a ese hombre a kilómetros de distancia.

—Logan, él… él…

—Sí, fue a nuestra fiesta de boda. Debes de haber sido su puta desde entonces, ¿no? —se burla—. Actuaste con tanta pompa cuando descubriste mi traición, pero también te divertías entre bambalinas. Por eso no podemos estar separados, Serena, somos iguales, y no sirve de nada hacerte la puritana conmigo cuando la prueba está ahí. —Señala la mesa, como si aquello demostrara de verdad sus teorías delirantes.

—Esa foto no prueba nada y no tengo que explicarte nada más.

Se altera porque no consigue afectarme, y eso lo deja en un estado de calamidad.

—¿CÓMO QUE NO TIENES QUE EXPLICARTE, JODER? ¡TE ACOSTASTE CON OTRO MIENTRAS TODAVÍA ESTABAS CASADA CONMIGO!

—No, no lo hice. Y aunque lo hubiera hecho, te merecerías cada una de las infidelidades. Yo fui una idiota por mantenerme fiel en un matrimonio de mierda como aquel —digo lo que tenía atorado en la garganta—. Ni siquiera eras capaz de darme orgasmos o tener una follada decente. Supongo que por eso no sospeché de la traición: ¿un impotente como tú con dos mujeres? ¿Cuáles eran las probabilidades? —ironizo.

Se sorprende y abre los ojos al comprender lo que digo.

—¿TE CREES UNA PUTITA LISTA, NO? —avanza hacia mí, desafiándome de forma petulante—. ¡PERO NO ERES NADA! —brama a pleno pulmón, perdiéndose en la narrativa del buen tipo que siempre intentó mantener—. ¡NADA, ¿OÍSTE?! TÚ. SERENA. NO. ERES. NADA. —dice pausadamente antes de continuar—: Llegaste a Memphis solo con el coño y con él te mantuviste, porque eras buena en eso, cosa que no puedo decir que durara durante nuestro

matrimonio. No valía la pena darte orgasmos porque eras tan frígida y rígida que no tenía ninguna gracia.

Suelto una risa débil.

Me están follando tan bien últimamente que no me afecta en lo más mínimo.

—Creo que será mejor que te calmes o las cosas se van a poner feas. Y prefiero que te vayas; no tengo nada más que tratar contigo.

—¿No tienes? ¿De verdad lo crees?

Contemplo al hombre con el que estuve casada, viendo su verdadera cara. Con el gesto contraído y la ira hirviendo en sus ojos, parece el propio diablo venido a cobrar mis pecados. La boca fina se le deforma en una sonrisa tiránica, de quien ya no tiene nada que perder.

Aprieto el arma improvisada en la mano.

—¡Si te acercas a mí, voy a gritar! —amenazo cuando vuelve a avanzar.

—No lo harás, Serena, porque todavía me amas, lo sé. Por muy mala que seas en la cama, podemos funcionar; además, te necesito conmigo para recuperar lo que me fue arrebatado.

Debe de haberse vuelto loco, no hay otra explicación: sus rasgos se transforman de forma aterradora en cuestión de segundos.

Levanto el adorno, preparándome para el enfrentamiento.

Cuando estoy a punto de lanzarlo a su cabeza, la puerta se abre de golpe y una sombra lanza a Jonah contra la pared con una fuerza espantosa. Veo cómo el hombre se estrella y luego cae como una fruta desprendiéndose del árbol. No tiene oportunidad de recuperarse, no con esa montaña de músculos encima de él, descargando golpe tras golpe en una confusión de extremidades y sonidos animales.

El ruido de los huesos chocando es espeluznante y me encojo antes de correr hacia ellos, intentando sacar a Logan de

encima de mi exmarido, que está completamente aturdido.

Hilos de sangre le recorren el rostro.

Y veo cómo la pintura de la pared se mancha de rojo, empujándome a una desesperación latente mientras agarro los hombros de Logan y tiro de él hacia atrás, solo para darme cuenta de que no sirve de nada. No tengo fuerza para detener a ese hombre, no así, furioso, como un animal salvaje luchando con otro.

—¡Logan, quítate de encima de él! —le suplico, con la voz ya débil por los intentos de apartarlo.

—Por favor, Logan, no merece la pena.

Me esfuerzo y finalmente se aleja de Jonah sin mirarme.

Es como si se negara a verme.

Sus ojos están fijos en el hombre caído, que se lleva la mano a la nariz y lanza un grito grotesco de dolor. La ira latente en ese pedazo de mierda se convierte en un volcán a punto de entrar en erupción. Solo que no está peor que Logan, que respira con dificultad, la furia marcada en su rostro deformándole los rasgos de una forma que nunca había visto. Jamás lo vi tan enfadado, tan iracundo con alguien.

—Si te acercas a ella, hijo de puta, te juro que te mato —dice Logan en voz baja, pero tan amenazante que deja claro que lo hará.

Le señala la cara a Jonah, que no se atreve a replicar.

Porque Logan no necesita gritar.

No necesita alzar la voz; de hecho, cuanto más bajo habla, más convincente resulta.

—¿No puedo acercarme a mi querida esposa? —se burla Jonah, levantándose despacio, casi perdiendo el equilibrio.

—Exesposa —corrijo, intentando impedir que Logan se lance al cuello del hombre.

—Claro que puedes acercarte —empieza Logan—, pero será la última vez que te acerques a alguien en la puta vida.

—¡Maldito desgraciado, crees que no sé que fuiste tú quien acabó con todo lo que construí?

—No, no fui yo; fuiste tú. ¿De verdad pensaste que el secreto de lo que le hiciste quedaría a salvo para siempre? No, la gente tenía que saber lo canalla y cobarde que eres.

Miro a Logan, llena de confusión. Él cruza la mirada conmigo y parece pedirme perdón en silencio.

—La fiesta de la que habla… —murmuro para que solo él me oiga— ¿es la que fue con Bebe?

—Tenía que hacerlo, Serena. No podía salir ileso después de todo lo que te hizo —responde, mientras Jonah grita un montón de cosas que no escuchamos.

—¿Qué pasó?

—Hablamos luego.

Aparta la mirada cuando oímos:

—¡AH, QUÉ HERMOSO! —proclama Jonah, aplaudiendo—. ¡Los tortolitos por fin juntos! ¡Bravo! ¡Un aplauso!

Me aferro al brazo de Logan como si mi vida dependiera de ello. Está a un segundo de perder el control y no serán solo unos cuantos golpes los que recibirá Jonah si sigue así.

—Vete, lárgate de una vez —le ordeno al idiota, que cree estar dirigiendo un circo y se divierte sin tener idea del tornado que está a punto de arrasarlo.

—No, querida, no me voy, porque la diversión apenas empieza. Quiero a mis clientes de vuelta y este maldito se aseguró de quitármelos a todos —señala a Logan, que esboza una sonrisa traicionera.

—Te lo merecías.

—Seguro que lo hiciste para ayudar a esta inútil a levantarse. Quieres destruir el negocio exitoso que creé solo para ensalzar a esta zorra.

Logan respira tan hondo que oigo el aire entrar en sus pulmones.

—Será mejor que te calles…

—¿O qué? ¿Me vas a pegar más? ¿De verdad crees que vale la pena enfurecerte tanto por culpa de… —me señala— esto? Una mujer como ella la encuentras en cualquier esquina, ni siquiera hace falta buscar mucho.

Logan se suelta de mi agarre. Vuelvo a sujetarle el brazo y me coloco delante, entre él y lo que está a punto de hacer.

—Logan, mírame. Mírame solo a mí. —Le tomo el rostro con las manos—. No merece la pena. Ensuciarte las manos solo te igualará a él. No lo hagas, te lo pido.

Sus ojos están oscuros, llenos de sombras, y cuando me mira veo que Logan lucha contra todo lo que lleva dentro para no acabar con Jonah en ese instante. Es tan intenso que aprieta la mandíbula y veo la vena de su sien latir, a punto de estallar.

—Voy a matarlo y necesito que te apartes, Serena.

—No, no vas a hacer nada. No puedes hacer nada.

—Eso, escucha a mi querida esposa, por favor. Vamos, perrito, hazle caso. Qué deprimente —se ríe Jonah, creyendo tener una ventaja que no existe.

—Ya te dije que ella no es tu esposa —sisea Logan, tan furioso que lo abrazo, rezando para que el gesto lo contenga al menos unos segundos, hasta que recupere la cordura.

—¡Claro que lo es! Me prometió que estaríamos juntos en la alegría y… —el desgraciado sigue hablando, pero yo solo presto atención a Logan, intentando desesperadamente que me escuche solo a mí.

—Ese infeliz quiere provocarte, no lo escuches. Es un especialista en sacar a la gente de quicio y aprovecharse después.

Parrish resopla, alternando la mirada entre él y el idiota.

—No voy a permitir que siga así, es impensable.

—Solo no tomes decisiones precipitadas.

—Entonces es verdad… están juntos, ¿no? —Jonah vuelve a hablar—. Claro que lo están. No estaría tan afectado si no se la estuviera follando, lo que refuerza mi idea de que actuaban a mis espaldas durante nuestro matrimonio. Solo un coño para mandar a un tipo así. —Hace una pausa mientras se ríe, sin ninguna gracia—. Cuidado con Serena, suele hacerse la víctima.

Ya no puedo contener a Logan.

No hay forma. Es imposible.

Se lanza sobre Jonah y lo empuja por el cuello hasta estrellarlo brutalmente contra la pared.

—Lávate la puta boca para hablar de mi esposa, ¿me oyes? —escupe Logan, sin darse cuenta de lo que acaba de admitir.

Abro la boca, en shock.

Los ojos de Jonah se entrecierran hasta quedar como una rendija, con la sonrisa estirándose hasta las orejas, victorioso por haber sacado a Logan de sus casillas. Al mismo tiempo que oímos a alguien gritar, no muy lejos:

—¿Qué fue lo que acabas de decir?

Mamá emite un silbido gutural que ni los osos serían capaces de enfrentar.

Logan suelta a Jonah y se vuelve hacia mi madre, una de las mayores amenazas del momento. Su expresión cambia por completo y la amenaza da paso al cuidado mientras camina hacia ella con las manos extendidas, intentando remediar la situación.

—Señora, quería decírselo de otra manera, pero creo que ya la hemos liado, así que lo único que me queda es admitir la verdad.

—Suspira—. Amo a Serena, amo mucho a su hija.

—¡¿TÚ AMAS A QUIÉÉÉÉÉÉÉÉÉN?! —grita mi madre.

—¡¿QUÉÉÉÉÉÉÉÉÉE?! —brama Rose esta vez, apareciendo detrás de la mía, ambas furiosas por lo que acaban de oír.

Tiemblo como madera podrida, bamboleándome como bambú demasiado crecido.

—A Serena Gatsby. Amo a Serena Gatsby —suelta Logan de una vez, como si fuera un alivio decirlo en voz alta por primera vez.

—¡Pero ni sobre mi cadáver! ¡Eso no lo voy a aceptar, no después de la vergüenza que esta desubicada me hizo pasar en la ciudad hace unos días! —acusa Rose a Eleanor, que cruza los brazos y finge indiferencia.

—Espera, ¿qué pasó? —pregunto.

Solo voy pasando la mirada de una a otra mientras se lanzan insultos terribles.

—¡Esa sinvergüenza discutió conmigo por una lechuga!

—¡Yo la vi primero!

—¡Mentirosa sin escrúpulos, yo ya estaba allí!

—¿Y qué?

Me meto entre las dos, que parecen a punto de agarrarse del pelo.

Y como nadie más le presta atención a Jonah, ese bastardo decide hablar, sin tener idea del agujero en el que está a punto de caer:

—Qué bonito, ¡toda la familia reunida! ¿Ya saben que no vales nada, Serena? ¿Y que ese emperadorcito de mierda solo sabe pegarle a la gente y no tiene ni cerebro para discutir como una persona normal?

—¿Qué acabas de decir, muchacho? —pregunta mamá con una calma que anuncia una catástrofe.

—Sí, ¿qué dijiste, bastardo de mierda? —Rose es mucho más bocazas.

—Lo que acaban de oír.

—¡AAAAAAAAH, PERO ESTO NO VA A QUEDAR ASÍ!



CAPÍTULO 53

Logan

Logan

Nunca imaginé que vería a Rose Parrish y a Eleanor Gatsby luchando por una misma razón.

—¡Maldito bastardo! —grita Eleanor, yendo hacia Jonah después de agarrar algo que vio en el camino y lanzárselo al imbécil —. ¿Quién te crees para hablar de mi hija? ¡TE VOY A MATAR, HIJO

DE PUTAAAA! —La mujer grita con tanta fuerza que veo su rostro transformarse en el puro retrato del caos.

Por milésimas de segundo, agradezco que no sea yo el recipiente de su furia.

Escucho el sonido hueco de una loza haciéndose añicos y el murmullo de dolor de quien merece sentirlo en cada gramo de su ser. Miro al hombre en posición defensiva y los restos de lo que una vez fue un jarrón esparcidos a su alrededor.

—El enemigo de mi enemigo es mi amigo —dice mamá, antes de levantar la escoba —ni sé de dónde la sacó— y correr hacia el hombre que Eleanor derribó, con una rapidez que jamás habría imaginado posible en ella.

Levanta el palo por encima de la cabeza y lo descarga en varios golpes, dándole con tanta fuerza que solo alcanzo a oír el sonido seco de la madera al encontrarse con su cabeza.

Me estremezco con un escalofrío.

Ojalá no me peguen así después.

La verdad sea dicha: estas señoras son mucho más fuertes que cualquiera que conozco y podrían levantar al toro más bravo de la región con un solo brazo, sin ninguna dificultad.

Veo a Serena con la boca abierta, atónita, como si estuviera pensando lo mismo que yo. Al notar mi mirada, cruza los ojos conmigo y los abre aún más.

—¿Están pegándole… a mi exmarido? ¿Juntas? ¿Eso es lo que estoy viendo?

—Sí, créelo o no. Mi madre y la tuya están juntas, pegándole a alguien que aparentemente odian.

Ni en mis mejores sueños ocurriría un milagro tan grande.

—¿Y qué hacemos?

Observo la pelea, constatando que no necesitan ayuda. Jonah no tiene la menor oportunidad de defenderse, salvo intentar —y digo intentar con toda convicción— proteger su propia cabeza de

los escobazos de Rose Parrish y de los lanzamientos brutales de Eleanor Gatsby. Mientras una castiga con la madera la espalda del individuo, la otra busca armas cada vez más peligrosas, hasta que agarra un jarrón de vidrio lleno de flores y se lo estrella encima.

No apuntan a ningún sitio; les basta con acertar.

—¡IDIOTA! ¡VAS A SALIR DE AQUÍ DIRECTO AL LUGAR DONDE MERECES ESTAR, EL INFIERNO! —brama mamá.

—¡ESO! ¡VAMOS A DARLE UNA LECCIÓN A ESTE DESGRACIADO! —anima Eleanor.

—Espera, Eleanor… usas bastante la palabra "desgraciado", ¿te lo han dicho alguna vez?

—Vieja buscarruidos, deja de fijarte en lo que no te incumbe. ¿No ves que tenemos algo mucho más importante que hacer ahora?

La madre de Serena señala a Jonah, todo encogido en el suelo, en un capullo de puro arrepentimiento por haber decidido venir aquí sin saber que en Tusca podemos provocar a la gente que conocemos, pero jamás alguien de fuera puede venir creyendo que manda algo.

Sonrío.

Pensé que tendría que mandarlo al desierto, pero ahora creo que voy a tener que impedir que las madres lo hagan primero.

—Yo solo quiero recuperar lo que es mío… —intenta decir, gesticulando para que le abran paso.

Lo que no sucede.

Obvio.

—¿QUÉ ES TUYO, MALDITO BASTARDO? ¡NO HAY NADA TUYO AQUÍ!

—¡AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAH! —grita mamá, apoyando a Eleanor.

Nunca las vi actuar así. Y cuando digo nunca, es nunca de verdad. Jamás discutieron de esa manera y, por lo que me contó Ashton, se agarraron por una lechuga, pero según el video de mi primo —una porquería, dicho sea de paso—, se las ve intentando arrancarse el pelo mutuamente, furiosas. Aun así, aquello no es nada comparado con lo que pasa ahora.

Más escobazos.

Más cosas rotas.

Gritos de furia.

Acompañados de ira.

Y algunos de dolor, escapando del maldito energúmeno.

—¿DÓNDE SE HA VISTO A UN HOMBRE COMPORTARSE COMO TÚ, HACIENDO TANTO DAÑO A UNA MUJER? ¡TIENES QUE PAGAR POR LO QUE HICISTE! —vocifera Eleanor, aún buscando armas, evaluando todo lo que encuentra en la inmobiliaria, dispuesta a usar lo que sea necesario para silenciar al que maltrató a su hija.

Me pregunto qué haría si descubriera todo.

Lo mataría, y yo ayudaría a enterrarlo.

Por suerte, ya le di donde más le duele: su dinero.

—¡CHICO IDIOTA! —sigue mamá.

—Logan, ¿qué hacemos? —pregunta Serena.

Sin darnos cuenta, estamos parados como dos idiotas, un poco alejados del caos.

—No lo sé —admito.

—¡Tenemos que separarlas y evitar que lo sigan golpeando!

—¿Y por qué? —pregunto, genuinamente sorprendido.

¡La cosa está mejor de lo que jamás imaginé!

—¡Lo van a matar!

—¡Qué bien!

—¡Hablo en serio, joder, ve a separarlas! —me empuja con brusquedad, apoyando ambas manos en mi espalda.

Esta hija de su madre ni disimula el miedo de ponerse en medio de la furia de las matriarcas y quiere que yo lo haga.

—¿YO? —pregunto, escandalizado—. ¿Quieres que también me peguen?

—¡Alguien tiene que hacerlo y no voy a ser yo! Además, no voy a enfadar a mi suegra antes de que empiece a caerle bien; sería contraproducente.

Abro los ojos con obviedad.

—¡Yo tampoco lo haré! —señalo a su madre.

¿Por qué ella no puede disgustar a la suegra y yo sí?

—¡Logan, deja de ser cobarde!

Mientras discutimos quién debe intervenir, la pelea sigue ardiendo en una esquina de la inmobiliaria y ni siquiera notamos cuando los vecinos oyen el ruido y aparecen como suricatas curiosas en el ventanal, mirando dentro con los ojos muy abiertos al constatar que Eleanor y Rose no están peleando entre sí, sino trabajando juntas.

El asombro se les escapa en un suspiro colectivo.

—Genial, ahora tenemos público —se queja Serena.

—¿De verdad creíste que este caos no llamaría la atención? —señalo a las dos señoras aún a los gritos, haciendo que Jonah —o como se llame— se arrepienta de su propia vida—. Sinceramente, ¡hasta creo que tardó!

—¿Y a ti te parece bien ser el tema de conversación de Tuscaloosa? —me acusa.

—Mejor cortar el mal de raíz. Si todo el mundo presencia esto, no podrán negar que actuaron en conjunto por un bien mayor y, quién sabe, tal vez eso sea nuestra moneda de cambio.

—¡No puedo creer que estés considerando chantajearlas!

—Chantajear es una palabra muy fuerte; yo lo llamaría usar estratégicamente la información que tengo.

—¿No tienes nada bueno que decir de ellas? No sé, ¿adularlas e intentar ganarte su afecto? ¿Siempre llevas todo al lado oscuro emocional?

—Mira quién habla, manipuladora. ¿Y no fue eso lo que hiciste con mi madre cuando apostaste con ella para quedarte en la ciudad y seguir al mando del portafolio Parrish?

—¡Una cosa no tiene nada que ver con la otra, Logan!

—¡Claro que tiene!

—¿De verdad quieres huir de la responsabilidad?

—¿Y tú no?

—¡AAAAAAAAAAAAAAAAAH, DESVERGONZADO! ¡TE VOY A ENSEÑAR A NO METERTE CON LAS MUJERES DE TUSCA! —grita mamá, y sigue repartiendo escobazos.

Creo que la pobre —la escoba— no va a aguantar mucho más.

—No, Serena, no voy a meterme entre ellas. ¿Quieres quedarte viuda antes de hacer las cosas bien? No voy a morir después de casarme a las apuradas por culpa de una maldita maldición. ¡Ni de broma! ¿Y si no quieres casarte conmigo de verdad y solo lo hiciste por miedo a que muriera? ¿Cómo lo voy a saber antes de acabar majestuosamente en una fosa?

—¡Qué excusa tan elaborada!

—¡TOMA ESTA! —grita ahora la madre de Serena.

Me pregunto qué diría el cura de la parroquia si viera a las devotas más fervientes del condado de Tuscaloosa —quizá de toda la región— peleando así, sin importarles la catarata de insultos que lanzan.

—¡Y ESTA! —responde mamá—. ¡SI VUELVES AQUÍ, TE VOY A MOSTRAR CUÁNTOS ESCOBAZOS HACEN FALTA PARA MATAR A UN HOMBRE!

—¡NUNCA MÁS HABLES DE MI HIJA!

—¡Y DE MI HIJO!

Siguen gritando, fuera de sí, y de una vez por todas decido intervenir antes de que se conviertan en criminales por mandar a Jonah directo al infierno.

—No quiero salvar a Jonathan —protesto ante Serena.

—Es Jonah, pero creo que lo sabes. Y no lo estarías salvando a él, sino a las dos, que parecen a punto de infartarse con tanta agitación.

—Está bien —gruño a regañadientes—. Pero si me muero, volveré para arrastrarte conmigo.

—Sí, sí, ¡solo aléjalas de él! —Serena vuelve a empujarme y avanzo a trompicones hacia el ojo del huracán, al origen del caos, de la algarabía, de todo lo que la gente quiere evitar.

No miro el escaparate; sé que la mayoría solo quiere ver cómo estalla la mierda y me enfadaría si alguien se atreviera a reírse.

Una última vez, implorando no ser obligado a esto, miro hacia atrás y me encuentro con Serena observando cada uno de mis pasos.

Niego con la cabeza y pido, sin emitir sonido:

Por favor…

Ella responde con un rotundo:

—No.

Temiendo por mi integridad física, carraspeo antes de intentar apartar a mamá. Lo cual no es sabio, porque ella sostiene la escoba y termina golpeándome en la cabeza al alzarla y tomar impulso para acertarle al imbécil encogido en el rincón.

¡Vieja fuerte de cojones!

Cuando me pida ayuda para mover algo, no voy a acudir. Su fuerza es mucho mayor que la mía.

—Mamá, ya basta, ¿puedes parar, por favor? —intento decir con educación, aunque me cuesta creer que funcione.

Me empuja y caigo de culo al suelo, arrancando carcajadas de los espectadores curiosos y ávidos de chisme. Maldita panda de entrometidos. Me levanto medio tambaleante y voy hacia la puerta de la inmobiliaria, abriéndola de golpe.

—¿Qué están haciendo aquí?

Mi mirada furiosa recorre cada rostro, memorizando a quienes se aprovechan de esta pelea para engordar su repertorio de chismes.

—¡Solo atentos por si necesitan ayuda! —responde alguien que no identifico.

—Pues váyanse —ordeno con firmeza— ahora.

No sé si por mi mirada o porque entienden que habrá consecuencias si siguen armando jaleo frente a la inmobiliaria, desaparecen de mi vista más rápido de lo que aparecieron.

Al volver adentro, Serena me mira perpleja.

—¿Qué poder tienes sobre ellos?

—Solo saben que no estoy bromeando.

Decido terminar con esta mierda de una vez. Aún tenemos una conversación importante con las matriarcas y no ayudará si tenemos que esconder un cuerpo; eso solo aplazaría la discusión.

Junto los dedos en la boca y hago como Serena en el evento "consigue marido": silbo con toda la fuerza del aire en mis pulmones.

El sonido fuerte resuena y se expande por las paredes.

Dos señoras canosas me miran asustadas, probablemente pensando que soy demasiado valiente por hacerles eso.

—Ese desgraciado pronto tendrá lo que merece. Vino hasta aquí porque sus acciones se le están volviendo en contra y no

encuentra cómo salir. Pensó que Serena lo ayudaría —digo—. No se manchen las manos con alguien que ya está en el fango.

Entendiendo que es su oportunidad de huir, el maldito aprovecha el hueco que le doy, se levanta de golpe y corre todo lo que puede. Mamá amenaza con ir tras él y la detengo; lo mismo ocurre con Eleanor.

Serena y yo cruzamos miradas mientras ambas recuerdan lo que oyeron.

Mamá me aparta con un empujón.

Eleanor hace lo mismo con su hija, pero con más cuidado.

Las dos intentan arreglarse el cabello, revuelto por el movimiento y el infierno que desataron. Solo por ellas, apuesto a que ese trasto no volverá jamás a Tusca.

—Ahora que ya le dimos una lección a ese ser demoníaco, vamos a lo que importa: ¿qué quiso decir con que eres su esposa? —pregunta la matriarca Gatsby, señalándome con un gesto de cabeza.

—¿Por qué llamaste esposa a Serena, Logan? —mi madre va directo al punto y trago saliva antes de responder:

—Porque lo es. Nos casamos anteayer.



CAPÍTULO 54

Serena

Serena

Un matrimonio es un matrimonio.

El día de la boda

—Creo que vamos a tener que tomar una decisión, Logan.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunta, medio adormilado.

—Solo tenemos una manera de resolver este problema.

—¿Cuál?

—Lo sabes. Porque no voy a arriesgarme a perderte. Sea verdad o no, no voy a arriesgarme.

Logan aprieta el control junto a la cama y la coloca en posición vertical, sin dejar de mirarme mientras el sonido mecánico crepita por la habitación. Sus ojos muestran la desaprobación más profunda y parece a punto de preguntarme si he perdido la cabeza.

—¿Qué quieres decir, Serena? —Su voz es tan baja que me provoca escalofríos.

¿Cree que me gusta lo que voy a decir?

¡Claro que no!

No es así como quería que las cosas sucedieran entre nosotros, pero no estoy dispuesta, ni un poco, a arriesgarlo.

—Tenemos que casarnos. Ya investigué mientras te atendían y podemos llegar a Las Vegas en cuatro horas si tomamos un vuelo. Será rápido, pasaremos solo un día y una noche, solo para oficializar la unión y romper la maldición. —Apoyo mi mano sobre la suya y Logan se aparta, horrorizado—. Da tiempo, no tienes que preocuparte. Creo que los accidentes solo fueron advertencias.

No imaginé que estaría feliz de verse obligado a casarse conmigo, pero tampoco supuse que reaccionaría tan mal.

—No. No voy a casarme contigo así, a las prisas. ¡Va a parecer que no quiero casarme contigo!

Logan se levanta, sin importarle el camisón transparente.

Una enfermera aparece en la habitación para revisar algo y, al ver que estamos conversando, pide permiso y dice que volverá en cinco minutos.

—¡Tienes que hacerlo!

—¡Que la maldición se vaya al carajo! No voy a casarme así. Prefiero morir.

Vuelve a sentarse en la cama y aprieta el botón para que vuelva a reclinarse, negándose a mirarme, convencido de que está tomando la mejor decisión.

—Vas a hacerlo.

—No, Serena, no lo haré. Y punto final.



Se casa conmigo.

¿Disgustado?

Creo que sí. Pero se casa en el límite del tiempo, el día de su cumpleaños, después de que una llanta se suelta de un coche y vuela directo hacia él cuando nos detenemos en la acera para discutir una vez más. Su suerte fue que todavía me preocupo por su trasero testarudo y me lanzo, empujando su cuerpo antes de que la tragedia se anuncie. Al levantarse, con el sombrero torcido y el rostro blanco, lívido como el papel, Logan finalmente entendió que negarse solo lo llevaría a la muerte.

¿Fue una forma dura del destino de demostrar su punto?

Sin duda.

Las otras cosas podía justificarlas como coincidencias, pero tantas en tan poco tiempo realmente lo afectaron.

—¿No hay que pedir cita? —pregunta frente a una de las capillas.

Le tomo la mano y entramos.

—Ya me encargué de todo.

—Qué suerte la mía tenerte, ¿no?

Caminamos por la entrada, con bancos viejos y un olor extraño a alcohol derramado, además de varias marcas de cigarrillos

en la madera y algunas personas dormidas, casi moribundas de tanto festejar. Sé que no es la mejor, porque hay capillas extremadamente organizadas, limpias y agradables, donde la gente puede tener experiencias increíbles. El problema es que, con disponibilidad tan encima, solo quedaba esta.

Y que sea lo que Dios quiera.

Lo importante en nuestro caso ni siquiera es el recuerdo, sino casarnos antes de que la maldición se cumpla.

Aprieto los dedos de Logan al pensar en ella.

Esa mierda no va a quitarme a este hombre, y aunque entiendo el punto de que alguien de mi familia haya maldecido a la suya por lo que pasó entre nuestros ancestros, la verdad es que nosotros no tenemos nada que ver con eso.

Y Logan va a seguir vivo.

A mi lado, de preferencia.

—Serena…

—Ni intentes huir. Te encontraré y te traeré atado.

—¿De verdad quieren casarse? —pregunta el celebrante en cuanto nos vestimos y nos colocamos frente a él.

Yo con un vestido blanco inflado que no combina en nada conmigo, pero es el mejor entre las peores opciones. Y Logan con un traje blanco demasiado ajustado. Sus bíceps estiran tanto la tela que las costuras protestan. Como si no fuera suficiente, al mirar sus pantalones suelto un suspiro consternado al notar que se le ven las pantorrillas. Es demasiado alto.

—Se te ven las piernas.

—Claro, querida —dice la última palabra con absoluto desdén—, tuve que escoger entre las pocas opciones que encontré.

—No me han respondido —insiste el celebrante.

—No me malinterprete, pero ella me obligó a venir —susurra Logan en confidencia, sin darse cuenta de que, si expresa que no

quiere casarse, el hombre no realizará la ceremonia.

¡Maldito hombre testarudo!

—¡LOGAN! —reclamo—. No le haga caso. Solo estoy intentando salvar al maldito que amo. —Me veo obligada a adular al tipo disfrazado de Elvis, cuyo semblante no es nada feliz.

Parece querer estar en cualquier otro lugar que no sea aquí, celebrando uniones que, la mayoría de las veces, se deshacen a la mañana siguiente cuando la gente despierta de la borrachera y se da cuenta de que está casada.

—¿Me amas? —Logan suspira, feliz por haberlo oído.

—¿Y por qué creíste que me casaría contigo? Si no te amara, preferiría verte morir antes que decir que sí en un lugar tan… —mejor no despreciar— increíble, estupendo, por no decir fenomenal.

El Elvis falso juzga hasta a mi decimoctava generación, furioso por tener que lidiar conmigo. Logan, en cambio, disuelve el ceño y esboza una sonrisa tan feliz y radiante que eclipsa el brillo de las luces de la capilla.

—Deberías haber dicho eso desde el principio. Me habría casado sin dudar. ¿Solo me prometes una cosa? —pide, y a estas alturas yo prometería lo que fuera.

—Sí.

—¿Podemos casarnos de la forma tradicional después? Sin prisas. Solo quiero asegurarme un recuerdo hermoso y… —mira alrededor— no fue así como lo imaginé, lo siento.

—¿Por eso no querías casarte?

—También. Y porque pensé que lo hacías por pura obligación, lo que me quitaría la oportunidad de oírte decir que sí de verdad. No quería arriesgarme.

Y yo no quiero arriesgarte a ti.

—¿Entonces estás listo para continuar?

—Sí.

—Tiene su respuesta —le digo al celebrante—. ¿Podemos empezar?

Alguien que encontré en la calle hace de testigo y, apenas unos minutos después, escuchamos:

—¡Yo los declaro marido y mujer! ¡Puede besar a la novia!

Logan me toma en brazos y me besa con el hambre de quien acaba de cumplir el mayor sueño de su vida. Y yo le devuelvo el beso, porque lo único que pasa por mi cabeza ahora es que no va a sufrir ningún accidente extraño más y que no voy a quedarme sin él por pura terquedad.

Su lengua explora las comisuras de mi boca hasta que oímos a alguien carraspear, reclamando atención. Al mirar atrás, vemos a una pareja que, como nosotros, parece desesperada por casarse. Ojalá no estén malditos también.

Parrish los ignora y me mira con una sonrisa que achica sus ojos.

—Creo que estamos casados, Fresa.

—Sí, creo que sí.

—¿Y de dónde viene eso de llamarte así?

Hasta hoy nunca lo pregunté y él nunca se preocupó por explicarlo.

—Algún día te lo cuento.

—¿Por qué no hoy?

—Porque nuestra vida juntos acaba de empezar.

El contacto visual nos ata en una red pegajosa y sentimental.

Y esa mirada que compartimos, la primera de muchas, es suficiente para borrar la importancia del lugar y depositarla toda en el gesto. Porque nunca dejé de estar loca por Logan…

—Te amo, vaquero —susurro, con los labios cerca de los suyos.

Y él…

—Te amo, Serena. Estoy absoluta y completamente loco por ti.

Nunca dejó de estarlo por mí.

Otro carraspeo y respetamos el tiempo de quince minutos —o incluso menos— por el que pagamos, saliendo de allí lo más rápido posible después de devolver la ropa alquilada y recuperar la nuestra.

Me detengo en la acera, frente a uno de los casinos/hoteles de la zona. El brillo de los letreros, las vallas y los anuncios me hace parpadear, intentando adaptarme.

—¿Y ahora adónde vamos? —pregunto, un poco aturdida.

Hay tantos estímulos visuales que ni sé dónde mirar. Mientras seguimos parados, una horda de personas pasa y me empuja. Siento la mano de Logan afirmarme, evitando que pierda el equilibrio. El calor de su palma en mi espalda baja es devastador.

—Al hotel.

—¿Qué hotel?

—Planeé algo para esta noche.

—Está bien —acepto.

Lo que no esperaba era que este loco hiciera algo como…

—¿Una terraza? —contengo el grito que amenaza con salir al ver el lugar que Logan alquiló. Ni siquiera sé si "habitación" lo define, ya que es más grande que muchas de las mansiones que he vendido y visitado.

Camino por el espacio abierto, con estancias y más estancias apareciendo, incluido un bar del que un barman acaba de salir a pedir disculpas por la intromisión. Susurra que le avisaron de que sus servicios no serán necesarios y simplemente desaparece, rumbo a algún ascensor, supongo. Por el tamaño de este lugar, deben de haber varios.

Abro la boca, atónita ante tanto lujo y ostentación.

—Tengo dinero, ¿o no recuerdas ese detalle? ¿No puedo darle a mi mujer la mejor experiencia de Vegas? —Logan ni se inmuta.

—¿Y qué si tienes dinero, arrogante? ¿Vas a empezar a romper billetes de cien dólares ahora? Es un completo absurdo y una exageración total.

—No lo creo. Además, fueron muchos billetes de cien dólares, muchísimos.

Suspiro.

Debe de estar loco.

Nunca vi nada parecido y, si no lo vi, es porque el precio es mucho mayor de lo que imagino.

—¿Cuánto costó la noche aquí?

—Sería de mala educación decirlo. Considéralo un regalo mío para ti, por haberme salvado. —Sabe que es un tema sensible y usa sabiamente esa carta antes de que yo desista de quedarme—. Además, es mi cumpleaños —comenta, mirando el reloj en una de las paredes.

—Logan, no hace falta…

Me interrumpe.

—¿No puedes simplemente disfrutar? ¿Tienes que buscar motivos para discutir conmigo? Acabamos de casarnos, Serena. ¡Mira la puta importancia de eso!

—¡Tomaste una suite dúplex, por el amor de Dios! ¡En Vegas, donde todo cuesta un riñón! —Camino por el lugar y diviso una piscina. Al acercarme a una de las tumbonas, veo la maldita…— ¡con vista a la Strip, joder!

—Me haces parecer tan pobre, cariño. Gracias. Soy un Parrish y ya trabajé en la empresa familiar, además de tener muchas acciones. ¿Qué esperabas que eligiera? Sé que no te gusta gastar sin sentido, pero esto no es un gasto idiota, es nuestra primera noche como casados.

—Es una locura. Bajemos y pidamos una habitación más sencilla.

Logan me sujeta. Su mano es tan firme en mi cintura que no podría moverme ni aunque lo intentara.

—¿Podrías, por favor, apreciar el gesto y disfrutar de tu noche de bodas?

—No, porque es simplemente…

Me calla con un beso. Sus labios presionan los míos con tanta intensidad que olvido lo que iba a decir y las quejas que se acumulaban por la suite. Tal vez Logan tenga razón y eso no importe.

—No sirve de nada decir más.

—¿Por qué? ¿Tienes tantas ganas de follarme?

—No, Fresa. Quiero hacer el amor contigo.

Y ¡boom!

Así, sin explicación, sin aviso, mi pecho recibe un golpe mortal y me quedo sin palabras. El gasto insano de la suite deja de importar; la conversación desaparece de inmediato y me invade una necesidad creciente de aprovechar cada mínimo espacio, de crear recuerdos a los que aferrarme si algo sale mal.

En un desorden urgente, sus brazos me aprisionan y los míos se aferran a su cuello, buscando sostén.

Logan me alza en brazos, dándose cuenta de que no lo hizo al entrar.

—Mierda, me olvidé de que estaría bien cargarte en brazos.

—¿Y a quién le importa eso?

Él ríe y camina conmigo hasta la enorme cama de uno de los dormitorios.

Al recostarme, la superficie suave mima mi espalda. Las sábanas de cientos de hilos me relajan, mientras mis ojos solo ven a Logan y la complicidad que irradia de sus iris azules. Levanta la

mano y pasea los dedos por el costado de mi rostro, acariciando desde la sien hasta las mejillas. Se detiene en mi labio, donde apoya el pulgar y lo desliza por la superficie blanda.

Entreabro la boca y lo veo copiar el gesto, afectado.

Un resplandor cegador nos rodea. Probablemente algún proyector iluminando el cielo.

—Te amo, Serena. Te amo más de lo que jamás imaginé amar a alguien. Verte es suficiente para dejarme sin suelo, con el corazón en llamas y la cabeza explotando de ganas de quedarme a tu lado. Te amo tanto, pero tanto… —repite, besando todo mi rostro: la frente, la punta de la nariz, la línea de la mandíbula, el mentón y la boca.

Cuando llega a los labios, se demora, aspira el aire y frunce el ceño, enviando la sensación al rincón más profundo de su alma.

—Yo también te amo, Logan. Te amo con más intensidad que el brillo de la luna o de la estrella más potente de todas las galaxias. Te amo con la fuerza de mil soles y la destrucción de mil de ellos. Te amo como el resplandor de un campo de fresas besado por la luz en un día de verano. Eres mi brisa suave en el calor y el beso más cálido en invierno.

Cierra los ojos y apoya la frente en la mía.

La intimidad de su cuerpo cubriéndome y la forma cariñosa con que me trata alcanzan el núcleo de mi ser. Permanecemos así, en silencio, hasta que una campanilla no deja de sonar por la maldita suite.

Logan se levanta contrariando y me pide que espere solo un minuto. Al volver, empuja un carrito con cubos de bebidas, frutas y dulces. No logro identificarlo todo, pero noto cuando toma una cesta de fresas y un frasco de salsa. Desde la cama no distingo de qué.

—¿Qué es todo esto?

—Pensé que podrías tener hambre.

Finjo no ver el pastel en la repisa inferior del carrito.

—En realidad, no tengo —murmuro.

—Qué pena, porque yo sí.

Trae la bandeja y la otra cosa y, al acercarse lo suficiente, veo que es salsa de chocolate.

—Pero voy a comer directamente de tu piel.

Tiemblo de pies a cabeza y los escalofríos que recorren mi piel le arrancan una sonrisa descarada.

—Por lo visto, te gusta la idea. —Se pasa la lengua por el labio inferior y acomoda el bulto, atrayendo mi atención, mientras recorre todo mi cuerpo con una sola mirada—. Pero antes… quítate la ropa, querida. Despacio.

Hago lo que pide, levantando el vestido sencillo y amarillo que llevo, dejándole ver que, en realidad, no hay mucho que quitar. Estoy desnuda debajo.

Logan respira con dificultad; la salsa de chocolate gotea de la fresa directamente sobre la sábana. No le importa. A mí tampoco, porque la forma en que observa mi torso basta para hacerme arder en las llamas eternas de la perdición.

—No puedo creer que te casaras solo con ese vestido.

—Si lo hubieras sabido, ¿habrías hecho algo?

—Habría sobornado al celebrante entrometido y te habría follado en una de las habitaciones del fondo. Lo que arruinaría mi plan, obviamente.

No hace falta que diga que es esta suite. Lo sé.

Una risa baja vibra en mi garganta.

—Si hubiera sabido que exagerarías así, te lo habría dicho.

—Menos mal que no lo supiste —provoca, claramente conteniéndose al verme desnuda, mientras el vestido pasa por mi cabeza.

Por un momento, el silencio reina. Desde la terraza, en la cima del Hotel Diamantis, no nos alcanzan los sonidos insistentes de

la Strip. Es como si fuera un mundo aparte de la depravación de Vegas y, aunque grita lujo y un toque de pecado, el ambiente es profundamente romántico, expresando exactamente lo que Logan quiere.

Pensó en todo.

Pensó en todo… por mí, para sorprenderme.

Las recriminaciones se disuelven lentamente en la espiral de mis pensamientos cuando noto que la importancia de la noche se basa en la mirada ardiente y pecaminosa con que Logan me observa.

La superficie de sus ojos tiembla, abrazando la luz que nos rodea.

Logan sacude la cabeza y se concentra en otra cosa, aturdido, todo para evitar lanzarse sobre mí. Toma una fresa y la baña en chocolate, sube al colchón con una rodilla, hundiendo la superficie. Me aparto por reflejo, recostándome en el cabecero, con la excitación acumulándose entre mis piernas, llenando mi ingle de esa sustancia pegajosa y viscosa.

Intento cerrar los muslos para que no lo vea.

Logan deja la bandeja de fresas en el colchón y me los abre, mirando fijamente mi coño.

—Joder, Serena, haces tan difícil prolongar…

Bajo la mano y rodeo el clítoris, deslizando el índice por el punto delicado y sensible, hinchado de deseo. Es tan lubricado que, varias veces, mi dedo se resbala, dificultando los movimientos.

Él observa la escena, inmóvil, incapaz de moverse.

Sus ojos brillan y el azul se transforma en una copia depravada del cielo.

Me deslizo sobre la sábana y tiro de su camisa, quitándosela deprisa. Logan gime, susurrando mi nombre cuando las yemas de mis dedos rozan su pecho y bajan en línea recta, explorando la

franja casta de vello hasta la parte más baja de su abdomen, la entrada donde los músculos forman una V perfectamente tallada.

Rindo homenaje a ese desnivel y me inclino para pasar la lengua por las venas que se hunden en la cintura del vaquero y se pierden allí. Sé exactamente dónde continúan: en su polla, en cada maldito centímetro.

Metiendo los dedos, tiro de la prenda.

Logan baja de la cama y aprovecho para deslizar el pantalón por sus muslos.

Contemplo durante unos segundos los cuádriceps marcados y las venas prominentes que llenan su ingle. Cuando estoy a punto de posar los labios sobre ellas, me sujeta del cabello y tira hacia atrás, obligándome a mirar las esferas brillantes de sus ojos.

—Ni lo pienses ahora.

—¿Puedes provocarme y yo no puedo devolverte la provocación?

No dejo que responda. Presiono los labios justo donde quiero, pasando la lengua en movimientos circulares sobre las venas de la polla cubierta por la ropa interior. La tomo con la boca sobre la tela y Logan suelta un rugido sepulcral que resuena por todo el espacio abierto.

Recorro toda su extensión con la boca, sintiendo que sus dedos aflojan el agarre en mi cabello solo para reclamarlo de nuevo un minuto después.

Logan me empuja sobre la cama, obligándome a quedar boca arriba.

Vuelve a tomar la bandeja y la fresa cubierta de chocolate. El deleite cuando pasa la fruta entre mis pechos y provoca los pezones es irreal. Observo extasiada cómo Logan se inclina y muerde la fresa cerca de mi pezón izquierdo, tan cerca que sus dientes lo rozan. Luego toma otra fresa, la baña en chocolate y recorre mi abdomen, deteniéndose en el monte de Venus, donde

presiona con la boca y se come la maldita fresa entera, dejando un camino tentador de chocolate que luego recorre lamiendo y chupando hasta no dejar rastro alguno en mi piel.

Continúa castigándome, devorando la fresa directamente de mí, en cada lugar posible. Desde los pechos hasta la espalda y la zona lumbar, esa parte que coquetea con el inicio de las nalgas. Mientras come y me desarma, sus manos firmes me sujetan, impidiéndome moverme o resistir a las decenas de escalofríos tortuosos.

Es la maldita tortura más deliciosa del mundo.

Una tortura que me lleva a morder la almohada, clavando los dientes, furiosa porque el calor en mi coño es inmenso y él ni siquiera me ha tocado allí. Todo es solo un preludio, el más intenso que he sentido jamás.

Sus labios atrapan cada fresa y luego trazan caminos de lava febril, saboreando la salsa de chocolate sobre mi piel.

Grito por dentro.

Abrazando una explosión silenciosa.

Se aparta un poco y oigo el roce de la tela; luego desliza su torso por mi espalda, encajando la cabeza entre mi cuello y el hombro. Sus manos envuelven las mías y me abraza con su propio cuerpo.

—Abre las piernas, querida —su petición resuena entre los latidos ensordecedores en mi oído.

Obedezco.

Y siento el glande acomodarse en la entrada, hundiéndose despacio, con una cadencia deliciosamente cruel.

Logan besa mi hombro y susurra muchos "te amo" mientras empuja la cadera, conteniéndose para no hundirse de golpe.

Cuando su ingle choca con la parte baja de mis nalgas, gime en mi oído, creando una neblina de placer que alcanza la yugular y me corta la respiración, haciéndome jadear con miles de estímulos

certeros. Mis nervios entran en combustión y mis pulmones se desintegran con la temperatura del oxígeno que los invade.

Empieza a mecerse, balanceando la polla al entrar en mi coño, saliendo despacio y volviendo a entrar con el mismo ritmo, aumentando una fricción poderosa e inexplicable.

Este sexo es diferente.

Tiene el mismo sabor que el primero. Cuando Logan tomó mi virginidad, porque no deja de ser la primera vez que hacemos el amor después de casados, y creo que por eso es tan cuidadoso.

Logan embiste lento y profundo, cuidando de no apoyar todo su peso sobre mi cuerpo. Su torso musculoso se desliza por mi espalda, creando chispas que alimentan el fuego, creciendo despacio pero con fuerza justo donde su intimidad se amolda a la mía.

Un abismo enorme se abre ante mí y salto sin miedo, disfrutando la sensación de caer en una corriente helada y ser calentada luego por la explosión de metal fundido que se fija en mi bajo vientre, retorciendo todos mis músculos, atándolos en cuerdas de placer imposibles de cortar.

Puede hacer conmigo lo que quiera.

Es la verdad.

Es mejor que cualquier cosa que haya vivido.

Es como si este universo hubiera sido creado solo para nosotros dos.

—¿Lo sientes? —Su voz ronca vibra en mi oído.

—Siento mucho más que eso.

—Joder, te amo tanto.

No respondo, porque él sabe que es correspondido, que nos hemos querido durante mucho tiempo y que así seguirá siendo por décadas. Porque la forma en que me ama, en que venera mi cuerpo, es especial. Única e invaluable.

Logan sale de dentro de mí y, antes de que proteste, me gira y vuelve a embestir entre mis piernas, encajándose entre mis muslos. Esta vez, con cada embestida, sostiene mi mirada y me lanza al purgatorio, rogando que esa presión se alivie pronto y traiga consigo la satisfacción más absoluta y ardiente.

Sus gemidos acompañan los míos.

Los sonidos cálidos y roncos se mezclan con los que escapan de mí, en una confusión de lujuria y amor.

—Serena…

Mi nombre es susurrado.

—Logan…

El suyo también.

Y nos corremos juntos, sosteniendo la mirada, en una entrega apasionada que culmina en el orgasmo más insano de todos los tiempos, en el clímax más fascinante de la tierra.

Logan sigue moviendo la cadera, entrando y saliendo, aprovechando la sensibilidad que nos domina, recreando la ola de placer que hace que incluso mis dedos de los pies se encojan, que mis ojos pierdan la vida y giren en las órbitas ante la visión nublada.

Es poderoso.

Y me destruye.

Clavo los dedos en la espalda de Logan, que grita de placer.

Recuerdo demasiado tarde las heridas de su caída por la escalera y a él parece no importarle, aumentando el ritmo y comiéndome con una desesperación alucinante, buscando el segundo pico de deleite.

Ruge una vez más.

Y otra.

Hasta pronunciar mi nombre, perdiéndose no en el sexo, sino en el amor que acaba de suceder.

—Feliz cumpleaños, Logan. —Miro el reloj; la hora exacta en que nació ya pasó y estamos casi en la mía.

Pero no parece importarle, porque en realidad vivió el momento dentro de mí. Mientras nos amábamos en cada parte.

—Feliz cumpleaños, Serena.

Y entonces nos entregamos el regalo más significativo que podríamos intercambiar.

Un regalo que será para siempre… algo nuestro.



CAPÍTULO 55

Logan

Logan

Si alguien tiene algo que impida este matrimonio, que hable ahora o calle para siempre.

—Y así fue como nos casamos.

Salto las partes subidas de tono, obviamente. Les cuento solo lo esencial a las dos.

—No, no es posible, esto no puede estar pasando… —mamá camina por la inmobiliaria, refunfuñando sin parar.

Eleanor Gatsby permanece en un silencio terrible, como si fuera incapaz de decir una sola palabra.

—¿Mamá? —Serena intenta llamar su atención—. ¿Ni siquiera vas a felicitarme en persona por mi cumpleaños? Sabes que por llamada o mensaje no cuenta.

La matriarca la mira como si quisiera enterrarla viva.

No es el momento de remediar el caos intentando hacer la conversación graciosa. Ahora que saben cómo ocurrió y por qué, no podemos hacer nada más que esperar que entiendan que fue necesario. Yo tampoco quería que fuera así, pero las cosas son como son.

Era casarme o morir y, bueno, después de conseguir a Serena, no quiero morirme tan pronto.

Eleanor ignora el comentario de su hija y va directo a nuestra yugular:

—¿Esta es otra de esas bromas suyas?

—¡Claro que no! ¿Crees que jugaríamos con algo tan serio?

—Ustedes siempre jugaban con asuntos serios.

Evalúo a mi madre, su pésima reacción, y luego miro a Eleanor, que parece tan perdida como ella. Las dos siguen de pie y me encargo de buscar sillas para que se sienten, porque no me gusta nada cuando mamá se lleva la mano a la frente y parece a punto de desmayarse.

—Yo, yo, yo… —balbucea, todavía aturdida.

—¿En qué fue que fallamos, Rose?

Empiezan a hablar entre ellas y, por un momento, se olvidan de nosotros.

—No lo sé, pero tengo que arreglarlo. No hay forma de que acepte semejante porquería, ustedes no pueden estar juntos.

Cuando descubran cómo surgió la maldición, de todos modos van a terminar, así que es más fácil que lo hagan ahora, mientras todavía no están tan involucrados.

Todavía no están tan involucrados…

—Mamá, estamos involucrados desde que nacimos, y eso es gracias a ustedes. Supe que estaba enamorado de Serena cuando aún era adolescente y el miedo a cómo reaccionarían fue lo que nos llevó a cometer tantos errores a lo largo de la vida. Así que no importa lo que piensen, no hace la menor diferencia, a menos que quieran volver a ver a su hijo tan triste como antes.

Ella me mira fijamente y luego desvía la mirada, como si entendiera lo que acabo de decir.

—Sobre la maldición, ya sabemos que fue resultado de la pasión entre Kathy y Liam y de todo lo que vino después. Por eso no querías que fuéramos a Fort Payne, ¿verdad? Las cosas relacionadas con ese asunto están guardadas allí —resuelve Serena, y veo los ojos de mi madre casi salirse de las órbitas—. Por eso siempre supe que la maldición era real, porque lo leíste todo y tenías idea de en qué nos estábamos metiendo.

—En realidad, yo también lo sé… —afirma la madre de Serena, atrayendo nuestra atención—. Las familias han alimentado ese rencor durante tanto tiempo, ¿y pensaron de verdad que no tendríamos ninguna información? Lo que ocurrió se transmitió de generación en generación.

—Eso explica muchas cosas —murmuro.

—Por eso no pueden involucrarse. La última vez que un Parrish se enamoró de una Gatsby, pasaron cosas terribles.

—Si intentan separarnos, eso es lo que va a volver a pasar. Porque fue justamente por la prohibición de las familias que todo esto surgió.

—No es solo por eso que siento tanta rabia hacia Eleanor…

—Rose, no. Ya te dije que no lo sé.

—Sí lo sabes. Mi madre decía que ustedes saben cómo revertirlo.

—¡Y yo te digo que no tengo ni idea! ¿Crees que mi ancestro lanzó una maldición sabiendo exactamente cómo funcionaría y cómo romperla? ¡Claro que no! ¡Estas cosas no funcionan así!

—¿Entonces esta mierda va a seguir persiguiendo a mi linaje para siempre? Piensa conmigo: ¿y si estos dos tienen hijos varones? ¿Te imaginas el problemón que cargarían encima?

—Esperen un momento —interviene Serena—. Ni siquiera aceptaron nuestra relación y ya están pensando en cuándo tengamos hijos.

No suena nada contenta.

—Es una preocupación válida —comenta mi madre.

—¡No es válida una mierda, porque mi hija no va a quedarse con tu hijo!

—¿Te quedaste sorda, Eleanor? ¡Ya están casados!

—Mi madre tiene un punto —le susurro a Serena, que me mira mordiéndose la comisura del labio, temerosa de cómo va a terminar esa conversación.

Al menos las dos señoras siguen sentadas y no se están agarrando físicamente. Considero eso una victoria. Además, si mamá no intentó estrangular a Serena y Eleanor no intentó estrangularme a mí, definitivamente es una victoria.

—No quiero saber nada de esto. La forma en que se casaron fue terrible y no voy a aceptarlo como yerno.

—¿Con qué derecho no vas a aceptar a mi precioso hijo como yerno, vieja diabólica? Entonces yo tampoco aceptaré a tu hija como mi nuera.

Las dos vuelven a discutir con fiereza y, de forma abrupta, se levantan y salen de la inmobiliaria sin mirar atrás, sin siquiera fijarse en la calle mientras cruzan gritando.

Serena da señales de que va a ir tras ellas y la detengo.

—No es el mejor momento. Ahora que ya lo saben, quizá se acostumbren a la idea.

—¿Y si no se acostumbran?

—Tendremos que pasar al plan de ataque.

—¿Tienes uno? —pregunta, interesada.

—Todavía no. ¿Qué es lo que más le gusta hacer a tu madre?

—Cocinar. Y ahora que lo dices, creo que sé cómo conquistar a Rose.

—¿Cómo?

—Espera y verás.

—No sé si sentirme feliz o asustado de oírte hablar así.

—Si funciona, claro que deberías estar feliz.

Sacudo la cabeza, riendo ante su confianza exagerada.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Pensé que tendríamos que ocultarlo un tiempo más, pero como ya lo saben… ¿qué te parece subir y quedarte un rato conmigo? —me invita, señalando el entrepiso.

No espero a que se arrepienta y subo los escalones de dos en dos para llegar más rápido.

Serena camina por la pequeña cocina, preparando dos tazas de café.

Mientras tanto, me siento en el pequeño sofá, ocupando todo el espacio del mueble. La estructura parece frágil para soportar mi peso y me pregunto cuánto tiempo aguantará antes de romperse. Me desparramo y reclino el cuerpo, apoyando la nuca en el respaldo, solo para probar.

Debería comprarle uno nuevo.

Pero ¿por qué estoy pensando en comprar cosas para este lugar, si ni siquiera vamos a vivir aquí?

Espero sinceramente que no.

La última vez que usé el baño apenas pude moverme dentro.

—Este lugar me incomoda —suelto de repente.

—¿Por qué?

Serena

No hago ninguna broma, porque, en su defensa, realmente parece incómodo.

—Lo que pasó aquí… no sé, me da escalofríos. Por eso no quería que alquilaras esta tienda. Además de facilitar que escuches los comentarios de la ciudad, no me gusta la idea de que estés en un lugar donde alguien fue asesinada. Me inquieta, me atormenta. Desde que te mudaste aquí me siento así.

La nueva información me toca el corazón y Logan se abre aún más espacio en mi pecho, pateando la maldita puerta y apoderándose de todo, como si la mayor parte de mí ya no fuera suya.

—¿No querías que me quedara en la ciudad por la maldad de la gente?

—Sí. Al principio pensé que sería más fácil si vivías en un lugar donde nadie te conociera, pero después entendí que Tuscaloosa era lo que necesitabas y que intentar protegerte solo me alejaba de ti.

—Vaquero, eres jodidamente bueno con las palabras.

—Y tú eres excelente lidiando conmigo.

—Nos complementamos —me encojo de hombros y cruzo los brazos a la altura del pecho, esperando a que la cafetera termine su

trabajo—. No es culpa de la tienda lo que pasó y creo que el espíritu de la mujer asesinada sigue aquí, esperando una resolución. No es una mala persona, me deja en paz. Por cierto, ya que tocamos el tema, ¿nunca lograron descubrir quién es el asesino?

—No. Investigué cuando decidiste quedarte aquí, pero el caso fue archivado por falta de pruebas.

—Qué mierda.

—Sí, creo que ese será para siempre uno de los misterios de Tuscaloosa —comento.

—Como quién quema las camelias de tu madre. ¿Hay algún sospechoso?

—No. Nadie que se me ocurra tendría motivos para semejante crueldad.

—Extraño.

—Toda esta ciudad lo es.

La primera taza queda lista y luego la segunda. Le entrego una y me siento en la alfombra, apoyando la cabeza en sus muslos, agotada por los acontecimientos del día.

Además de trabajar muchísimo —lo sé porque pasé varias veces frente a la inmobiliaria y estaba tan concentrada que ni me vio —, todavía estuvo la situación con Jonah y con nuestras madres.

Vaya día.

Le acaricio el cabello y me río cuando se mueve, intentando escapar de mis dedos.

—No hagas eso, que me voy a dormir.

—¿Y por qué no puedes?

Serena levanta la cabeza con la mirada furiosa.

—¿Crees que vas a marearme y que voy a olvidar lo que dijo Jonah? ¿Qué historia es esa de que fuiste a mi boda y, peor aún, lo de esa fiesta de la que se quejó? ¿Qué fue lo que pasó?

Suspiro, con el pecho pesado por tener que cerrar aún ese asunto.

—Te dije que te vi casarte. Cuando asumiste la razón por la que te fuiste, te conté que te vi prometiendo cosas que yo deseaba con todo mi ser a otro hombre.

—Sí, pero no pensé que de verdad hubieras visto la ceremonia. Creí que era una forma de hablar.

—Bueno, no lo era. En realidad, tu boda fue hace tres años… ¿y sabes qué más pasó hace tres años?

—Lo que me contaste, lo recuerdo.

Mi expresión lo explica todo y, cuando hablo, Serena no parece sorprendida en absoluto.

—Fue ese día cuando murió la mujer en el accidente de coche. Quería hablar con alguien, pero tú eras la única persona a la que quería ver. Lamentablemente, llegué demasiado tarde y descubrí que te estabas casando. Creí que era algo bueno, una señal de que podría impedir que cometieras un error. Pero cuando te vi sonreírle a ese tipo, me acobardé y no hice nada; solo te observé caminar hacia los brazos de otra persona.

—Logan… yo…

—No fue culpa tuya. Fui yo quien actuó de forma irreflexiva. Ni siquiera debería haber ido.

—Si hubiera sabido que estabas en la ceremonia, no sé si me habría casado.

Me permito un poco de alegría al oír eso, aunque el pasado sea inmutable.

—Todo eso ya no importa, Serena. Mientras te tenga en mi presente y en mi futuro, el pasado debe quedarse exactamente donde está.

Ella se levanta y se sienta en mi regazo, rodeando mi cuello con los brazos.

—Gracias por ser tan paciente.

—Te esperaría hasta morir si fuera necesario, porque siempre fuiste y siempre serás el amor de mi vida.

Lamentablemente, recuerda lo que hice y nota mi intento de suavizar el tema.

—No sirve provocarme palpitaciones con palabras bonitas. No me olvidé de lo de la fiesta.

Apoyo la cabeza en su hombro, riendo por la forma en que Serena intenta mantener la dureza, pero falla miserablemente, visiblemente afectada por mí y por el calor de nuestros cuerpos. Ella en mi regazo es la cosa más perfecta del mundo y no sé cómo pude pasar tanto tiempo sin ese privilegio.

—Fui porque no soportaba la idea de que él disfrutara del dinero que habían construido juntos. En realidad, creo que tú eras responsable de la mayor parte, así que no podía tragar y seguir adelante después de lo que ese imbécil te hizo. Así que le conté a cada una de las personas lo que había pasado y lo que él andaba haciendo. Eso fue todo.

—¿Tú qué?

—Influí para que todos los clientes de alto poder adquisitivo cambiaran de corredor. Exalté la verdad y comenté que eras tú quien estaba detrás de todo el portafolio Parrish y que estabas haciendo un trabajo excelente.

—¡Logan! No sé si estar muy cabreada por lo que hiciste o si estar feliz.

—¿Por qué estarías cabreada?

—Pusiste mi capacidad en duda. Yo no necesito de ti para conseguir trabajo.

—¡Joder! ¡Claro que lo sé! Eres mejor que todos los corredores con los que he trabajado, por supuesto que lo sé. No dije nada más que la verdad en esa fiesta: que si querían comprar o vender propiedades, tú siempre serías la mejor opción. Ese canalla ni siquiera estaba haciendo bien su trabajo y, además, estafaba a los

clientes. Gracias a Dios se separaron, o habría terminado cargándote todo a ti y te habría hecho responsable de varios delitos, Serena.

La información la deja confundida.

—¿Delitos?

—Tu exmarido está cometiendo fraude inmobiliario. Contraté a algunas personas para que encontraran sus trapos sucios y eso fue lo que descubrieron. Vendió varias casas que no estaban a la venta, a precios muy por debajo del mercado. Eso fue reciente; pronto la mierda va a salir a la luz. Así que hice un favor a los otros clientes al advertirlos a tiempo.

—¿Contrataste gente para eso? —No parece nada enfadada, en realidad…— ¡Mierda! Debería haber pensado en algo así. ¿Cómo dejé pasar esa oportunidad?

Suelto una risa baja.

—Era enterrar la reputación del imbécil o enterrarlo en el desierto. Créeme, la segunda opción me gustaba mucho más, pero quiero tener mucho tiempo contigo y la cárcel no está en mis planes.

Serena me acaricia el rostro con un gesto lleno de cariño y amor. Me inclino hacia su palma, con el pecho expandiéndose en una sensación cálida de hogar.

—No puedo creer que me haya enfadado porque desapareciste dos días para ir a esa fiesta, cuando en realidad fue por mí, por una venganza que ni siquiera sabía que deseaba tanto.

Y todo valió la pena.

Cada hora de aquel calvario, soportando a los lamebotas intentando ganarse mi favor —o mejor dicho, el del emperador de Alabama—, valió muchísimo la pena. Lo haría mil veces más si fuera necesario.

—Toqué tu corazón, ¿verdad? —bromeo.

—Tocaste mucho más que eso, vaquero. Mucho, mucho más.



CAPÍTULO 56

Serena

Serena

¡No hay tiempo que perder!

Me estiro, sintiendo el cuerpo de Logan presionar el mío, intentando mantenerme en el colchón. Sus cortinas son tan buenas bloqueando la luz del sol que apenas noto que ya amaneció, de no ser por un pequeño rayo que se escapa por una rendija en una esquina.

—Quedémonos solo un ratito más. Ya fue bastante difícil convencerte de dormir en casa.

Me levanto, ignorando sus protestas.

—Tengo algo que hacer.

Gruñe, sabiendo exactamente qué es.

Mientras tomo una de mis prendas que dejé en su armario, él se deshace de la sábana y me muestra la razón por la que debería volver a acostarme un poco más. Su polla mantiene una erección matutina potente que me deja un poco —muy— tentada a empujar el problema que tenemos para más tarde. El asunto es que cuanto más lo posterguemos, peor va a ser.

No quiero empezar una vida con él con las familias odiándonos.

¿Es que no entiende lo horrible que sería?

—No sirve jugar sucio, no voy a ceder, no como ayer.

Ayer empezó chupándome.

Después yo se la chupé.

Y pasamos todo el día en la cama.

—¿Es domingo y quieres ir a la hacienda Camelia? —Logan parece en shock—. ¿Después de que las dos madres discutieran otra vez? —pregunta, para asegurarse de que estoy realmente tan loca —. Prefiero ver algo contigo antes de que quieras volver de nuevo a la inmobiliaria. Eres una maldita mujer terca, Serena. ¿Por qué no vivimos juntos?

—Ya te lo expliqué, no hay motivo para provocar a las dos. Tenemos que ser pacientes.

Está por cumplirse una semana desde que las matriarcas descubrieron que estamos casados. Y ninguna de las dos quiere ceder, discutiendo casi todos los días; anoche fue tan malo como lo del pie de lechuga. Al parecer, las cosas van a tardar en acomodarse.

Pero si esperamos diez años, ¿qué son algunas semanas… o meses?

—No quiero que esto se alargue demasiado. Y creo que tú también deberías pensar igual. Por más que mi madre odie a tu familia, incluso elogió tu pastel cuando fui anteayer. ¿No ves que estamos atravesando las capas que ellas se esfuerzan tanto por mantener?

—¿Lo elogió? —pregunta convencido, con tanta pompa que pongo los ojos en blanco.

—No seas tan arrogante.

—¿Y las ventas, cómo van? —cambia de tema, observándome ponerme el mono vaquero con una expresión absolutamente maliciosa.

Tiemblo de pies a cabeza, con el cuerpo calentándose de inmediato. Ese poder que tiene debería ser catalogado.

—Geniales, siendo sincera. Ya tuve varias visitas en la mayoría de las casas y algunas ofertas. Hoy se lo voy a pasar a tu madre.

—¿No quieres que lo haga yo?

Niego con la cabeza.

Por más que Logan intente protegerme de la matriarca, la verdad es que no necesito protección. Rose ladra, pero no muerde. Es una típica señora sureña y, tocándola en el punto correcto, no va a mantener la pose de dura por mucho tiempo.

—La decisión final es de ella y, aunque tengas un poder que te autoriza a tomar decisiones, creo que este puede ser un punto de unión entre nosotras. Si le demuestro cuánto la respeto, poco a poco voy a domar a la fiera. Tú crees que tu madre es peligrosa porque le tienes miedo; yo no.

—Si tú lo dices… —comenta, intentando no mirarme demasiado.

En este momento, estoy decidida a destrozar el corazón de Rose Parrish y traerla al lado Gatsby de la fuerza.

—¿Sigue muy enfadada porque nos casamos en Las Vegas?

—Enfadada es poco, créeme. Dijo que la privé del día más feliz de mi vida. ¿Y sabes qué es lo peor? Hasta estoy de acuerdo con ella, porque casarme contigo fue realmente el día más feliz de mi vida.

Logan ni siquiera se da cuenta de lo que acaba de decir. Si su madre llegó al punto de admitir algo tan importante como eso, estamos más cerca de lo que imaginamos. No puedo rendirme ahora, no cuando mi plan de hoy es infalible.

—No había otra opción.

—Sí, y ella también lo entiende. Quería que me casara, hice lo que ella quería, solo que no con quien ella esperaba.

—Bien, yo voy a la hacienda Camelia y tú mueve ese maravilloso trasero tuyo a la hacienda Gatsby.

Él ríe y empieza a arreglarse.

—Sí, señora, como usted mande.

Lo observo extasiada mientras se pone el sombrero y me entrega el mío.

Parece que nos estamos preparando para la guerra.

Y quizá realmente lo estemos.



—¡Rose! —exclamo, animada.

Sostengo un balde con mis herramientas de jardinería, reuniendo todo mi potencial diabólico para conquistar de una vez por todas el corazón de esa mujer.

—¿Qué haces aquí, niña? —gruñe, tan cabreada que empiezo a dudar seriamente de mi cordura.

Rose podría acabar conmigo fácilmente y enterrarme en una fosa que nadie jamás encontraría.

—Vine a ayudarte.

—Más te vale darte la vuelta e irte al diablo que te lleve.

La señora bruta y cruel levanta la manguera que usa para regar su huerta y me lanza agua encima, empapándome por completo. Habría perdido la paciencia en ese instante si el deseo de estar con Logan no me convirtiera en la persona más determinada de todo Alabama.

—Gracias por la ayuda. Ahora puedo visitarlo sin quemarme allá abajo. No imaginé que se preocupara por mi integridad física, suegra.

—Niña… —Una sola palabra es la advertencia.

—Es muy buena, mamá, tienes que admitirlo —aparece Mack, sosteniendo una cesta con semillas y materiales.

De hecho, fue ella quien me avisó que hoy sería un buen día para ganarme la estima de la matriarca.

Al parecer, Rose está dispuesta a reconstruirlo todo una vez más, pero no soporta la ayuda, eso fue lo que Mack me dijo.

Para mí, que ya estoy en la mierda, ¿qué es una mala mirada más?

Nada.

Decido que esta es mi mejor oportunidad para agarrar a esta vieja por el corazón, al punto de que deje de quejarse de la elección de su hijo o de que soy una Gatsby traidora.

Si no muero, tendré una gran historia para contarles a mis hijos.

El día en que mamá enfrentó a la bruja mala.

Dioses, si escuchara mis pensamientos, me mataría antes de que pudiera engañarla.

—Pásamelo, Mack, voy a ayudar con las camelias.

La mujer me evalúa.

—Tu valentía es admirable, Sese, yo ya habría mandado a esta vieja a paseo.

—¡Te oí, Mack! —se queja Rose, volviendo a prestar atención a su huerta.

Lo que me deja un poco intrigada es que tiene muchas plantas de lechuga allí. Mi madre también tiene una huerta y cultiva esa hortaliza. Entonces, ¿por qué demonios discutieron por una? ¿Será que… les gusta tanto pelear que se inventan excusas absurdas?

Puede ser.

Pero yo, como amante de la vida, jamás voy a preguntar.

Tomo la cesta de Mack y voy hasta el área destinada a las flores. Es aún más grande de lo que recuerdo.

—¿Amplió la zona del jardín?

—Sí, cada vez que las queman, ella agranda —responde Mack.

—¿Quién será que hace eso? —divago, empezando a mezclar algunas paladas de arena con la tierra, porque las camelias no sobreviven en suelos demasiado encharcados.

Es una planta de mantenimiento sencillo, pero al plantarla requiere ciertos cuidados.

Abono la tierra como Mack me indica y poco a poco extendemos la plantación con cuidado y cariño, sabiendo que dentro de un tiempo las frondosas camelias blancas reposarán solemnes en el hermoso paisaje de la hacienda. Por más testaruda que sea Rose, hay que admitir que eligió el mejor lugar de toda la propiedad para su jardín, regalándole a quienes viven allí una vista preciosa.

—No lo sé. Y sinceramente no veo el motivo. Fuera de tu familia, mi madre no tiene enemistad con nadie.

—No vengas a acusarme de quemar las flores de tu madre.

—Jamás. Ni siquiera creo que sean ustedes, sería demasiado previsible.

—Es una pena hacer todo esto para que después lo destruyan —comento, porque el olor es insoportable, aunque plantar en sí es lo más terapéutico que he hecho jamás.

Ni siquiera me siento cansada, solo… realizada por tener algo en qué ocuparme, sabiendo que la recompensa será una zona florida preciosa.

—No lo están haciendo todo mal, ¿verdad?

Mack ríe cuando su madre gruñe cerca de nosotras.

—Deberías dejar que la señora haga esta mierda sola.

—¡Desagradecida!

Rose se acerca para evaluar mi trabajo y hace lo mismo que su hijo cuando algo lo sorprende, pero no puede expresarlo:

Rumm.

Puff.

Empieza una secuencia de gruñidos.

—No va a poder insultarme, lo estoy haciendo bien —me jacto.

Demasiado pronto.

Joder, debería haber cerrado la maldita boca.

—¡Fuera de aquí, niña prepotente!

Su gesto me hace caer sentada en el suelo abonado y, para sorpresa mía y de Mack, empieza a carcajearse, divirtiéndose con lo sucia que estoy y con el olor que llevo. Esta señora descarada es igualita a su hijo.

—¿Cómo pueden ser tan iguales tú y Logan?

Cierra el semblante al darse cuenta de que mostró debilidad frente al enemigo.

—¿Iguales cómo, guapos?

—No, insoportables.

Mack suelta una carcajada, incrédula de que yo haya dicho eso, y por un instante ni yo misma puedo creer que cometí semejante metida de pata y reduje mi avance de esta mañana a cero. No, por debajo de cero, muchísimo más abajo, porque veo a Rose Parrish irritarse de inmediato y tomar uno de los objetos más cercanos.

Una pala.

No espero a ver qué va a hacer con ella.

¡No soy estúpida, por el amor de Dios!

—¡ROSE, POR FAVOR, CÁLMESE! —le suplico, corriendo de la señora que grita un montón de cosas que no entiendo.

Su fuerte acento une las palabras y las convierte en un caos incomprensible.

—¡CALMARME UNA MIERDA! ¡TU GATSBY SIN VERGÜENZA! ¿QUÉ VINISTE A HACER AQUÍ, A IRRITARME MÁS?

—¡No, suegrita, claro que no! —respondo sin dejar de correr —. ¡Vine porque somos una familia! ¡Y tenemos que entendernos, aunque sea a la fuerza!

—¡SOLO VINISTE AQUÍ PARA…

Se da cuenta de mi táctica y parece aún más furiosa de lo habitual.

—¡TU ASTUTAAAAAAAA! —grita, y yo hago lo que cualquier persona inteligente haría:

Sigo corriendo.

Mucho.

Tanto que casi paso de largo la camioneta de Logan, que acaba de llegar. Él también parece desanimado, lo cual es una

mierda. Así que entro rápido, a tiempo de ver a la señora salir de detrás de la casa principal, empuñando la pala como si fuera un arma.

—No lo lograste.

—Tú tampoco.

—¿Y ahora?

Señalo frenéticamente a su madre.

—¡Acelera esta maldita camioneta, Logan! ¿O prefieres quedarte y morir?

Abre los ojos y pisa a fondo el acelerador.

—Otro intento fallido —murmura.

—Por suerte, apenas estamos empezando.

Logan resopla y hace una mueca.

—Joder, mujer, ¡apestás como el demonio!

—Gracias por el cumplido, ¡ahora vámonos de una vez, carajo!

Ríe, todavía molesto por el olor, pero esta vez… Huimos juntos.



EPÍLOGO

Serena

Tres meses después

—¡Lo logré! ¡Logan, joder, lo logré! —entro dando saltos en su casa, tomándolo tan desprevenido que derrama el vaso de whisky que estaba bebiendo.

—¡Vas a matarme del susto! —gruñe—. ¿Y qué demonios lograste?

—Hoy vendí la casa número doscientas. Y alquilé la propiedad número… diez —digo, llevándome las manos a la boca, en shock porque mi apuesta ambiciosa realmente funcionó.

Ni yo misma puedo creer en una suerte tan grande. Justo al límite del plazo.

Estaba a punto de desesperarme con calma.

Él deja lo que estaba haciendo —en este caso, buscar un trapo para limpiar el desastre del whisky— y corre hacia mí, abrazándome y levantándome del suelo. Giramos sobre nuestro propio eje, felices por algo que ya ni siquiera era tan determinante, pero que funcionaba como una especie de prueba personal para hacerme sentir mejor.

La inmobiliaria va de maravilla y, gracias a todos los negocios cerrados, hubo un aumento exponencial en la cartera de clientes; tanto, que contraté a dos nuevas corredoras para ayudarme.

Poco a poco, siento que mi vida finalmente se encamina, y a estas alturas ni siquiera ambiciono el éxito en sí, porque ya soy feliz con lo que tengo hoy.

La venganza que pensé que me movería resultó tan débil como la lluvia de una sola nube y, en parte, se debe a que mi exmarido por fin está pagando por todos los delitos que cometió, incluida la falsificación de varios documentos para sacarme la mayor cantidad de dinero posible durante nuestro divorcio.

El karma puede tardar, pero siempre llega.

Sumando decenas de fraudes inmobiliarios, alteración de valores en ventas y hasta implicación en tráfico de drogas —sí, con eso hasta yo me sorprendí—, no tuvo ninguna posibilidad de pasar los próximos años fuera de prisión.

—Entonces ahora, por el amor de Dios, ¿podemos, por favor, para que no muera de dolor de espalda durmiendo en tu cama que apenas me cabe, mudarnos juntos de una vez?

—Sí, claro que sí —no disimula la alegría, sonriendo abiertamente—. La terapia va muy bien, ¿verdad? Ya puedes dormir en cualquier lugar.

—Excelente, ya que sacaste el tema. Y lo de dormir en cualquier lugar se lo debo en gran parte a ti, porque eso solo pasa cuando estamos juntos.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Te estás volviendo un romántico incurable, señor Parrish?

—Siempre lo fui, tú nunca lo valoraste.

Aparta la mirada, evitando mi rostro durante unos segundos. El gesto es mínimo, pero conozco a ese cabrón lo suficiente como para saber que esconde algo.

—Logan, ¿qué estás ocultando?

Abre los ojos de par en par.

—¡Nada!

Casi se atraganta.

—¿Seguro?

—¡Claro que sí! ¿Y podemos ir ya a la hacienda Camelia a contarle las buenas noticias a mamá? —dice apresurado.

—Pensé que perderíamos un poco de tiempo arriba —muevo las cejas de forma descarada—. Celebrando, ya sabes.

Se aclara la garganta y mira al suelo.

—¿Puede ser después, Sese? De verdad tenemos algo muy importante que hacer en la hacienda Camelia.

¿Me parece raro?

Muchísimo.

Logan nunca se niega a nada mínimamente depravado, pero dejo que me lleve cuando me toma de la mano hasta la camioneta, luego me agarra de la cintura, me levanta y me coloca en el asiento del copiloto.

—¿Por qué tanta prisa? —pregunto, viéndolo saltar al asiento del conductor.

—Siento que hoy es un excelente día para ser positivo.

Suelto una risa baja, encontrando graciosa su manera de actuar. No es el Logan de hace unas horas, cuando salí de casa para trabajar. De hecho, ni siquiera notó que volví antes de lo esperado.

El camino hasta la hacienda transcurre en completo silencio.

No enciende la radio ni pone música country como suele hacer. En realidad, Logan parece inquieto, rascándose la nuca de vez en cuando y frotándose una mano en los vaqueros.

—¿Seguro que está todo bien?

Más silencio.

Me ignora.

Al menos eso parece cuando estaciona frente a la casa principal y baja, rodeando rápidamente el vehículo para abrirme la puerta.

Mientras lo hace, su madre aparece en el umbral y baja los escalones sin el ceño fruncido habitual que suele dedicarme.

Con el paso de los días, se ha ido suavizando, es un hecho, y confío en que todo se encamina hacia algo nuevo entre las familias. No sé cómo son sin odiarse, pero puedo acostumbrarme, estoy segura.

Contrariando mis expectativas y sorprendiéndonos a Logan y a mí, viene directa hacia mí y me da un abrazo tan fuerte que apenas puedo respirar. El impacto es tan grande que ni siquiera la abrazo de vuelta; me quedo rígida, con los brazos estirados, intentando comprender el gesto.

¿Va a apuñalarme?

—Perdóname por haber sido tan reticente, Serena Gatsby. Solo tenía miedo de que mi hijo volviera a salir herido. Le rompió el corazón cuando te fuiste y no quería verlo así otra vez —dice, con la voz quebrada, algo que nunca, ni de broma, vi antes—. Pero al

mismo tiempo, siendo ustedes tan jóvenes, entiendo que la rivalidad familiar influyó mucho en sus decisiones y no me eximo de culpa. Creo que por eso, en varias ocasiones, hasta intenté ayudarlos. Tú serías la única mujer que no estaría con Logan por lo que él puede ofrecer, y esa era una de las razones por las que me irritaba tanto. No quería que estuviera contigo, pero tenía la certeza de que eras la única opción.

Se aparta para mirarme.

—¿Qué está pasando?

¡Es justo que esté confundida, ¿no?!

—Esta vieja testaruda —se golpea el pecho— descubrió que oponiéndome a esta relación solo los alejaba de mí. Además, solo tú harías tanto bien a mi hijo. Me costó verlo, pero finalmente lo entendí. Lo siento si fui ruda, si no comprendí la fuerza de su amor al principio. De verdad. Deberían haber estado juntos mucho antes, si las familias no lo hubieran complicado. Y además, tú lo salvaste por mí, y eso jamás lo olvidaré. ¿Por qué crees que te soporté todo este tiempo viniendo aquí? En el fondo, lo supe desde el principio: estaba siendo una idiota.

—Pensé que era por las camelias —bromeo sonriendo, con unas ganas terribles de llorar.

De felicidad.

—No, no era por eso. Aunque ayudaron.

Sonrío tan grande, sin darme cuenta de cuánto necesitaba su aprobación. No por mí, sino por todos, ya que mamá aceptó a Logan la semana pasada y, según dicen, ahora lo quiere más a él que a mí. Vieja descarada. Apenas me llama, pero vive pegada al teléfono hablando con él.

—Espera… —dice Logan, atrapando mi mirada.

Como si nuestras mentes se comunicaran, entiendo lo que lo sorprendió.

—¿Lo sabías? —preguntamos al unísono—. ¿Sobre nuestro pasado?

—Claro que sí, ¿de verdad pensaron que había algo que yo no supiera? Ay, son tan tontos.

La señora se da la vuelta y se aleja. Sube los escalones de la entrada y, antes de desaparecer por la puerta, se gira y le guiña un ojo a su hijo.

—Oye, ¿qué fue eso?

—Nada, Sese. Nada. —Logan se encoge de hombros y vuelve a rascarse la nuca. De acuerdo, definitivamente me está ocultando algo.

—Creo que lo logramos. —Ignoro la punzada de curiosidad, impidiéndome presionarlo para que revele su secreto.

—Sí, por fin —comenta.

—¿Y ahora, Logan?

—No lo sé, nunca llegamos a esta parte —ríe incómodo y mira alrededor, un poco cohibido, lo cual es extraño viniendo de alguien tan seguro—. ¿Qué te parece dar un paseo por la hacienda antes de volver a casa?

—¿Así, de la nada? ¿Por qué?

—Solo quiero ver el atardecer desde aquí. ¿Recuerdas la colina donde estuvimos juntos por primera vez? Tengo muchas ganas de ver terminar el día desde allí.

Inclino la cabeza, sin entender el origen de la invitación, pero acepto.

Recuerdo que no hablé de los inmuebles con Rose y lo anoto mentalmente para hacerlo al volver. Al fin y al cabo, vine por eso.

Logan camina conmigo, apretando mi mano con tanta fuerza que me recuerda a los viejos tiempos, cuando éramos jóvenes y andábamos escondidos por aquí, buscando un lugar donde pudiéramos hablar tranquilos sin que nadie nos descubriera. Y fue en una de esas búsquedas que encontramos el espacio junto a un

lago: una inmensa pradera rodeada de árboles en uno de los límites de la hacienda Camelia.

—Sigue estando tan lejos como lo recuerdo —comento después de caminar media hora a buen ritmo sin ver el lugar—. ¿No podemos venir otro día? Quiero celebrar. —Sonrío de forma maliciosa.

Logan evita cruzar mi mirada.

—No, es algo que me prometí a mí mismo que pasaría hoy.

—Está bien, ya no está aquí quien pensó en rendirse.

—Puedo cargarte, si quieres.

—¿Harías ese favor? —me burlo.

Pero no me quejo cuando realmente me toma en brazos y me lleva el resto del trayecto. Al contrario, aprovecho para acurrucarme contra su pecho.

Siento su aroma almizclado envolviéndome y sus brazos fuertes sosteniéndome con tanto cuidado que mi corazón toca una sinfonía en mi mente. Me acomodo entre su cuello y sus hombros y sonrío para mí misma.

Estamos juntos.

Bien.

—Sese, llegamos.

Me baja con cuidado y, tan absorta en su rostro, no me doy cuenta de lo que Logan está mirando hasta que me giro y…

Suspiro, sin palabras.

No encuentro ninguna, ningún pensamiento me viene a la mente, salvo que este lugar se ha vuelto el más hermoso del mundo, extraordinariamente increíble y fantástico. Extraordinariamente inolvidable.

—Quería darte una sorpresa. Cuando tuve la idea, no se la conté a nadie; pensé que dirían que estaba loco. Hoy vine a hablar con mi madre más temprano y abrí mi corazón, hablé de mi padre y

de cuánto me afectaba todo, incluso de que nunca más había vuelto a una plantación de algodón. Creo que por eso cambió de repente contigo. Por fin entendió que, gracias a lo que esta hermosa mujer terca —Logan aparta un mechón de mi cabello detrás de la oreja— despierta en mí, me convierto en una mejor persona.

—No tengo nada que ver con eso, el mérito es todo tuyo.

—¿Y bien, qué te parece? —pregunta, mirando los miles de algodoneros que cubren la pradera como un manto blanco salpicado de marrón.

Me vuelvo hacia el paisaje: hectáreas de la planta brillando con los últimos rayos del sol. El resplandor anaranjado se derrama como oro líquido sobre el blanco puro y transmite una paz tan profunda que nada en el mundo podría sacudirme.

Es muy bueno.

Tan liberador darse cuenta de que el desvío que tomaste te trajo exactamente al lugar donde quieres estar.

—Es hermoso. Irreal de tan hermoso. Recuerdo cómo era cuando todavía existía la plantación en la hacienda Camelia. Pero de algún modo, aquí se siente distinto.

—Porque la planté para ti, Serena.

Suelto una risa sorprendida.

—¿La plantaste para mí?

—La persona con la que quería volver a contemplar una plantación de algodón por primera vez en años eras tú, así que la creé para que eso pudiera suceder, en un lugar que fuera especial para nosotros. Le pedí a Mack que comprobara si había dado resultado, porque quería ver esto al mismo tiempo que tú, sentir lo mismo.

¿Es posible que el corazón se detenga y aun así sigamos vivos?

—Logan, yo…

—Te traje aquí porque creo justo que continuemos exactamente desde el punto donde empezamos. —Se arrodilla frente a mí, con una sonrisa tenue—. Quiero casarme contigo, de la forma correcta esta vez. Creo que he estado esperando este momento desde que nací y casi no puedo creer que por fin esté ocurriendo. Técnicamente ya estamos casados, pero aún no he tenido el placer de pedirte matrimonio, así que, Serena Gatsby, ¿quieres casarte conmigo y vivir una vida llena de provocaciones a mi lado? —Logan sonríe y sus ojos, fijos en los míos, se llenan de lágrimas—. Te amo, Morango, eres la única mujer que he amado en mi vida y no puedo imaginarme junto a nadie más, porque para mí solo existes tú. Eres la responsable de mi color favorito; al fin y al cabo, ¿por qué crees que amo tanto el marrón? —como guardo silencio, continúa—. Es el color de tus ojos, por eso estoy loco por él. También eres dueña de las sonrisas más hermosas que he visto. Te apoderaste de cada espacio de mi corazón y es todo tuyo, por completo. Con cada virtud y, sobre todo, cada defecto, soy todo tuyo. Nunca dejé de serlo.

Logan abre la cajita de terciopelo marrón y me muestra el anillo sencillo, que encaja conmigo de una forma que jamás imaginé que una joya pudiera hacerlo.

La estrella del aro de plata es una camelia hecha con varias piedras preciosas de distintos tonos, que dan la impresión del florecimiento de la flor. Es tan delicado que exhalo el aire, incrédula de que Logan haya captado tan bien mi esencia.

Extiendo la mano.

Coloca el anillo en mi dedo anular.

Aún arrodillado, vuelve a decir:

—Perdón, todavía ni siquiera dijiste que sí.

Finge que va a quitar el anillo y yo le agarro la mano con brusquedad.

—Porque sabes que aceptaría, sinvergüenza. Ni se te ocurra quitarme este anillo. —Él ríe, justo cuando caigo en la cuenta de que algo así debe encargarse con mucha antelación y estoy segura de

que fue un pedido suyo, porque nunca vi un anillo hecho con tanta delicadeza—. ¿Cuándo lo compraste?

—¿En serio vas a preguntarme eso? —suena incómodo—. ¿Dónde está tu romanticismo?

—Logan…

Sabe que cuando algo despierta mi curiosidad, nada me saca las preguntas de la cabeza.

—Justo después del evento caza-maridos —admite sin querer.

—¡No bromees!

—¿Por qué el asombro?

—¿Tenías tanta certeza de que me casaría contigo?

—Podía soñar. No tienes idea de lo que pasó por mi cabeza después de aquel beso, Morango. No iba a dejarte escapar nunca más.

—¿Fue por el anillo que te molestó tanto la boda en Las Vegas? —Logan se encoge de hombros—. Ahora entiendo por qué te irritó que todo se hiciera a las apuradas. En ese momento no imaginé que estuvieras preparando algo mucho más grande, algo como… esto —señalo el campo de algodón.

—Quería que fuera especial. Ya lo tenía todo listo y de repente tuve que cambiar los planes.

Que admita que sabía lo que quería desde entonces hace que todo sea mil veces más increíble y simbólico.

—Pero fue muy especial, porque esa, amor mío… fue nuestra historia. Y amé cada minuto de ella.

Bono



Serena

Serena

Nunca fue, en ningún momento, solo una experiencia para mí.

Once años antes

El silencio que nos envuelve es incómodo.

¿Por qué se me ocurrió ser honesta con él? Quiero decir… honesta a medias, ya que Logan no sabe lo principal: que hice la propuesta porque quiero que mi primera vez sea con él y con nadie más.

Si lo descubre, quizá no acepte, al ver los motivos ocultos detrás de la propuesta.

—No hace falta que pienses tanto, ni tiene que ser hoy, Sese.

Todos los días, cuando me llama así, me enfado y le digo que no debe hablarme de esa manera; sin embargo, hoy no me quejo, no digo ni una palabra al respecto.

—¿Te estás echando atrás, vaquero?

Sus dedos aprietan los míos.

Es un calor familiar y al mismo tiempo desconocido, como si jamás hubiera sentido nada parecido y aun así lo reconociera.

Tengo el estómago helado, todo mi cuerpo irradia tensión mientras me pregunto las mil cosas que pueden pasar. ¿Cómo quedaremos después? ¿Fingirá que no pasó nada y la vida seguirá, o sentirá una especie de deber retorcido de prestarme atención por la "supuesta" importancia que tendrá?

—No, pero tiene que ser agradable para ti.

—Es solo mi primera vez, no tiene nada de importante.

—Para mí sí lo tiene.

Seguimos caminando de la mano, lo cual ya es muy extraño. Siempre que nos tomamos de la mano antes fue para empujarnos al barro, tirarnos al agua y todo tipo de bromas sin gracia.

Decidimos no ir a ningún lugar cercano; al fin y al cabo, todo el mundo nos conoce a Logan y a mí. Así que, durante los últimos días, buscamos exhaustivamente algún sitio en una de las dos haciendas donde no pasara nadie, donde nadie pudiera encontrarnos. Por fin estamos aquí, caminando durante largos y agotadores minutos hacia lo desconocido para poder… follar.

Suena pésimo cuando lo pienso.

—¿Y por qué llevas una cesta?

—¿Vas a usarme y desecharme, Serena? Pensé que querrías comer algo después —dice en tono burlón.

Parece nervioso.

¿Por qué?

La única que debería estar así soy yo.

—Es exactamente eso lo que voy a hacer —me río.

—No seas tan depravada.

Siento los temblores en su mano y esa percepción hace que me ría aún más.

—Logan, ¿por qué te tiembla la mano?

—Nervios.

—¿Motivo? —me detengo y él también se queda quieto—. Pensé que eras experimentado. Según muchas de las chicas del pueblo, eres genial, no hay razón para que estés así.

—Tú no eres como las demás chicas, Serena. Y no quiero hablar de ellas; hoy concentrémonos solo en nosotros dos.

—Estás más raro de lo normal, y hay días en los que eres realmente extraño.

Tengo la impresión de que la razón es lo que estamos a punto de hacer.

Su mano empieza a sudar y la mía se resbala cuando vuelve a dar pasos sigilosos y espaciados, obligándome a seguirlo. Logan es mucho más alto que yo, y la prisa que lo invade me deja confundida y un poco lenta.

—¡Espera, mira el tamaño de tus piernas y mira el tamaño de las mías!

—¡Ven aquí! —Logan se agacha frente a mí y, con un gesto, me invita a subirme a su espalda.

—¡Ni de broma!

—Vamos, Sese… ¿por favor? —pide, y cedo.

Al fin y al cabo, Logan solo se metió en esta aventura porque yo se lo pedí. Vivía su vida tranquila hasta que llegué yo, pateando la puerta con apenas mi sonrisa y una propuesta indecente.

Hago lo que dice y camina conmigo sin mucho esfuerzo, como si fuera lo más fácil del mundo.

Me permito apoyarme en sus hombros durante unos minutos, acurrucándome en el confort de su presencia, dando vida a mi corazón que late desbocado. Logan sujeta mis piernas, ceñidas a su cintura, e inspira y expira varias veces, de manera tan profunda que parece estar adaptándose a lo que provoco en él.

¿Late su corazón tan rápido como el mío?

¿Sus pensamientos son un enredo de deseo urgente?

Él es la razón de muchas decisiones que tomé durante la adolescencia, y no querer besar a nadie es una de ellas.

Sentía que no era lo correcto, que no estaría bien. Y acerté. Porque la primera vez que besé a Logan fue como flotar en medio del cielo. Yo era la cometa sujeta por el hilo y él estaba abajo, guiándome a su antojo. Se me heló el estómago y el primer toque de su lengua hizo explotar cientos de bombas en mis terminaciones, provocando una transformación rápida en mi cuerpo: del frío gélido al calor sepulcral.

Poco a poco nos acostumbramos.

Cedimos.

Y dejamos que el beso se infiltrara, que se instalara en lugares inexplorados.

Su beso sabía a caramelo de café y menta, y el toque de sus manos, sujetando mi cintura contra su ingle, era tan decidido como la salida del sol después de la lluvia. La temperatura entre nosotros era como la brisa de un tranquilo día de otoño, levemente fría pero

intensa. Lo suficiente para hacerme desear más, para dejarme inmóvil como una idiota cuando él notó la iniciativa que había tomado y se apartó, impactado por lo que acabábamos de hacer.

Logan me dejó en el camino del río, con las manos suspendidas sobre los labios y la cabeza baja, concentrándose en lo que sentía, no en lo que pensaba.

Y fue ese día cuando tomé la decisión de perder la virginidad con él.

No sería gran cosa; me encargaría de que no lo fuera… para Logan. Pero para mí sí lo sería, porque noté, en el momento en que se alejó de mí, cuando se asustó por lo que habíamos hecho, que me había enamorado de mi enemigo. Del único hombre en la Tierra con el que no podía involucrarme.

—Te quedaste muy callada, ¡eso es peligroso! —intenta reír, pero el sonido que sale de su pecho es una mezcla extraña de siseo y aprensión.

—No quiero cansarte. Ni siquiera hacía falta que hicieras esto.

Sabe que hablo de llevarme en brazos.

—Está bien, no me importa.

—Y Logan… —digo con debilidad.

—¿Qué?

—¿Por qué aceptaste mi propuesta?

—Por placer.

La respuesta es tan vaga que no me deja margen para replicar ni tantear, para intentar comprender de verdad a Logan Parrish y sus motivos guardados bajo candados y cadenas.

Silencio.

Pero un silencio cargado de tensión.

Durante minutos, los únicos sonidos que escuchamos son el golpe hueco de sus botas al pisar la hierba, el viento meciendo las

copas de los árboles y haciendo chocar algunas ramas entre sí, además de los pájaros, divirtiéndose en la corriente de aire. El olor de la naturaleza es tranquilizador y, por más que esté inquieta por lo que va a pasar, el aroma de hojas y tierra se infiltra en mis pulmones y me arranca una sonrisa.

Apoyo los labios en la espalda de Logan.

—Llegamos, Sese.

Deja la cesta en el suelo y me baja con cuidado, colocándome frente a él. Una sonrisa ladeada adorna su rostro y aumenta su belleza de una manera que ni siquiera puedo explicar.

—¿Estás realmente segura de que es esto lo que quieres? —su voz es casi un susurro.

Al mirar al fondo de sus ojos color zafiro, tengo la leve impresión de que mi respuesta podría destruirlo.

—Sí, Logan, lo estoy.

—Vas a destruirme, Serena, lo sé, y aun así no quiero estar en ningún otro lugar.

No entiendo del todo qué quiere decir con eso, pero sigo cada uno de sus gestos cuando abre la cesta y saca una manta, la extiende sobre la hierba y deja la comida dentro. El olor que sale de allí es increíble y, sin duda, acabaría comiendo antes de… en fin, si no estuviera tan preocupada.

¿Le gustará?

¿Cómo será?

—Sese, cálmate —su mano toca la mía y me atrae hacia un abrazo—. Mira el paisaje, disfruta la vista y lo que tenga que pasar será más natural que ella. No necesitas preocuparte.

—Dices eso porque tienes un historial de conquistas.

—Estoy tan nervioso como tú.

—¿Por qué?

—Solo lo estoy. Así que quedémonos así unos minutos, ¿de acuerdo? Y si no entramos en clima, lo dejamos para otro día, otra ocasión; lo importante es que te sientas bien.

La manera en que habla me transmite una calma absurda y me separo un poco de Logan, deshaciendo el abrazo para mirar su rostro. Algo ocurre en ese instante, una especie de conexión donde no hacen falta palabras, donde lo que toma el control de mi cuerpo es el deseo, el ardor y las ganas de sentirlo tocándome donde nadie más lo ha hecho.

Y mientras el cielo se tiñe de un azul hercúleo, del mismo tono que sus ojos, lo beso, escuchando la sinfonía susurrante de la brisa danzando entre los árboles… ¿o será el sonido que propaga mi corazón?

Logan acepta de inmediato la caricia y afirma las manos en mi rostro y en mi nuca, deslizando los labios sobre los míos, infiltrando poco a poco la lengua y esparciendo ese sabor lejano de menta y café que me dejó soñando despierta durante días después de nuestro primer beso.

Este es tan bueno como aquel.

Porque la destreza con la que Logan desliza los dedos por mi rostro, la forma en que se entrega, me hace desear más y más; y mientras lo agarro del cuello de la camisa, gemimos entre el beso, chocando lenguas, mordiendo lo que encontramos, perdiéndonos en sabores indescriptibles.

Es delicioso, encantador, y crea un camino de fuego que irradia desde mis labios y desciende por mi torso hasta concentrarse en el centro de mis piernas. La presión en mi bajo vientre es agonizante y palpable. Ya sentí esto otras veces, esa sensación de arder por dentro, pero nunca supe identificarla; y creo que ni hace falta, porque cada vez que fui castigada por esa presión estaba cerca de Logan, lo cual explica muchas cosas.

Lo atraigo hacia mí y siento algo separándonos: un volumen grande que me asusta de inmediato.

No interrumpo el beso; me froto contra su erección, el calor se triplica y me deja sin aliento, con un ansia abrasadora de aliviar ese crecimiento en mi coño, como si faltara una pieza que necesitara ser llenada.

—Serena… —susurra Logan, su aliento caliente provocando mis labios por la cercanía.

Son milímetros los que separan mi boca de la suya.

Abro los ojos y contemplo el mar infinito que se extiende en las ventanas de su alma, el pecho retumbando con latidos exigentes y cargados de un sentimiento hasta entonces inexplorado, lo que despierta en mí el deseo de explorar, de anhelar tiempo para ello.

—Quiero estar contigo, es la única certeza que tengo ahora.

Mis palabras congelan a Logan, que parece dejar de respirar y concentrarse solo en mis ojos.

Cuando vuelve a besarme, lo hace con hambre y avidez, como si ya no pudiera contenerse, como si fuera imposible. Y para mí lo es. Porque lo agarro del cuello de la camisa, luego de la cadera, donde mis manos logran afirmarse.

Los sonidos que escapan de mi pecho son innumerables y tienen vida propia, al igual que este deseo abrasador que clava sus garras en cada milímetro de mi cuerpo y convierte a Logan en el centro de mi universo. De un universo solo nuestro.

Logan apoya la frente en la mía y sonríe con dulzura.

—¿Quieres ir más despacio?

—No, no quiero —aclaro, consciente de que parezco una loca.

Pero lo necesito.

Rápido.

O voy a ser consumida por este fuego que revuelve mis entrañas en brasas y calcina mi carne. Si tengo que esperar unos minutos más, puedo morir de deseo. Estoy segura de que alguien en el mundo ya ha muerto de eso.

—Sese…

—Logan, no pienses tanto, solo haz lo que te pedí, ¿sí?

Él ríe. Una risa algo amarga, cargada de un sentimiento que no soy capaz de identificar. El deseo hace que sus ojos adquieran un brillo oscuro, tan sombrío como una tarde soleada a punto de ser destruida por una tormenta; pero aun así hay algo que lo incomoda, y ruego que no sea mi petición.

—Creo que he llegado demasiado lejos para detenerme. No entiendes lo que quiero y no es tu culpa.

Me besa una vez más, la lengua adentrándose en mi boca, exigente e indomable. Prácticamente una fuerza de la naturaleza.

Los segundos juegan con el tiempo, pareciendo mucho más largos de lo que son, y mi garganta se cierra cuando Logan se inclina y pasa la lengua por mi cuello, probando mi sabor, extendiendo un rastro incendiario por mis venas. Con los dedos, exploro sus brazos y clavo las uñas en sus bíceps, intentando aferrarme a algún trozo de tierra ante el mar de lava que devora hasta mis huesos.

Sus manos me quitan la camisa, desabrochando los botones con habilidad.

Luego el sujetador, con un simple roce de su índice.

—Logan… eso —pido, frotándome contra el bulto, intentando apagar el ardor con la fricción.

Él emite un gemido profundo, ronco y potente, al apartarse un poco y trabajar en la pretina de mis shorts vaqueros, quitándolos sin el menor pudor.

Me encojo ante su mera evaluación, con su mirada cargada de malicia posándose en mis pechos, con los pezones duros, y en la braguita de seda negra que llevo. Parece dominado por un calor que solo existe en el infierno, y llamas lamen sus iris azulados, resaltando las vetas oscuras que parten de los bordes hacia el centro.

Las pestañas reposan majestuosas sobre las mejillas y, con cada parpadeo, el deseo parece triplicarse, disminuyendo el ritmo de los parpadeos y aumentando la intensidad de la mirada, ahora una hendidura ansiosa.

—Nunca pensé que tendría tanta suerte.

—¿Cuál?

—La de verte así, la de poder tocarte. Ninguna otra mujer en el mundo tendría tanto poder sobre mí como tú, Serena.

Y le creo.

Porque suena como la mayor verdad que he oído jamás.

—Entonces demuéstramelo.

El susurro se mezcla con la sinfonía de la brisa mientras Logan se quita la ropa, evidenciando el tamaño de su polla, a punto de entrar en mí. Quizá no fue una buena elección que él fuera mi primero; ¿cómo demonios voy a aguantar todo eso?

Y Logan me lo demuestra.

Al quitarme la braguita y recostarme con cuidado sobre la manta extendida en la hierba.

Bajo la mano entre nuestros cuerpos y acaricio su polla, sintiendo la textura dura y a la vez suave dilatarse en mi palma y las venas palpitar, ansiosas por lo que está por venir. Logan se esconde en el hueco entre mi cuello y mi hombro, intentando ocultarse de todo lo que ocurre entre nosotros. Lo cual es claramente imposible.

—Te deseo tanto, Serena, tanto, que si lo supieras jamás habrías hecho aquella propuesta. Estoy dispuesto a estar contigo por cualquier motivo que me hayas dado, porque lo que más quiero es esto, eres tú.

Sus palabras me toman desprevenida, al igual que el ardor que aumenta de forma irrefrenable y reduce mis entrañas a un líquido caliente y surrealista. Su torso me presiona y sus músculos duros me encienden, deseando que su sudor se mezcle con el mío, que me muestre todo lo que podemos sentir… juntos.

—Yo también te quiero, Logan, mucho —confieso.

No sé si me cree, pero es suficiente para besarme con pasión y deslizar sus largos dedos entre nuestros cuerpos, haciendo resbalar el índice sobre el clítoris, provocando y estimulando una avalancha potente que nace allí y recorre cada maldito centímetro implorando liberación.

—¿Y qué necesitas?

—Tú, dentro de mí, ¡rápido!

—No, Sese, tienes que estar preparada para recibirme, preciosa. Es tu primera vez y va a doler. ¿No tienes miedo?

Tengo miedo de muchas cosas, como que se eche atrás, por ejemplo. El dolor ni siquiera cruzó mi mente.

—No, quiero que sea de una vez, no aguanto más esperar.

No sé si al ver la verdad reflejada en mis ojos, Logan sigue estimulando mi clítoris hasta que la presión se acumula en el centro de mis piernas y estalla en miles de partículas brillantes ante mis ojos, como constelaciones tomando forma y galaxias construyéndose desde cero.

Murmuro sonidos indistinguibles, alzando la cadera, frotándome contra su dedo, queriendo que continúe, que me dé más de eso y de lo desconocido.

Logan ríe bajo y atrapa uno de mis pezones entre los labios, deslizando la lengua, humedeciendo con su saliva la piel sensible y ansiosa.

—Solo espera un segundo, necesito poner protección —intenta apartarse, yo lo detengo.

—No, quiero sentirte. Nunca hice esto y estoy segura de que tú te proteges cuando… —evito pensar en ello—. Así que no pongamos nada entre nosotros.

Vuelve a deslizar la lengua por mi cuello, rozando los labios en cada contacto.

Para distraerme.

Para hacerme sentir ligera.

Porque aprovechando el calor líquido que se expande en mi vientre, lo siento tocar la entrada y luego hundirse un poco, llevándome a castigar su espalda con las uñas para contener el dolor, antes de susurrar un:

—Perdón, amor —en mi oído, y embestir con todo, de una vez.

El dolor cortante congela mi respiración mientras me ahogo con la lujuria del momento impregnándose en mis sentidos, conforme el cuerpo de Logan me presiona contra la manta y lo siento incinerar mi piel.

Está dentro de mí.

Su polla, enorme y gruesa, está dentro de mí.

El dolor pronto es reemplazado por placer y empiezo a balancearme contra su ingle, suplicando que se mueva y despierte otra ola de placer como la que provocó con el dedo.

—¿Estás bien?

Asiento.

—¿Y el dolor? —insiste.

Suspiro con fuerza.

—¿Vas a seguir haciendo preguntas o vas a follarme de verdad?

Logan sale y vuelve a entrar, empujando y balanceando la cadera. Lo siento hasta el fondo, llenándome y elevando mi temperatura corporal de una manera insoportable.

Tengo que librarme de esto. De esta agonía interminable.

Le agarro el culo y empujo la cadera hacia arriba, arrancándole un gemido ante el gesto inesperado.

—¿Cómo lo quieres?

—¿Caballerosidad en un momento como este, Parrish?

—¿Vas a responderme?

—Solo hazme sentir.

Y lo hace.

No solo esa tarde.

No solo la semana siguiente.

Sino durante tanto tiempo que jamás, en ningún momento, dejaré de ser suya.



Empezar una nueva serie no fue una decisión fácil, sobre todo con el peso de las últimas de mi universo, como Familia Kingston y Hermanos Diamantis. Sin embargo, cuando estos personajes aparecieron en mi vida, ¡no quisieron saber nada de eso! Al fin y al cabo, son los Parrish de Alabama, y los Parrish siempre hacen lo que quieren y les va bien.

Por eso, mi primer agradecimiento es para ellos, por no rendirse conmigo, por infiltrarse en medio de la locura que llamo mente. Yo y las voces agradecemos la presencia de toda la troupe de Tuscaloosa.

No lo sabía, pero ellos eran todo lo que necesitaba.

También quiero agradecer muchísimo, de verdad muchísimo, a ti, lector, que te dispusiste a leer una historia más mía, incluso sin

conocer a ninguno de estos personajes. ¡Espero de corazón que tanto los Parrish como los Gatsby te hayan conquistado!

Por supuesto, no podía dejar fuera a las betas que trabajaron conmigo en este proyecto. Letícia, Karen, Elida, Juliana, Guiomary y Faby, ¡sois fenomenales! Muchísimas gracias por el honor que es contar con vosotras en mi vida literaria y, sobre todo, en mi vida fuera de los libros. ¡Amo a cada una de una manera que ni sé explicar!

Por último, pero tan importante como todo lo demás, muchísimas gracias a Margareth Antequera y a Guiomary Lopes por la revisión impecable. Y a Layce Design, por crear siempre las mejores artes de mis libros.

Cada historia tiene un pedacito de todas las personas que trabajan conmigo. No trabajo sola: tengo un equipo increíble que prepara todo para que el libro llegue perfecto a vuestras manos. Y así como hay personas involucradas en el proceso creativo, también están quienes se esfuerzan entre bastidores para que la obra alcance cada vez más mundos literarios y eche raíces en las ramas de nuevos lectores. Por eso, agradezco de corazón a mi asesora, Thalya, a mi grupo de colaboración, al grupo de WhatsApp y a los influencers que, de alguna forma, trabajaron con la historia. ¡Sin vosotros, mis libros no alzarían vuelos tan largos!

Así que, mis más sinceros agradecimientos. A todos.

Y nada más, gente.

¡Nos vemos en el próximo libro!

Un beso, Cinthia Basso.





Fue en la infancia cuando Cinthia Basso tuvo su primer contacto con los libros, leyendo clásicos como *El Principito* y la serie *Vaga-lume*. Con las ideas bullendo, en 2015 decidió dar vida a su primera novela, publicada posteriormente en 2017 en una

plataforma digital. Desde entonces, ha conquistado miles de lecturas en línea de sus obras e inició la profesión que la convirtió en parte de quien es. Graduada en ingeniería civil, encontró en la literatura su verdadero amor.

Cree que cualquier rincón de la casa es el lugar perfecto para escribir, con una buena taza de café y mucha inspiración.



Para conocer más sobre mis otras obras, apunta la cámara de tu celular al código QR de abajo y accede a mi página en Amazon:

O haz clic aquí → Amazon



Ponte en contacto con la autora a través de sus redes sociales:

Facebook | Instagram

cinthiabasso@outlook.com

¿Te gustó el libro? Comparte tu opinión en las redes sociales y en Amazon, recomendándolo a futuros lectores. ¡Gracias!